

EDICIONES CRÍTICAS

Manuel Uribe Ángel

Viajero y observador
1867-1892

CÉSAR AUGUSTO LENIS BALLESTEROS

ROBERTO LUIS JARAMILLO



UNIVERSIDAD
DE ANTIOQUIA
1803



Manuel Uribe Ángel

Viajero y observador
1867-1892



**UNIVERSIDAD
DE ANTIOQUIA**

**Facultad de Ciencias Sociales
y Humanas**

Manuel Uribe Ángel

Viajero y observador

1867-1892

CÉSAR AUGUSTO LENIS BALLESTEROS

ROBERTO LUIS JARAMILLO

© César Augusto Lenis Ballesteros y Roberto Luis Jaramillo
© Universidad de Antioquia, Fondo Editorial FCSH de la
Facultad de Ciencias Sociales y Humanas
ISBN: 978-958-5413-28-3
ISBN E-book: 978-958-5413-27-6

Primera edición: marzo de 2017
Imagen de cubierta: *Manuel Uribe Ángel*. Ca. 1879. Archivo
Fotográfico Biblioteca Pública Piloto, Medellín.
Coordinación editorial: Diana Patricia Carmona Hernández
Diseño de la colección: Neftalí Vanegas Menguán
Corrección de texto e indización: José Ignacio Escobar
Diagramación: Luisa Fernanda Bernal Bernal,
Imprenta Universidad de Antioquia
Impresión y terminación: Editorial L. Vieco. S.A.S.

Impreso y hecho en Medellín, Colombia/
Printed and made in Medellín, Colombia

Prohibida la reproducción total o parcial, por cualquier
medio o con cualquier propósito, sin la autorización escrita
del Fondo Editorial FCSH, Facultad de Ciencias Sociales y
Humanas de la Universidad de Antioquia

Fondo Editorial FCSH, Facultad de Ciencias Sociales y
Humanas, Universidad de Antioquia
Calle 67 No. 53-108, Bloque 9-355
Medellín, Colombia, Suramérica
Teléfono: (574) 2195756
Correo electrónico: fondoeditorialfsh@udea.edu.co

El contenido de la obra corresponde al derecho de expresión
de los autores y no compromete el pensamiento institucional
de la Universidad de Antioquia ni desata su responsabilidad
frente a terceros. Los autores asumen la responsabilidad por
los derechos de autor y conexos.

Lenis Ballesteros, César Augusto
Manuel Uribe Ángel. Viajero y observador 1867-1892 / César Augusto Lenis Ballesteros y
Roberto Luis Jaramillo. -- Medellín : Universidad de Antioquia. Facultad de Ciencias Sociales
y Humanas. Fondo Editorial FCSH, 2017.
234 páginas : imágenes ; 23 cm. -- (FCSH. Ediciones críticas)
ISBN 978-958-5413-28-3
1. Uribe Ángel, Manuel (1822-1904) 2. Relatos de viajes
3. Antioquia - Historia - Siglo XIX 4. Intelectuales - Antioquia (Colombia) I. Jaramillo, Roberto
Luis II. Serie.

923 cd 21 ed.

TABLA DE CONTENIDO

Presentación

9

Recuerdos de un viaje por el Nordeste de Antioquia, 1867

29

Nota de Manuel Uribe Ángel en la que hace algunas observaciones
relativas al Ferrocarril de Antioquia, 1879

123

Cartas a Isidoro Laverde Amaya

137

Bibliografía

227

Listado de imágenes

231

PRESENTACIÓN

Un sabio antioqueño en el siglo XIX

Sin lugar a dudas, Manuel Uribe Ángel puede ser considerado como el más importante de los intelectuales del siglo XIX en Antioquia. Nació en Envigado en 1822; hijo de José María Uribe Arango y Josefa Ángel Uribe.

Era biznieto por partida doble del regidor perpetuo de Medellín, don Antonio Uribe, cabeza de la rama más extensa e importante de esa familia en Antioquia. Los tíos abuelos y tíos carnales de Uribe Ángel formaron parte de las élites criollas de finales de la colonia, en las que hubo un significativo número de clérigos, funcionarios y, sobre todo, comerciantes. Además, tenía parentesco con próceres, intelectuales, políticos, mineros y comerciantes del siglo XIX.

Desde niño trató a sus primos establecidos en las principales poblaciones de la provincia de Antioquia (tenía otros en Pamplona, Cartago, Buga, Bogotá y Quito). Su padre, con una pequeña estancia y algo de comercio, logró levantar sus once hijos en medio de un status social elevado, y algunos se educaron con el apoyo de los tíos ricos, cosa común en la Antioquia de entonces.

Después de hacer estudios primarios en Envigado, pasó a la ciudad de Antioquia, y en 1836 al Colegio del Rosario. En Bogotá y en el Colegio gozó de la protección de sus tíos y parientes políticos, entonces partidarios del general Santander, que habían sido conspiradores septembrinos y opositores en los congresos al partido bolivariano. Otros eran ricos

comerciantes y uno de ellos rector del propio Colegio del Rosario, en el que estudió latín y filosofía.

Precisamente, el marinillo Manuel Duque, comerciante y fundidor de oros en su villa, logró fortuna y pudo enviar a Bogotá a su hijo José Duque Gómez (1808-1841); este se afilió al partido santanderista, y por ello fue representante a la Cámara, rector del Colegio del Rosario, directivo de la Universidad Central, gobernador de Mompox y perseguido por el gobierno de J. I. de Márquez. Su padre, ya viudo, se casó en segundas nupcias con la envigadeña doña Mariana Uribe Arango, y con ella pasó a vivir a Bogotá, donde se estableció en el comercio. De Envigado a Bogotá también pasó un hermano de doña Mariana, don Pedro Uribe Arango, comerciante de sombreros y tronco de la conocida familia Uribe Buenaventura. El tío y la tía pidieron que les mandaran a Bogotá a su sobrino Wenceslao Uribe Ángel (Envigado, 1812). Este Wenceslao era diez años mayor que su hermano Manuel Uribe Ángel; se afilió también con el santanderismo, por lo que se amistó tanto con el gobierno de José Hilario López que fue calumniado por José Eusebio Caro. Además, fue perseguido por la dictadura de Melo. Sus parientes formalizarían en adelante sus empresas como “Uribe & Duque” y “Manuel Uribe Toro”.

Cuando don Pedro Uribe Arango se casó en Bogotá en 1836, su hermano José María viajó hasta la capital, acompañado por su hijito Manuel Uribe Ángel, de 14 años de edad. En ese mismo año de 1836, y bajo la sombra protectora del rector Duque Gómez, el joven Uribe Ángel ingresó al Colegio de El Rosario en medio de las tensiones políticas en las que estaba envuelta su familia; un año después también entraría al Colegio su paisano Pedro Antonio Restrepo Escobar, quien militaría en ese mismo partido por varios años. Por entonces el rector Duque Gómez, un abanderado de la reforma de estudios del proyecto político santanderista, la aplicó en el plantel, aunque levantara polémica: se enseñaban las ideas de Bentham, Say, Filanghieri, Constant, don Juan Sala, así como Guizot y... Michelet. Esa reforma fue echada atrás por otro plan, el de Mariano Ospina Rodríguez.



IMAGEN 1. *Casa donde nació el Dr. Manuel Uribe Ángel. Ca. 1875.*

Fuente: Anónimo. Fotografía (Emulsión fotográfica / Papel fotográfico adherido a soporte) 6 x 10 centímetros. Colección permanente Museo de Antioquia. Foto: Carlos Tobón.

Uribe Ángel evocó sus tiempos de colegial, de manera dispersa, en varios escritos, en los que menciona a sus compañeros, a sus profesores Joaquín Acosta, Rojas Garrido, Florentino Gonzáles y otros, quienes enseñaban “lo mejor y más correcto”. Uribe conoció en la calle y en los congresos al general Santander, a sus partidarios y a sus enemigos; no fue ajeno a la tertulia del doctor Aranzazu y observó de cerca al doctor José Manuel Restrepo, su paisano poderoso, intelectual, historiador y buen funcionario público. Su interés por las ciencias y la geografía le fue despertado por Joaquín Acosta, y por la historia, con su trato con el historiador Restrepo.

Egresó de sus cursos de medicina en 1844, y se graduó a finales de 1845 con exámenes defendidos ante la Universidad Central. Por entonces el novel pintor cartagenero José Gabriel Tatis le hizo una miniatura conocida por muchos años como “Retrato de un hombre”, la misma que se conserva en la Biblioteca Luis Ángel Arango, en Bogotá, y que es publicada en este libro.

Tras dos años de práctica en Antioquia, comenzó su vida de viajero y observador por Perú y Ecuador. Pudo tratar de cerca a antiguos próceres de la Independencia, y fue marcado por las conversaciones que tuvo con el maestro de Simón Bolívar, el pedagogo Simón Rodríguez. Se reafirmó su interés por los apuntes de viaje, la observación de la naturaleza, y se interesó por la pedagogía, temas que lo acompañaron hasta su muerte. Regresó a Antioquia en 1853, y se casó en Medellín en 1854 con Magdalena Urreta Saldarriaga. Su novia vivía en una casa baja en plena plaza de Medellín, diagonal al templo de La Candelaria. Era hija de un prócer de la Independencia que había sido en tres ocasiones gobernador de la provincia: don Gregorio María Urreta Tatis, cartagenero que había actuado en los dos bandos durante la guerra con España. Alternadamente trabajó con los patriotas, mas al llegar Pablo Morillo adhirió a la causa del rey y, perdida la guerra, volvió con Santander y con Bolívar para servir a Colombia. Amistado con ellos, Urreta ocupó cargos militares y administrativos. Santander lo nombró gobernador cuando la capital estaba en la ciudad de Antioquia, mas obedeció la norma para trasladar el gobierno provincial, con los archivos, a Medellín. Cuando Uribe Ángel se casó contaba con 32 años, y ella 21. Aunque no tuvieron descendencia criaron a su ahijado y sobrino Luis Gregorio Johnson Urreta, nacido en Medellín y bautizado en febrero de 1858, hijo del ingeniero inglés Carlos Johnson y de doña Susana Urreta.

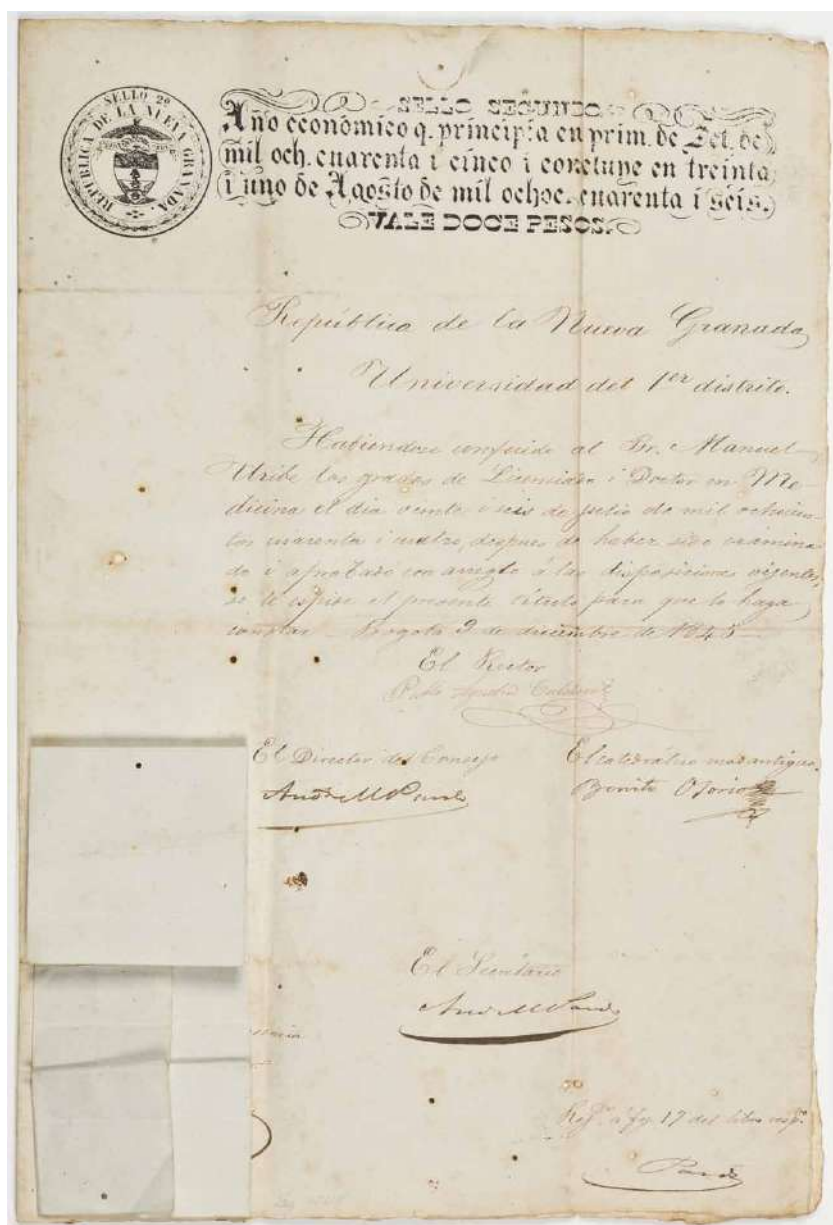


IMAGEN 2. Título de Licenciado y Doctor en Medicina expedido por la Universidad Central de la Nueva Granada. Bogotá, 9 de diciembre de 1845.

Fuente: Colección permanente del Museo de Antioquia. Foto: Carlos Tobón.

En sus años de estudiante en Bogotá pudo oír, ya en los congresos, ya en los bancos de la universidad, las enseñanzas dogmáticas del maestro Florentino González, o las lógicas lecciones del doctor Ezequiel Rojas. Se comprenderá fácilmente que almacenaba en su cerebro lo mejor y más correcto de la ciencia adquirida hasta entonces por el país.

De 1846 a 1853 viajó por el Perú y el Ecuador, y más adelante pasó a Estados Unidos y Europa, ejerciendo su profesión y estudiando. Precisamente, estando en el Ecuador, recibió el título de médico por la Universidad Central de ese país.

Cuando volvió a Antioquia, encontró una *trocha abierta* en los estudios geográficos e históricos regionales. En su ausencia, don Joaquín Acosta (su posible profesor en el Colegio del Rosario) había publicado los “Viajes científicos a los Andes Ecuatoriales”, de J. B. Boussingault. Leyó las relaciones de viaje de don Juan Francisco Ortiz, las observaciones geográficas de mister Tyrell Moore, los “Apuntamientos...” de don Carlos de Greiff y los estudios, en parte históricos y sobre todo corográficos, del coronel Agostino Codazzi, que había visitado la región antioqueña en 1852 y cuyos informes se publicaron en la prensa oficial de las provincias. También fue incitado por el contrato celebrado entre el general Tomás Cipriano de Mosquera y don Felipe Pérez para redactar una Geografía de los Estados Unidos de Colombia.

Puede decirse que su carrera como escritor de historia y de geografía se inició en 1862, en plena guerra, con ocasión de un viaje de Medellín a Bogotá (que duró inédito muchos años).¹ Dos años más tarde ensayó escribir en un periódico conservador, *La Restauración*, una serie de artículos por entregas sobre geografía e historia de la conquista de Antioquia, basado en sus propias observaciones y en fuentes secundarias. La acogida que tuvo lo movió a obtener un privilegio para publicar una obra en ese sentido.

Terminada la guerra civil, como elemento mosquerista, había sido nombrado convencionista de Rionegro, pero no aceptó sino que más bien obtuvo un privilegio para vender píldoras, cuya fórmula ideó. Aunque toda su vida laboral la dedicó al ejercicio de la medicina y la

1 | Una reciente edición de ese texto fue publicada por la Universidad de Antioquia. Ver: Manuel Uribe Ángel, *Recuerdos de un viaje de Medellín a Bogotá* (Medellín: Editorial Universidad de Antioquia, 2007).

cirugía, también fue botánico, orador, publicista, presentador de libros, periodista, escritor de viajes, de investigaciones médicas, cuadros de costumbres, cuentos, novelas, cartas, biografías, historias, estadísticas, reflexiones filosóficas y relaciones geográficas. Ejerció la política y se había afiliado al liberalismo santanderista casi desde niño, como ya se ha dicho; ocupó pocos cargos políticos y de representación, siempre forzado por las circunstancias, destacándose como empleado eficiente, previsor, tolerante y, sobre todo, conciliador. Esto le valió algunos ataques que sus amigos de los dos partidos rechazaron igualmente.

Al final de sus días estuvo envuelto en la corriente de la Regeneración, en cuyo gabinete se negó a servir como Secretario de Instrucción Pública. Asistió al Congreso. Cuando no dormía en el Senado, presentaba proyectos de ley útiles a Antioquia (como la creación de la Escuela de Minas) o defendía nuestras anexiones territoriales. En las cámaras provinciales del periodo liberal, siempre se opuso al destierro o la sanción a clérigos y políticos conservadores; aunque muchas veces tuvo que sancionar esas leyes, siempre votó en contra de tales medidas.

Siempre fue reconocido como una de las más importantes figuras intelectuales de su tiempo. Se le calificó de sabio, fue activo fundador de las academias de medicina y de historia, señalado como un orador del segundo centenario de la Villa de Medellín y del último día del siglo XIX. Cuando se comenzaban los trabajos del Canal de Panamá, fue representante por su región.

Uribe Ángel fue testigo y participante del cambio y el crecimiento demográfico, económico y social de Antioquia, especialmente de la segunda mitad del siglo XIX: el surgimiento de la banca comercial, la apertura de fronteras agrícolas y poblados, el auge de la educación pública y de la minería, los inicios del cultivo del café hasta su consolidación en el mercado, el ferrocarril, los primeros intentos industriales, los progresos de la cirugía y de la arquitectura, los comienzos de la urbanización, el paso de los artesanos por el “bachillerato técnico” (Escuela de Artes y Oficios) y el de los bachilleres por la ingeniería en la Escuela de Minas, entre otros procesos, fueron percibidos, impulsados, estudiados, apoyados y opinados por el sabio.

Cincuenta años de ejercicio de la medicina y setenta y cinco de observaciones sobre todo acontecimiento lugareño, regional o mundial,

lo capacitaron para escribir de lo que sabía un típico erudito, un “sabio” del siglo XIX.

La profesión de Manuel Uribe Ángel era la Medicina, y siempre estuvo dispuesto para la Historia. Desde niño tuvo interés tanto en la medicina como en el pasado. Su interés por la geografía data de 1844 aproximadamente. De niño, tanto en su familia como entre sus allegados, conoció próceres locales del tiempo de la Independencia.

Siempre estuvo preocupado por la historia regional, y como una de las actividades económicas más importantes de Antioquia fuera la minería, en 1856 (tenía 34 años) publicó, al parecer, su primera obra, en compañía de los también liberales Camilo Antonio Echeverry y Emiro Kastos: *Estudios industriales sobre minería antioqueña en 1856*. Esta obra despertó el interés de muchos por los estudios sobre historia de la minería, y don Vicente Restrepo, el autor del célebre *Estudios sobre las minas de oro y plata de Colombia*, así lo reconocía.

Para entonces no era un mero aficionado: estaba viviendo los llamados “cambios de medio siglo”. Era un afiliado al partido liberal y ya había viajado por Suramérica, Estados Unidos y Europa.

Un viaje que hizo a Bogotá en 1862 lo movió a escribir *Recuerdo de un viaje de Medellín a Bogotá*, que, como se dijo antes, fue el comienzo de su oficio como escritor de historia y de geografía. En ese texto tiene unas concepciones definidas sobre los viajes y viajeros: “Sería conveniente y provechoso para el país que toda persona que se encontrase en aptitud de escribir bien o mal, recogiera sus impresiones de viaje, por corto y por insignificante que éste fuese. Las crónicas locales, la geografía, la física, la política, la industria, los ramos todos de las ciencias naturales, ganarían inmensamente con ello”²

Más adelante agrega: “De otro lado, un viaje no es otra cosa que un catecismo, un libro de escuela, una obra académica en forma de preguntas y respuestas”³ Desde 1864 comenzó a escribir sobre geografía e historia de la Conquista, más a nivel regional, con mucho éxito. De esta época datan sus primeros escritos en la prensa regional. Obraba así ya que estaba excluido

2 | Manuel Uribe Ángel, *Recuerdo de un viaje de Medellín a Bogotá*, Medellín, Editorial Universidad de Antioquia, p. 23-24.

3 | Manuel Uribe Ángel, *Recuerdo de un viaje de Medellín a Bogotá*, Medellín, Editorial Universidad de Antioquia, p. 24.

de la política por estar gobernando en el Estado de Antioquia el partido conservador. Se dedicó a su profesión, a la docencia en varios colegios, a dictar conferencias de geografía, a responder por la prensa unos ataques que le hicieron a su suegro, el militar de las guerras de Independencia y que había servido en ambos bandos, el de la monarquía y el de los rebeldes.

Como hubiera obtenido un privilegio para publicar una obra sobre geografía e historia de Antioquia, la legislatura del Estado autorizó al Presidente Recaredo de Villa para que adelantara \$2.000 a Uribe Ángel, como compra anticipada de un número de ejemplares de la obra.

Decidió viajar a los Estados Unidos para educar a su hijo de crianza y sobrino, Luis G. Johnson, quien estudiaría ingeniería. Al tiempo visitó la feria mundial de Filadelfia. Estaba en Nueva York en abril de 1875 y fue invitado a una fiesta conmemorativa de la muerte de Cervantes. Pronunció un discurso que lo hizo famoso en la prensa de ese país, y desde entonces lo llamaron “sabio”. De vuelta a Colombia estuvo en las Antillas y en México, y como resultado escribió *De la Habana a Méjico*.

También trabajaba políticamente para “ver si consigo la expedición de un decreto sobre el establecimiento de la Escuela Nacional de Minas en Medellín y para ver si arreglo definitivamente la cuestión de límites con el Tolima”.⁴ Uribe Ángel siempre defendió los intereses territoriales de la Antioquia expansionista del siglo XIX. Visitó las zonas fronterizas, y, entrevistando colonos, leyendo informes recientes o consultando documentos de archivo, alegó razones para defender dicho proyecto político regional. Presentó argumentos fundamentados en el antiguo derecho de conquista, para definir límites con la costa; adujo razones basadas en títulos coloniales, necesidades económicas y geopolíticas para buscar la anexión de Urabá; consiguió apoyos sustentados en la equívoca toponimia o en los derechos que otorgaba la posesión por colonización, como en los límites con el Tolima. Exhibió razones de estrategia y seguridad como con las anexiones de la región de Chinchiná y Villa María.

Muy a comienzos de 1885, en los talleres de Goupy y Jourdan en París, salió impresa la *Jeografía Jeneral y Compendio Histórico del Estado de Antioquia en Colombia*, en una edición valiosa desde cualquier punto de vista que se le mire.

4 | Carta de Manuel Uribe Ángel a don Nicolás Florencio Villa, 19 de abril de 1881. Fotocopia. Colección particular, Medellín.

Al regresar a Medellín se dio cuenta de que su costoso viaje por Europa, más la publicación de su *Jeografía*, habían arruinado su patrimonio. ¿Qué hacer? Su íntimo amigo, copartidario y paisano, don Luciano Restrepo Escobar, había sido depuesto de su cargo de Presidente del Estado Soberano de Antioquia, y mandado a la cárcel, de la cual salió cuando su familia pudo pagar una multa de \$120.000, impuesta por el nuevo régimen centralista. Pocos días después, el dos de julio de 1885, falleció don Luciano Restrepo. Todo eran malas noticias, pues don Luciano había sido el último Presidente del Estado con régimen federal, y su *Jeografía* tenía como título el del régimen estatal y federal. Sus tribulaciones se confirmaban con un Decreto de Rafael Núñez que mandaba que los gobiernos de Tolima y Antioquia habían dejado de existir constitucionalmente.

Crisis en sus finanzas personales, y un *gobierno de crisis* en Antioquia. De las dificultades económicas lo sacó su paisano y amigo, mas no su copartidario, el general Marceliano Vélez, encargado del gobierno de Antioquia. Vélez había dictado un Decreto Ejecutivo el 28 de octubre de 1885 sobre división territorial, por el cual el Estado de Antioquia se compondría de cinco departamentos. La vigencia de la *Jeografía* de Uribe Ángel estaba entre parentesis.

El nuevo gobierno, del corte conservador de “los históricos”, lo protegió para la publicación, en Medellín, de dos obras reducidas: el *Compendio de geografía del Departamento de Antioquia en la República de Colombia* y el *Compendio histórico del departamento de Antioquia en la República de Colombia*, publicados en 1887 en la Imprenta Republicana de Carlos E. Molina, cuando Marceliano Vélez era gobernador del nuevo departamento de Antioquia. Se advierte que para estos compendios hizo algunos aportes a la historiografía. Revisó la edición de su *Jeografía* publicada en París, y analizó brevemente la historia regional hasta 1832. Pero la edición de estos dos tomitos no le resarcía en mucho los costos de la edición parisiense.

Para conseguir la redacción de su *Jeografía*, Uribe Ángel había seguido el plan que años anteriores había contratado el gobierno del general Tomás Cipriano de Mosquera con don Felipe Pérez, para dar publicidad a los trabajos de la antigua Comisión Corográfica. Pérez, y por ende Uribe, escribió una geografía física y política más una historia



IMAGEN 3. *Retrato de Manuel Uribe Ángel.* Ca. 1844.

Fuente: José Gabriel Tatis Ahumada. Óleo sobre máfil. Colección de Arte del Banco de la República.

de los Estados Unidos de Colombia, proyectada con el complemento de unos atlas generales y de cada Estado en particular. Pues bien, nuestro Uribe Ángel redactó una descripción física y política del Estado de Antioquia, con una historia. Al final de su libro agregó un atlas con dos mapas y las láminas. Los mapas y las láminas fueron litografiados en Berlín. Mientras terminaba estos trabajos, estaban ocurriendo cambios políticos importantes en nuestro país. En enero de 1885, el nuevo gobernante, Rafael Núñez, había decidido el cambio de régimen, del federalismo al centralismo.

Durante un año se dedicó a organizar el Museo y Biblioteca de Zea, que él mismo había ayudado a fundar y para el que donó objetos y libros, además de lograr que su propio hijo adoptivo, el ingeniero Luis Gregorio Jhonson Urreta, diseñara y construyera el edificio sede. (Ya en 1875, en un viaje que Uribe Ángel hiciera a los Estados Unidos, llevó, para ser matriculados en la Universidad de Georgetown a su sobrino Luis Gregorio y al joven Elías Uribe Latorre, para que estudiaran Ingeniería).

En 1892 se asoció con el millonario Carlos C. Amador, con varios vecinos de Medellín y el Suroeste, y con el ingeniero francés George Brisson para explorar minas en el Sur del Chocó. A los tres años apareció publicado el viaje del francés Brisson, *Exploración en el Alto Chocó*. Así mismo, publicó el folleto *Colón – América – Medellín*, coincidente con la celebración de los 400 años del descubrimiento de América.

Ya estaba ciego cuando, en 1898, una Ordenanza de la Asamblea Departamental decretó comprar una colección de objetos curiosos de su propiedad, así como su biblioteca, mas no su archivo. Un año más tarde fue objeto de homenaje con ocasión de su cumpleaños; entonces dictó un artículo de viajes, publicado en *La Miscelánea* como “Apuntes de Viaje”. Este es un fragmento del que hiciera en 1867 por el Nordeste de Antioquia, que aquí se publica completo y sin variaciones, ya que en la *La Miscelánea* se suprimieron un par de párrafos.

También fue el encargado de pronunciar un discurso en la noche de 1899, y a primera hora del año siguiente, para despedir el siglo XIX y saludar el XX. Tal discurso se dividió en dos partes: en la primera hizo un balance del siglo XIX y sus avances, pronosticando un promisorio y optimista siglo XX; en la segunda decayó al hacer alusiones religiosas y al pedir la construcción de un monumento al “Salvador del mundo” (según

el obispo de Medellín, por entonces Uribe Ángel había “acrisolado su fe y frecuentaba los sacramentos”). Con agradecimiento se admira de las conquistas de la ciencia y de los adelantos técnicos del siglo XIX: vapores, máquinas, locomotoras, telégrafos, teléfonos, rayos X, el paso del daguerrotipo a la fotografía, el microbio controlado por Pasteur, etc.

Reconocido como la figura intelectual más importante de Antioquia, era el hombre indicado para escribir sobre su tiempo. En efecto, durante casi un año (junio de 1891 a mayo de 1892) mantuvo correspondencia con Isidoro Laverde Amaya, editor de la *Revista Literaria*, una publicación bogotana. Allí aparecen escritos artículos, poesías, ensayos y otros asuntos de los principales escritores del país. Son 10 cartas sugeridas por Laverde a Uribe, para que escribiera sobre la situación en la que se encontraba Medellín en 1891 y su evolución desde mediados de siglo. Ellas fueron, con el *Compendio*, su mejor producción en materia de historia.

Uribe Ángel fue muy solicitado para que escribiera en diversas publicaciones periódicas, literarias, políticas y científicas, tanto antioqueñas como de otras regiones y del exterior. Periódicos liberales, conservadores, literarios, estudiantiles, independientes, especializados en comercio, y hasta jocosos publicaron sus artículos, cartas, debates, proclamas y discursos. Entre esas publicaciones estaban: *El Alcance* (Liberal, Mosquerista, Antiberriista), *El Deber* (de Carlos Holguín y José María Samper. Independiente. Nuñista), *El Movimiento* (Industrial, de Camilo Botero Guerra, publicado en 1893 en la Tipografía El Comercio, Liberal, de línea de Uribe Uribe), *Novedades* (Comercial, literario y noticioso de Nazario Pineda, publicado en 1877), *Revista de Antioquia* (Costumbrista y literario, de Liborio Echavarría, publicado en 1876), *La Revista Industrial* (Comercial y de negocios, Liberal, de corriente radical, de Camilo Botero Guerra, publicado en 1880), *El Sendero* (Conservador y nacionalista, publicado en 1895), *Los Tiempos* (Conservador y nacionalista, defensor de La Regeneración, de Liborio Echavarría), *El Cartel* (Independiente, de la línea del general Rafael Uribe Uribe), *El Liceo Antioqueño*, *La Tertulia Literaria*, *Papel Periódico Ilustrado*, *El Siglo Nuevo*, *La Balanza*, *La Consigna*, *El Liceo Antioqueño*, *El Cóndor* (Conservador), *Revista Literaria*, *Alpha*, *La Miscelánea*, *La Restauración* (en el cual escribió artículos de geografía), *El Espectador*, etc.

Uno de los intentos en materias históricas estuvo en la pretensión de formar escuela: a comienzos del siglo xx presentó formalmente a los jóvenes José María Mesa Jaramillo, pedagogo y paisano suyo, con Gabriel Arango Mejía, abejorraleño, historiador precoz y amanuense del sabio Uribe Ángel, quienes serían importantes historiadores regionales. Entre sus jóvenes amigos también se destacó como historiador el médico Eduardo Zuleta Gaviria, a cuyos padres y abuelos había conocido en una estadía en Remedios. Con ellos y otros, fundó la Academia Antioqueña de Historia, que fue muy importante en sus comienzos. Con el mismo Zuleta, y otros, fundó la Academia de Medicina.

Manuel Uribe Ángel murió en Medellín en 1904. Su obra, aunque dispersa, debe ser recopilada con sus trabajos inéditos, pues es fundamental para investigaciones de la región. Esta recopilación de tres de sus escritos es un limitado aporte en ese sentido.

Viajero y observador

Dos de los tres textos ofrecidos en este libro fueron difundidos en la segunda mitad del siglo xix; un tercer texto permanecía hasta ahora en el olvido. En ellos se nota con contundencia el carácter de observador, de viajero, de crítico y de erudito del envigadeño.

Se trata, en primer lugar, de un viaje que el sabio hizo en 1867 a la región del Nordeste de Antioquia, en un momento de profundos cambios políticos en los que la actividad minera, la apertura de frontera y el poblamiento hacia esta zona se estaba dinamizando. Precisamente su interés era visitar e invertir en algunas minas de la región, ocasión que tuvo para escribir un detallado informe de lo que llamó su atención, desde aspectos geográficos, pasando por los caminos, los animales, las plantas, la arquitectura, las condiciones sociales y la vida diaria en una zona en la que se estaba abriendo montaña. Es, por múltiples razones, un relato que servirá para quien se interese en la historia regional y local.

Como segundo, se presenta un informe que Manuel Uribe Ángel elaboró con ocasión de su visita a los trabajos de construcción del Ferrocarril de Antioquia, a finales de 1879. Desde la orilla del río Magdalena, observando las obras de avance de esta empresa, conversando con su director, el ingeniero cubano Francisco Javier Cisneros, consignando sus

impresiones sobre lo observado y llamando la atención sobre diversos aspectos, Uribe Ángel elaboró un escrito sobre un temprano momento en la que, suponían, era la “obra redentora” de la economía antioqueña.

Estos dos textos se conservan manuscritos en el Archivo Histórico de Antioquia, en Medellín. Una pequeña parte del primer relato, el viaje al Nordeste, había sido publicado con el título de *Apuntes de viaje* en la revista *La Miscelánea*, en octubre de 1899; del resto del texto no se tienen referencias de difusión y publicación hasta ahora. Un tercer texto lo forman un total de 10 cartas, publicadas entre el 21 de junio de 1891 y el 12 de mayo de 1892, en la mencionada *Revista Literaria* bogotana. Estas muestran con detalle sus recuerdos sobre los cambios urbanos de Medellín en la segunda mitad del siglo XIX. Las cartas recogen múltiples detalles y descripciones de la ciudad y los contornos de todo el Valle de Aburrá.

El objetivo inicial de las misivas, pedidas por el director de la *Revista Literaria*, Isidoro Laverde Amaya, era mostrar la situación de Medellín en 1891. Sin embargo, el sabio Uribe Ángel, echando mano de su memoria, reconstruyó la evolución del Valle de Aburrá desde 50 años atrás, es decir, desde el momento en que regresó a su tierra, después de ausentarse de la Nueva Granada. Mas Uribe Ángel no hizo un escrito, una historia o un ensayo, sino que dividió su percepción en 10 cartas que tratan infinidad de aspectos de la Medellín y del Valle de Aburrá de esos tiempos.

Isidoro Laverde Amaya fue un intelectual colombiano que nació en Bogotá en 1852 y murió allí en 1903. Periodista con una particular cultura literaria, escribió unos *Apuntes sobre bibliografía colombiana*, publicados en 1882. La segunda edición de esos *Apuntes* se hizo en 1895, más completa que la primera, revisada y corregida; solo pudo llegar a la letra “O”, pues una enfermedad frustró su proyecto. También escribió *Viaje a Caracas*, *Viaje a Venezuela* y *Fisonomías literarias de colombianos*. Laverde había fundado en Bogotá la *Revista Literaria* que, en sus cinco grandes tomos, continuó publicitando, como lo había hecho Vergara y Vergara en su tiempo, la producción literaria del país, una tarea que retomó Antonio Gómez Restrepo, colaborador de la propia *Revista Literaria* y corto biógrafo de Laverde Amaya. Sus artículos en tal revista también le dieron reconocimiento en el

contexto intelectual del país, como estudioso y publicista de la literatura colombiana.

Las 10 cartas que aquí se presentan fueron encomendadas a Manuel Uribe Ángel porque, sin lugar a dudas, en ese momento era la persona más conocedora e indicada sobre el pasado y el presente del Medellín de entonces. Isidoro Laverde se fijó en Manuel Uribe Ángel, tal y como lo había hecho el Cabildo de Medellín en 1875, cuando pronunció un discurso sobre el bicentenario de la erección de Medellín.⁵ Uribe Ángel, a su vez, se había basado en los *Apuntamientos geográficos i estadísticos de la provincia de Medellín*, de Carlos Segismundo de Greiff, en apuntes de viajeros, en los informes del coronel Agustín Codazzi y su *Comisión Corográfica*, y en sus propias experiencias y recorridos por la provincia.

A lo largo de sus relatos, Manuel Uribe Ángel advierte sobre el crecimiento futuro de la ciudad, proponiendo la canalización del río y su posterior urbanización moderna, tal y como se hizo años más tarde. Una de las primeras noticias sobre el urbanismo de la ciudad la podemos conocer por las observaciones de Uribe Ángel. Y lo mismo sobre arquitectura: él mismo había sido promotor del barrio de Villa Nueva, de la junta de construcción de la nueva catedral, del Comité que repartió y trazó el nuevo barrio de Robledo en el sector de Aná, y dirigió la fábrica del templo de Envigado. En sus cartas lleva al lector por un viaje temporal y geográfico. Por calles, plazas, plazuelas, fuentes, plazas de mercado y edificios importantes, con precisión casi fotográfica.

Observa y describe las casas campesinas del periodo colonial y pasa por las republicanas, también llamadas “número siete”, por ser de esa forma; el uso de los corredores, las nuevas casas de claustro y patio central, las mansiones de La Playa y las quintas de recreo con todos sus lujos, además de los tugurios. Todas estas edificaciones están detalladas en su distribución espacial y, lo más importante, en sus técnicas y materiales constructivos: habla de artesanos y albañiles con toda propiedad, describe sus usos y salarios, su vestimenta y su origen social.

5 | Sobre los actos que conmemoraron el bicentenario de la antigua villa, informaron el obispo Valerio Antonio Jiménez y el cura de Medellín, José María Gómez Ángel. El discurso de don Manuel Uribe Ángel tuvo mucha aceptación, e hizo parte de los eventos culturales que se desarrollaron en la ciudad entre el 23 y el 24 de noviembre de 1875. Ver: *Celebración del 2º centenario de la villa de Medellín. 1875, Medellín*, Imprenta del Estado, 1875.

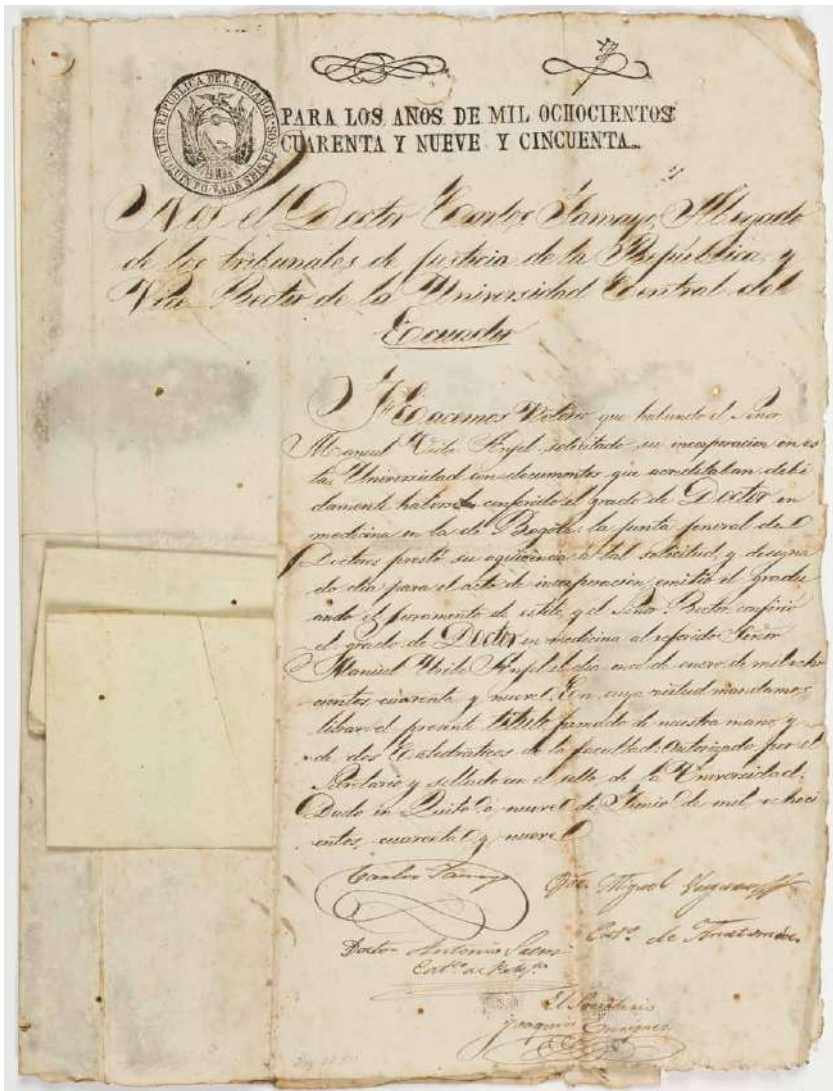


IMAGEN 4. Título de Doctor en Medicina expedido por la Universidad Central del Ecuador. Quito, 9 de junio de 1849.

Fuente: Colección permanente del Museo de Antioquia. Foto: Carlos Tobón.

También describe las vestimentas del pueblo, el incipiente estado del arte, la música, la literatura y el teatro. Se muestra agradecido por la inminente llegada del alumbrado eléctrico y por el uso de los teléfonos, ya instalados hasta en las casas de campo. Nuevamente, el detalle en las observaciones, sus recuerdos de viaje y la extraordinaria memoria del sabio, salen a flote en estas interesantes y desconocidas cartas.

En la actualidad, el archivo personal del sabio Manuel Uribe Ángel se encuentra fraccionado. Parte de la documentación reposa en el Archivo Histórico de Antioquia, la otra parte de los manuscritos se encuentra en la sala patrimonial de la Universidad EAFIT. Una revisión detallada de esa documentación de inmediato hace notar las conexiones entre ambos depósitos; son fuentes de gran valor para la historia antioqueña y muestran las diferentes facetas de las reflexiones que hizo el sabio. Precisamente, un inventario de los documentos de Uribe Ángel, elaborado en septiembre de 1902, ilustra esa diversidad de preocupaciones intelectuales. Allí se consignan artículos, folletos, cuadernos y libros con la fecha de elaboración o publicación. Los ocho temas clasificados son: ciencias, literatura e historia, viajes, costumbres, cuentos, discursos y cartas. Y en lo referente a los relatos de viajes escritos por el sabio, se registraron los siguientes:

- *Recuerdos de un viaje de Lima al Bajo Chocó (1855)*. Cuaderno. Hoy desaparecido.
- *Recuerdos de un viaje al Niágara (1858)*. Cuaderno.
- *Recuerdos de un viaje de Medellín a Bogotá (1862)*. Cuaderno. Publicado por primera vez en el *Boletín de Historia y Antigüedades*, en 1904; y en el 2007 por la Editorial Universidad de Antioquia, con prólogo de Ángela Pérez Mejía.
- *Recuerdos de un viaje por el Nordeste de Antioquia (1867)*. Cuaderno. Que, como se ha dicho, un pequeño fragmento se publicó en la revista *La Miscelánea*.
- *Recuerdos de un viaje a Cuba (1875)*. Cuaderno.
- *Recuerdos de un viaje a México (1876)*. Cuaderno.

Los *Recuerdos de un viaje por el Nordeste de Antioquia*, de 1867, se incluyen en este libro.

No podía imaginar el viajero Uribe Ángel que cerca de diez años después de este viaje sería el primer violín dentro del caos que se orquestó con motivo de la guerra religiosa de 1876. A finales del año precedente, Uribe Ángel había regresado a Medellín después de un viaje que hiciera a los Estados Unidos, Cuba y México. Durante el año que ejerció como médico en la ciudad, se estaba cocinando una nueva guerra: los liberales estaban atentos, y los conservadores divididos entre los cautos y los belicistas. El poderoso banquero y Presidente de Antioquia, Recaredo de Villa, prefirió renunciar antes que fomentar la guerra que era inevitable.

El Estado de Antioquia entró en guerra religiosa, patrocinada por los conservadores del Sur; uno de ellos, el doctor Silverio Arango, había sucedido a un gobernador provisional que había durado unos ocho días. Alcanzó a mandar, fuera de Medellín, porque estaba con el ejército conservador vencido el cinco de abril; Arango y otro guerrillero y paisano de Uribe Ángel, el general Marceliano Vélez, capitularon al día siguiente en Manizales, ante el jefe vencedor, general Julián Trujillo. En poco más de cuatro meses hubo tres gobiernos de crisis en el Estado de Antioquia.

Las malas noticias no demoraron para llegar a Medellín, donde solamente permanecía en su cargo el Secretario de Gobierno del Estado, el abogado conservador Baltazar Botero, quien rogó al doctor Uribe Ángel que le recibiera el gobierno civil, lo que este aceptó a regañadientes a las once de la noche del nueve de abril de 1877, con la condición de ejercer como Jefe Provisorio en gobierno de crisis, para que el Estado no quedara acéfalo, para dar garantía a los vencidos y para contener a los vencedores. Un día después, el 10, el general Trujillo asumió como Jefe Civil y Militar del Estado de Antioquia. Llegado a Medellín, asumió todo el mando y nombró a Uribe Ángel como Jefe Civil (Prefecto) del departamento del Centro, con jurisdicción —por unos meses— desde Medellín hasta Yolombó, al Norte, y hasta Caramanta y Andes, al Suroeste. Por entonces fue Presidente de la Constituyente antioqueña. Se tiene por verdad sabida que la entrada de las tropas de Trujillo ocasionaría una nueva discordia entre los liberales pues, en adelante, del grupo de los *radicales* se separaron otros, los llamados *independientes*. Uribe Ángel simpatizó con los últimos.

También se publica el informe de la visita a los trabajos del Ferrocarril, que no aparece en el inventario de viajes de 1902. De igual

manera, se incluyen las cartas a su amigo Isidoro Laverde, que evidencian esa faceta de observador, viajero y erudito de Uribe Ángel. Sin duda son documentos de gran utilidad para los investigadores de la historia regional. Su amigo Eduardo Zuleta Gaviria, afirmó que cuando Manuel Uribe Ángel quedó ciego “dejó de ver el mundo exterior”; sin embargo, no dejó de escribir ni de contribuir con sus conocimientos sobre los diferentes campos del saber que, a lo largo de su vida, cultivó de forma magistral. Ahora dictaba sus reflexiones, que siguieron siendo difundidas hasta el momento de su muerte, el 16 de junio de 1904.

Los tres documentos que aquí se publican son una contribución a la difusión de la importante obra de Manuel Uribe Ángel, el intelectual que ha sido estudiado en sus facetas de médico, historiador, geógrafo y narrador, que hizo múltiples aportes al conocimiento de su terruño, de su región, del pasado, el presente y el futuro de su entorno inmediato.

RECUERDOS DE UN VIAJE POR EL NORDESTE DE ANTIOQUIA, 1867¹

Presentación

Para 1867, el antiguo cantón del Nordeste había digerido una serie de cambios administrativos, todos desacertados. Veinte años atrás, la cabecera cantonal había pasado de Remedios a la nueva y pujante población de Amalfi, para desagrado de los remedianos y de los conservadores de Santa Rosa. Una división territorial de 1859 había partido en dos el antiguo cantón, cuando se establecieron dos nuevos departamentos: el de Amalfi y el de Santa Rosa. Cuando Uribe Ángel hizo su viaje al Nordeste ya era oficial el “Departamento del Norte”, con la capitalidad en Santa Rosa.

En el tiempo en que Uribe Ángel emprendió el viaje al Nordeste del Estado todavía se sentían los efectos de dos eventos importantes: el Cisma dentro del clero y el olor a pólvora. Con el proyecto político del general Tomás Cipriano de Mosquera, algunos clérigos se sometieron al gobierno y a los dos decretos más importantes del caudillo: los de Tuición de Cultos y el de Desamortización de los bienes de Manos Muertas. Después de algunas incidencias y el destierro del obispo, muchos clérigos se resistieron a los mandatos del padre Lino Garro, nuevo Vicario y clérigo sometido. Los curas y los sacerdotes tuvieron claro el panorama con el Cisma Antioqueño: los de la resistencia solamente obedecían lo ordenado

1 | Archivo Histórico de Antioquia, Medellín, Documentos de Manuel Uribe Ángel, doc 1.1., *Recuerdos de un viaje al Nordeste de Antioquia, 1867.*

por el expresidente Ospina Rodríguez y por el clérigo doctor José Joaquín Isaza, gran perjudicado en sus rentas de extintas capellanías.

Los reaccionarios se apoyaron en dos clérigos marinillos, Valerio Jiménez y Vicente Arbeláez. Los resistentes forzaron a Jiménez para que fuera Vicario, también. Una diócesis en crisis, con dos vicarios simultáneos, había dado ocasión para que el Cisma —que ya llevaba unos quince años de entablado— terminara con la muerte del obispo, las mutuas excomuniones, las cartas al Papa, las acusaciones políticas, la pérdida de la sede obispal y el traslado de la capitalidad de la diócesis de la ciudad de Antioquia a la de Medellín, con la degradación de aquella catedral, que perdió su silla, a la categoría de “iglesia municipal”.

Además, hacía tres años que el gobierno del Estado había vuelto a las manos hegemónicas de los conservadores, y gobernaba quien se había transformado en el más moderado y estricto: Pedro Justo Berrío (enero de 1864 a 1873), claro líder del grupo berriísta. Aunque los políticos antioqueños eran favorables al sistema federal, los liberales más radicales lamentaban la muerte violenta dada al Presidente Pascual Bravo, y los conservadores deseaban mermar la temperatura en materia religiosa y educativa. La anterior Constitución liberal y la división territorial habían durado 15 meses.

Los vencedores, con Berrío al mando de su gobierno de crisis, reunieron una Asamblea Constituyente que aprobó la nueva Constitución para el Estado de Antioquia, con la consabida división territorial favorable a sus intereses electorales: en el anterior régimen coexistían los municipios de Amalfi y de Santa Rosa con 11 distritos entre ambos. Mas con la división política de 1864 el reordenamiento causó sobresaltos en unos y alegría en los hegemónicos: el poderoso y poblado departamento del Norte, con la capitalidad de Santa Rosa, abarcaba 19 distritos, desde las primeras minas de oro de Entreríos hasta la última explotación del Nordeste. Uribe Ángel, pues, salió de viaje desde el departamento de Medellín y visitó casi todo el territorio del nuevo departamento del Norte, que en el manuscrito del viaje se dio en llamar “El Nordeste”.

Y es que desde las primeras décadas del siglo XIX individuos, tanto extranjeros como nacionales, comenzaron a recorrer el territorio antioqueño y a planear alternativas de explotación de sus recursos naturales. Sobre el llamado cantón del Nordeste se hacía énfasis en la copiosidad

de yacimientos auríferos y el poco desarrollo que había experimentado la minería. En los albores de la vida independiente, se decía que “solamente la minería ha permanecido en el estado abyecto en que la dejó el régimen colonial sin experimentar ninguna de aquellas reformas saludables que se han introducido con buen suceso en otros ramos”.²

Ese llamado de atención era algo generalizado entre quienes veían con optimismo las promisorias posibilidades de explotación aurífera en Antioquia. De ahí que, a lo largo del siglo XIX, su territorio se convirtiera en un “laboratorio tecnológico”, en el que se pusieron en marcha algunos de los adelantos más significativos de la minería en el mundo.³ Estas innovaciones tenían una rápida difusión por las zonas mineras de Antioquia y, en ese sentido, pueden catalogarse como los principales adelantos técnicos en la minería antioqueña durante el siglo XIX: el molino de pisones, las técnicas de fundición, el monitor hidráulico y la draga.⁴

Y es que, después de la Independencia, se pudo disponer de técnicas mineralógicas, americanas y europeas; se ampliaron las posibilidades del comercio con el exterior y se desarrolló un interés por explotar las minas de veta y no solo las de aluvión. Precisamente, esa introducción de conocimientos mineralógicos y las visitas llevadas a cabo por ingenieros europeos a algunos establecimientos mineros de Antioquia, iniciaron una verdadera revolución tecnológica en las vetas de su territorio. Esos adelantos repercutieron en la apertura de

2 | R.S Illingworth, *Observaciones sobre la minería de la Nueva Granada con relación al establecimiento de una oficina de Apartado en Bogotá* (Bogotá: Imprenta de J.A. Caulla, 1837), 2r.

3 | Don Vicente Restrepo afirmó: “El doctor Florentino González compró en 1852, por cuenta de una compañía inglesa, la mina del Frontino, en el distrito de este nombre, y varias minas de filón denominadas de Bolivia [actual Segovia], en el de Remedios. La primera máquina de vapor que se trajo a Antioquia fue aplicada en Bolivia a dar movimiento á un molino [...]. Al fin el señor José M. Barreneche, minero antioqueño, logró poner en orden los trabajos, montar molinos en algunas de las ricas minas de Bolivia (en Silencio, Cecilia, Tigre, etc.) y hacerlas producir una buena utilidad. Mr. Roberto White, quién le sucedió en la dirección, dio impulso á los trabajos é introdujo mejoras en la explotación”. Vicente Restrepo, *Estudio sobre las minas de oro y plata de Colombia* (Bogotá: Imprenta de Silvestre y Compañía, 1888), 31.

4 | Para Roger Brew, las principales innovaciones técnicas en la minería antioqueña durante el siglo XIX fueron: el molino liviano de pisones, la fundición de oro y plata para refinarlos, el molino californiano pesado, el monitor hidráulico, la draga flotante, la cianuración, el uso de la dinamita, el uso de la máquina de vapor, el uso de máquinas eléctricas y el uso de la rueda Pelton. Roger Brew, *El desarrollo económico de Antioquia desde la Independencia hasta 1920* (Bogotá: Banco de la República, 1977), 153.

la frontera minera de Antioquia, toda vez que abrían las posibilidades de explotación hacia otra clase de yacimientos. Zonas ricas en ellos aumentaron las expectativas de inversión y explotación mineral: resurgieron los distritos mineros del Nordeste de Antioquia y se realizaron ingentes esfuerzos de explotación mineral en distritos como Titiribí, al Suroeste de la provincia.⁵ La apertura colonizadora hacia el Nordeste permitió el surgimiento de distritos parroquiales como Amalfí, Segovia, Yalí y Yolombó.

Precisamente, una colonia que alcanzó considerable importancia pocos años después de su establecimiento fue Amalfí, segregada del territorio de Cancán, dependiente de Remedios. En 1833, cuando mineros oriundos del altiplano de Rionegro eran señores de mina en buena parte del altiplano de Los Osos, el gobierno republicano le otorgó once leguas de baldíos al comerciante español Pedro Sáenz, vecino de Rionegro y parte integral de la familia más importante de Antioquia y de las más emprendedoras de la Nueva Granada. Tales tierras se le dieron en el cantón del Nordeste, inmediatas al nuevo lavadero del Riachón, entre la decadente parroquia de Cancán y la disminuida ciudad de Remedios.

La colonia de mineros estaba liderada por capitalistas y mineros de Rionegro, La Ceja, Cancán, Yolombó, y muchos de Carolina. Poco después tuvieron la necesidad de una colonia urbana, que fue trasladada del Pueblo Viejo a la Nueva Población, esta trazada en un valle por el minero sueco Carlos Segismundo De Greiff. Con los años se la llamó Amalfí, y fue parroquia y distrito.

Concentraron sus laboreos en los minerales del Riachón, Víbora, Viborita y Cancana, entre Cancán y Remedios. En su trasegar decidieron establecerse en un pequeño valle, junto a la confluencia de la quebrada Santa Bárbara con el Riachón. Ese fue el lugar donde se estableció el primer caserío que, dos años después, fue trasladado al punto donde se ubica hoy dicho municipio.

5 | Luis Fernando Molina Londoño, “La empresa minera del Zancudo (1848-1920)”, en *Empresas y empresarios en la historia de Colombia. siglos XIX-XX. Una colección de estudios recientes*, Tomo II, comp. Carlos Dávila Ladrón de Guevara (Bogotá: Editorial Norma / Ediciones Uniandes, 2003), 635.

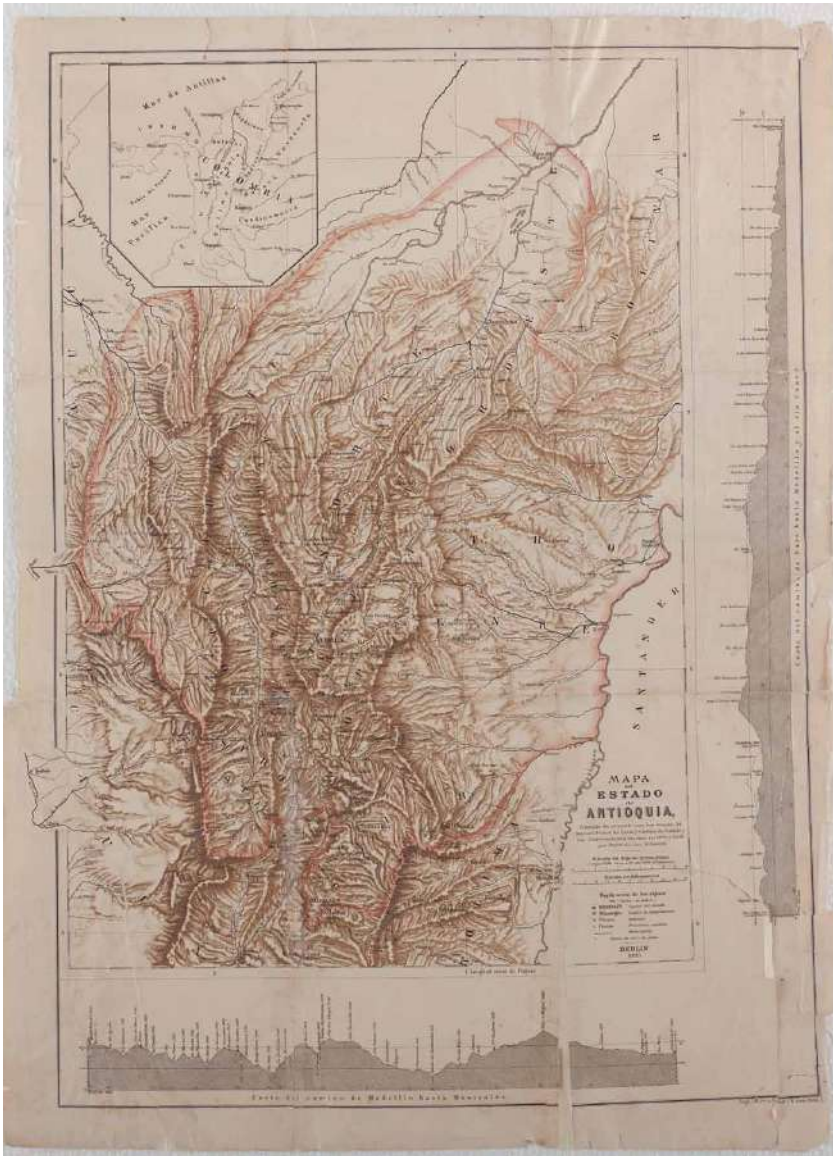


IMAGEN 5. *Mapa del Estado de Antioquia.* Manuel Uribe Ángel, 1885.

Fuente: Manuel Uribe Ángel, *Jeografía general del Estado de Antioquia en Colombia*, París, Imprenta de Victor Goupy y Jourdan, 1885.

Tal traslado fue impulsado, entre otros, por el presbítero Juan José Rojas, su primer cura, en unión con Antonio Aguilar, José Domingo, Casiano Botero, Nepomuceno Botero, José Santa María, Alberto Escobar, Nazario Echavarría, Nepomuceno Uribe, Esteban Álvarez, Vicente Mejía y Pedro Bernal, quienes acordaron mudar el villorrio a la parte Sur del valle, en terrenos de Pedro Sáenz.

De igual manera, acordaron denominarlo Nueva Población. Es importante señalar que quien diseñó el trazado de las calles y de la plaza central fue Carlos Segismundo de Greiff, como ya se ha dicho. Unos años después, en la visita llevada a cabo por el obispo de Antioquia, Juan de la Cruz Gómez Plata, se le asignó el nombre de Amalfi. En 1843 fue erigido en Distrito Parroquial,⁶ agregando a su jurisdicción parte del de Cancán, “con excepción del paraje denominado ‘Pantano’ que se // agrega a la de Yolombó”.⁷

Amalfi contribuyó al aumento de las expectativas de explotación aurífera en el Nordeste de Antioquia. Su acelerado crecimiento y la importancia que fue adquiriendo, llevaron a sus vecinos a solicitar ante las autoridades de Antioquia, en febrero de 1847, que se trasladara la cabecera del Cantón del Nordeste hacia aquel distrito, argumentando además que era más próspero que Los Remedios, que había aguantado la capitalidad durante 30 años.⁸ Esas voces llegaron a instancias presidenciales y, en efecto, el 20 de mayo de 1847, el Presidente de la República expidió un decreto por el cual dispuso se trasladase “la cabecera del cantón del Nordeste en la provincia de Antioquia, de Remedios a Amalfi”.⁹ En ese año, fueron repartidas entre “los nuevos pobladores de Amalfi” 900 fanegadas de tierras baldías en las cabeceras del río Pocoró.¹⁰

Al año se presentó el proyecto de crear la “Provincia de Amalfi”, con la capitalidad en Santa Rosa de Osos, pero en el mismo año el Congreso aprobó la división regional al crear en el Nordeste dos departamentos, los ya mencionados de Amalfi y Santa Rosa.¹¹

6 | A.H.A., Documentos, Tomo 1774, ff. 151r-152r.

7 | A.H.A., Copiadores, Tomo 1102, doc 15790, ff. 15r-15v.

8 | A.H.A., Copiadores, Tomo 1119, doc 16908, f. 418r.

9 | A.H.A., Copiadores, Tomo 1119, doc 16908, f. 469v; *El Constitucional antioqueño* 4, no. 42 (1847); *El Constitucional antioqueño* 4, no. 46 (1847): 182.

10 | A.H.A., Baldíos, Tomo 2540, doc 1, ff. 4r- 4v.

11 | Otro lugar que alcanzaría esplendor en la segunda mitad del siglo XIX fue Segovia.

Cuando Remedios ajustaba cinco años de lamentos porque había perdido la capitalidad del cantón del Nordeste en beneficio de su rival Amalfí, dos vecinos de aquella y mineros en Zaragoza, Joaquín Benito Zuelata Jiménez y José María Bataller, describieron los “diferentes ramos de riqueza” de Los Remedios, al hacer un completo inventario de los bienes existentes en su jurisdicción. Así, informaron que contaba con “un edificio que sirbe de carsel, local i casa de escuela, de teja i tapias”, “una iglesia de paja i bareque”, “155 casas de paja de particulares en la población” y “124 casas de paja de particulares en el campo”. Dijeron además que en el distrito había dos molinos de pisones, seis trapiches de bestias, un trapiche de agua, una plantación de cacao y café, siete plantaciones de caña dulce, 28 almudes de plátano, 18 almudes de yuca y algunos cultivos de maíz, arroz y batatas, 144 reses vacunas, 80 caballares, 324 mulares, 8 ovejas, 2 burros, 203 perros, 75 gatos y alrededor de 2000 aves domésticas.¹²

Las minas estaban dispersas por la jurisdicción; sin embargo, los esfuerzos por mantener una comunicación constante y que permitiera el abastecimiento de víveres, mercancías y la introducción de herramientas y maquinaria, llevaron a sus propietarios a invertir en la construcción y mantenimiento de los caminos en esta zona. En ocasiones, los dueños de minas se asociaban para construir o refaccionar caminos, tal como lo hicieron Julián Vásquez, de Santa Rosa y Luis María Arango y Benito Alejandro Balcázar, de Medellín, como representantes de las minas “Sucre”, “San Nicolás” y “Córdoba”, respectivamente. Estos manifestaron que la vía de acceso a sus minas se encontraba en un estado lamentable. Además,

El camino de Remedios, particularmente la parte denominada ‘La montaña’, no recibe jamás composición alguna. Cuando cae un árbol a través del camino,

Los orígenes de este caserío se remontan al siglo XVIII, con la ocupación de los minerales de Neñeme. Ya en el siglo XIX era conocida como la fracción de Tierra Adentro, que dependía de Los Remedios; allí se hicieron descubrimientos de copiosos yacimientos auríferos de veta. En 1877, los habitantes de Tierra Adentro afirmaron que su caserío contaba con 2.500 habitantes, un considerable número de casas “que formaban las calles de Garibaldi, Pizarro, Cristales y algunas otras”, un local que servía de Casa Consistorial, una cárcel segura, un comercio activo y minas de oro que iban en aumento. Deseaban que su fracción fuese elevada a la categoría de distrito y, después de fallidos intentos y de agrios enfrentamientos con las autoridades de Los Remedios, lograron que se elevara a dicha condición, con el nombre de Segovia, el 17 de septiembre de 1884. Sin embargo, debido a la guerra que culminó en 1885, los correspondientes trámites y su cumplimiento se vieron interrumpidos. Solo hasta el 3 de junio de dicho año se comenzó a hacer efectiva la vida independiente de Segovia. Asimismo, Yolombó fue elevada a la categoría de distrito en 1883.

12 | A.H.A. Censos, tomo 2704, doc. 10, ff. 219v – 220r. 25 de octubre de 1852.

allí permanece, hasta que la acción lenta, pero segura, del tiempo i la humedad lo destruyen: el primer pasajero que se encuentra detenido por ese obstáculo, busca como puede, por medio del bosque una salida, i por donde este imprime las primeras huellas, por allí se establece el tránsito, hasta que nuevas caídas de árboles hacen necesarios nuevos senderos, tan incómodos i peligrosos como los primeros. Las raíces de los árboles cubren el camino en todas direcciones, i al momento el piso de las recuas forma en medio de las raíces esos hoyos profundos, llenos de agua i lodo, en que el jinete, que no puede medir su profundidad, arriesga la vida a cada paso, i en donde se pierden tantas caballerías. Nueve leguas de montaña, arriesgando a cada paso los vehículos, tienen que atravesar los cargamentos para llegar a la plaza de Remedios, i por consiguiente no pueden venderse allí sino a un precio mui subido.¹³

La inversión en esos montes, en apariencia impenetrables, era en extremo necesaria pues, al decir de las gentes de la época, “El distrito de Remedios por sus ricos i abundantes minerales está llamado a un grande progreso i puede asegurarse, con fundamento, que el porvenir del Estado se halla en aquel distrito”.¹⁴ Se decía también que todo el distrito “sin riesgo de equivocación, es un solo mineral”.¹⁵

No es gratuito que Manuel Uribe Ángel recorriera esta zona en 1867. Durante la década de 1860, el sabio manifestó un particular interés en las riquezas de esa porción de Antioquia. Hizo inversiones mineras allí, lo que en parte puede explicar el motivo de su viaje desde Medellín hasta Remedios.

Por ejemplo, el 10 de agosto de 1867 compró a Jesus Giraldo “una acción de veinticuatroava parte en la mina de veta denominada Matuna, situada en jurisdicción de Remedios, y en cuya mina es socio el dicho doctor Uribe. Esta venta la he hecho por recomendación que me hizo para efectuarla el señor Domingo Upegui, mayor de edad y vecino de Remedios, quien era dueño de dicha acción”.¹⁶ El apoderado de Manuel Uribe Ángel era Daniel Uribe, quien lo representó en similares compras. La venta se hizo por 150 piezas de a ocho décimas, que tiene recibidos “en

13 | *Boletín oficial* II, no. 126 (1865): 509.

14 | *Boletín oficial* II, no. 126 (1865): 509.

15 | A.H.A., Censos, Tomo 2704, doc 32, f. 865r.

16 | Centro Cultural Biblioteca Luis Echavarría, Universidad EAFIT, Sala Patrimonial, Archivo de Manuel Uribe Ángel, Carpeta N° 1.

el valor de varias drogas medicinales que [Manuel Uribe Ángel] me ha entregado a precios convenidos”.¹⁷

Un par de años atrás, el 28 de agosto de 1865, el mismo Jesús Giraldo vendió al sabio “un derecho de séptima parte de las que representa en la mina de veta de San Nicolás, en esta jurisdicción, en compañía de los señores Floro Velásquez, Pedro Estrada, Rafael Arango Ortega, Jorge estrada, y Emigdio Salazar”.¹⁸ La venta se hizo en 85 piezas de ocho décimos.

Lo propio hizo el 26 de marzo de 1866. En esa ocasión, Manuel Uribe Ángel compró a Juan Antonio Gaviria, por 250 pesos de a ocho décimos, una acción de veinticuatroava en la mina de oro de veta denominada Matuna, “ubicada en este distrito, montada, con sus correspondientes aguas, y una máquina de diez pisones. En la elaboración del mineral debe hacer los gastos el doctor Uribe, en lo que corresponda de hoy en adelante, a su acción, pero en el montaje no”.¹⁹

El 20 de marzo de 1868, Daniel Uribe compró a Rafael Ortiz dos derechos de veintitresava parte, “en la mina de Cogote, en la suma de 42 pesos de ocho décimas, los que he recibido a mi entera satisfacción”.²⁰ Más compras de derechos de minas las llevó a cabo el cinco de mayo de 1867,²¹ el 14 de septiembre de 1867,²² el primero de abril de 1868²³ y el 13 de abril de 1868.²⁴

17 | Centro Cultural Biblioteca Luis Echavarría, Universidad EAFIT, Sala Patrimonial, Archivo de Manuel Uribe Ángel, Carpeta N° 1.

18 | Centro Cultural Biblioteca Luis Echavarría, Universidad EAFIT, Sala Patrimonial, Archivo de Manuel Uribe Ángel, Carpeta N° 1.

19 | Centro Cultural Biblioteca Luis Echavarría, Universidad EAFIT, Sala Patrimonial, Archivo de Manuel Uribe Ángel, Carpeta N° 1.

20 | Centro Cultural Biblioteca Luis Echavarría, Universidad EAFIT, Sala Patrimonial, Archivo de Manuel Uribe Ángel, Carpeta N° 1.

21 | Luciano Zarate, vecino de Remedios, vendió al señor Daniel Uribe, en 250 pesos de ocho décimas, una veinticuatroava parte en la mina de veta denominada Gómez Suárez, en Remedios. Centro Cultural Biblioteca Luis Echavarría, Universidad EAFIT, Sala Patrimonial, Archivo de Manuel Uribe Ángel, Carpeta N° 1.

22 | “José María Mesa Cevallos, vecino de Remedios, ha vendido al señor Daniel Uribe, por seis pesos de ocho décimas, una octava parte en la mina de veta denominada Yerbal (o Lorenzana), ubicada en este distrito”. Centro Cultural Biblioteca Luis Echavarría, Universidad EAFIT, Sala Patrimonial, Archivo de Manuel Uribe Ángel, Carpeta N° 1.

23 | Mariano E. Ospina, vecino de este distrito, vende al señor doctor Manuel Uribe Ángel “una veinticuatroava parte de la mina de oro de veta denominada Ventura, o Nuevo Cogote, situada en el distrito de Remedios en 160 pesos de ley, que tiene recibidos a toda satisfacción”. Centro Cultural Biblioteca Luis Echavarría, Universidad EAFIT, Sala Patrimonial, Archivo de Manuel Uribe Ángel, Carpeta Título de Minas MUA, Escritura N° 33, Amalfi, 1° de abril de 1868.

24 | Baldomero Soluaga, vecino de Medellín, vendió a Manuel Uribe Ángel “media acción

Con seguridad, sus “Apuntes sobre un viaje por el Nordeste del Estado de Antioquia en 1867” se inscriben en ese contexto de inversiones mineras de Uribe Ángel. El relato es ameno. Se destaca el nivel de detalle en sus observaciones. Algunos accidentes geográficos son descritos de forma casi poética, como aquel que alude al llamado Salto de Guadalupe.

En varias jornadas de camino muestra su recorrido desde la capital del Estado, Medellín, hasta Remedios. En esa última localidad, además, llama la atención sobre aspectos de tipo social y cultural. Caminos, animales, plantas, ríos, montañas, arquitectura y costumbres, entre otros aspectos, son tratados en este relato.

A su llegada a Remedios, Manuel Uribe Ángel se hospedó en casa de su amigo Benito Zuleta Moreno, padre de Eduardo Zuleta Gaviria quien, habiendo nacido el 10 de julio de 1864, tendría tres años en tiempos del viaje. Vale la pena señalar que Zuleta Gaviria es el autor de la célebre novela *Tierra virgen*, publicada en 1897. Benito Zuleta Moreno tendría 42 años y ya era un ricachón de Remedios; con Uribe Ángel viajó hasta el valle del Cimitarra.

Para este libro tratamos de llevar a cabo una transcripción textual. Aseguramos que este manuscrito no es un original, sino una copia. Ello se concluye de los múltiples errores de transcripción, sobre todo en nombres propios de lugares y personas que, con seguridad, no se pueden atribuir al sabio Uribe Ángel, sino al copista. En la presente transcripción hemos encontrado errores como el del “señor Mont”, por “señor Mon”; y es sabido que Uribe Ángel poseyó, consultó y escribió sobre el oidor visitador Mon y Velarde, y todavía hoy en sus archivos personales se conservan manuscritos alusivos a este funcionario colonial.

de veinticuatroava en la mina de oro de veta denominada Minarica, situada en este distrito, como a una legua distante de la ciudad, al lado izquierdo del camino que conduce al interior del Estado”. Centro Cultural Biblioteca Luis Echavarría, Universidad EAFIT, Sala Patrimonial, Archivo de Manuel Uribe Ángel, Carpeta N° 1, Escritura N° 64, Remedios, 13 de abril de 1868. La venta la hizo en 72 pesos que declara tener recibidos en moneda usual y corriente.



IMAGEN 6. *Manuel Uribe Ángel.* Ca. 1879.

Fuente: Archivo Fotográfico Biblioteca Pública Piloto, Medellín.

//FOLIO 11//Apuntes sobre un viaje por el Nordeste del Estado de Antioquia en 1867

N.º 1. Salida de Medellín. Bermejál. Hatoviejo. Niquía. Cuesta de Medina. El Alto de San Pedro. Santa Bárbara. Riochico. El Peñol. Entrerriós

Al dejar a Medellín, capital del Estado de Antioquia, se toma rumbo al Norte y se atraviesa una carretera de seis a ocho cuadras de longitud. ¡Cosa rara!; en nuestra tierra, los peores caminos están siempre cerca de los grandes centros de población, lo que se explica porque siendo en esos puntos un poco mayor el tráfico y teniendo la costumbre de no componerlos, la concurrencia de bestias y de hombres amasa y bate la tierra y forma lodazales espantosos. Sin embargo, justicia sea hecha, hoy se abren los desagües laterales, se pica el centro y se arrojan algunas cargas de cascajo sobre la ruta.

Al abandonar esta carretera se pasa el arroyuelo del ahorcado, cuyo nombre tiene singular derivación. En tiempos del Rey, no sabemos en qué año, se perseguía activamente a un reo, presunto de no sabemos qué delito. Un Alcalde de la Santa Hermandad dio con él y lo capturó por //FOLIO 1V// los lados de Copacabana. Parece que conduciéndolo a Medellín, o a la Villa, como se decía entonces, se enfadó con la comisión, así al pobre hombre y sin tramitaciones dilatorias le colgó por el pescuezo, e hizo justicia a nombre del soberano, y continuó luego a dar cuenta de lo actuado. La operación se encontró bien hecha por las autoridades de la época; se ordenó seguir juicio al muerto conforme á derecho y la cosa paró en eso y el arroyuelo conservó y conserva su nombre.

Siguiendo la misma dirección, se deja sobre el flanco derecho el cementerio de los ricos; porque parece que en asuntos de muerte también hay sus distinciones y su aristocracia. Sobre la fachada de esta humilde Necrópolis, hay dos versos que sabemos de memoria, pero que no citamos por consideraciones de patriotismo. No nos gustan los panteones de corral, como los que generalmente se estilan en Colombia; nos parecen mejores en campo abierto y grande, adornados con árboles, arbustos y flores, como los que se gastan de preferencia en los Estados Unidos de América: así son menos lúgubres y menos siniestros.

Avanzamos, y antes de llegar a los Bermejales, se lee sobre una portezuela la siguiente inscripción: “Fábrica de chocolate de Antonio M. de la Cuadra”. Esta industria rudimen- //**FOLIO 2r**// tal ha sido recientemente introducida en Antioquia y creemos que con bastante buen resultado. Nos agradan mucho las industrias nacientes, sobre todo en los pueblos nuevos como el nuestro, porque con ellas se da creación a las grandes. Pretender comenzar por estas últimas, es querer edificar principiando por la techumbre. Allá iremos poco a poco Dios mediante.

Hasta el punto de Hatoviejo se sigue la ribera derecha del río de Medellín. En este pedazo de vía el terreno es sumamente estéril; de color rojo en su mayor parte con escasa vegetación y de aspecto paupérrimo; sin embargo, junto a las casitas se cultivan sementeras de maíz, algunas matas de plátanos, yucales y árboles de frutas. Las guamas, las naranjas, los mangos y las piñas merecen bien la ponderación que de ellas se hace. Entre la rara vegetación que cubre el suelo se encuentran algunos arbolillos de noro, excelente madera para carbón, que proporciona el recurso mesquino tráfico con los herreros de la ciudad, á unos pocos de los desprovistos habitantes de ese campo. El resto de arbustos que cubre la campiña es talado por familias enteras de leñadores, que llevan diariamente a Medellín haces enormes de combustibles sobre la cabeza, más grandes algunas veces que el mismo conductor, y que se venden á buenos precios por el agotamiento creciente del artículo.

En este //**FOLIO 2v**// lugar las dos cordilleras que encajonan el valle de Medellín, se estrechan bastante para formar una especie de ancón, de suerte que no quedan cerca del río sino espacios muy reducidos que contienen unas pocas vegas, feraces y bonitas, es cierto, pero que por su pequeñez podríamos llamar veguitas de mala muerte.

No obstante, “no hay mal que por bien no venga”, y esa misma esterilidad del circuito hará acaso en lo venidero su prosperidad, porque a esa circunstancia desfavorable al presente, se debe en gran parte el hacinamiento en depósitos opulentos de un riquísimo mineral de hierro. El mineral se encuentra en estado de óxido hidratado, y es por la segregación de ese óxido, en partículas muy pequeñas, por lo que la tierra se ha tornado en toda su extensión, rubicunda: por eso el punto se llama “Bermejales”.

A cuatro millas de camino deja, quien quiera venir a San Pedro, la orilla derecha del río y toma siempre al Norte la ribera izquierda hasta llegar a

Hatoviejo, pueblecito muy antiguo. La senda no cambia de aspecto en este trascurso, sino por ser un poco más verde, cultivada y risueña.

Junto a Hatoviejo, al Norte, corre el riachuelo llamado García, que a po- //FOLIO 2v// cas cuadradas del poblado derrama sus aguas en las del río Medellín. Esta corriente tiene su origen encima de la cordillera, en la meseta de Obejas; pero no es ella sola la que baña, refresca y fecundiza los campos de Hatoviejo: existen también La Madera y Niquía, de menos significación que la primera.

El vallecito sobre el que descansa Hatoviejo, sin ser muy extenso, no es excesivamente reducido. Podrá tener algunos miles de hectáreas de terreno; y tanto por eso, como por ser muy fértil en la parte baja, y de mediana feracidad en la parte superior, podrá valer hoy, tomado en globo, cerca de un millón de pesos. Ese pedazo de terreno, un poco después de la Conquista, fue concedido por el Rey de España á uno de sus humildes siervos, por diez y siete castellanos de oro en polvo: oro de muy buena ley, eso sí.

Antes de abandonar este pueblecito digamos de él, que el café que se produce en sus huertos, es el más aromático y el más delicioso del Estado de Antioquia; que sus frutas son exquisitas, sus habitantes pobres; que tiene como mil cuatrocientas almas; que su temperatura es de 21° centígrados; que su altura sobre el nivel del mar será aproximativamente de 1355 metros y que su clima es uno de los más saludables de Colombia.

Después de atravesar el llano de Ni- //FOLIO 3r// quía se llega al raudal de este nombre, y en la base de la cordillera en el punto preciso en que comienza el ascenso de la cuesta de San Pedro, para llegar a su parte culminante o Alto de Medina.

Es muy buen baño el que se toma en las cómodas excavaciones de serpentina, que por una sucesión no interrumpida sirven de lecho a ese claro y delicioso torrente. Después de un baño, un almuerzo de camino a la orilla del agua, almuerzo a tajo abierto, al aire libre, debajo del follaje de los árboles, da una provisión inagotable de fuerza para emprender ese trabajo de escalada, tan común en nuestras cordilleras. No gustamos —en viaje— de esas comidas en ventas y posadas, comidas subterráneas ó por socabón, para hablar el lenguaje del país, puesto que andamos por tierras de minería.

La cuesta de San Pedro tiene un camino refeccionado y muy andable: se pasa fácilmente por ahora. En los barrancos de uno y otro lado de la senda se ven cortados por el reciente trabajo de composición, numerosos

filones de cuarzo compacto y blanco, la mayor parte de ellos estériles, sin que por eso falte uno que otro que dé pintas auríferas. Esos filoncillos llevan constantemente dirección de oriente á occidente, lo que da asidero para poner de manifiesto una breve observación que muestra tener su ligera importancia geológica.

La //**FOLIO 3v**// cordillera de enfrente, que corresponde a Guarne y Piedrasblancas, está también cruzada por numerosos veneros cuaríferos, enteramente análogos a los anteriores, tanto por su estructura como por su dirección; y si á eso se agrega que la base que sirve de formación á las respectivas montañas, y las rocas que encajonan los hilos mencionados son enteramente iguales, se tendrá clara demostración de que su aparecimiento o elevación sobre el mar ha debido ser coetáneo.

Hacia la mitad de la cuesta hay un corto plano nivelado ó ensilladura, en donde el aire sopla recio y frecuentemente, por lo cual ese paraje se llama el Venteadero.

Desde el Alto de Medina, ó sea la cumbre de la cordillera, se abarca completamente con la vista todo el valle de Medellín, y mucho más: es este —acaso— uno de los paisajes más bellos, más lúcidos y pintorescos del país. En los días despejados el observador puede alcanzar, mirando con el ojo desnudo hacia la parte meridional, las sombras azuladas y medio desvanecidas de la montaña de Villa lobos en el Estado del Cauca; interpuesta se divisa una gran pirámide que constituye la montaña de Cerrobrabo, a cuya falda se resbala el pueblo de Fredonia; sesgando un poco hacia el Sudoeste se perciben sobresalientes los picos colosales de los farallones del Chocó; mirando de nuevo sobre la izquierda, las cordilleras de Abejorral y Sonsón, y si se circunscribe un poco más el panorama, se tiene en la parte alta del río, el lindo y reducido vallecito de Caldas, el declive de La Estrella y la rinconada, verde y espléndida de Envigado.

Un poco en el centro, cubierta a medias por las arboledas de sus jardines, está Medellín, blanca y brillante al lado de las curvas viperinas de su río. Itagüí, Belén, Aná, Hatoviejo y un poco sobre la siniestra, Copacabana, se destacan sobre el césped del valle como otros tantos puntos de luz, ricos de magnificencia y de primor. La cordillera de San Miguel al Sur; la de las Palmas al oriente; la del Manzanillo al ocaso, y al Norte la loma de Quitasol y el Alto de Medina, cierran con la prolongación de

sus cejas, el grande óvalo en que se encuentra como engastada esta altiva y soberbia comarca.

En el Alto de Medina la temperatura baja considerablemente: el termómetro centígrado señala apenas 17°, el suelo se empobrece de una manera lastimosa y la vegetación, de acuerdo con la falta de calor y con la penuria de la tierra vegetal, se rebaja y reduce de modo sorprendente. //FOLIO 4v//
dente. El agua de los arroyos es fresca, pura y deliciosa para beber. El aire se respira a pleno pulmón y esparce sobre la economía una especie de anestesia deliciosa. El organismo se alienta y la vida cobra vigor sobre esas alturas.

Las plantas más comunes por allí son algunas especies de las iridáceas, zumaque venenoso, mistáceas raras, gramíneas sin jugo, numerosos individuos de las melastomáceas, de trecho en trecho algunos robles corpulentos.

Un territorio tan desnudo y estéril debe ser necesariamente pobre en seres vivientes, por manera que, exceptuando unos pocos venados, algunas mirlas negras, uno que otro picaflor y pajarillos de plumaje gris y poco brillante, se buscaría en vano la vida activa de la organización animal. Como este estado de cosas, con raras excepciones que se harán notar al paso, se prolonga hasta la Boca del monte, un poco al Nordeste de Santarrosa, se dirá de una vez y por todas, que la gran mayoría de estos campos tiene impreso el tipo de la desolación, del aislamiento y de la tristeza. En efecto, si se nos permitiera una expresión algo atrevida, diríamos que son estos parajes los más hipocondríacos de la creación.

Pero como no hay cosa alguna en el mundo que no tenga compensación, esta tierra tan mezquina en producciones vegetales y animales ha sido y es eminentemente aurífera. Los habitantes del Estado en general y los de San Pedro en particular, opinan y sostienen que las minas de oro corrido están casi completamente agotadas. Si esto se aplicara a los aluviones bajos y a los aventaderos, sería en gran manera cierto; pero no parece muy exacto en cuanto á las minas de veta. Por lo que toca á éstas, podemos asegurar, sin temor de equivocarnos, que no han entrado aún en el primer periodo de su florecimiento, y que su desarrollo ulterior se anuncia risueño. Lo que sí juzgamos estar fuera de toda duda, es que los recursos actuales para la explotación no permiten vencer las numerosas dificultades ofrecidas por la estructura peculiar de los terrenos.

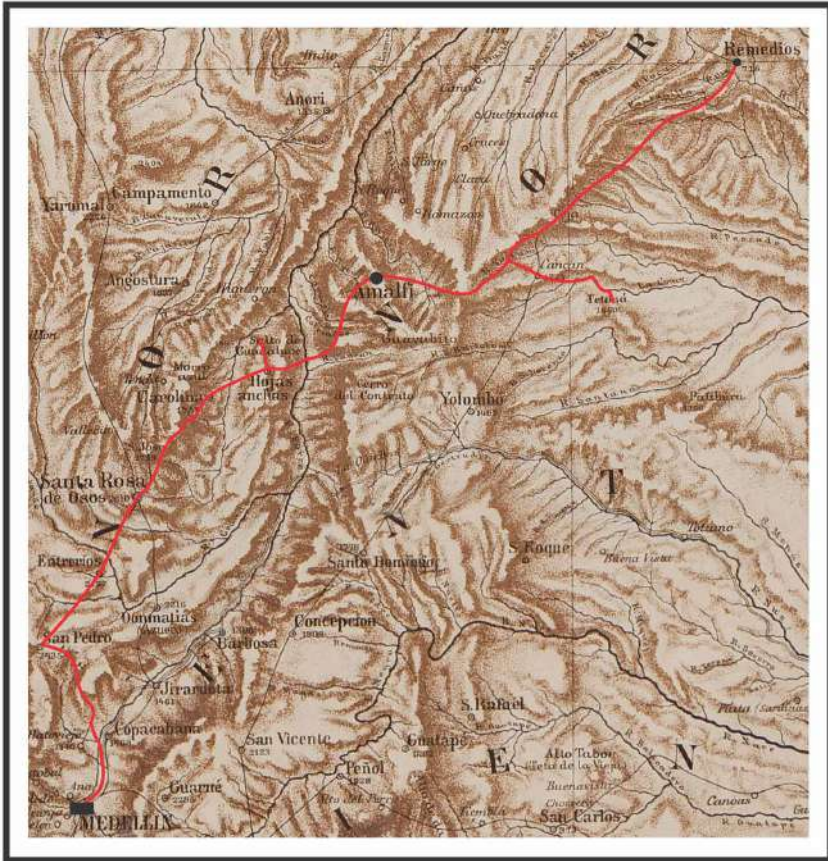


IMAGEN 7. Mapa del recorrido de Manuel Uribe Ángel. Medellín – Remedios, 1867.

Fuente: Mapa hecho por los autores a partir de Mapa del Estado de Antioquia. Manuel Uribe Ángel, 1885. En: Manuel Uribe Ángel, *Jeografía general del Estado de Antioquia en Colombia*, Paris, Imprenta de Victor Goupy y Jourdan, 1885.

La nave en que descansa San Pedro, desde el Alto de Medina hasta el pie de la cordillera de Santa Bárbara, y en grande extensión á los flancos del camino, es una serie no interrumpida de montañuelas, colinas, collados u otros de mayor ó menor altura, separados por cañadas que refrescan riachuelos y fuentes.

La costra superior del territorio es de //FOLIO 5v// formación cretácea tinturada por óxidos de hierro en la mayor parte. El color de esta primera capa varía sin embargo con alguna frecuencia, siendo rojo puro, ocre, rojizo, azulado, amarillo, gris ó francamente blanco; pero en todo caso parece evidente que esa capa abigarrada es el detrito resultante de la vieja descomposición de rocas feldespáticas. La capa que sigue á esta primera costra, y que constituye en algunos lugares el carguero de las minas de aluvión, es casi en su totalidad cuarzo blanco grosero, manchado de rojo, amarillo ó azul, al cual los trabajadores llaman piedra mulata. La roca que enajona hilos de cuarzo aurífero es por lo general el conocido esquisto cretáceo y no la diorita, el granstein ó la serpentina, como en otros lugares. En ocasiones, y esto es muy común, el filón se encuentra solo en la tierra, sin respaldo rocalloso, lo que probablemente ha dado ocasión á las repetidas fracturas, dislocaciones y desarreglos que ofrece al explotador. Últimamente, en el fondo de las bateas, al tiempo de separar el oro de las arenas que lo acompañan, quedan fragmentos de rocas que por lo general son óxidos cromatos y titanatos de hierro.

La disposición ondulada //FOLIO 6r// de las colinas de esta mesa, prueba en cierto modo que los filones, al tiempo del levantamiento, han debido, ó acomodarse con estas ondulaciones, ó fracturarse en ciertas partes. Así ha debido acontecer porque las vetas en estos sitios tienen la reputación de ser cortas, poco constantes en su dirección y consumidoras. Por eso los trabajos emprendidos hasta el presente no han dado resultados ventajosos sino por excepción.

Cerca del riachuelo llamado La Pulgarina, está colocada la cabecera del distrito de San Pedro. Este lugar, como muchos otros del Estado, no debió su existencia á un motivo deliberado, sino más bien a la necesidad que hubo de extraer el oro de sus cercanías. Los trabajos en el principio daban opimos rendimientos, lo que atrajo al sitio una porción de buscadores de la buena fortuna; y aunque en el día la explotación se haya empobrecido, y esté lejos de parangonarse con el pasado, todavía

no es tan mezquina que no permita la existencia de un pueblo pobre en verdad, pero aseado y bonito como lo son en su mayor parte los de Antioquia.

Tenía San Pedro, en 1853, cerca de cinco mil habitantes. Su //FOLIO 6v// altura sobre el nivel del mar es de 2435 m. y su temperatura media 16° centígrados. El clima es seco, rígido, tónico, benéfico para la salud. Los habitantes son robustos, emprendedores y de buenas costumbres, en lo general. El espíritu travieso y bullanguero de otros lugares antioqueños es desconocido en este distrito.

Los elementos de prosperidad para lo futuro, si la industria minera llega á decaer definitivamente, son nulos ó casi nulos para San Pedro. La falta de tierra vegetal no permite pensar en el desarrollo de la agricultura; aunque por una causa que no puede explicarse, sino atendiendo al espíritu laborioso de nuestros compatriotas, se ve que algunas personas han tenido la osadía de querer establecer dehesas para ganado mayor en esos calicheros áridos, desjugados y sin vitalidad. La verdad es que el viajero recorre una grande extensión de territorio sin ver ni corderos ni cabras, ni vacas ni novillos. Las costumbres de los habitantes de este distrito, en cuanto á menaje, nos han hecho la impresión de ser moderadas, y primitivas en su carácter. Hay economía en la manera de vivir y orden, compostura y moderación en todo. Existe en casi todos los distritos de Antioquia un grupito señalado y preciso de vejetes de mala vida y mozos sin oficio, abonados diarios de los andenes, de los billares, de la gallera y de la mesa de monte, que forma por desgracia un cáncer social de difícil extirpación. Si á eso se agregara algunos mag-nates de dañina influencia, uno ó dos rúbulas, el cuadro de la fatalidad quedaría completo y acabado. Valga sin embargo la imparcialidad: San Pedro, á este respecto, ha sido uno de los pueblos más //FOLIO 7r// favorecidos del Estado.

Al Norte de San Pedro, interpuesta entre este lugar y el Riochico, está la cordillera de Santa Bárbara, un poco rebajada de altura, si se atiende a las moles enormes que superabundan en el país, pero que en otras partes del mundo sería notable por su elevación y por su longitud. En Santa Bárbara, los indicios de una mineralización aurífera son visibles: las rocas cambian un poco de aspecto y tanto sobre el camino como á la vera de él y á distancia, se perciben muchos bloques redondeados de sienita

granitoide. El bosque es un poco más fértil, el humus más abundante y el aspecto general del paisaje menos triste, porque algunos arbustos de bella florescencia, árboles de espeso follaje y espléndidas orquidáceas con ramilletes dorados, rojos, grises y purpurinos, esmaltan, alegran y vivifican la montaña.

Desde la cúspide del cerro de Santa Bárbara ó Patiobonito el ojo del viajero puede explorar, con solo una mirada, grande extensión de territorio. Sin hablar de la parte Sur, que se deja á la espalda, se tiene de frente el antiguo Valle de los Osos, y en su centro, allá, á gran distancia, la ciudad de Santa Rosa asentada en su gran trono de oro; pero decadente hoy y sin el cetro de opulencia que antes empuñaba con orgullo. Más cercana y sobre la cima de la cordillera vecina, que forma la ladera izquierda del Riochico, se alcanza á distinguir, erguida y majestuosa, corpulenta y tranquila, una gran masa de piedra que por su forma de grande esfinge, despierta recuerdos del Nilo, de las pirámides, del desierto, de los faraones y de los Tolomeos. Esa gran masa es el peñol de Riochico, hermano gemelo de aquel otro promontorio de roca que demora al oriente, sobre otro ramal de la cordillera. Ambos parecen mirarse fi- //FOLIO 7v// jamente al travez de la gran distancia que los separa, y por encima de las blancas y mefíticas neblinas de la hoya del Porce que se presenta en medio.

Cuando se baja del alto de Santa Bárbara, por su falda del Norte, se descende después de un trascurso de dos millas á la parte inferior del Riochico. En la planicie ya, el campo cambia de aspecto, y la vista se consuela con la contemplación de un circuito más feraz y productivo. La capa de tierra vegetal es poderosa, relativamente hablando, y los pastos verdes y menos rígidos que en los alrededores de San Pedro. Los ganados abundantes también en proporción, sanos y lúcidos, pacen en mayor cantidad en las dehesas de las faldas y en las del río; numerosas habitaciones, pajizas unas y cubiertas de tejas otras, dominan las alturas ó están o en lo más hondo del valle; las sementeras anuncian por su verdor y su follaje más riqueza de espiga y más fecundidad, los pastores y los mineros revelan actividad fervorosa en un país menos contrario que sus vecinos á la remuneración del trabajo: más al travez de esa escasa y difícil agricultura, la minería levanta la cabeza como dueña y dominadora del campo.

El Riochico tiene sus nacimientos al occidente, en las cumbres del alto Páramo de Santa Inés, entre Belmira y Quebraditas. Es rico desde sus nacimientos, y tanto en la parte alta como en la baja sus veneros y aluviones han sido explotados con lucro. Los trabajaderos de Belmira gozaron en lo antiguo de gran reputación y nombradía y los depósitos inferiores dan, aún en la época presente, cuantiosa suma del metal apetecido. En el río mismo se extrae el oro por zabullidores, y en las playas hay minas de saca labo- //FOLIO 8r// radas á gran costo por medio de aparatos complicados, pero que aún así son bellamente productivas.

Riochico arrastra en sus arenas partículas menudas de gemas preciosas, como rubíes, granates, corindón y diamantes. Está hecho el análisis de las arenas ó madres arrastradas por este río, y el resultado ha sido idéntico al ejecutado con algunas arenas de California. Acaso con el tiempo se descubran del lado de la cordillera, hacia el occidente, algunos depósitos de estas valiosas materias, que tanto por su transporte actual, como por razones que suministra la ciencia, creemos muy posibles y naturales.

¡Qué lindos son los amarrabollos que bordean el camino á lo largo de este dorado río! Y no son solo los amarrabollos los que contribuyen á darle realce á la hermosura de este sitio: el caratero, el encenillo, el chilco y otros variados árboles, arbustos y plantas menores, traen su contingente de lozanía para darle aspecto encantador.

La pendiente que se trepa luego está cubierta de bosque, no de bosque de carácter primitivo sinó de otro secundario, típico de las florestas que han probado el filo cortante de la implacable hacha del antioqueño.

Sobre la cresta de esta montañuela encontramos ya, faz á faz, el monolito colosal, el peñol que antes divisamos.

Su elevación puede ascender á unos 35 ó 40 metros; está inclinado sobre su base, como la torre célebre de Pisa; pero tanto por lo sólido de su fundamento, como por tener en su circunferencia vigorosos bastiones de la misma roca, se conserva en pie, firme, recio, incontrastable, desafiando //FOLIO 8v// los años y los elementos.

Este gran canto de sienita tiene cuatro caras, de las cuales las que miran al Norte y al Suroeste son muchísimo más anchas que las dos restantes. La inclinación de que hemos hablado se verifica al Norte y es tan considerable, que alguien que lo mirara desde el camino lo creería

próximo á rodar. Desde su extremidad superior hasta muy cerca del suelo, las aguas lluvias ayudadas por el aire y por el sol, le han abierto canales multiplicados y paralelos semejantes á los hundimientos longitudinales que separan los cachos de un melón.

Se conoce que el tiempo va metiendo poco a poco su diente destructor en esta roca; pero aún le queda oficio, porque la víctima tiene también su fuerza y su vigor. Esta primera jornada se termina con nuestro arribo al pueblo de Entrerríos, así llamado por su situación entre el Riochico al Sur y el Ríogrande al Norte.

Ignoramos á qué época fija se remonta la fecha de esta fundación; pero se nos ha informado que Entrerríos debió su existencia á empresas más agrícolas que mineras, sin que las últimas hayan dejado de influir un poco en tal asunto. Si tratáramos de describir ese vallecito repetiríamos poco más ó menos lo que dicho tenemos de Riochico: pasaremos, pues, en silencio lo que á él atañe en pormenores.

El clima de Entrerríos es de 17° centígrados; su altura sobre el nivel del mar es de 2127 m., su aire saludable y su aspecto quieto, sosegado y tranquilo. Al occidente y al oriente tiene algunas praderas y los pastos parecen frescos y nutritivos.

El reducido caserío de la pa- //**FOLIO 9r**// rroquia ó distrito como se dice ahora, está compuesto de un breve grupo de edificios cubiertos de tejas en su mayor parte; de una humilde iglesia y de una plazuela que tiene por único adorno un añoso y ya moribundo guarango, dividive de los bogotanos, cisalpina crispta de los botánicos.

En todo el lugarcito reina una calma, una quietud, un silencio que harían honor a la gran Cartuja.

N.º 2. Ríogrande, Cejas de Santarrosa, Santarrosa, Minas, San José, Guanacas, Carolina, Enfermos

A las cuatro de la mañana en pie y á las cinco á caballo. El frío de la madrugada en estas colinas es muy intenso y desagradable. Pasamos el Ríogrande por regular puente construido en una grande estrechura formada por la aproximación de las rocas, y trepamos á la altura que lo domina cuando los primeros rayos del sol comenzaban á iluminar el horizonte.

El Río grande tiene sus nacimientos en las alturas de la cordillera, al occidente de Santarrosa, que se conocen con el nombre de Tierra - adentro. Al principio endereza su curso un poco al Suroeste, luego sigue al oriente y recibe un poco más arriba - //FOLIO 9v// ba del distrito de Don Matías las aguas del Riochico. Ambos presentan en su curso alternativas de mansedumbre y de brabura, que en puntos llegan á ser vistosas, ya por su apacible belleza, ya por su rompimiento temerario y audaz contra las rocas.

Reunidos yá, forman caudal de agua de bastante consideración; avanzan siempre al este, descienden la pendiente de la cordillera, reciben torrentes de cada lado, se engolfan en un espeso bosque, y se mezclan con las aguas del Porce.

¡Qué hermoso es el amanecer en las alturas de Santarrosa! Por ser la meseta tan elevada y el horizonte tan extenso, el sol se muestra de repente como un globo encendido, y como si de un brinco saliera de la tierra: es un amanecer marítimo, pero en un mar de colinas. La aurora vista por encima de los tejados, desde el centro de las ciudades, es triste y desaparecible; la aurora contemplada desde las alturas, al aire libre, en campos extensos y claros, es la que ha debido engendrar las arrebatadoras imágenes de la mitología y los suaves y admirables cantos de los poetas.

Cuando el soplo vivificante de la civilización no ha echado aún sobre el cerebro del bárbaro la idea verdadera de un Dios, razón tiene en adorar al sol, sobre todo si habita regiones de frío como la que ahora transitamos.

¿Para qué recalcar más sobre la descripción de los terrenos y de la vegetación que //FOLIO 10r// rodean a Santarrosa? Son unos mismos por todas partes, con corta diferencia. Entre colina y colina hay una cañada, en la cual ó los robles son más potentes ó los arbustos son más copados. La tierra en esos sitios bajos tiene aspiraciones á feracidad, pero como el abono que recibe de las eminencias es escaso en demasía, la ganancia viene á ser de muy débil consideración ¡Siempre el fitofito, los mortiños, los carboneros, el romerillo y el zumaque!

No sabemos á punto fijo ni el día ni el mes, ni el año de la fundación de Santarrosa: se sabe solamente que unos señores Jaramillos, Posadas, Zeas y Rodríguez, fueron los primeros pobladores; que muchos de ellos iban de Rionegro y Medellín hasta allá en tres, cuatro y cinco días,

cabalgando en bueyes de silla y por pésimas veredas; que en sus principios las minas se trabajaban por cuadrillas de esclavos, y que eran riquísimas; que no tuvo gobierno propio, dependiendo siempre su administración de las providencias expedidas en la vieja ciudad de Antioquia; que enriqueció y se pobló con mucha rapidez; que á fines del pasado siglo había cambiado ya su teniente de gobernador por un régimen municipal privativo á ella misma, y que en idéntica época, servía como cuartel general y como centro para auxilio y creación de las nuevas poblaciones que se erigieron en el Norte y el Nordeste del Estado.

Esta ciudad está hoy en decadencia sin dejar sus aires de importancia. Su postración no es tan extremada que deba renunciar á un buen porvenir, pues, por el contrario, creemos que tiene //FOLIO 10v// en sí elementos de vida propia y de prosperidad futura. Por ella debe pasar, ó más bien, pasa el camino que de Yarumal conduce á Cáceres, en la parte navegable del Cauca. Si ese camino se atiende debidamente, Santarrosa se colocará en capacidad de regenerarse.

El Estado de Antioquia tiene necesidad premiosa, no solo de una, sino de varias vías de comunicación que lo pongan en contacto, ó con el mar, ó con un gran río navegable. Un camino establecido de Bolívar á Quibdó redimiría los pueblos del Sudoeste; uno de Urao al Golfo de Urabá, y el occidente quedará manumitido; los caminos de Manizales, Salamina y Sonsón hasta el Magdalena, contribuirán al porvenir del Sur y Sur-este; la ruta que conduzca á Nare será de gran valía para los pueblos de oriente; ya veremos las ventajas que de una buena vía de comunicación podría derivar el Nordeste; y, en fin, el Norte del Estado deberá esperararlo todo de la navegación del Cauca á vapor, ó de un fácil tránsito hasta Cáceres ó Raudales.

Santarrosa es una población alegre y festiva en su aspecto exterior, no tanto por lo bullicioso y comunicativo de sus habitantes, que parecen un poco apáticos y friolentos, cuanto por el aseo y cuidado con que están gobernados sus modestos edificios. La calle llamada del Palo es ancha y bien dispuesta, y la que desde su extremidad al Norte conduce á la plaza es espaciosa y casi bella: las callejuelas de travesía tampoco care- //FOLIO 11r// cen de gracia y de interés. La iglesia principal está hoy en demolición y se ocupan en reconstruirla. El plano sobre el cual está asentada la población es una mole saliente de terreno, una rica

mina según se asegura, y por tanto entraña un sacrificio inmenso, de la almádana y de la barra, en aras de una ciudad. Hay viejos conocedores de la riqueza peculiar del suelo, que aseguran sería buen negocio obligarse a construir una ciudad igual en otro punto cualquiera por el derecho de explotar este mineral.

La población está rodeada por altísimas barrancas, y las labores llegan en ocasiones á las aceras de las casas. La policía tiene que intervenir á veces para evitar el que ladrones rateros, durante la noche, excaven las bases de estos despeñaderos, roben la tierra y la laven para sacar el oro que contiene. Después de los grandes aguaceros, la tierra arrastrada por las calles y detenida en los arroyos da hermosa y luciente pinta en la batea.

Hásenos hablado al paso de dos curiosas comunicaciones autógrafas del general José M^a Córdova al jefe político, durante la guerra de emancipación. La primera es respuesta que da al denuncio de la invasión de Warleta y que en sentencia es como sigue: “Deje Ud venir á ese pícaro, que yo le aseguro que no me durará dos empellones”.

La segunda posterior, es una //FOLIO 12r// orden: “Entregue ud al patriota José María Mirés, la casa del rebelde Manuel Rada, a quien mandé fusilar en Yarumal”. El mozo de Boyacá era bastante categórico y sumario en su administración. Pichincha y Ayacucho lo perfeccionaron en ese camino.

La altura de Santarrosa sobre el nivel del mar es de 3.600 m. Su temperatura de 15° centígrados. El clima es uno de los más saludables de América.

Dos leguas más de peregrinación hacia el Nordeste y damos con otra región diferente de la Boca del Monte. ¡Qué larga es esta carrera no interrumpida de soledad y de monotonía, que se deja atrás! Al despedirse de ella, se tiene forzosamente que traer a la memoria el tan traqueado, pero expresivo verso del poeta latino: “Luctos ubique pavor et plusimae mortis imago”.

La Boca del Monte, la falda de la montaña de San José, esto ya es otra cosa: no mucho en verdad, pero tierra negruzca, árboles variados y fornidos, flores diversas, enredaderas, pajarillos, parásitas alegres, insectos, vida, en fin.

La vereda que no hace mucho tiempo servía para atravesar esta montaña de San José, escalaba directamente y de un modo casi vertical

la cumbre del cerro, y eso por entre cortantes rocas, precipicios llenos de peligros y saltos casi imposibles. Hoy se ha cambiado un poco la dirección, y ladeando la mole montañosa, se ha establecido la vía algo más baja, más racional y más prudente. No por esto de- //FOLIO 12v// cimos que el tránsito sea cómodo y fácil, no; el camino es nuevo, el bosque lo cubre en parte, los rayos del sol no alcanzan á orearlo y los lodazales son capaces de enredar una mariposa. El tiempo, el desmonte y un poco de cascajo, serán obras de misericordia para el viajero en ese punto.

Colombia es la tierra clásica de los malos caminos; y en Colombia el Estado de Antioquia está, puede ser, á la vanguardia en tal sentido. Rentas para mejorarlos y para establecerlos no han faltado enteramente, pero la mejora habrá sido mal conducida, porque estamos, á la hora que es, casi como por los tiempos de la Conquista. Actualmente se oye una especie de alarde que hace esperar la aproximación de un cambio favorable, una época de transición progresiva. ¡Dios permita que así sea, porque de todos los remedios para las necesidades urgentes de esta patria en que hemos nacido, ninguno nos parece tan oportuno ni tan redentor!

Empero, valga la verdad: desde Medellín hasta San José la ruta que tenemos andada nos ha parecido bastante buena ¡Qué diferencia en el paso, en la salud, en la economía de tiempo, en el descanso, en el agrado, en todo! Hemos estado á punto de gritar con entusiasmo: ¡Viva Antioquia, viva la paz, viva el Gobierno!, pero no nos gusta escribir sobre política.

En esta República de en- //FOLIO 13r// sayos, en que todo se inicia y poco se cumple; en esta tierra federal hoy y centralista mañana; en esta Nación en que se deifica o se denigra la libertad alternativamente; en que toda utopía tiene asidero, todo sistema defensores y adversarios; toda doctrina prosélitos y enemigos; en que las fases de las cosas se vuelven y revuelven en diferentes sentidos, para no aceptar definitivamente ninguna, las vías de comunicación en sus teorías, han estado expuestas á los mismos vaivenes, á la misma velocidad, á las mismas contradicciones y, en la práctica, á la misma nulidad. Leyes suntuarias, planes diversos, cálculos ilusorios, todo se ha propuesto y hoy estamos en el mismo punto de partida, merced á nuestra insustancial charlatanería política y a nuestra incapacidad administrativa, en cuestiones de

hecho y de verificación práctica. Estas verdades son un poco amargas, pero parecen verdades.

La cumbre del cerro de San José queda á mucha elevación sobre el nivel del mar, y es acaso el pico más elevado de las montañas centrales antioqueñas. Si hubiéramos de creer la relación común de los peones, labriegos y charladores de viaje, desde esa empinada cresta, en los días despejados, se vería casi todo el mundo; por el Nordeste, dirían unos, hasta el humo de las cocinas de Remedios; por el Sur, agregarían otros, hasta el campanario de la iglesia parroquial de Cartago; por el oriente, el Magdalena, y por el occidente, el mar.

Desde que comienza á dejarse //FOLIO 13v// la parte superior de esta montaña de San José, se empieza á descender la cuesta de Guanacas, para bajar al vallecito del mismo nombre. La hondonada de Guanacas es sumamente agradable á la vista, tanto por la feracidad de sus bien cultivados campos y la lozanía de sus ganados, cuanto por hallarse metido en un país erizado, difícil y abrupto por todos lados. Se parece en su conjunto á Riochico y Entrerrios, pero les hace ventaja por su mayor suma de riqueza natural. El riachuelo que la baña, y que lleva su nombre, es de alguna consideración, de aguas purísimas y cristalinas, corre directamente para el Este y las rinde en el Guadalupe.

Al dejar el vallecito de Guanacas, tornámos á escalar la altura opuesta. Después de pasar una travesía, se emprende la bajada de declive que conduce á Carolina. El trozo de vía, desde San José hasta Carolina, no ha gozado aún de los beneficios de la reforma de caminos, pero, como el tiempo era bueno, el pasaje se hizo sin graves dificultades. La mayor parte de ese trayecto está cubierto de bosque, sobre el cual no llamamos la atención sino para hacer notar la existencia de muchos individuos de las rubiáceas, sobre todo, el árbol llamado azuceno en el país, *chinchona magnifolia*, de flor blanca, radiada, elegante y cuyo agradable aroma perfuma los campos en que vegeta. Desgraciadamente las quininas de nuestro país son pobrísimas en alcaloides, y tanto este individuo como los otros, //FOLIO 14r// tienen cantidades mínimas de quinina que se oponen á su beneficio. ¡Diablos! Tenemos oro y podemos tener café, tabaco, añil, cacao, azúcar, maderas, resinas, gomas, aceites y muchísimo más. No tenemos por qué quejarnos.

En la cúspide de esas montañas el viajero anda sobre pedruscos de talco esquisto; en el declive percibe pedrezuelas de gneis, luego cuarzo blanco y en ocasiones sienitas, dioritas y fonolitos rodados. Tierra de minas.

Carolina es un distrito fundado en el año de 1787. Su fundación no se debe á los esfuerzos de un individuo particular, sino á la necesidad en que se encontraron algunas familias de Medellín, Rionegro, Antioquia y Santarrosa, de establecer una especie de cuartel general para el más cómodo laboreo de las numerosas minas de sus alrededores, de las de Tenche, Pajarito, Porce, Nechí y otras. Pero como por una parte esa topografía fuera muy desfavorable, y por otra, la que hoy ocupa fuese de clima benigno, abundante en aguas, ventilada y con mejores condiciones, los pobladores resolvieron definitivamente fijarse en este paraje, lo que se verificó por los años de 1780 á 1783.

Don Vicente Restrepo regaló todos los terrenos necesarios para el poblado, un Dr. Fonnegra renunció en su favor ciertas pretensiones de propiedad que alegaba tener como heredero de un señor Quintana, su abuelo, primer explorador de esas entonces tenebrosas selvas. Don Pedro Rodríguez de Zea, teniente de gobernador en el Valle de los Osos, fue comisionado para dirigir los pormenores en //**FOLIO 14v**// la fábrica de la nueva colonia; y el señor Mont, visitador delegado por la Audiencia de Santa Fe, dio la licencia respectiva para la fundación y expidió autos minuciosos para obtener buen éxito en la empresa. Son curiosos y aún dignos de estudio los mandatos, consejos y disposiciones del Sr. Visitador, porque ellos prueban, de un modo terminante, que si aquellos godos no hacían bien las cosas, era por falta de voluntad y no porque ignorasen los principios científicos y de buen orden que deben observarse en casos tales. Ellos sabían sobre esas cosas más que nosotros. El lugar se llamó Carolina del Príncipe; aumentó con bastante rapidez y se detuvo en sus progresos de la misma manera.

Los alrededores de la población son pintorescos, y sus manaderos, arroyos, fuentes, torrentes y ríos, fueron en su tiempo maravillosamente auríferos. Era éste, antes de la Conquista, uno de los asentos principales de la nación Nutabe, indios guerreros y que con la fama de su riqueza inspiraron al viejo cura de Tunja, don Juan de Castellanos, esta fácil y bien rimada estrofa: “porque quebradas, ríos, vertederos y cualquiera lugar

que se catea, manifiestan auríferos veneros en que el humano pecho se recrea, y en que la actividad de los mineros saca bien proveída la batea. Llamanse Nutabes estas gentes; herbolareas demás de ser valientes”.

La tem- //FOLIO 15r// peratura media de Carolina es de 18°,5 y su altura sobre el nivel del mar 1755 m.

Aunque el clima es apacible, el agua de buena calidad y en general los agentes higiénicos poco alterantes, su proximidad al Porce y al riachuelo Nechí, sus establecimientos en partes deletéreas, y al decir de algunos, sus costumbres poco acomodadas á los principios de una buena higiene, producen un número exorbitante de enfermos.

Las fiebres tifoideas, las bubas, la úlcera cancerosa y las afecciones de los nervios, se presentan con frecuencia. Supimos de una familia que tenía de una vez cuatro locos en su seno.

**N.º 3. Riachuelo de Carolina. Río Guadalupe.
Riachuelo de Hojas Anchas. Naturaleza del terreno.
Minerales. San Matías. Chorrera del Guadalupe**

Al dejar á Carolina y emprender camino hacia Amalfi, es preciso cambiar un poco de rumbo, y de Nordeste que era torcer francamente hacia el Este. El camino de Carolina hasta San Matías se puede llamar muy bueno comparado con los que de ordinario transitamos.

Todavía en las cercanías de Carolina se pasa el raudal de su nombre, manso, bastante bello y rico en oro. Esta corriente de agua tiene su nacimiento en el cerro de Guanacas y tributa su caudal al río Guadalupe. Se atra- //FOLIO 15v// viesa después el mencionado río por un puente de mezquina construcción, y luego, poco más adelante, el de Hojas Anchas que, como el de Carolina, contribuye á engrosar la corriente del Guadalupe, ya de alguna consideración y con poco más ó menos el mismo caudal de líquido que el Funza, antes de precipitarse por el Tequendama.

El Hojas Anchas nace en el Venteadero, tiene bastante agua, es todo él mineral prolongado, se explota con buenos medios y ha gozado siempre de cierta nombradía de riqueza. Sus vegas, aunque no muy anchas, lo son bastante para dar cierto aire plácido y ameno al paisaje y para establecer cómodamente en ellas el laboreo de las minas por el sistema de saca, como se hace en la actualidad.

El territorio que promedia entre Carolina y San Matías representa en parte el laberinto de colinas de la alta planicie de Santarrosa. El suelo es estéril en las eminencias y lo es algo menos en las cañadas; el bosque es más frondoso y la vegetación más variada. No pensamos que este grado mayor de fecundidad se deba á una capa vegetal más espesa y rica, puesto que el piso es sólido, compacto, arcilloso y teñido por óxido ferruginoso y otras de que ya hicimos mención. El defecto apuntado nos parece depender del aumento proporcional de la temperatura, y de que la vida orgánica es mantenida y estimulada en estas partes por los aires calien- //FOLIO 16r// tes del Porce y por su vecindad á él.

Habiendo salido de Carolina como á las diez de la mañana, y habiendo hecho una detención como de media hora para tomar un baño, llegamos á San Matías como á la una y cuarto de la tarde. Ese caserío, que descansa en colinas, tiene sobre su flanco izquierdo una fuentecita que lleva su nombre y que pronto se desliza por la montaña para precipitarse por la falda vecina; á la derecha una profunda hoya por donde corre el raudal llamado la Quebradona, que también sirve para aumentar las aguas del Porce. Al frente, San Matías mira la hondonada del río como desde un balcón. Los huéspedes que nos recibieron en aquel paraje pertenecen á la honrosa tribu de los hombres de buen corazón.

Teníamos tiempo para bajar con la luz del día hasta el puente de Porce y pasar allí la noche; pero reflexionando un poco, surgía fácilmente un dilema para resolver, y era éste: pasar la noche rascando las picaduras tóxicas de las chinches garrapatas, ser roídos por las cucarachas, sofocados por el calor, someternos, en fin, á los inconvenientes de un sitio inadecuado á todo reposo, ó hacer una curiosa excursión al salto de Guadalupe y volver á pasar la noche bajo un techo hospitalario, cenando bien, platicando con el patrón y durmiendo á sueño suelto. La última parte del dilema triunfó.

A la una y veinte minutos, reloj //FOLIO 16v// en mano, salimos de San Matías y pusimos el rumbo al Norte para visitar la célebre chorrera.

Puestos en marcha, tomámos por guía un hombre, habitante del caserío, quien, tirando una albarda sobre el lomo de su caballo, siguió adelante por una trocha de la próxima floresta. En el declive de esas colinas crece un árbol cuyo ramaje se cubre de tantas flores, que pudiera muy bien decirse, en el sentido más lato de la expresión, que cada individuo es

un ramillete. Esas flores son de un violado color de lilas, y su aspecto es de galanura verdaderamente admirable. Preguntamos al guía por el nombre y nos dijo: “se llama gallinazo”. No hay en el mundo académicos de peor gusto que nosotros para bautizar las cosas. ¡Gallinazo, sietecucos, amarabollo: qué nombres, y aplicados á qué plantas!

A poco andar, y después de haber trasmontado unas eminencias, principiamos á oír un ruido sordo, lejano, prolongado, á la manera de trueno de agua.

Bien pronto nos pusimos en el borde de la montaña, cortado como á bisel, ligeramente arqueado en grande extensión, pero sin eminencia alguna considerable que le sirva de antemural: bonita y hermosa vista.

La chorrera desde allí se percibe al sesgo, pero muchos de sus pormenores se pierden, ya cubiertos por los árboles de las cercanías, ya hundidos en la hoya profunda del río, ribeteado por espesos matorrales.

El si- //FOLIO 17r// tio de parada, para dar el primer vistazo á ese fenómeno tan cumplido y lleno de magnificencia, es de carácter peculiar. Independientemente de la configuración del suelo, la vegetación tiene su manera de ser propia: bosquesillos frondosos de laureles y sietecucos, mirtíneas numerosas, piperíneas de variadas especies, mimosas elegantes, y, en medio de toda esa generación complicada, las especies llamadas vulgarmente caunce con flores doradas, encenillo con pendientes argentíferos, azucenos con macetas de nieve y efluvios de aromas, arrayanes sombríos y embalsamados, pasionarias llenas de misterio, y mil individuos más que atestiguan con su presencia las producciones de la tierra fría ó apenas templada, se agrupan y se ofrecen al viajero para su estudio y observación.

Actores mudos, visitantes silenciosos, permanecemos en aquel alto proscenio contemplando admirados la vista que teníamos al frente y á los flancos. ¡Qué magnitud de formas, qué opulencia de objetos, qué profusión de cuadros! Y al mismo tiempo, ¡qué riqueza de creación, qué brillantez de colorido, qué concentración de luz! Solo esta zona tropical en que nosotros vivimos, con la energía propia de su situación cosmográfica, puede prestarse á manifestaciones de tanto poder, de tanta maravilla y tanto aliento.

El desenlace de un poema físico tan grandioso nos pareció estar en el fondo de aquella caverna inconmensurable, que pretendíamos en vano

sondear con el ojo //FOLIO 17v// desnudo. Resolvimos, pues, descender, y pusimos las cabalgaduras á la obra. El descenso para nosotros debió ser, con sola la deferencia impuesta por la sensibilidad, poco menos que lo es para el río Guadalupe, rápido, tormentoso, terrible. ¡Qué vereda, qué precipicios, qué pasaje! La escalera de Jacob.

Bajamos al fin, y lo hicimos en tres cuartos de hora; mas, ¡qué diferencia de producciones! Nos detuvimos y abandonamos las mulas, como á sesenta metros de la orilla del río. En ese lugar hay unas pocas casitas miserables: plantaciones reducidas de caña, de maíz y yuca, empresas que serían imposibles para otra gente que no fuese la nuestra, inexplicables para quien no conozca esa voluntad de hierro, esa fuerza de titán del montañés antioqueño.

La vida vegetal en aquel hueco profundo forma contraste extraño con la que tres cuartos de hora antes se deja sobre la altura: piñales bien nutridos, ciruelos, totumos, mangos, guanábanos, naranjos, nísperos, y, por encima de todos ellos, el célebre y sustancioso teobroma, el cacao santo y bendito de los climas equinocciales. He aquí la lujosa asociación de plantas que se presentó de repente para divertirnos con su vista. El calor era ya intensísimo.

La opinión del guía cuando arribamos cerca del río, fue, y eso de una manera perentoria, que no podríamos seguir adelante. La nuestra no era ni podía //FOLIO 18r// ser la misma, tanto más cuanto que desde la casita la vista del salto era mezquina é imperfecta. El destino vino entonces á socorrernos de manera inesperada con la aparición de un hombre llamado Felipe Pérez, quien, ocupado en hacer una rosería en la parte alta, había bajado, atraído por la curiosidad, cuando vio que gente en mulas cabalgaba por donde hasta entonces nadie había llegado de ese modo. Este sujeto resolvió con desenfado la cuestión de proseguir por la afirmativa, y nos dimos á la tarea. La distancia era corta hasta la base principal que sirve de caedero al agua, pero, ¡qué distancia, qué terreno, qué vía!

Pasamos al travez de una sementera recién labrada, teniendo sobre la derecha una pendiente casi vertical y, por tanto, temible. Íbamos bastante rendidos, pero resueltos á mirar la chorrera desde su base.

Terminada la parte abierta del campo, no quedaba ya, para estar en la ribera, sino un breve espacio como de treinta metros; mas de repente nuestro animoso guía se detuvo, y nosotros, al levantar la cabeza, vimos

con espanto y con disgusto algo semejante á las columnas de Hércules con su famosa letra “Non plus ultra”. Ese non plus ultra que se nos presentó obstruyendo el paso, era un matorral de zarzas que ocultaba quién sabe cuántos horrores. El conductor manifestó de modo terminante que todo esfuerzo para continuar sería inútil; pero, estimulado //FOLIO 18v// un poco, asió por el machete y puso el pecho á la faena de abrírnos paso: el empeño era difícil. Antes de penetrar en el rastrojo nos dijo, con señalada intención, y tomando aire ligeramente azorado: “Cuidado con hundirse: cuidado con el filo de las piedras: cuidado con las ramas y las espinas: cuidado con los hoyos y cuidado con las mapanáes”. A esta última advertencia un frío intenso nos anduvo por corrientes sobre el cuerpo. Hace poco, nos dijo, matamos dos en el trabajo, y por aquí las hay bien gordas y macuencas. El espíritu de curiosidad prevaleció y seguimos adelante. Dichosamente el paso se efectuó sin contratiempo. Todos los terrores que acompañan de ordinario á correrías de esta especie, son abultados un poco por la fantasía; pero ellos existen realmente: vencerlos es siempre ligera satisfacción.

Ya en la orilla del río, giramos la cabeza en derredor y fuimos seriamente conmovidos por el espectáculo. Antes de estudiarlo en sus pormenores, y antes de llegar hasta la base misma de lo que algunos llaman la cascada, nos pusimos ruanas de caucho y fundas en los sombreros para resguardarnos de ese riego constante, ó más bien aguacero diluvial que cierne en la cercanía de aquel abismo.

Dicen todos: “el salto de Guadalupe”; y creemos que esto se dice con impropiedad. Lo que se llama vulgar- //FOLIO 19r// mente El Salto, es un gran fenómeno complejo en que el curso de un río ofrece todas las variaciones de que es capaz el agua corriente sobre la superficie de la tierra. Veamos.

En la parte alta, sobre la planicie de Carolina, el líquido corre manso y tranquilo, juguetea y se encorva muelle y dulcemente sobre sí mismo; mas yá en el borde de la cordillera se desprende con velocidad, se desliza como el lampo de la centella, por el plano inclinado de la roca, formando un rápido elegante. Es como la carrera preparatoria de quien intenta dar un poderoso salto.

Terminado el rápido, como á ciento diez metros, el río, recogido en un solo cuerpo, se lanza en cascada ruidosa y atrevida. A veinticinco ó treinta

metros más de esta segunda parte, el agua parece dar contra una punta saliente de pedernal, y el choque la repercute sobre la parte superior en forma de espuma tan blanca como la nieve. Esos copos espesos y colosales imitan la cabeza y cuello de un gran caballo blanco que intentara escalar la chorrera, como si el líquido en rebelión con su forzada caída ó temeroso de la que le espera, pretendiese volver sobre sus pasos.

Del caballo en adelante el río se arroja impetuoso; cuando no está crecido, deja en el centro, á medio cubrir, la roca de color oscuro concentrado, semejante al espinazo de un pez; se incorpora de nuevo en un solo chorro, y arrebatado y violento, cae como á cincuenta metros en una gran tina de sienita, //**FOLIO 19v**// que asume la forma de una vasta caldera hirviente, de donde se escapa el vapor en turbiones que contribuyen á formar en su descenso el aguacero perdurable de los alrededores. Este trozo del fenómeno es de una belleza asombrosa y terrible por su fuerza y por su energía.

De la caldera en seguida, el Guadalupe prepara nuevo y estupendo contraste. Hacia los dos lados deja caer de una y otra parte dos hilos como dos cordoncillos de plata. El resto se divide en cantidades iguales; se desvía un poco en su curso: presenta visible y seca la roca hacia el centro, y así, divorciado en su lecho, se descuelga de nuevo con no menos audacia y desdén que en la parte que le antecede. Antes de caer definitivamente, las dos corrientes tornan á unirse de modo inextricable en su carrera. El lugar de esta caída es ya la base de la que debe llamarse la catarata ó cataratas: es el término de ellas, es el abismo.

Corriendo aún el agua, el lecho está muy lejos de ser horizontal. El río sigue como por espacio de unos cien metros formando cascada sobre cascada; y entretanto va sacudido, maltratado; y como si tanto choque y obstáculo lo llenaran de rabia y de furor, se hace sentir ruidoso é imponente. La parte de las cascadas no es la menos bella, ni la menos admirable del panorama; antes por el contrario, su ruido y su aspecto tienen algo de galvánico, fascinador y colérico, que asusta y estremece.

Desde las cascadas, el //**FOLIO 20r**// Guadalupe sigue de brinco en brinco chocando contra enormes pedregones, espumoso, lleno de remolinos, pequeñas vorágines, recodos, rebalsas y hoyas caprichosas, dando murmurios regañones que á mayor distancia se convierten en zumbidos moribundos y vagos, hasta que el agua, golpeada siempre, encajonada

y tortuosa, llega turbia y llena de lodo á unirse en estrecho abrazo con la que la espera en la hondonada, donde las arenas del Guadalupe dan un beso de oro á las doradas arenas del Porce. De allá van al Cauca, al Magdalena y al mar, en donde, siguiendo la eterna ley de rotación, esperan el momento de volver al estado de vapores para posarse sobre las montañas, condensarse de nuevo y alimentar arroyos, torrentes y ríos, y ¡quién sabe si al mismo Guadalupe;

Esto en cuanto á la parte gráfica del río. Los pormenores del cuadro piden algunas apreciaciones más; son difíciles, pero vamos á intentarlas.

Partiendo de la cima, y de uno y otro lado de la chorrera, la roca está desnuda, es de color moreno subido, y, prolongándose hasta la parte inferior, forma un vistoso óvalo al salto principal, encaje artístico, marco de caoba, de mérito fantástico prodigioso. Otro óvalo, más gracioso y más agradable á la vista de ese cuadro mágico, se encuentra dispuesto de manera simétrica y concéntrica con respecto al primero. Está constituido por una hilera de árboles copados y corpulentos, de verde esmeralda, que se completa en sus interrupciones por una franja de gramíneas de follaje fino y delicado. Esta disposición obliga al observador á fijar la vista en lo //**FOLIO 20v**// que pudiera llamarse el corazón del fenómeno.

Saliendo de esta circunferencia maravillosa, se ofrecen nuevos y variados objetos á la observación; mas para dominarlos es preciso cambiar alternativamente la mirada. En el conjunto del paisaje hay de todo: gramíneas capilares junto á la humedad, de hojas anchas y lucientes un poco después; carrizales luego; malezas y arbustos enmarañados, en ocasiones; casuchas, sementeras atrevidas y temerarias, diseminadas en las escarpas; árboles corpulentos en todas las direcciones, y los más cercanos al río, cubiertos de parásitas, de musgos y de fango, verdadera librea de la mendicidad del medio en que vegetan.

Al frente y viniendo del ocaso, serpea por entre rocas y murmura á su manera el agua clara del riachuelo Cañar, que se desprende desde las cumbres elevadas que dominan al Higuérón; al Norte se abre la hoya del Porce, trayendo á la imaginación la idea mágica de sus ocultos y reales tesoros; el viajero se encuentra circunvalado por esas moles inmensas de montañas cortadas á pico, cuyo examen se hace apenas forzando el cuello para mirar al cielo. Todo eso es de un vigor supremo.

Para ver más de cerca nos aproximamos á la orilla, saltando de roca en roca, no sin peligro de rompernos la crisma por lo liso del asentadero de los pies. La operación se hacía en botas. ¡Qué horror causa todo aquello visto frente á frente y desde un punto mal //FOLIO 21r// seguro! Eso pone de punta el cabello en la cabeza.

No era aún bastante ver lo que hemos llamado el abismo: era preciso mirar la caldera en un nivel natural. Un trabajo de escalada por cincuenta metros casi verticales, asiéndonos de los filos y ganchos del pedernal, era preciso. Almohadillas de musgo mal prendidas, grietas espantosas, paredes sin agarradero, agua turbia y amarillenta, cieno de trecho en trecho, uno que otro sapito errante y vagabundo, saltando temeroso á nuestra aproximación, cangrejos pequeños y empapados: he aquí, con poca diferencia, el cortejo que nos acompañó en aquella parte de nuestra excursión.

Este fenómeno es verdaderamente un Proteo: cada faz que presenta es nueva. Ya en la base teníamos llovizna en abundancia; subiendo hasta el primer escalón, frente á la cascada, apoyados en la mano de hierro del guía, ya no era una García un paramito, sino un verdadero palo de agua que se tornaba en huracán y en borrasca cada vez que una ráfaga de viento venía á azotar el cuerpo principal de la chorrera. Colocados en el borde, bajo la influencia de tantos elementos discordantes, la contemplación de la caldera nos pareció vertiginosa, aturdidora, enfermiza, y destinada para que organizaciones superiores á la nuestra la escudriñasen y la descifrasen. Cada borbotón de espuma parece una nube caída del cielo.

Alguien ha dicho que la cascada, que forma un arco al caer, deja en cierta parte á retaguardia un pasaje seco y transitable: no hay tal cosa, al menos por ahora. Colocados sobre esa elevada es- //FOLIO 21v// cala dirigimos la vista hacia el cenit, y percibimos con asombro el río en el punto preciso en que se desgaja definitivamente para formar la catarata principal. Parece entonces que todo el líquido viene á caer sobre la frente. ¡Hay casi un sentimiento de asfixia en tal instante! Esta es la impresión cardinal de esa cadena de sensaciones y sacudimientos.

El ruido común y ordinario del Guadalupe, en su caída, es sordo, monótono, acompasado. De vez en cuando, sin embargo, ese ruido es turbado y toma un diapasón variadísimo. Si una corriente impetuosa del viento que sopla de las montañas, arroja de lleno la masa de agua en su descenso, se oye al instante un sonido quebrado y estridente. El eco

de eso que remeda un lamento aéreo, un gemido celeste, enronquecido á ratos, parece un cañonazo de agua.

Visto de lejos, el Guadalupe en su chorrera tiene cierto aire apacible, pero pierde mucho el influjo que alcanza con su índole salvaje y bravía cuando se le contempla de cerca. Dicen muchos que jamás es tan conmovedor el estudio de este gran fenómeno, como cuando se hace durante las grandes avenidas del río, que colman el cauce. Entonces el agua bate con inaudita fuerza, el líquido se fractura y cruza por el horizonte en astillas brillantes, que imitan un vasto fuego de artificio: eso es hermosamente aturdidor.

El arco iris se presenta //**FOLIO 22r**// de ordinario vistoso, extenso y multiplicado en el vasto círculo que ofrece el paisaje. Desgraciadamente para nosotros, la tarde, muy avanzada ya, hacía que la vecina roca lanzara su penumbra sobre los vapores é impidiese la refracción de la luz. Por eso no vimos ese suntuoso camaleón del firmamento.

Si se pretendiera saber á punto fijo la índole del sacudimiento espiritual que el estudio de un cuadro de esta especie provoca en nuestro ser, sería bien difícil encontrarle explicación satisfactoria. Hay en todo ello, al menos para nosotros y para nuestro sistema, un no sabemos qué, confuso, vago, sutil, imponderado, que no podemos descifrar, pero que bulle en nuestra alma, tomando las formas de una existencia real, aunque incoercible para los sentidos. Quizá algún día esta ley de fisiología moral se formulará en términos claros y precisos. Nosotros sólo penetramos en el obscuro é insondable fondo de esta impresión lo siguiente: no hay alma humana, por marchita y por árida que se halle en su existencia, que no emita siquiera un ligero hálito místico, cuando se ve llamada en su camino por la voz dominadora y omnipotente del criador, en la manifestación augusta de sus obras. Sigamos adelante.

Ya era muy tarde, y empezamos á desandar, no sin pena, porque todavía nos quedaba harto que indagar y con qué alimentar nuestros deseos. Volvimos á la casita donde habíamos dejado las bestias, al cuidado del primer //**FOLIO 22v**// guía, no sin dar, eso sí, de cuando en cuando, miradas escudriñadoras á todo lo que nos rodeaba, especialmente al Guadalupe.

Por lo que antecede, se verá con claridad que lo que llaman salto es un fenómeno complicado y heterogéneo en sus pormenores. El Tequendama

se define de una vez, como en pocas palabras lo hizo el inmortal Caldas, pero el Guadalupe apenas se describe. Yá se ve, si nosotros fuéramos Caldas quizá lo definiríamos también.

Aborrecemos las comparaciones entre personas, y á veces llevamos nuestro odio hasta las que se hacen entre cosas. Por eso no decimos que el Guadalupe sea mejor que el Tequendama, ni el Tequendama superior al Guadalupe. Estos contrastes geológicos tienen todo su mérito propio, aunque idénticos en su naturaleza, y tienen sus desinencias particulares, que constituyen el fondo de su importancia.

El Tequendama se va de una vez, forma su arcada fluida, y todo está dicho. El Niágara tiene su armonía colosal, su tranquilidad aparente y su conjunto uniforme, lleno de majestad. El salto antioqueño tiene su complicación infinita y su índole salvaje. Empero, el Niágara ha tenido a Heredia por bardo; el Tequendama ha sido enaltecido por la musa sensible de Ortiz; mientras que el Guadalupe ha sido apenas visitado por el buscador de oro ó por el calmoso habitante de nuestras montañas.

Repo- //FOLIO 23r// sados algún tanto de la última correría, que nos hizo sudar copiosamente, resolvimos regresar. Aseguramos que las mulas ejecutaran en el ascenso, como en la bajada, una acción distinguida de valor, así como nosotros, sin desmontarnos, una estupenda proeza de barbarie. No se crea que haya mentira en esta aserción: es la purísima verdad.

Serían las cuatro y tres cuartos cuando emprendimos el camino de subida, y como las seis cuando llegamos á la altura. Era el crepúsculo de los trópicos; era el verano en lo más genuino y claro.

Cuando ya íbamos á perder de vista el Guadalupe, dimos una mirada de adiós al espectáculo. El cielo estaba de ese color dudoso que nos hace vacilar entre el azul turquí y el esmeralda; las primeras estrellas empezaban á lucir en el firmamento como rosas de plata; la cascada mandaba sus rumores entrecortados, y el agua se divisaba á lo lejos como hebras de diamante; un velo, diáfano aún, se extendía por la parte baja de aquellos senos y combas de terreno; el abra del Porce iba más allá de nuestro pensamiento, envuelta en los repliegues de sus cordilleras, y el lugar aquel, en fin, alcanzaba tintes tan soberanamente bellos, que nosotros no pudimos menos de exclamar, con el profeta de Dios, con Isaías el sublime: “Señor, ¡llenos están los cielos y la tierra de la majestad de vuestra gloria!”

Luego volvimos la rienda á las cabalgaduras y enderezamos el paso para San Matías, á donde llegamos á las siete de // **FOLIO 23v**// la noche. Algunos labradores retardados fueron los únicos que interrumpieron la obsesión magnética de nuestras últimas impresiones. La señora huésped estaba azorada y llena de aprehensión por nuestra tardanza, y aún pensaba ya enviar al pobre marido á buscar á los viajeros.

La cena fue buena. Hablamos con el patrón de lo que se habla siempre con estos montañeses.

**N.º 4. San Matías. Cuesta occidental del Porce.
Puente y cascada del Porce. Cuesta oriental. Coloradas.
Caracolí, Vibora. Amalfi**

Nos pusimos en actitud de viaje á las cinco de la mañana, pero no fue sino entrado ya el día cuando empezamos á andar. Aunque San Matías esté en el borde de un anfiteatro, no se empieza á bajar la cuesta del Porce sin andar algo más al Nordeste por una serie de colinas, en donde hay diseminadas muchas casuchas de aspecto pobre.

Dejando las cejas próximas a San Matías, se comienza la bajada de la cuesta occidental del Porce. Al principio hay todavía un pedazo de bosque virgen que sombrea la ruta. Luego el desmonte deja el camino al sol y al agua y el calor aumenta á cada instante. Cuando ya se aproxima el viajero al río, la sofocación aumenta notablemente y se suda de un modo copioso. El bullicio de los climas abrazadores se desenvuelve en todo su vigor: // **FOLIO 24r**// canto de aves, chillido agudo de chicharras, variedad de plantas, energía en todo. Al fin, se llega al puente y se descansa un poco, ó, más bien, se entra en una agitación de nuevo género. Sobre el puente la hondonada ofrece face llena de atrevimiento y de sublimidad. El río en esta parte lleva una buena cantidad de agua, y es de veloz y casi incalculable corriente. Pasa como el pensamiento por el cerebro de un loco.

El cauce es estrecho y las rocas de lado y lado, cortadas verticalmente como las paredes de un aposento, se acercan de modo notable. La vista de lo alto desvanece y causa vértigo. Los primeros traficantes de esas breñas echaban largos maquenques de uno á otro lado, los arrimaban y el paso quedaba improvisado. El puente parecía cuerda de volatinero. Por uno de esos vehículos pasó en cierta ocasión un labriego con su

familia: él, el último, y bien hubo puesto el pie en la orilla contraria, el puente se hundió. Un segundo antes y el infeliz había rodado al abismo. La altura será como de veinte metros. Ese puente se ha hecho y deshecho en diferentes épocas. Durante la última revolución fue quemado. El construido ahora parece bastante sólido y seguro.

El paisaje en este punto del Porce es salvaje y de un magnífico horror. Árboles seculares y elevadísimos desafían desde la falda la bóveda del cielo: las dos cordilleras parecen //FOLIO 24v//, por su proximidad, querer cerrar el paso al arrebatado río: plantas parásitas y enredaderas mañosas se agarran de troncos, de ramas y de pedernales. La vainilla anuncia su tesoro de aromas en medio de aquella barbarie: flores caprichosas y tinturadas por vivos colores mecen sus ramilletes al vaivén de los ligeros vapores del río. Mariposas brillantes tienden sus alas de ópalo ó esmeralda sobre los senos de las brisas producidas por el choque acuático del aire. Mujidos discordantes de olas embrebecidas hieren el oído. Zumbidos de coleópteros bulliciosos se mesclan con los zumbidos sordos de los lejanos raudales del río; y la naturaleza toda, en fin, entona allí con tanta fuerza su canto, caprichoso, que el viajero se va sumiendo poco a poco en una atmósfera de estupor.

A poca distancia del puente, en la parte superior, el río se estrecha tanto que alguien diría ser la distancia de una á otra roca el salto de un pigmeo. Por esa estrechura el agua se arroja de una vez y forma vistosa catarata de cuatro á cinco metros de elevación. El líquido cae con soberana fuerza, y en la base de la cascada forma un hervidero terrible, delirante y convulso como los estremecimientos de un epiléptico. Un denso vapor blanco, semejante á copos de nieve, se eleva desde el fondo y cubre casi en su totalidad esa caverna granítica. Levantándose más y más, y enrareciéndose en su ascenso, desaparece al fin para ser reemplazado por el que sigue, y //FOLIO 25r// eso sin intermisión. Los rayos del sol, cayendo verticalmente sobre esa gasa de exhalaciones, se rompen y forman el más fantástico y lucido fenómeno que puede admirarse. Una innumerable serie de arcos iris que se suceden los unos á los otros, que se desvanecen cada uno cuando el que sigue lo reemplaza, que ensortijan unos en otros, que danzan en la atmósfera y que huyen y se aproximan para formar aéreas combinaciones de suavidad y capricho: he aquí la deslumbrante perspectiva que se goza desde el puente. Se

diría ser el retazo de un millón de camaleones en nido fabricado por la exquisita imaginación de un oriental.

La profunda hoya del Porce se halla hoy en gran parte cultivada, de uno y otro lado. Hay cortijos en que siembran maíz, yuca, caña de azúcar, algunos árboles frutales y pastos para la ceiba de ganado. En tanto que la tierra, después del desmonte, conservó la capa depositada por las reliquias vegetales durante siglos, la feracidad fue aventajada; pero desde que las lluvias han arrastrado esa débil corteza de humus, la esterilidad se ha mostrado lastimosamente. Es esta la suerte que van corriendo muchos circuitos del territorio antioqueño.

Al subir la cuesta oriental del Porce, se tiene la repetición, en sentido inverso, de lo que se observa en el descenso. ¡Qué alivio y descanso para los pulmones fatigados, cuando se llega á la cumbre! En el alto del Porce, el aire es néctar ó ambrosía para el aparato respiratorio; se aspira con //FOLIO 25v// deleite y se tiene un placer inefable, es el epicureísmo inocente y permitido de las funciones orgánicas, es la salud, es la vida.

Prosiguiendo, se vuelve á las andadas: laberinto de colinas y de montañas, torrentes por la senda, rocas afiladas, bosque virgen, rastrojo y trabajaderos de minas. Se deja atrás el riachuelo de Coloradas; se llega al riecito de Caracolí, se pasa por un puente, se domina una altura, se percibe en lontananza el Guadalupe, blanqueando como la barba de un viejo, se le saluda y se baja de nuevo: se sube otra vez, se abre el horizonte y se encuentra el apacible y pintoresco vallecito de la Víbora. Desde allí se galopa con ansia, se sube una colina y se tiene, al fin de una jornada algo dura y cansona, la población de Amalfi, como escondida por un cortinaje de verdura. Descansemos un poco.

N.º 5. Amalfi. La Viborita

Amalfi está situado en la rinconada oriental del valle de su nombre, y se ve desde las eminencias vecinas como en el fondo de una cápsula. Altas cordilleras circunscriben su situación a regular distancia del centro, y desde la base de ellas hasta limitar la población, remolinean, como un dédalo caprichoso, infinidad de colinas de mayor ó menor altura, distintas en su estrechura e irregulares, pero de un carácter suave, redondeado y agradable. //FOLIO 26r//

Roma es la ciudad de las siete colinas; Amalfi podrá ser alguna vez la ciudad de las cincuenta montañuelas. La villa está regada por tres fuentes de mediano caudal: la primera llamada la Cancana o Riachón, desciende á la planicie por el Sudeste; la segunda llamada Guayabito, viene directamente del Sur; y la tercera que desemboca por el Suroeste, se conoce con el nombre de Otrabanda ó la Virgen. Esta última fuente recibe antes de su reunión con las otras, un manadero bastante considerable y de un agua excesivamente pura llamada La Tenería. Todas ellas reunidas se juntan con la Vívora y entonces se lanzan por diminutas cascadas, al traves de una barra de cordillera que separa estas dos primeras cuencas, de la Viborita que está un poco inferior y al Norte de ellas.

La calidad del agua potable en Amalfi nos ha parecido bastante buena, y esto en contra de la opinión generalmente recibida que le atribuye calidades dañinas. Puede ser, sin embargo, que la incuria y poco esmero en que se tiene su lecho, por en medio de bosques, cenagales y rastros, le comunique un mal sabor ligeramente lodoso, y le arrebatte algo de sus propiedades tónicas y naturales. Eso desaparecerá con el tiempo.

La temperatura media del lugar, tomada por el método del señor Bousingault, ha dado 68° del termómetro de Fahrenheit, la misma, con corta diferencia, que la de Carolina; el aire y el suelo nos ha pa- //FOLIO 26v// recido extraordinariamente cargados de humedad. El higrómetro ordinario en este lugar, serviría muy poco tiempo, porque el pelo se pudriría. El clima es actualmente un poco insalubre, pero predestinado en nuestra opinión para ser uno de los más benéficos del Estado de Antioquia.

El plano para edificar la villa fue dispuesto y ordenado por don Carlos Segismundo de Greiff: las calles son regularmente anchas, tiradas á cordel, planas y cortadas en ángulo recto de ciento en cien varas. Los edificios, en su gran mayoría, están cubiertos de tejas y son de modesta apariencia. Quedan pocos de paja y solamente hay dos de un par de pisos. Casi todas las casas son húmedas, sumamente sencillas en el mueblaje, pero todas ellas, aun las de los pobres, están gobernadas con aseo y esmero. La población entera revela al presente cierto aire de pobreza y decadencia, que contrasta de un modo aflictivo con los rápidos progresos que hizo en los primeros años de su fundación. Pensamos, con placer, que esta decadencia será transitoria.

La fundación de Amalfi principió el año de 1836, bajo el patronato del presbítero Juan José Rojas y de los señores Casiano Botero, Estevan

Álvarez y muchos otros, entre los cuales figuran algunos de los vecinos actualmente residentes en el lugar. En el año de 1840 era ya parroquia, y en el de 1850 había dejado atrás á Cancán, Remedios, Zaragoza y otros pueblos del Estado de muy //**FOLIO 27r**// antigua creación. El templo que sirvió antes de iglesia parroquial está demolido y se reconstruye con actividad y devoto entusiasmo por el cura y vecindario. El terreno en que están los edificios, y en que podrán aumentarse, fue regalado por don Pedro Sáenz, español de buen recuerdo para los antioqueños.

Amalfi debió su prosperidad naciente á los ricos lavaderos de oro de sus cercanías; pero como estos, por el momento, han venido á ser menos productivos, la riqueza del lugar ha disminuido considerablemente. Pensamos que los aluviones, sin estar agotados, piden costo para su elaboración; pero que en cambio la tala de árboles y las aspiraciones del minero, descubrirán bien pronto en las montañas del circuito, dorados veneros que realzarán la situación de esta simpática ciudad. El esqueleto geológico de sus montañas hace presumir que toda esa tierra es tierra de oro, y acaso de algo más en metales preciosos.

Parece que antes de la última revuelta civil del país, los alrededores de Amalfi eran limpias praderas, cuya contemplación alegraba bastante la vista. Hoy, todos los puntos circunvecinos se hallan cubiertos de malezas y las montañas que encierran el horizonte están abrigadas por bosque primitivo. Es lástima que en una comarca tan aventajada no se tenga más esmero y cuidado con el ornato y aseo de sus campos. No querríamos ver caer toda esa vegetación, ni ver //**FOLIO 27v**// completamente desnudo el terreno de sus galas naturales; pero fácil sería combinar una con otra estas dos indicaciones, dejando de trecho en trecho arboledas que variaran el tono del paisaje. En Antioquia nos vamos á los extremos: el monte bravío ó su devastación total. He aquí el sistema y la costumbre. La belleza campestre pide un término medio entre la cultura artística y la fuerza natural de la vegetación. Haciéndolo así, Amalfi conseguirá establecer en sus cercanías una franja de verdura, mejorará sus aguas y su atmosfera, y ganará infinitamente.

Además de esta primera indicación de higiene pública, consideramos como indispensable ahondar el cauce de las aguas en su nivel inferior, y ahondarlo de un modo considerable, rompiendo algunas rocas en la parte montañosa por donde se han abierto paso, y siguiendo

la excavación hasta la parte superior. La operación indicada está ya en parte hecha, pero aún no lo ha sido con las condiciones requeridas. Este desagüe, si se disponen bien los caños de las calles; si se arreglan convenientemente los acueductos; si se levanta algo el nivel del piso; si éste se madacamiza ó empiedra; si se elevan un poco las aceras; si se desmontan los alrededores; si se cultivan y desecan los campos; ese desagüe, decimos, dará aire seco, piso firme y sólido, casas abrigadas y muchísima mejor salud de la que hoy se gasta.

La humedad es verdaderamente alar- //FOLIO 28r// mante aquí, aunque, según la opinión general, mucho menos de lo que antes era. Lo mismo con corta diferencia ha sucedido en casi todas las poblaciones del Estado. Medellín iba en lo antiguo á la cabeza de todas á este respecto: hoy ya no es así; y seguros estamos de que la capital del Estado ha mejorado, al menos en un cincuenta por ciento, con los desagües de los ejidos y con el cambio de agua potable.

En Amalfi todo se humedece y se pudre cuando no hay bastante cuidado. El calzado se enmohece de un día para otro, la ropa blanca se mancha, la de paño se pela, los sombreros se ablandan y destruyen, los libros se mojan, los cigarros se empapan y el cuerpo deberá seguir, poco más ó menos, la misma suerte y sentirá sin duda alteradas sus funciones vitales.

La humedad ambiente, la humedad local, la humedad que rodea y ataca constantemente el organismo humano, debe ser, y es en efecto, una causa poderosa de enfermedades. La influencia maléfica de esta causa está bien reconocida por todos los médicos; y aún ha habido quien le atribuya, por lo menos, las dos terceras partes de las dolencias que maltratan y consumen al hombre.

Ya obra sufrimientos repentinamente la traspiración y da lugar á hidropresias, ya estanca un flujo habitual en la mujer y viene en consecuencia una serie penosa de alteraciones uterinas; ya tumba de un golpe la digestión principiada; ya altera el equilibrio de la función nerviosa, y siguen todos los fenómenos que caracterizan las caprichosas for- //FOLIO 28v// mas de las afecciones de este género. Así, depósitos de serosidad, infartos crónicos del aparato glandular, dispepsias, neurosis, neuralgias, parálisis, reumatismo, etc., todo se produce y todo se explica bajo la agencia funesta de esa causa.

No sabemos cómo obre la humedad en la producción y modificación de las enfermedades nerviosas, pero su influjo es cierto como la luz del día. ¿Se combina en su manera de obrar con algunos fenómenos siderales y agrava su influencia? Eso se nos escapa aún, como se nos escapa la esencia de muchos hechos de los que se relacionan con los agentes imponderados. Pero en cuanto á su revelación experimental, por resultados prácticos, ninguna duda podemos abrigar.

Es cosa muy sabida por todos los observadores, y especialmente por los que padecen enfermedades crónicas, que tales dolencias se mejoran ó exaltan, siguiendo en su curso el estado meteorológico. Hay enfermos de estos que adivinan la tempestad; los hay que presienten el cambio de faz en la luna; los hay que vaticinan la lluvia; y los hay que en tiempo seco viven con salud, mientras que en invierno la pierden, y viceversa.

Hemos recibido en Amalfi la consulta de un paralítico, que podía andar con alguna dificultad, sin apoyo durante la estación de las lluvias y que perdía todo movimiento desde que el verano se establecía definitivamente. Es cosa cierta que el agua conduce medianamente la electricidad, y es acaso //FOLIO 29r// porque el enfermo recibía, durante el aumento de vapor acuoso, descargas eléctricas de mayor consideración, por lo que su salud ganaba un tanto. Si la electricidad, en este caso, obraba sobre los nervios del enfermo, de un modo positivo ó negativo, nosotros no podríamos explicarlo; pero entrevemos que todas esas calamidades tendrán pronto la explicación genuina de su mecanismo, y hallarán en la pila su antídoto, ó al menos su correctivo consolador.

Las afecciones históricas, la hidropesía, las dispepsias, las hemorragias pasivas, los edemas, la hipertrofia del bazo, los infartos hepáticos, las dolencias del páncreas, la sífilis en sus diversas manifestaciones y el cáncer aciago y mortal, son las plagas que más afligen esta población.

¿Por qué será el cáncer una enfermedad tan común en el Estado de Antioquia? ¿Será por el uso de la sal yodada cargada de cal y magnesia? ¿Será el cuarto término de la sífilis primitiva? ¿Será el resultado de bubas mal curadas? ¿Será el abuso del tabaco?

No lo sabemos; pero, respecto del último, podemos asegurar que si no como causa predisponente y específica, sí por lo menos como causa determinante debe ser considerado, respecto á los epitelomas de la boca,

como agravante y estímulo para llevar rápidamente á un término funesto. Respecto á la influencia de las bubas, pian de las Antillas, apuntamos con la reserva y el temor que inspiran aserciones semejantes, que siempre las hemos hallado como síntoma histórico-conmemorativo, devastando colectivamente familias enteras, y que estas, más tarde, //**FOLIO 29v**// han venido á presentar la diátesis cancerosa de un modo uniforme y hereditario.

El gálico es casi siempre el triste patrimonio de toda nueva población, de estas poblaciones formadas á escote, en que muy raras familias de buenas costumbres y sanidad física, se entreveran forzosamente con una turbamulta de mujeres de mala condición ó de aventureros, empujados por el viento de la miseria, ó tal vez del crimen y la corrupción, en busca de la impunidad los unos, y del abrigo y el pan los otros. No es sino con el tiempo y bajo el castigo de una sanción moral mejor establecida, cuando estas sociedades, disueltas en su principio, se depuran y experimentan el sentimiento de su dignidad. Felizmente, pensamos que Amalfi ha pasado ya esta prueba, y entra en la categoría social de los otros pueblos morales de Antioquia; faltándole quizá un poco, la expurgación correspondiente al quebrantamiento de la ley física.

Al Norte de Amalfi, encerrado como él entre colinas, ó más bien montañas, está situado otro vallecito pintoresco y ameno en demasía. Llámase este paraje la Viborita, y recibió su nombre por una que encontró en él á su llegada, cuando lo descubrió, don Fabián Uribe, que monteaba en busca de minas.

La Viborita tendrá una milla de longitud en dirección de oriente á occidente, y como la cuarta parte en anchura de Sur á Norte. En todo su perímetro, forma ligeras entradas á manera de senos en los declives de la cordillera, y en el //**FOLIO 30r**// resto de su extensión es completamente nivelado. Como su hermano el de Amalfi, y como el de la Víbora, que le están separados por una cordillera intermedia, la Viborita estuvo, hasta hace poco, cubierta de bosque y de trecho en trecho empapada por lodazales y aguas estancadas, indicios seguros de su antigua naturaleza de lago.

El bosque, del cual todavía permanece en pie una parte considerable, tiene palmares vistosísimos, árboles gigantescos y gran cantidad de plantas por el estilo de las ya mencionadas. Los palmares se han conservado en parte como objeto de adorno: por manera que su contraste con la tierra limpia es agradable para quien lo contempla.

Las aguas de Amalfi de que hicimos ya mención, rompen la montaña y entran á la Viborita en dirección Norte, atravesando la llanura por su cabecera oriental. De la cordillera interpuesta hacia el lado de la Viborita, pero sin romperla en todo, viene por el extremo de ocaso el raudal de San Agustín, por una cañada que también se inclina al setentrion; mas en vez de sesgar su curso de un modo invariable, cuando llega á la rinconada de la planicie se encorva gradualmente al Este, recorre todo el vallecito y se une a la Víbora cerca de la base del cerro, al Norte. Unidas ya rompen de nuevo la cordillera, se tornan tormentosas, reciben de uno y otro lado varios torrentes, y se arrojan en el Porce á no muy larga distancia. Es curioso ese conjunto de planos horizontales y ese sistema de aguas con tan variado curso en medio de un enrejado tan notable de cejas.

La Vibo- //FOLIO 30v// rita tendrá con Amalfi como unos doce metros de diferencia de nivel sobre el mar. De tal diferencia resulta el que su clima sea un poco más abrigado. De esto, y de que el piso sea en general menos húmedo, nace el que la organización se halle más sosegada y en mejor disposición de salud. El agua es muy agradable, el aire más libre, el conjunto más calmado, y aunque el cielo se cubra constantemente de neblina en los días de verano, los agentes circundantes parecen más adaptables á un buen estado físico y moral que en Amalfi.

Tanto la Víbora, á su paso por la Viborita, como el riachuelo San Agustín, llevan oro en sus arenas, y ambos ruedan sobre aluviones metalíferos. El trabajo ejecutado en diversos sitios ha desfigurado la uniformidad del suelo, ya con las excavaciones naturales de los canales, ya con promontorios de piedra rodada, removida al tiempo de la explotación y depositada á los lados de la labor.

Como propiedad de campo, y sobre todo como propiedad de recreo, lo último hace perder mucho á la tierra bajo el doble sentido de la belleza y de la fecundidad. Esos cascajeros no son cultivables sino en raros puntos, y allí hacen feo parangón con el aspecto muelle y apacible de la pradera. Sobre esa llanura pacen algunas vacas muy lucidas, caballos, cerdos, etc., y viven en la más completa familiaridad y abundancia pavos, gallos, palomas, gallinas y gansos. Los elementos de nutrición no son de fuerza y energía naturales; pero los agentes de vida en otros //FOLIO 31r// sentidos, y lo ancho del campo que toca á cada ser en un cortijo tan grande, suplen bien la primera falta.

La Víbora, que arrastra oro del lado de Amalfi, y el San Agustín, que se une á ella en ángulo recto, y que ha debido represarla un poco en remotas, y acaso simultáneas avenidas, han producido el fenómeno de recoger gran copia de metal hacia la base de la cordillera del lado del Este. Así ha sido en efecto, porque en poca extensión y en poco tiempo se ha sacado en ese lugar la gorda suma de cuarenta mil pesos.

Estos pormenores los hemos dado, no sin motivo, porque deseamos llamar la atención sobre lo que positivamente puede llamarse industria minera. Para llegar á ser buen minero de oro corrido, se requiere larga práctica, y hay en el negocio algo que pudiéramos calificar de intuitivo, perfeccionado por la observación. Los hombres dados al oficio conocen bastante bien la influencia de los torrentes, de las inflexiones del terreno, de la configuración del suelo, y de tantas y tan pequeñas causas aparentes sobre el grado de riqueza, que su voz en la materia es casi profética. Cuando alguno de estos hombres pierde en una empresa, le sucede eso por olvido de las circunstancias que apuntamos.

La línea que circunscribe la Viborita, prescindiendo de la entrada que forma como ángulo el riachuelo San Agustín, puede muy bien compararse á una parábola. Varios amagamientos, es verdad, forman ensenadas alrededor, pero son tan chicas que no merecen la pena. Sin embargo, en ellas es por lo ge- //FOLIO 31v// neral más abundante el oro. El de esa localidad es de los más finos del Nordeste, y su precio en el comercio, bastante elevado.

Entre los diversos vegetales que posee la Viborita, hay, además de las palmeras mencionadas, una copiosa suma de azucenos de monte que decoran el prado, madroñeros abundantes que suministran sabrosos frutos, chaquiros de formas bellísimas y curcurbitáceas trepadoras con flor escarlata y encantadora. Hay una entre todas, que lleva su flor colgada de un hilo delgado, de unos 75 centímetros de longitud, cuyas ondulaciones, cuando está mecida por las brisas, ofrecen el aspecto más delicado y etéreo que imaginarse pueda.

Ya que tenemos agotada la materia de lo que puede llamarse la configuración de estos lugares, volvamos por un momento á Amalfi, y toquemos de nuevo, y con la circunspección que demanda un conocimiento incompleto, algo de lo relativo á su manera de ser social.

Nos ha parecido que los amalfitanos son, en gran mayoría, personas amables, corteses y con toda la civilidad de que es capaz el hombre encajonado en estas breñas. La vida de relación es bastante activa: la plática sobre negocios se mezcla un poco con otras materias: la ciencia atrae su curiosidad, el comercio los halaga, la industria los convierte en razonadores, la política los ocupa y el provenir relacionado con los adelantos modernos les arranca más de una teoría. Hay sujetos verdaderamente instruidos en la villa.

Si fuéramos á juzgar por lo que pasó á nuestra persona, diríamos cosas lisonjeras y honrosas para varios individuos de Amalfi. Nuestro deber es no herir la modestia de los amigos ¡Dios vendiga y llene de gracia á todos los que nos han favorecido! ¡Dios torne feliz á ese pueblo hospitalario!

El cura de Amalfi hace pláticas doctrinales. Sus discursos nos parecieron claros, sencillos, fáciles de entender, llenos de caridad, de tolerancia, de amor y de convencimiento. Decimos con placer que todo lo que le oímos nos pareció evangelio puro.

La escuela de Amalfi está muy bien servida.

En resumen: cura según el señor, escuela con buena dirección; aire, agua, tierra y alimentos que pueden mejorarse; minas, proximidad á ríos navegables y terrenos cercanos para cultivo: he aquí un poco de lo que se requiere para poder lidiar con la existencia en el mundo.

**N.º 6. Vallecito. Riachón. Sabana del Medio. La Cruz. Volcán.
Cancán. Tigres. Culebras. El Pantano. San Bartolomé.
Sorpresa**

Salimos de Amalfi para seguir al Pantano ó sea Paso Real del San Bartolomé, entre Yolombó y Cancán. Despidámonos //FOLIO 32v// por ahora diciendo: que abstracción hecha de los lunares climatéricos que hemos apuntado á esta villa, la gran mayoría de sus habitantes conserva, en general, el tipo robusto y suelto de los antioqueños de la buena raza.

La cordillerita que se ve formando el lindero oriental del vallecito de Amalfi, es, en opinión de los moradores del lugar, como una especie de cordón sanitario providencial, cosa que ellos manifiestan levantando la mano, señalando para su lado, extendiendo los dedos y

diciendo: “de ahí para adelante tierra enferma, tierra mortífera”. Fundados en esto, no vacilan en dar el humanitario consejo de no seguir más en esa dirección. En efecto, le tienen mucho miedo á Remedios, Cancán, La Cruz, Cascajo y otros puntos que pueden clasificarse como deletéreos.

Trasmontada esa ceja, se recorre enteramente al oriente un camino faldozo y de encrucijadas; mas, pronto después, desde uno de los puntos salientes se alcanza á divisar al pie un valle regularmente extenso, no muy estrecho y regado por un río manso y no muy pobre de aguas. Llámese el valle “El Río arriba”, y Riachón el río que lo baña.

Cuando se llega á la orilla del agua se tiene en frente, y sobre la banda derecha, una espaciosa llanura cubierta de grama y llena de ganado vacuno. Hay una casa en esta dehesa, en donde vive un señor E. Álvarez con su esposa; gente nonagenaria, perfectamente robusta y de inteligencia entera y completa: especie de patriarcas fundadores de la tribu, llenos de recuerdos, limpios de alma y presentando extraño contraste de longevidad con un suelo tan contrario á la existencia humana. ¡Qué ancianos tan respetables y tan respetados por su familia!

El Riachón es y ha sido prodigiosamente aurífero desde sus nacimientos en el alto del Retiro, hasta su desembocadura en el Porce. Recibe varios torrentes de uno á otro lado, fuentes, arroyos y manaderos que le tributan con sus aguas gran copia de pajillas y granos dorados.

Después de haber cambiado por la derecha la banda izquierda del Riachón, seguimos aún por algún trecho sus aguas arriba y siempre por la vega. Después nos inclinamos al Este, buscando el declive de la montaña vecina y conducimos por tierra de aventaderos. En estos, el oro está debajo del capote, como se dice vulgarmente, cubierto por una ligerísima capa de tierra y fácil para recoger por medio del agua, sobre la peña en que está, si podemos decir así á flor de horizonte. Los aventaderos no tienen cinta: no tienen aluviones ni son minas de cerro; son aventaderos, es decir, minerales en que el oro ha sido regado por las avenidas, sobre el lomo de las colinas. Generalmente son muy ricos y se forman de preferencia en frente del desagüe de algunos riachuelos, cuyo cauce repleto alguna vez, por consecuencia de un cataclismo diluvial, revolvió el contenido de su álveo y los encaramó sobre las colinas. Esta es una teoría, pero una teoría //FOLIO 33v// bastante racional.

Más allá de la montaña que borda la ribera derecha del Riachón, está otra hondonada por donde corren las aguas del raudal La Gómez, que se nos pareció bastante al de Hojas Anchas. En sus márgenes vimos un anciano, muy anciano yá, entroncado con la mayor nobleza del país, con la barra en la mano y sus blancas canas al oreo, á la cabeza de una cuadrilla de peones trabajando un aventadero. Ese señor, muy hábil en su profesión, jamás ha podido sacar lucro de ella; y eso proviene de que es muy cierto lo que ha dicho alguien antes que nosotros: “las minas son insidiosas, arruinan generalmente á los propietarios y enriquecen á los obreros”. Abrigamos la esperanza de que esto, que hasta la época presente alcanza la veracidad de un axioma, se modifique algún tanto en pro de la industria del país.

Por el lomo de una ceja se pone el viandante en otro vallecito, encajonado al Este de los anteriores en ese enrejado de cordilleras. Llámalo Mazato: tiene poco más ó menos la misma figura que la explanada de Amalfi, pero es más estrecho, más reducido y más estéril. A pesar de ser una parte llana y de tener un raudal que lo recorre por en medio, no gana las condiciones de una buena tierra vegetal. Se ha querido hacer allí un predio rural, con establecimiento de agricultura; pero la casa está en ruinas, las sementeras no se ven y los ganados están en el caso de las sementeras. Unas pocas //FOLIO 34r// cas matas de plátano rodean la habitación, cargadas de hermosos racimos, y son las únicas que sacan con honra el vigor, no diremos del suelo, sino del clima estimulado por los abonos y desperdicios domésticos.

Subir y bajar sigue siendo el oficio del transeúnte durante la continuación del viaje; mas es preciso decir, que hasta tanto, que por una legua más de camino se llega á la primera loma rara de las de Cancán, la cosa se hace siempre por montañas cubiertas de bosque, en que el cuerpo se refresca con la sombra de los árboles, el oído se distrae con esas vagas armonías de la selva, entonadas por el rompimiento de las brisas cuando faltan los acordes suaves y melódicos de la garganta de los pájaros, y el ojo se entretiene y divierte con la contemplación de una flora lujosa, variada y sin guarismo. En efecto, es lamentable la pobreza del reino animal, especialmente en aves, por aquellos sitios solitarios.

Llegamos yá á las lomas de Cancán y en la parte eminente de la primera encontramos con un grupo de cruces toscas de palo. El suelo

está excavado en forma cuadrilonga, en diferentes partes, la tierra removida frescamente en unos puntos, asentada y llena de abrejos en otros. Es un cementerio de camino público, lejos de toda población y de todo campo - santo de parroquia. No es el solo lugar de esta especie que hayamos visto á la vera del camino: los hemos encontrado y los encontraremos en gran número.

Es triste, muy triste la contemplación de estos //FOLIO 34v// sitios con la fatal idea que les va unida. El aire abierto y animado que toma la fisonomía, movido por los pequeños y grandes incidentes de la peregrinación, desaparecen como por ensalmo al tropezar con un grupo de sepulcros, tirados como por acaso, encima de estas montañas. El corazón se contrae y duele; el espíritu se humilla; el alma viste de luto, ora y medita; y la lengua, ó se paraliza ó murmura tristemente algún sufragio. Una multitud de hombres que van y vienen, que se agitan empujados siempre por algún motivo mundano, son atacados por la dolencia en estos climas insalubres y sin asilos de caridad. La muerte los sorprende muchas veces, sin más reclinatorio que la tierra dura del camino, sin más cabecera que la piedra ó el césped de los campos, sin una gota de agua que humedezca sus labios, sin una mano amiga que los sostenga en su debilidad, sin un remedio que mitigue sus dolores, sin una palabra de amor, sin un acento de bondad. ¡Cuántos habrán visto volar así el último soplo de su existencia, envuelto en el recuerdo punzante de un hijo que será huérfano, de una esposa querida sin amparo, de un padre anciano sin apoyo! ¡Oh! Eso debe ser soberanamente desgarrador. Estos cementerios nos están melancolizando más de lo preciso ¡Paz á los vivos, gloria para las almas y conformidad con los Decretos del Todopoderoso!

Des- //FOLIO 35r// de el momento en que se abandona el bosque y se sale á campo raso, se divisa una grande extensión de territorio de un carácter enteramente distinto del que se ha traído hasta entonces, por lo menos en cuanto á su apariencia exterior. El nuevo es un terreno doblado y sus dobleces tienen como señales peculiares tres condiciones que lo hacen perfectamente claro: 1ª Un conjunto de lomas cubiertas de graminea tupida y regularmente fértil de verde claro durante la estación de las lluvias y de amarillo mortecino al fin de los veranos; 2ª De quiebras ó cañadas más ó menos profundas que separan las eminencias anteriores;

y 3ª De espesas selvas compuestas de árboles lozanos y variados que llenan los vallecitos constituidos por la separación misma de las colinas.

Todavía después de haber pasado dos ó tres de estas peladas lomas, entre las cuales se encuentra la de Altamizal, el viaje se sigue hacia el oriente; pero bien pronto se hace un cuarto de conversión sobre la derecha, se deja á la izquierda el camino que conduce para Remedios, y se pone el frente para el Sur, cuando se pretende buscar el Pantano ó Paso Real del San Bartolomé, como lo llaman los viejos.

Sería tarea sobrado enfadosa calificar con sus nombres de bautismo cada uno de los puntos con que se va haciendo conocimiento. Nos contentaremos, pues, con hacer mención de los principales, y para cumplimiento del programa, diremos de paso que //**FOLIO 35v**// vimos la loma de Naranjito, el Monte - Largo, Sabana del Medio, el río Volcán, el arroyuelo de San Martín que se le une y el sitio donde estaba Cancán, y están sus ruinas.

Las curvas irregulares y difíciles de seguir aun con la vista, formadas por la intersección de las colinas, tienen casi todas verdes pastales, árboles frondosos, arroyuelos, fuentes de alguna consideración ó cuando menos cenagales reducidos ó mucha humedad aparente. Algunos de esos arroyuelos ruedan por sobre la tierra con un paso tan lento que más parecen charcas ó pequeños estanques. En varias, la superficie está cubierta por una película amarillenta, rojiza ó verdosa, cuya continuidad se rompe á veces para dejar escapar una burbuja de gas exhalado por la fermentación pútrida de sustancias animales y vegetales depositadas en su fondo. Cuando se conoce la significación que encierra ese leve fenómeno en los climas de los trópicos, la imaginación del observador cree percibir, revoloteando sobre esa débil atmosfera, nubes de veneno, miasmas pestilentes, fiebres de todo género, y la muerte dominando como reina y señora del circuito. En efecto, las alturas de Cancán no se pueden llamar eminentemente mortíferas, pero en las cañadas hierve la fiebre con todos sus funestos atavíos. Además de eso, lomas y hondonadas son fértiles criaderos de serpientes ponzoñosas. No hay mucho mosquito, pero no falta. Hay calor sofocante en las partes bajas, hay aire fresco en las alturas y por consiguiente rompimiento permanente de equi- //**FOLIO 36r**// libro en la temperatura del cuerpo. Hay tigres también, y no pocos.

Para coger algunos de estos animales, ponen trampas en los lugares más frecuentados por ellos. Las trampas consisten en recintos hechos de gruesos maderos clavados fuertemente en tierra, que se ligan por atravesados horizontales, completamente cerrados por encima, divididos en dos celdas incomunicadas por un tabique, y de las cuales una sola tiene punta levadiza sujeta por un resorte de cuerda, y dispuesta de tal modo, que el animal al entrar pisa el resorte y se encierra por sí mismo. Este es atraído por el cebo de un ternero, un cerdo ú otra víctima encerrada en la celda vecina y en busca de la cual va.

Dicen que son de oírse los ruidos que da el infeliz prisionero y de ver sus manotadas contra los varales del cercado hasta tanto que los cazadores llegan con una algazara horrible y lo acribillan á lanzadas ó balazos.

El río Volcán nace en las cumbres del cerro Rabo de Chucha, desciende por sus faldas, recorre las cañadas de las lomas de Cancán, recibe entre otras las aguas del riachuelo de La Cruz, y deposita las suyas en el San Bartolomé. Su cauce, sus vegas, y aún muchos de los cerros próximos, contienen oro de buena calidad. Estas minas fueron explotadas desde tiempos muy remotos y contribuyeron con las de La Cruz, San Andrés, la Concepción [Tachado por: La Candelaria] y las de San Bartolomé á poner á Cancán en un estado medianamente próspero.

Cancán, //FOLIO 36v// aunque sobre la cordillera misma, ó mejor dicho, en su falda, parece reclinarse un poco sobre el recostadero de la masa principal de la montaña y descansar por su base sobre la tierra colorada de sus lomas. Por regla general, todos estos terrenos, aunque desnudos y de aspecto estéril sobre las alturas, son grandemente feraces, y por regla especial, Cancán y sus cercanías van á la vanguardia.

¡Qué contraste tan melancólico se presenta al viajero al contemplar ruinas de pueblos que no han recorrido sino una existencia pasajera y transitoria! Oyendo hablar á los viejos que han tenido el arroyo de sobrevivir á tanta causa recurrida de destrucción corporal, está uno inclinado á creer que ésta ya muerta parroquia, fue algún día cosa de entidad y de importancia. Nada de eso, sin embargo; Cancán fue en tiempo de su grandeza una calle larga de algunas cuadras, con casas pajizas de uno y otro lado y una mala capilla de tapias y tejas en una plazuela de miserable aspecto. Abastecida de víveres debió estar, por la bondad de sus

tierras de cultivo y algo rica en oro, por la explotación de sus minas; sus habitantes debieron ser bastante caratosos y tuntunientos, y la vida no alcanzaría jamás las condiciones precisas de comodidad y holgura, atendidas sus circunstancias topográficas. Su temperatura media es aproximativamente de 21° centígrados y su elevación sobre el mar 1.469 metros.

Hoy no quedan de //FOLIO 37r// este pueblo sino tres casas pajizas y los restos de una vieja capilla. Esos restos quiebran el corazón de pena por el sin número de avisperos, hormigueros y comejenes que han jurado domicilio en sus paredes y techumbres.

El verdadero motivo del acabamiento definitivo de Cancán, nos parece un poco complicado en sus detalles, pero ello es cierto, que cuando la entrada de Warleta el año 16, y el negocio risible de la Patria Boba y de las Trincheras de Linares, los pobres habitantes de Cancán á la noticia de que el Ángel del juicio había tocado la corneta sobre la Ceja Alta, abandonaron lares y penates, y se refugiaron en los pueblos del centro del Estado. Después, aunque la cosa no salió cierta al pie de la letra y aunque Córdoba vino á enderezar el tuerto, la mayor parte de ellos no quiso regresar á la cara patria. Probablemente no les pareció cosa de mucho provecho.

¿Por qué se acabó esto? Se pregunta á alguno de los restos mortales que aún subsisten por esos campos. Señor, responde: esto se acabó por causa del tigre, de las culebras, de los tabardillos y del chulco. Chulco en el vocabulario de los negociantes quiere decir dinero á intereses. ¡¡Y qué intereses!! Imposible para nosotros entrar en este escrito en los pormenores de las abominaciones á que ese género de adquisición da lugar en el país; eso enfermaría el alma y no queremos ni pretendemos hacer la historia patológica de la moral humana.

Muchos puntos de los //FOLIO 37v// del tránsito tienen á los lados del camino grandes piñales debajo del bosque. Parece que esta planta hubiera sido cultivada por los antiguos habitantes en sus huertas y heredades y que ella hubiere sobrevivido al aniquilamiento de la población, por haber encontrado un medio de existencia en armonía con su modo de ser. De rato en rato, el viajero es inundado por las aromáticas exhalaciones de ese noble y succulento fruto. El ojo se posa con agrado sobre esos ramilletes de verdura coronados por su borla amarilla rugosa y terminada por una expansión uniforme de hojillas que representan el nuevo germen que nace de las ruinas del que va á concluir.

En Antioquia atribuyen propiedades tóxicas á las piñas; pero pensamos que en ello no hay razón; antes por el contrario, el subácido de su jugo nos parece adecuado para calmar con provecho las irritaciones de la sangre, comunes en los países calientes. Discernir la época oportuna en que estas frutas deban tomarse, elegir las en razón y no abusar jamás, he aquí el breve reglamento que debe regir en tal caso. Lo que se dice de la piña á este respecto, debe entenderse de todas las otras frutas análogas. Por incuria sin ejemplo, reprehensible aún, se vé que el abandono en el cultivo pasa todo límite y que el hombre de las tierras calientes, abatido por la pereza, desdeña sacar provecho de toda fuerza natural, fuerza tan profusa y llena de generosidad en los trópicos cuando se trata de la vegetación. Pueblos hay, y muchos, en que una naranja, un limón ó un agua- //FOLIO 38r// cate son artículos raros, y esto en lugares en que su producción sería fácil ó espontánea tal vez. No nos admiremos de esto, no echemos menos el esmero para creación de efectos, ó de puro ornato ó de agrado, toda vez que los de primera necesidad para el mantenimiento de la vida corren la misma suerte.

Hablando de otra producción espontánea y natural de esas que el Buen Dios dispone con mano pródiga y benéfica en el teatro de sus criaturas, diremos que en todos esos bosques crece la vainilla de un modo asombroso. Su fruto, es verdad, no se utiliza porque la inteligencia y la población faltan para atenderlo debidamente. No obstante, tiempo vendrá en que las crecientes necesidades del país provoquen este ramo de industria tan benéfico hoy para otros lugares del mundo.

Un poco al Sur de Cancán se pasa el riachuelo La Cruz, y se ven en lo alto y bajo de él, vegas admirables por su fertilidad y su belleza. Ese riecito corre al oriente, se reúne un poco abajo con El Volcán, y nace sobre la cordillera de un punto llamado Rizaralda. Es grande la fama de riqueza aurífera de que ha gozado antes, y hoy mismo sus minas prometen mucho. Al pasarlo, no falta algún compañero que recomiende mucho cuidado para no dejarse humedecer por aguas de este torrente. Se cree, entre los traficantes de esos lados, que sería más fácil tocar la luna con la mano que escapar á la fiebre después de haber mojado el cuerpo en la quebrada de La Cruz, ó bebido sus //FOLIO 38v// aguas. Esta funesta nombradía, es preciso advertirlo, no es privativa de La Cruz: se extiende á muchos otros ríos y torrentes. Sin negar la fuerza y

veracidad que en el fondo alcancen estas opiniones de terror, nosotros desconfiamos más en estos parajes del influjo mortífero de los cortos depósitos de agua, que de las grandes corrientes. Con más tranquilidad tomamos el agua de La Cruz ó del Volcán ó nos bañamos en ellas, que en cualquier otro riachuelo ensolvado y lento de los contornos.

Cuando se deja atrás el riachuelo de La Cruz con sus graciosas vegas, se alterna en una serie de eminencias, quiebras, laderas, matorrales, canalones y cuchillas, hasta llegar á las partidas del capitán Sebastián Moreno, así apellidadas por el nombre del capitular de los terrenos del Pantano, antiguo vecino de Cancán. A más andar, se corona el alto de La Mata, se tiene en frente la curva profunda del San Bartolomé y se pide alojamiento en el caserío. Llegamos de noche.

Habíamos oído hablar con lástima y temor al mismo tiempo de la pobreza y miseria de los habitantes del Pantano, de su escasez, su penuria, su exigüidad de recursos y la inopia completa de su tren de vida. Esperábamos dormir la mala noche del caminante y comer el duro pan del peregrino. Nada de eso: la cena nos esperaba, pero cena espléndida y sustanciosa, el lecho blando aseado y cómodo, la hospitalidad delicada. El almuerzo del siguiente día fue opíparo y casi regio; la co- // **FOLIO 39r** // mida digna del mayor restaurador de París y de lo más delicioso. Supóngase el lector á estas alturas: sopa de tallarines con salsa exquisita, carne á la inglesa; pollo á la marengo, pastas gratísimas, confites, cremas, leche fresca, pan blanco, café aromático y muchos manjares más por el estilo; todo ello era capaz de hacernos pensar en los prodigios de las mil y una noches ¿Mentira lo dicho? No; una señora dirigía, y la cocinera, vieja negra esclava de los Arrublas por más de 25 años, era quien había adobado el festín y puesto en él todos los secretos de su antigua y noble práctica. Las mujeres solas saben hacer estos milagros y los hombres nos pintamos para sacar provechos de ellos.

N.º 7. El Pantano. El cerro [tachado:] de las Tetas.

[Entre líneas] La Tetuda. Paisaje. El San Bartolomé. Minerales

Los terrenos del Pantano tienen diseminadas á largos trechos varias habitaciones pajizas de desastroza apariencia pertenecientes, en su mayor parte, á los restos de una cuadrilla de esclavos que los primeros poseedores del lugar tuvieron para la explotación de las minas y para la labranza

de la tierra. Los negros y mulatos viven en completo estado de miseria, visten mal y por toda su persona se pasea esa sombra, impalpable pero visible de la mendicidad. El poco oro que en los mazamorreros recojen penosamente, no alcanza para la satisfacción de sus pocas pero urgentes ne- // **FOLIO 39v**// cesidades. Los más viejos conservan aún el aire suelto y medio ladino de los servidores de casas ricas; pero en general, todos ellos están sumergidos en una ignorancia digna de peor causa. Esta propiedad, medio minera y medio rural, fue adjudicada antiguamente por capitulación al capitán Sebastián Moreno, y por muerte de éste á un señor Saldarriga. La situación entre dos pueblos, Yolombó y Cancán, sus pastos naturales nutritivos y abundantes, y el oro contenido en sus aluviones, lo llamaban á un buen porvenir; pero las causas mismas que aniquilaron á sus vecinos, lo redujeron al estado lamentable en que se encuentra.

El circuito está limitado naturalmente al Sur por el río San Bartolomé, que tiene un puente de regular construcción, y muy útil para los viajeros que van á Remedios ó vuelven de allá.

Este río San Bartolomé nace del alto de “Contento”, tiene un curso aproximativamente oriental y desagua cerca del pueblo de su nombre en el Magdalena, en donde se hace navegable por un corto trecho. Por ambos flancos recibe varios ríos y riachuelos que enriquecen sus arenas.

Para tener una vista espléndida es preciso ascender al cerro [tachado: de las] “Tetuda”, eminencia que en medio de todos esos dobleces de terreno, sobresale atrevida y se eleva á grande altura. La vereda que conduce, girando para el oriente, hasta la cima del cerro, sigue las alternativas presentadas por las [tachado: infractuosidades] quebradas del // **FOLIO 40r**// suelo hasta un punto que puede considerarse como la base de la montaña. De la base en adelante, la línea es larga y casi vertical, se caracolea un poco, se anda en zig-zag hasta que por fin se llega al punto supremo.

Un poco antes de dominar la cúspide, la tierra desmoronada deja visible un gran peñón, constituido por la roca eterna y uniforme de estas comarcas que es la sienita granitoide. El paso de la mula desenvuelve un ruido hueco, timpánico y medroso, porque sin duda alguna los fragmentos de piedra, mal unidos en el interior, dejan vacíos espaciosos que producen esta resonancia y este eco que hacen temer un hundimiento. Si algunos matorrales, el pasto y una débil costra de tierra no sirvieran de manto á estos enormes pernales, la piedra del peñol y el peñón de

Riochico serían poca cosa en comparación con la enorme masa que sirve de núcleo á este elevadísimo farallón de cordillera.

El día era de verano y bastante despejado de nubes para poder contemplar ventajosamente el paisaje, objeto único de nuestra ascensión. Yá en la cima se ve claramente que el espacio que se abarca con el ojo es una vista de mapa-mundi y que las charlas y habladurías de la gente que recomienda el paseo, no son hijas de la exageración habitual de nuestro carácter.

Como la mayor parte de los cerros que rodean á éste, le son muy inferiores en altura, resulta que los más ele- //FOLIO 40v// vados, puestos á una gran distancia, permiten al observador la exploración fácil y sencilla de una vastísima y dilatada superficie. Habiendo alguna vez criticado esas vistas imaginarias á que se refieren los viajeros, hablando de tal ó cual eminencia, no es sino con algún temor como vamos á entrar en la enumeración detallada de lo que en esta parte vimos, porque positivamente hablando, pensamos que nuestra simple referencia forma una lección de geografía medianamente útil. Avancemos, para alivio de la conciencia, y para sincerarnos del cargo que pudiera hacérsenos, de caer en contradicción, que, á pesar de nuestras vagamunderías superandinas, nunca estuvimos en un punto más ventajosamente colocado para ver grandes y muchas cosas. Además, es negocio que puede rectificarse, dándose el placer de verificar esta agradable correría.

Echando la vista por el oriente, se vé, como pegada al cielo, una gran faja azul constituida por el cuerpo de la cordillera oriental de los Andes y en tanta extensión, que se puede asegurar que en un día bien despejado y armado de un buen antejo, el geógrafo podría, si no percibir distintamente los lugares, sí por lo menos designar con aproximación el trozo de cordillera que corresponde á los estados de Boyacá, Cundinamarca, Magdalena, Santander y Tolima. Prescindiendo de los accidentes físicos que la falda occidental de aquella montaña pueda presentar en su vertiente al gran río colombiano, //FOLIO 41r// que serpea á su pie, agregaremos que allá muy lejos y en la misma dirección del Este, vimos con claridad varios puntos blancos sobre cuya superficie parecía rielar la luz del sol en el zenit. En uno de esos, que remedaban estanques ó lagos, divisamos un punto de color rojizo, que contrastaba singularmente con el fondo verde y apacible de aquellos interminables bosques, y con el

azul sereno y quieto del firmamento que le sirve de bóveda. Ese objeto presentaba la forma de la fachada de un gran templo, y hubo alguien en la partida que dijo candorosamente, en contra de todas las leyes de perspectiva, que era algún caney de cosechero de tabaco. Con un regular antejo, nos persuadimos de que los puntos blancos eran las partes visibles del Magdalena en sus diversas curvas y el caney del compañero, la Barranca Bermeja cercana á San Pablo.

En las 25 leguas de espacio que promedian entre el Magdalena y el paraje de que hablamos, se extiende, con aspecto vario y caprichoso, un terreno cubierto en su mayor parte por la selva primitiva y lujosa, peculiar á la zona tropical. Todo ese trozo de territorio se halla todavía inexplorado y es á lo más, si la planta del hombre lo ha pisado por primera vez. Pequeñas y mal dibujadas sombras bosquejan imperfectamente el curso de las aguas; ramilletes de árboles frondosísimos esparcidos acá y allá, muestran de vez en cuando el mayor grado de fuerza vegetal que se desenvuelve en algunos sitios; pero por en medio de ese conjunto de vida orgánica, el pensamiento penetra en las entrañas //FOLIO 41v// del lugar y escudriña sus riquezas.

El oro acarreado por las aguas y depositado durante mucho tiempo en el lecho de los ríos, debe ser inmenso en cantidad, porque los criaderos superiores han debido manarlo por torrentes; las maderas, las resinas, las plantas medicinales, las flores, los minerales de diversas clases, los insectos, los reptiles, las aves, los cuadrúpedos y los caprichos mil, que se entretiene juguetona y traviesa en producir la fuerza natural, deben formar en esas soledades un hervidero espléndido, raro y fecundo para el estudio. Desgraciadamente esa naturaleza hostil y enfermiza, miasmática y pestilencial, enemiga del hombre y de sus esfuerzos, se defiende quieta y silenciosa, pero fatal y terrible. Sin embargo, el turno le llegará y esa hoja inédita del gran libro americano mostrará entonces claros y limpios los tesoros que encierra y se rendirá abatida á los reiterados esfuerzos, á los constantes ataques de la perseverante y terca actividad humana.

En la misma dirección y desde el asentadero que sirve de descanso á la montaña, hasta cinco ó seis leguas dentro de la floresta virgen, se perciben algunas aberturas caprichosamente onduladas y teñidas por los rayos del sol, con un amarillo gualda sumamente vistoso y pintoresco

por el contraste que hace con el verde concentrado de la arboleda. Esos parches dorados son la prolongación desfallecida y moribunda de las lomas de Cancán. Hay una que lleva el nombre de “Pueblo-Viejo” //FOLIO 42r// porque, cuentan las tradiciones, que allí hubo formada antiguamente una vivienda española.

Esto se ve mirando hacia el oriente; pero si se desvía la vista al Sur y se lleva hasta los últimos límites de su alcance, se logra distinguir un copioso laberinto de montañas, de valles y de sitios destacados á lo lejos, que el ojo bien educado del viajero antioqueño percibe y define bien aún a distancias inconmensurables. El páramo de Sonsón, Las Palomas, Los Parados, San José, Capiro, Vallejuelo, las ensenadas de la Ceja, Retiro, Rionegro, Carmen, Santuario, Peñol, San Vicente, Guarne, Concepción, Santodomingo y Yolombó, pueden declinarse perfectamente en muchos de sus detalles.

Para el occidente el paisaje se limita un poco; mas no tanto que no pueda conocerse bien el rastro medio pavoroso de la cordillera occidental de los Andes americanos que nos separa del Chocó. Santa Inés, Quebraditas, Yarumal, Campamento, la mesa de los Osos, Higuerón, Carolina, Verduga, Rizaralda y Contento, son líneas y perfiles de un gran cuadro que se contempla gustosamente con toda la nitidez y claridad de sus formas, como al través del lente claro de un cosmorama. Los pleigues y sinuosidades de las sabanas de Cancán se ven al pie con todos los pormenores de su interesante estructura topográfica.

Del lado del Norte la observación empieza por los últimos confines de ese horizonte dulce y vago, que ofrece á lo lejos la superficie anchurosa del mar; pe- //FOLIO 42v// ro los objetos no comienzan á dibujarse perceptibles sino sobre la cúspide del cerro Tamar, sobre las serranías del Bagre y del Sacramento y las montañas de Guamocó. De resto, desviando un poco de lado y lado, Zea, Cruces, Anorí, planicie de Remedios, Cerrogrande, Montebello, la Ceja Alta y las protuberancias rugosas de Cancán, son pormenores que la vista comprende y abraza con extrema facilidad.

Lo dicho da á entender que de ningún punto del Estado puede verse de una sola vez parte mayor de su territorio, y hace comprender al mismo tiempo que en ningún libro, en ninguna carta corográfica, en ninguna explicación, en ninguna escuela ni en ningún colegio, puede

proporcionarse una lección práctica de geografía física, más elocuente, más útil y provechosa.

Después de esta revista general descendamos á la filigrana del circuito.

El río San Bartolomé, cuyo curso hemos definido y cuyo nacimiento está, como ya lo hemos dicho, sobre el cerro de Contento, derrama sus aguas para el oriente, en tanto que el raudal Cancana, afluente del Porce, nace de la misma cordillera y se desliza para el occidente. De esta circunstancia hidrográfica, puede colegirse, aun sin necesidad de visitar el terreno, que ambas aguas deben correr por hondonadas ó valles á lo largo de toda su carrera. Ahora bien; como una y otra vierten de la cordillera que separa la hoya del Porce de //FOLIO 43r// la hoya del Magdalena, y como en el punto de su nacimiento este gran ramal andino hace una falla de muchísima consideración, se tendrá, que andando de Medellín, situado 18 ó 20 leguas al Sur de ese sitio, si se transita por la ladera de la montaña, ascendiendo gradual y lentamente, se llegará al vallecito de la “Cancana” en su parte superior sin grande esfuerzo y sin hacer muy pendiente dicha línea en parte alguna.

Del punto superior del vallecito de la Cancana se ascenderá la montaña con un trazo especial bien dispuesto y sencillo, hasta ponerse en las primeras vertientes del San Bartolomé que están cercanas. En adelante, la línea iría por sí misma ladeando el río hasta su desagüe en el Magdalena, y de esta manera recorrería desde Medellín un trayecto en el cual el cambio de nivel en ascenso ó descenso no subiría jamás de un 4 á un 5 por ciento. Todo esto se observa con muchísima facilidad desde el punto de atalaya en que ahora estamos colocados, y si esa línea imaginaria para nosotros fuese reemplazada por un buen camino para Antioquia, el porvenir sería más lucido, más brillante y más consolador. No hablamos de un ferrocarril, aunque la Legislatura haya anticipado esta idea y aunque nuestras creencias se inclinen á su practicabilidad más ó menos tardía. No hablamos tampoco de una simple comunicación por ruedas, porque estamos persuadidos de que el pesimismo saldría á la parada, y gritaría ¡imposible! Proponemos llana y buena-mente un camino de herradura. Lo demás vendrá con el tiempo.

Como //FOLIO 43v// la línea de que acabamos de hablar no pasa por La Quebra propiamente dicha, y como ésta esté bastante rebajada entre

los nacimientos del río Porcito y los del Nus, se comprenderá fácilmente que por este punto puede pasar un buen camino análogo al anterior.

Convinendo en la exactitud de este pensamiento, por ciertos aspectos, expondremos que en nuestra opinión ambas vías tendrían en su principio el inconveniente de la insalubridad del clima; pero que la primera tendría sobre la segunda la ventaja de salir á un punto más fácilmente navegable del Magdalena, y la de atravesar por terrenos más fecundos, más bellos y de superior importancia. Se pierde verdaderamente la imaginación contemplando el cuadro que empezaría á desarrollarse para Antioquia el día en que un buen camino pusiera en contacto el interior del Estado con un río cualquiera navegable, que permitiera llevar los productos naturales de su suelo á los mercados extranjeros.

Ciertamente, si se tratara de un carril de hierro y la obra se intentara, sin más recursos que los propios del país, el asunto sería bárbaro, ridículo, absurdo aún en su simple enunciación; pero si por medio de un contrato el Estado contribuyera con su territorio, con una parte de su porvenir industrial y con indemnizaciones adecuadas, no vemos por qué capitales extranjeros no consideraran simpáticamente la obra, no la acogieran con interés y no le consagraran una parte de la fuerza sobrante que hoy tienen en Europa y en los Estados Unidos //FOLIO 44r// del Norte.

El descrédito que nuestras frecuentes revoluciones han echado desgraciadamente sobre nuestro nombre, ha sido, digámoslo en justicia, muy bien merecido; pero, ó nosotros estamos ciegos, ó notamos y creemos ver en el espíritu de nuestras poblaciones cierto sentimiento de odio por las revueltas, un vago acento de anatema por las revoluciones y un culto casi religioso por la paz. Si nuestro cálculo es exacto, y si los pueblos protestan como soberanos contra la guerra civil, si aclaman la independencia y seguridad del trabajo, si establecen la soberanía de su voluntad y de su provecho en asuntos de orden, de moralidad, de propiedad y de seguridad, entonces ganarán un poco de respeto entre las naciones poderosas. Su decoro social los recomendará, sus esfuerzos serán protegidos, el comercio se desenvolverá en formas consoladoras, la industria abrirá sus alas, la libertad sentará su trono legal en nuestra patria y la idea de empresas colosales como la que nos arrastra á estas reflexiones, no hará sonreír sardónicamente á los pesimistas.

Si á una sociedad cualquiera le fuese dado adquirir de una vez y sin andar en pormenores, toda la libertad, riqueza y civilización apetecidas, la cosa sería adorable y el fenómeno tocaría en la categoría de los milagros. No es así; la libertad, la riqueza, la civilización y el bienestar, piden imperiosamente el tránsito indispensable de la humanidad por una línea prolongada y difícil, por una escala graduada, cu- //FOLIO 44v// yos pasos no se atropellan jamás impunemente y sin peligro de un choque que la quebrante y aniquile. Los hechos piden orden, la marcha progresiva del hombre hacia la perfección, quiere y exige método y cautela, los brincos inconsiderados, los saltos atrevidos, los vuelos imprudentes, rompen la estructura del cuerpo social mucho antes de dejarlo arribar á las playas prometidas del progreso.

El suelo antioqueño no es feraz sino en puntos dados y tal vez no muy extensos; sin embargo, como el relieve del territorio es tan variado en su superficie, tan rico en multiplicadas temperaturas, tan fecundo en distintas producciones, el carácter de sus moradores tan emprendedor, tan energético, tan perito y tan sutil en negocios de provecho personal, pensamos con gusto en el vasto campo que se abriría á su actividad, el día en que teniendo medios de exportación para sus frutos pusiera en juego toda la fuerza de su ser y propensiones.

Para nosotros, generación vieja, enfermiza en lo físico como en lo moral, gastada y corrompida por las costumbres y contiendas anteriores y por el soplo de malas pasiones, es ya tarde. Toca á la generación nueva, á la juventud rescatada á nuestra costa, redimida con nuestros pasados dolores y sufrimientos, entrar valerosa en la contienda, moralizarse con la paz y con el trabajo, apoderarse de la buena semilla, fecundarla con esmero y proclamar como suyo el porvenir.

Desde la orilla misma del //FOLIO 45r// Magdalena hasta las cumbres de esta cordillera, la superficie cultivable es muy extensa y toda la estamos dominando con la vista. Lo que en este sitio brinda ocupación para millares de brazos, se repite con frecuencia en todo el ámbito de Antioquia. El cacao, el tabaco, el añil, el café, la caña de azúcar, el maíz, la vainilla, el plátano, el fríjol, las papas, la cebada, el trigo, la yuca é innumerables árboles frutales, que mantenidos con esmero y educados convenientemente derramarían copiosos frutos por doquiera, traerían como resultado una gran suma de bienestar para este pueblo naciente.

No pretendemos formar cuadros risueños é imaginarios sobre lo que espera Antioquia en su parte minera, agrícola y comercial, porque todo eso nos lo dan fabricado año por año las memorias oficiales y porque sienta poco al giro de nuestros apuntes, la seriedad del economista ó el arrebatado brío del poeta. Nosotros apenas la echamos de razonadores por afición y de parleros por oficio.

Sin embargo, fuerza es confesar que la permanencia en estas alturas como que desvanece un poco y arrastra á la somnolencia. Tal vez el aire enrarecido de las montañas torne vaporosa la imaginación y la conduzca á los delirios y á las alucinaciones.

Bolívar soñó sobre el monte sacro, volvió á soñar sobre el Chimborazo; ¡pero qué sueños! Si fuéramos á citar todos los soñadores sobreandinos, no acabaríamos. Yá es tiempo de bajar y de volver á la posada.

Las hoyadas metidas entre las lomas de Cancán, son, al decir de los conocedores, sumamente auríferas; pero como sus pla- //FOLIO 45v// nos conexionados unos con otros, por la separación misma de las cuchillas, presentan una cortísima diferencia de nivel, la explotación de este oro es casi imposible, al menos por ahora y por los procedimientos ordinarios. Por el sistema de sacas, haciendo grandes hoyos hasta llegar á la peña, se pudiera conseguir este intento; pero aún así, la operación sería sobrado dispendiosa, habría que extraer el agua con mucha lentitud, el establecimiento de un juego de bombas sería muy difícil y el costo al fin mayor que la ganancia. Esto espera la ayuda del vapor y la electricidad en sus más simples manifestaciones.

N.º 8. Enfermos. Cascajo. Trincheras de Linares

Por la mañana, antes de la partida del Pantano, se vino sobre nosotros, en pelotón, la mayor parte del gentío de los contornos y se nos vino en calidad de enfermizo en busca de recetas. A juzgar por el número de casuchas elevadas en esos parajes, se puede afirmar, sin temor de engaño, que entre todos los moradores de este desdichado suelo no hay un diez por ciento que no tenga derecho perfecto á una cama de hospital.

Por regla general, todos los individuos de los parajes ardientes y cálidos //FOLIO 46r// dos como éste, tienen una fisonomía marcada por el padecimiento. Son personas por lo regular flacas, amarillentas, lánguidas en los movimientos, ictéricas, nerviosas y melancólicas. La

obesidad ó gordura extremada es una excepción aun entre los sujetos que pertenecen á la raza africana, y que, como todo el mundo sabe, resiste mejor que las demás la maligna y pernicioso influencia de los agentes exteriores.

Las enfermedades más comunes por estos sitios son las fiebres intermitentes de todas clases, cotidianas, tercianas, subintrantes, efímeras, perniciosas, etc. Después de estas vienen las calenturas tifoideas, la disentería, las hepatitis ó inflamaciones del hígado [entre líneas: las neomonías], la anemia en todas sus faces, las úlceras crónicas, la gota, la erisipela, las hidropesías y las eternas y aflictivas dispepsias, azote acaso el más cruel de cuantos martirizan á los americanos en la zona tórrida.

Mucho han divagado y mucho han torturado la inteligencia los sabios por hallar el principio morbígeno, que en los climas abraza-dores y otros, produce las fiebres paludosas ó de los pantanos. Cada cual piensa al crear una teoría que ha dicho ya la última palabra, sin que á nosotros nos parezca que hay en todo lo que sobre el particular hayamos visto hasta el presente, sino la primera expresión del arte, el crístus de la cartilla médica,²⁵ quien dice que la causa de la fiebre está en la absorción de un gas mefítico; quién que en un cambio repentino de temperatura en el organismo; quién que en los //FOLIO 46v// trastornos eléctricos; y quién atribuye la causa á variaciones meteorológicas de diferentes órdenes. Todo eso revela á lo más la deducción á priori de una lógica incompleta, porque todo ello no va al corazón y al fondo del problema. Queda un más allá que pide como complemento la prueba del gas absorbido, el trastorno de temperatura demostrado, el cambio eléctrico hecho palpable, etc.

Lo cierto es que en este negocio, como en muchos otros de historia patológica, queda bastante por saber, y que con frecuencia se toma una causa ocasional por una causa generatriz ó determinante y que la lógica en toda su fuerza, la lógica verdadera de la ciencia, la lógica inexorable que abarca todos los pormenores de una cuestión, sin perdonar uno solo para llegar á la esencia de la verdad, no ha servido hasta ahora de guía y de maestro á los prácticos. Es por esto por lo que el empleo de la

25 | El doctor Laveran ha descubierto el parásito productor de estas fiebres.

quinina y de otros febrífugos es hasta el presente, aunque benéfico en su acción, enteramente empírico en su empleo.

Hoy por hoy nos viene un norte-americano, Mr. Salisbury, con la novedad de haber hallado, merced á una serie numerosa de bien conducidas experimentaciones, el principio patogénico de las fiebres llamadas hasta ahora miasmáticas. Él piensa que sobre la atmósfera corrompida de ciertos pantanos, se levanta y se incorpora con el aire una gran cantidad de espóras ó elementos de un vegetal algoide, microscópico y clasificable.

Estudiándolo detenidamente, él ha llegado, //FOLIO 47r// no solo á darle lugar en el cuadro fitológico, sino que también ha demostrado sus calidades palustres y su acción sobre el organismo engendrando las fiebres intermitentes. Quedaría, siendo esto exacto, mucho más por estudiar, como por ejemplo la manera en que obran los febrífugos, especialmente la quina, para combatir la intoxicación y lo más esencial, lo más grande, lo más fecundo, lo que más se refiere á la profiláctica, á fin de redimir la especie humana de un azote tan devastador. Realizado un descubrimiento tal, él ocuparía —sin duda— alto puesto en la escala de los grandes hallazgos del siglo XIX, igual ó mayor que el de la anestesia. Esperemos.

En el estado actual de la materia, debemos contentarnos con lo que hay y con lo que vemos: conjunto de datos empíricos, curación del mal con los preparados de quina y adquisición de él por la permanencia prolongada ó solo pasajera en los lugares mefíticos que favorecen su producción. Conocemos sobre esta clase de dolencias humanas hechos aislados, tenemos cuadros sintomatológicos, terapéutica algo ciega, leyes sin relación patológica, complicaciones y resultados morbosos.

Un individuo contrae el germen, llamémoslo así, del mal; pasa las tramitaciones de él y se cura radical ó temporalmente. Un poco más tarde la dolencia se repite en mayor ó menor número de ocasiones y la reincidencia puede ser tal, que al fin los pacientes de calenturas palúdicas adquieren ese aspecto especial y típico, que tanto en lo físico como en lo moral //FOLIO 47v// pudiéramos llamar idiosincrasia. La fiebre intermitente repetida y hecha hábito orgánico, concluye con establecer una diátesis característica é imprime sello al organismo. Lo que sucede á uno en particular, acontece á muchos en una población y así vemos que al

través de algún tiempo, esos grupos de hombres presentan el fenómeno de grandes hospitales parroquiales, poblados de unos cuantos vivos y de gran cantidad de fantasmas.

Hay una cosa en que tal vez ni los hombres doctos han fijado bastante la atención y respecto de la cual, si tuviéramos el arrojo de formular leyes patológicas, expresaríamos en los siguientes términos. Para que los habitantes de los países ardientes de los trópicos, que han llegado á padecer una ó algunas veces la fiebre intermitente, toda otra enfermedad, sea de la clase que fuere, tiene tendencia pronunciada á revestir en su forma el tipo periódico. Lo particular en esto, lo que ha llamado nuestra atención de prácticos, es que esta intermitencia, hija de una especie de recuerdo instintivo de la vitalidad, no se refiere sólo á las afecciones que perturban el ritmo general de las funciones orgánicas, sino también á los resultados de las afecciones traumáticas ó por causa mecánica.

Así como hay algo que en las profesiones y en las enfermedades esparce como una atmósfera distintiva que define exteriormente la situación; así como el herrero, el marinero, el sastre, //FOLIO 48r// el relojero y el militar, lo mismo que el canceroso, el tísico, el escrofuloso y el leproso tienen su calificativo aéreo que los hace conocer al observador atento é inteligente á primera vista, así también el hombre expuesto á los miasmas deletéreos lleva el sobrescrito de su destino.

Esas devastaciones producidas sobre la parte física de nuestros poblados bajos y cálidos, malsanos y febricitantes, son calificadas por los paisanos con esta frase: “esa tierra se come la gente”.

Después de repasar el riachuelo La Cruz, Cancán, San Martín, El Volcán, unos cuantos arroyos y torrentes más, lomas y encrucijadas, arribamos á Cascajo en una bellísima tarde, á la hora en que el sol acababa de calcinar las montañas de occidente y daba campo al crepúsculo. Es bellísima esa hora del día en los países equinociales.

Junto á Cascajo, hacia el Norte, está el ribete setentrional de las lomas, formado por la Ceja Alta, punto del cual, siguiendo para el Nordeste, se comienza a descender con interrupciones de colinas y cordilleras, hasta las márgenes del Magdalena.

Cascajo, como hacienda rural, tomó bajo la dirección de un rico propietario un desarrollo ventajoso hasta la época en que comenzaron los últimos acontecimientos de guerra civil, que han venido fatigándonos y

empobreciéndonos. El carro revolucionario pasó por encima de ese predio, como dicen que pasaba el caballo de Atila por los campos conquistados; es decir, dejando ruinas, soledad y yerra seca. Es //FOLIO 48v// posible que esa finca no se levante en mucho tiempo de su postración actual.

La situación peculiar de la Ceja Alta y de Cascajo los constituye, desgraciadamente para ellos, en la categoría de lo que en lengua de milicias llaman puntos estratégicos. Sobre la misma loma en que está establecida la casa de la finca y á muy corta distancia de ella, hay todavía unas profundas zanjas conocidas con el nombre de “Trincheras de Linares”, que recuerdan al viajero un triste episodio de nuestra guerra de independencia, episodio que se refiere á lo que, en buena gramática, llamaron nuestros padres “la patria boba”. Era efectivamente muy boba la patria de aquel tiempo; pero si hemos de juzgar por lo que vemos, la patria de ahora no es más avisada y sagaz que la de entonces.

Luego de que el pacificador don Pablo Morillo, con sus instintos de fiera y su enorme ejército expedicionario, hubo tomado y sometido la ciudad de Cartagena, enderezó sus operaciones contra los insurgentes del interior del país. Por el lado de Ocaña mandó al Brigadier don Miguel de Latorre, para que, por las provincias del Norte y reemplazando a Calzada, tomara la capital del Virreinato. Calzada, aunque suficientemente cruel, era muy inepto y el general español quería á todo trance que bajo la conducta de un jefe más inteligente, fuesen las tropas de su mando las que entrasen primero á Bogotá.

Hacia el lado del Chocó mandó con poca tropa al coronel Bayer y por el Magdalena, para que se internase por //FOLIO 49r// el Cauca, tomase la provincia de Antioquia y siguiese hasta Popayán, al coronel Warleta, al mando de quinientos hombres. Él quedó á retaguardia con un respetable ejército y dispuesto también á internarse, como lo verificó bien pronto. Esto pasaba en el año de 1815.

En el de 1813 había muerto en Rionegro de un tabardillo (fiebre tifoidea de hoy) el dictador don Juan del Corral, hombre de pelo en pecho, sesudo y enérgico, que había organizado medianamente una reducida tropa de línea, las milicias, la opinión y el régimen civil y político de esta sección colombiana. Bajo la inspección inmediata del sabio Caldas había hecho el Sr. Corral fundir algunas piezas de artillería volante propias para la guerra de posiciones. Con ellas, con algunos

fusiles, lanzas y machetes, había el sucesor de él, que lo fue el Brigadier don Dionisio Tejada, armado la gente de pelea de que Antioquia podía disponer en aquella época. Tejada era poco hombre, de corazón pusilánime, débil, sin alcances suficientes para ponerse á la altura de la situación y sacar con brillo el honor del país.

Diose la dirección de 700 hombres al coronel venezolano Linares, sujeto de buena reputación militar y que había llevado las armas con algún decoro en las contiendas anteriores. Estaban con él, y como personajes entendidos, dos hermanos de apellido Malo, bogotanos o tunjanos, no sabemos bien de dónde; pero que prometían garantías de buen comportamiento, porque no eran extraños á los debates sangrientos de entonces.

Warleta, por su lado, subió el Cauca hasta Nechí y de acuerdo con las vie- //FOLIO 49v// jas tradiciones de sus compatriotas, se procuró camino de tierra para hacer subir algunas caballerías hasta Zaragoza. De ese punto en adelante comenzaron los patriotas á fastidiarlo un tanto, hubo algo como una escaramuza en “Cambombolito”, quemaron sus vecinos á Remedios para quitarle ese recurso, y en retirada ocuparon definitivamente la posición de Cascajo, donde esperaban ser bastante fuertes para resistir la invasión. El veintidós de marzo de 1816 cayeron los peninsulares sobre los independientes atrincherados en el sitio que llevamos mencionado. La lid, mientras se tuvo entre las dos infanterías anduvo así, y aun se dice que de las tropas de Linares murió la respetable cifra de cien hombres; pero el asunto cambió de faz desde el momento mismo en que unos ochenta húzares de Fernando VII aparecieron por la Ceja Alta dominando las elevaciones cercanas al campo de batalla y tocando á la carga con clarines y trompetas.

A la aparición de la caballería, y sobre todo, se dice, al ruido de aquella música desconocida, el pánico cayó sobre el espíritu de nuestros paisanos y los puso en la más triste y compasiva derrota. Ciento y tantos fusiles, pertrechos, y la mayor parte de los elementos de guerra, todo cayó en poder del enemigo.

Linares, con los restos medio desbaratados de su columna, se retiró a Barbosa, y de este lugar, provocando la emigración de los patriotas, arreando ganados y caballerías y tratando de arrebatar á su perseguidor los principales recursos con que pudiera contar, pasó por Mede- //FOLIO 50r// llín, por Envigado y llegó á Amagá, en donde la

desmoralización cundió de un modo asombroso y acabó por entonces con el patriotismo antioqueño. Como unos setenta hombres pasaron al Cauca, y el ciudadano Tejada, incapaz de resistir, se ocultó por esos bosques donde fue preso poco después.

Don Francisco Warleta, á tambor batiente y bandera desplegada, tomó el cinco de abril la capital de la provincia, solazándose no poco el muy taimado, con las sencillas referencias de los paisanos que habían tomado las trompetas de la “Ceja Alta”, por las del juicio final.

Dicen que nuestro pacificador era hombre de buen parecer y de malísimas entrañas. Lo primero importa poco; pero lo segundo está bien averiguado para la historia. En Medellín trató muy mal á todos los que se le allegaron y malísimamente á uno de nuestros caciques, que hacía por entonces de primera autoridad política. En Rionegro, porque no le dieron bastante yerva para sus caballerías, depuso ignominiosamente de sus empleos á don Ignacio Mejía y á don Pedro Arango, mandándolos inmediatamente á trabajar como peones, al camino que se abría de Sonsón á Mariquita. Sin embargo, contentóse con ultrajar y no fusiló á nadie, cosa que se le quedó agradeciendo bastante, bien que esto no lo hiciera en gracia de su buen corazón y de su filantropía, sino porque estaba temeroso de lo que pudiera sobrevenirle del lado del Cauca.

Al dejar nuestro territorio, este hombre siguió para el Sur, y en Cartago impuso sobre la población una gruesa multa //**FOLIO 50v**// porque no le habían mandado aguardiente para las tropas á su llegada. En Buga ultrajó groseramente á unas señoras, porque eran hermanas del general independiente Cabal y apaleó á diestra y siniestra, bajo diferentes pretextos. En Cali hizo poco más ó menos lo mismo y en Quilichao mandó fusilar á un señor Navia porque era compadre de un general patriota. En Popayán fusiló, hizo presos e inventó cuanto linaje de tormentos puede idear el diablo para torturar á la humanidad: púas de macana ó guadua que hacía meter á los patriotas por entre las uñas y la carne, planchas ardientes puestas en las plantas de los pies, cepos de campaña, palizas, hambres prolongadas, y por encima de todo, multas numerosas, que según buenos informes apropiaba para sus menudos gastos. Ya se ve, era el tiempo en que, comenzando por el caporal Morillo y acabando por el último chapetón, se tropezaba el cristiano á cada paso con los nombres de Sámano, Enrile, Calzada, Tolrá, Warleta, etc., etc.

**N.º 9. Las Cuevas. Santa Isabel. Sirpes. Moná. Costumbres.
Minerales. Pantanillo**

Saliendo por la mañanita de Cascajo, se contempla una bellísima escena con la aparición del sol y con la aurora que le precede. En su calidad de plataforma, el sitio y el extenso //FOLIO 51r// horizonte que se dominan, son inundados al momento por un torrente de luz, de esa luz nuestra, tan intensa y tan vivificante.

Pronto después, se introduce el viajero bajo la sombra de un bosque rebajado en tamaño, pero tupido y espeso, hasta tanto que se trepa sobre la cresta montañosa. Yá sobre ella, el punto de vista cambia total y repentinamente, tanto en cuanto á los objetos circundantes como con relación á las partes lejanas del conjunto.

La vegetación en esa eminencia, que es la que propiamente se llama "Ceja Alta" de Remedios, comienza á ser distinta de la que se deja atrás y empieza á dar muestras patentes de la infinita variedad en que se desarrollará después. La vereda que se sigue es una especie de socavón constituido por enormes fragmentos de rocas y por profundos canalones. Las rocas sieníticas están dispuestas en pedregones formados como en batalla sobre la altura, y parecen como el último lindero de una gran corriente de piedras, empujadas por algún espantoso cataclismo que les hubiese hecho llegar hasta ese sitio, porque esas piedras no están en el lugar como representantes de la armadura misma de la montaña, sino en forma de grandes pedregones, redondeados muchos de ellos, separados en su mayor parte y sin más conexión los unos con los otros que la que tienen á título de vecindad. Este grupo de rocas es lo que los transeúntes llaman Las Cuevas, y el nombre es bien puesto, porque el desmoronamiento de ellas deja en sus flancos huecos caprichosos y un poco extensos a veces.

No es //FOLIO 51v// desagradable para la vista, antes por el contrario, es muy bonito el aspecto que presentan esos grandes pedazos de piedra, colocados como hemos dicho, acanalados por las corrientes de agua que los bañan y con su graciosa forma de medio melón colocado sobre la superficie de un plato.

En cuanto al espectáculo que presenta el horizonte visto desde allí, bien pudiéramos entrar en muchos pormenores que no carecerían de interés geográfico; pero como dichas descripciones sean fatigosas de suyo, bueno será andar un poco más á la ligera y contentarnos sólo con

decir que todo, naturaleza orgánica é inorgánica, aire, cielo, nubes, etc., cambia de un modo repentino.

De la Ceja Alta en adelante se entra en ese desconocido tenebroso, que nuestros viejos padres han calificado siempre con el nombre de “El Monte”, y sobre el cual les hemos oído en la infancia más de una relación fantástica, más de un cuento dramático, más de una mención misteriosa y más de una conseja llena de prodigios.

Después de andar encomendados al tino de las mulas, de apretar las piernas, de torcer los pies para cortar una fractura, de experimentar uno que otro calofrío causado por la proximidad de un agudo diente de pedernal, de sufrir algún tope en la espinilla, de recibir una bofetada en pleno carrillo por el tieso brazo de un sarmiento y de poner el otro para recibirlo del lado opuesto, con humildad completamente evangélica, se sale al fin, no á campo abierto y llano, si //FOLIO 52r// no al principio de una falda, cubierta por el bosque frondoso de los trópicos, por la vegetación arrogante de los países equinociales.

Desde la Ceja Alta se ha mudado, no solo de horizonte sensible, sino también de horizonte geológico. La naturaleza muerta, á la par de la vida animada, entona otro canto, habla otro idioma, muestra un estilo diferente y asume un acento distinto. Ya trataremos de interpretar estas manifestaciones, de descifrar estos arcanos, de explicar estos fenómenos.

Descendida la primera parte de este montuoso laberinto, se llega á un torrente conocido con el nombre de “Pescadito”; más adelante está el Pescado y en la continuación “La aguada del Coco”, la cordillera de Santa Isabel y, en fin, Pantanillo, donde se pernocta á las orillas del río Yté sin hablar del famoso “Paso Real”, que tiene una aberturita y unas casuchas de mezquina apariencia. En el transcurso de todo ese trayecto hay cosas que son merecedoras de algún recuerdo.

El Mafafal es un punto que en el rigor del estío conserva los caracteres de la estación invernal en toda su plenitud; es un lodazal profundo, espeso, cruzado por raíces y peligros como Escila y Caríbdis.

El mulo de uno de los compañeros metió el casco imprudentemente en un hoyo limitado por dos troncos leñosos, quiso sacarlo luego y se encontró retenido, de un lado por el gluten lodoso y de otro por los maderos circundantes. Al obstáculo siguió un esfuerzo, al movimiento del animal la resistencia, al impedimento la reacción, al //FOLIO 52v//

esfuerzo el levantamiento rápido de las ancas y tronco del macho, á esto una evolución de salto mortal y al semicírculo de esta peligrosa suerte la caída de la cabalgadura con el caballero debajo. El asunto llegó á ser alarmante y acaso nuestro paseo hubiera terminado de un modo trágico sin la intervención feliz de otro de nuestros amigos, libertador oportuno de una víctima cierta inmolada tan estérilmente. De estas aventuras hay muchas en los caminos americanos. Adelante.

Había un negro acomodado y laborioso habitante de estas selvas, colega obligado de los tigres y de las mapanáes que tenía establecido su cuartel general en un paraje vecino al río Pescado. Este honesto descendiente de Can, era padre de una hija, doncella muy apuesta é inocente, que veía con dolor pasar los verdes años de su juventud, sin más testigos que los ecos de la floresta, sin más pasatiempo que el canto de las aves matinales, sin más emociones que las causadas por el nocturno rugido de los leopardos y sin más esperanzas que las de un vago porvenir.

Vecino de este pobre negro había otro, que tenía por nombre Arenales, mancebo gallardo, audaz, atrevido y ansioso de placeres, sobre todo si esos placeres podían satisfacer su sensualidad. Arenales frecuentaba la choza de su vecino, era cordialmente recibido en ella, se le agazajaba, se le trataba bien y lo que es más, se tenía confianza en sus proceder. Desapareció un día la //FOLIO 53r// pobre muchacha del hogar doméstico y aunque el padre anduvo diligente en indagación de su paradero, no tuvo pronto conocimiento de él. Pasado algún tiempo se supo que el rapto ó más bien seducción era obra de Arenales, y que la negrita vivía con él en su propia casa.

Sabedor del paradero de su hija, tomó el viejo negro su escopeta, cargola suficientemente; y preparado así, tomó el camino que conducía á la morada de su adversario. Llegó á la casa de éste y encontró, como lo esperaba, á la feliz pareja; entabló su reclamación en debida forma, manifestose enérgico y decidido y travose en seguida una grave discusión entre los dos competidores, de la cual resultó un convenio. Estipulose que Arenales se casaría según la iglesia con su querida prenda, que habría amistad y parentesco y que el negocio concluiría en perfecta paz, quietud y tranquilidad.

Ratificado así ese razonable tratado, el futuro suegro fue invitado por su hija y por el amante á participar del almuerzo de familia que

á esa hora se hallaba preparado. Después del convite, los dos amartelados distrajeron un poco la atención del padre y mientras tanto, apoderándose de la escopeta, se echaron á andar por esos bosques. Apercibido el otro de la ausencia repentina de aquellos que él creía yá de su parte, dióse á correr en su persecución, alcanzóles á tiempo en que habían pasado yá el río por uno de esos puentes formados por un solo tronco de árbol colocado de orilla á orilla. Los dos fugitivos, viendo llegar á su perseguidor, parecían aguardar tranquilamente y sin temor de ninguna especie, detenidos á corta distancia del puente. Cuando //FOLIO 53v// el desdichado negro, yendo siempre hacia ellos, se halló en la mitad del madero que servía de pasaje, un tiro disparado repentinamente lo hirió y precipitó en las aguas. La corriente del río lo arrebató al momento, mientras los dos asesinos, seductor y homicida el uno, y parricida la otra, emprendían de nuevo la fuga.

El tigre, habitante común de esas selvas, sacó durante la noche el cadáver que flotaba sobre las aguas, lo devoró en gran parte, depuso los restos sobre la playa y estos fueron encontrados al siguiente día por los montadores del contorno. Arenales y su cómplice vagaron durante mucho tiempo por diversos lugares del Nordeste, llevando siempre la vida esquiva, inquieta y misteriosa de los criminales, hasta que al fin, dicen solemne y majestuosamente los que refieren la historia, desaparecieron y no se volvió á saber más de ellos.

La parte más grave de este acontecimiento está para nosotros, en que, según la versión del comentador que nos la ha referido, cuando los dos prófugos fueron alcanzados por el que iba en su seguimiento, el hombre, es decir, Arenales, quiso al momento hacer el tiro; pero fue disuadido de su intento en razón de que la niña le hizo observar que sería mejor no matarlo hasta que estuviese en la mitad del puente, porque así, arrastrado por las ondas, desaparecería sin dejar vestigio alguno del atentado.

El sendero, á medida que hemos venido internándonos, presenta de lado y lado la selva secular, antiquísima, //FOLIO 54r// eterna y sembrada sin duda alguna por la mano del Omnipotente en la mañana del día que siguió al diluvio universal. ¡Qué riqueza de creación, qué capricho en las formas, qué variedad en los vegetales, qué aliento tan fecundante, qué maravilla en esta inspiración sublime de la naturaleza! Árboles corpulentos elevan su tronco hasta las nubes, y cuando ya su ramaje moribundo

es abatido por los años, estos reyes de la floresta coronan su cabeza con grandes cardos en forma de majestuosa diadema. A su lado, en toda la plenitud y vigor de una vegetación ubérrima, se levantan otros, hijos de aquéllos, que deben sucederles en el transcurso de los tiempos. Cercanos á estos, árboles más delgados, pero no menos lozanos, nietos de los primeros y cachorros de los segundos, crecen con formas esbeltas y gallardas, para continuar la jerarquía de esa desenvuelta generación. Más abajo, vecinos del suelo, arbustos, arbolillos, yervas multiplicadas de sin número de géneros y de familias, constituyen por su reunión ese pueblo abigarrado y heterojéneo, que sirve, como en vasallaje, al dominio indisputable de esa primera y orgullosa aristocracia del bosque.

Palmas colosales que se mecen blandamente y entreveran sus mástiles con los mástiles de los robles; gruesos bejucos, que en caprichosas espirales se enrollan en las cortezas de los troncos y los estrangulan con su apretado y mortal abrazo; variadísimas yedras que remedan con sus formas y colores la figura de mariposas que vuelan, de insectos que susurran, de pájaros que cantan, de serpientes que se enroscan y hasta de cráneos humanos; plantas trepadoras, que, como las infinitas especies de *//FOLIO 54v//* vainillas, se visten de tiempo en tiempo en ramilletes de nieve, para dejar luego en su lugar torrentes de aroma en sus maduros frutos; cactus caprichosos que lanzan al ocaso borlas de púrpura, de oro y esclarlata; helechos y pajas, de ténue y débil follaje, que movidos por el viento remedan á veces las risas, los gemidos, los lamentos y las vagas armonías de la montaña. Todo esto y mucho más, que no alcanza á definirse ni á sentirse ni á comprenderse bien, sirve como adorno, gala y decoración á ese sublime y portentoso espectáculo, á esa magnífica y grandiosa escena.

Cuando nos despedimos de la chorrera del Guadalupe, echábamos mano en nuestra impotencia para la expresión del sentimiento de uno de los versículos de Isaías; y ahora, estudiando en sus pormenores y queriendo definir en su conjunto el tipo providencial de un bosque vírgen en el Nordeste, no podemos hacer otra cosa que traer en nuestra ayuda la elocuencia del siguiente texto: “Desde que nace el sol hasta que se oculta es grande el nombre del Señor”.

Entre las diversas, riquísimas y copiosas producciones con que la mano de la Providencia ha querido favorecer esta zona de nuestro territorio,

no queremos dejar sin mención honorable una de la que habíamos oído hacer fervorosos elogios á los viejos traficantes de esta región: pretendemos hablar de los Sirpes, árboles profusamente diseminados por estos campos, fecundos en frutos y llenos de cualidades admirables.

Como las recomendaciones que del Sirpe teníamos fuesen tan exaltadas, y co- //FOLIO 55r// mo se nos hubiese ponderado tanto lo delicioso de las uvas que producen, andábamos ansiosos y atentos por descubrir el precioso vegetal y por procurarnos el placer de experimentar su bondad en nuestra propia persona.

No conocíamos á punto fijo sus caracteres físicos; pero habíamos visto plantado en un jardín uno de ellos, joven aún, y habíamos tratado de retener en la memoria su forma y señales distintivas. Poco después de haber dejado Las Cuevas é internándonos en la selva, empezamos á distinguir de lado y lado del camino algunos individuos que se nos parecieron á los Sirpes pero no lo eran efectivamente. Llámanlos los montadores Sirpa; y sin duda son de la misma familia, sin alcanzar las preciosas propiedades de su parientes.

Cuando hubimos llegado á Santa Isabel, vimos junto á la casa de una pobre mujer que vivía en esa breve abertura, los renuevos de uno que había sido cortado de antemano y que tornaba á retoñar: “Sirpe”, dijimos, y entonces un muchachito que estaba en el lugar exclamó muy contento: “Sí, señor, pero vea U. otro cargado de racimos”, y nos señaló uno muy corpulento, que á la vera del bosque ostentaba la opulenta carga de un riquísimo fruto. El pilluelo tenía gana de participar un poco del gustoso festín que se proporcionaría con tal cosecha, y sediento como Tártalo, teniendo la copa pegada á los labios sin poder libarla, porque la viejecita su madre se oponía, acogió con entusiasmo la llegada de los viajeros y más aún el ansia que manifestaban por vendimiar.

Cuatro reales de plata dados á la patrona, nos hicieron dueños del te- //FOLIO 55v// soro apetecido y al instante se oyó sobre el tronco el tic-tac de los machetes; el “Sirpe” traquéo primero, se inclinó luego dulcemente, la mesa quedó servida y á disposición de todo el mundo.

Nos parece que el Sirpe es un sujeto de la numerosa familia de las scropias, sus hojas son anchas, ásperas al tacto, de verde claro por encima, ligeramente pálidas por debajo, sostenidas por un largo peciolo y con dos pequeños foliolos embrionarios hacia la extremidad del

limbo. La altura del árbol llega á ser hasta de quince á veinte metros, el tronco de un grosor moderado, la corteza lisa, blanquisca y con anillos débilmente marcados de distancia en distancia. La médula está en un tubo central bastante espacioso, pero no tanto como en el Yarumo, al cual se parece algo, tanto por la estructura de la madera cuanto por el follaje, con la diferencia de que los ramos del Sirpe, más numerosos, más compactos y distribuidos en desorden, le dán una copa más ancha y más frondosa. Los racimos de que penden las uvas nacen de las axilas de las hojas, están sostenidos por un corto apéndice leñoso que se muestra más tierno y flexible hacia la extremidad, en donde, á la manera de las umbelíferas, se desarrolla una maseta de flores, sucedida luego por un bello conjunto de frutos. Estos frutos son en su principio de un color verde amarillento, pero á medida que engruesan comienzan á tinturarse de rojo, rojo que pasa á púrpura concentrado cuando estas uvas han adquirido las dimensiones de ciruelas ordinarias. La forma de ellas es ligeramente oblonga y su envoltura da al tacto una suavísima sensación de aspereza. Por el color, la forma y el aspecto, las Sirpes pudieran //FOLIO 56r// comerse aún sin tener conocimiento anterior de sus cualidades. Un fruto tal, no puede ser jamás venenoso.

Debajo de la envoltura de la Sirpe se encuentra la sustancia comestible, especie de médula cristalina, blanca y aromática, cuyo jugo es semejante al de las mejores uvas de Fontaine Bleau, del cual difiere solo por el sabor, que es infinitamente más grato en el de las antioqueñas. Dos semillas pequeñas, unidas en el sentido de su longitud por dos superficies planas, se hallan en la parte central, imitando por su reunión la misma forma del fruto. Bajo el perisperma ó corteza de estas semillas se encuentran dos almendras de un color violado de amatista, lindísimas, ligeramente aromáticas y de un amargor intolerable. El olor es en lo general el que exhalan las almendras amargas; pero mucho más débil, soportable y calmante.

Tienen las tales Sirpes la preciosa virtud de que comenzadas á comer, se quiere siempre seguir comiéndolas. En cuanto á nosotros, comimos y comimos sin descanso; devoramos centenares y centenares; alguien decía estoy cansado, respiraba un poco y volvía á la carga. Nadie se encontró saciado, ninguno se queja de pesantez en el estómago, ni perdió el apetito para su comida posterior, y todos proclamaban aquél salvaje banquete

como el más delicado y deleitable de su vida. Nosotros escribimos sobre esto un día después, á cierta persona de nuestro conocimiento é intimidad, y siguiendo las huellas de Enrique IV exclamábamos: “Ahórcate, querido amigo; hemos comido Sirpes en Santa Isabel y tú no estabas allí”. En efecto, profesamos como principio que quien no se haya dado, por lo menos //**FOLIO 56v**// una vez en la vida, este inocente y sencillo placer, no es digno ni de la gracia ni de la inmortalidad.

En seguida, tratemos un poco sobre las costumbres de los habitantes de estos lugares, refiriéndonos más especialmente á las de la plebe; y en esta, á la raza negra, con alusión á los tiempos pasados, pues en los presentes la irrupción diaria y activa de los pobladores de la parte central del Estado, ha ido borrando poco á poco, y acabará por suprimir del todo el tipo especial y extraño de estos habitantes en su aspecto moral y social.

La Ceja Alta es, como yá lo hicimos comprender, una especie de frontera natural, que separa no sólo dos formaciones físicas diferentes sino también dos sociedades de hombre, esencialmente diversas y antagonistas por sus hábitos, tendencias y carácter. Lo repetimos: esta oposición de genios y de manera de ser está yá casi borrada. Los incentivos de la industria minera, que han llamado por estos lados hombres más robustos, más inteligentes y más audaces, han refundido todo lo anterior en una resultante, que si no es igual enteramente á la fisonomía de los invasores, sí se aproxima mucho más á ésta que á la anterior.

Además, ya estamos por aquí en tierra donde se habla cerrado. Y si á ello se agrega que la gente de por acá usa, sobre sus naturales defectos de lenguaje, la mayor parte de los modernos barbarismos que poseemos en desdichada abundancia los habitantes del interior, se verá que debe resultarles una jerga extraña y curiosa, un patois an- //**FOLIO 57r**// tíoqueño, un galimatías de cuerpo entero, un fenómeno filológico de una salvajez más grande que el Coloso de Rodas.

Los provincialismos de la gente del interior han ido viniendo gradualmente primero de los andaluces, asturianos, vizcaínos y gallegos, abuelos nuestros; y en segundo lugar de nuestra peculiar labor, hecha durante tres centurias, en silencio, poco á poco y metidos en esta celda con paredes de cordillera, sin puerta de entrada ni de salida, que llamamos Antioquia, segregados del comercio humano, sin roce y sin lazo alguno con el resto de la cristiandad.

Para los costeños la cosa nos parece haber viajado por otros caminos: mayoría de andaluces como progenitores, superabundancia de negros y algo del propio peculio.

En Moná había en época pasada (estos pormenores los debemos á la bondad de un amigo muy inteligente y veraz) un señor Argüelles, rico propietario de minerales, que trabajaba con negros esclavos á estilo de los tiempos viejos. Era de ley durante el oprobioso estigma de la esclavitud, que todo hacendado y todo minero tuviese cuadrilla de negros. Para los segundos, es decir, para los mineros, los negros eran máquinas que se movían por la agencia eficaz y frecuente del látigo. En el Nordeste, esos pobres etíopes trabajaban para el amo toda la semana, menos un día, en que les era permitido trabajar para sí, con tal de que con el producto de esta remisa labor atendiesen á las urgentes necesidades de su existencia.

Como con frecuencia la ganancia era mínima, los infelices siervos llevaban una vida deplorable; comían escasamente, andaban casi desnudos, cubrían tan sólo lo que //FOLIO 57v// la vergüenza quiere que se oculte con miserables panpanillas; eran bozales, es decir, hablaban de modo enteramente peculiar un guirigay casi incomprensible, de congo, de abisinio, senegambio, castellano, indio, etc. Su parte moral, descuidada enteramente, cargaba con el peso de unas cuantas oraciones supersticiosas y sin sentido; su inteligencia, sin desarrollo alguno, era caos y tinieblas en todo sentido, y en asunto de facultades activas, no quedaba á esta raza desheredada sinó el derecho del rencor y del odio, el influjo de los instintos carnales, el ejercicio de los apetitos groseros, el temor del castigo y la indiferencia por todo lo demás. Había excepciones, pero eran muy raras.

Cuando había huéspedes en la casa del señor Argüelles, y citamos éste como citaríamos á otro cualquiera, se ofrecía todos los días un caso bastante curioso que nos parece alcanzar los honores de una referencia.

Todas las mañanas precisamente, al levantarse los miembros de la cuadrilla, comenzaba por orden, cada uno de ellos, á hincar la rodilla delante de los individuos de la casa y delante de cada uno de los huéspedes, recitando atropelladamente y en forma de saludo la siguiente oración: “Paile mio San Francjico teligo y sielvo de rio pel aqueya cinco yaga que el siñon implimio en bó una limosna pá el arma y pá el cuerpo,

páile mio, puel amor de rió”, que traducido viene á ser tanto como si dijera: “Padre mío San Francisco, querido siervo de Dios, por aquellas cinco llagas que el señor imprimió en vos, una //**FOLIO 58r**// limosna para el alma y para el cuerpo, padre mío, por el amor de Dios”.

Decir jilero, y las mulas se dieron jileras; es como decir irse por el camino más corto.

Andar jorondiao ó jorondiato, es ir buscando el camino más trillado.

Dir jondiao, garamboliarse, quiere decir: lo primero ir á un punto fijo y conocido, y lo segundo significa lo contrario de jilero.

Un perro trabaja benao, cova neque (conejo) y barajusta la guartinaja.

Sacar una barredura en mina: echá un barrejobo.

Tirar una lanza de lejos, zabalía un lanza. Mi marido mi jombre. Mi esposa mi jembra.

Fuera de todo esto, y para no alargar demasiado, será preciso añadir como observación lingüística que las voces mapalé, monicongo, currulao, caracumbé, cucamba y otras numerosísimas, huelen á africano de sangre pura; y que la gesticulación, la persona, la acción y la velocidad en el decir, hacen de este dialecto un asunto casi ininteligible para el novicio. Cambia la r, final en n, y dicen señon por señor; aspiran la h, hasta convertirla en j, y relatan su guirigay con tanta ligereza, que á veces maldita de Dios la cosa que se les entiende; y siempre un contraste chocante entre la lentitud fatigosa, la perifrasis eterna, el anfibologismo interminable del antioqueño del centro comparados con este lenguaje de velocidad eléctrica de los bajeros.

Al lado de estas especialidades //**FOLIO 58v**// en el idioma, hay otras de muchos géneros referentes á diversos negocios de la vida humana. Así, montados en una superstición inexplicable, son creyentes á palo seco y creen con un respeto permanente los mayores destinos, los más groseros absurdos, y pasan sin el menor escrúpulo por encima de un gran número de preceptos morales, consagrados por la verdad, atropellándolos y ultrajándolos sin el más leve reparo. El pacto con el diablo, la existencia real y positiva de brujos, brujas, duendes, hechiceros, advinos, inspirados, mohanes, etc., etc., son para ellos convicciones tan profundas, tan arraigadas y corrientes como lo más verdadero.

Cuando algún sujeto se dá por iniciado en las malas artes y logra conseguir que el vulgo dé en la flaqueza de creerle, entonces se dice de

él que tiene el cuerpo cerrado, que puede evocar á su antojo al príncipe de las tinieblas; que es capaz de trocar unos en otros los elementos, convertir el agua en fuego, en serpientes las plantas, curar toda dolencia, triunfar siempre en el combate, penetrar el porvenir, dirigir y corregir las pasiones, etc.

Presumen muchos de ellos haber llegado á la perfección posible en el ejercicio de toda arma; pero su parte fuerte la hacen consistir en el diestro conocimiento de las evoluciones y golpes del palo y del machete. Cuando riñen con estos instrumentos, toman un aspecto verdaderamente curioso y extravagante; gesticulan, saltan, brincan, hacen piruetas, revuelven velozmente el acero ó el garrote, disparatan en todo sentido y se percibe fácilmente que su ignorancia en la materia es colosal. Unos con //FOLIO 59r// otros, bien pueden hacerse daño; pero en frente de un espadachín ordinario, no tirarían jamás dos golpes sin ser muertos ó desarmados. No saben siquiera ponerse en guardia.

Empero, estos ciudadanos no han blasonado tanto de su ciencia maravillosa para dirigir con certeza los golpes de su hoja realera y de su palo, como de su arte casi divino y profético para penetrar los secretos profundísimos de la naturaleza en todas sus partes, especialmente en las que están en relación con la salud física. Como médicos en general, y como curanderos infalibles de las mordeduras de serpientes en particular, no reconocen ni aceptan rivales de ninguna clase. Para llegar á este alto punto de poder, no hacen ciertamente estudios académicos de ningún género, se contentan buena y simplemente con rodearse del más completo misterio, con poner el aire grave y docto del oficio y con entablar á veces relaciones satánicas, que los habilitan mejor que cualquiera otro diploma para penetrar el porvenir, dispensar la vida ó la muerte y dominar con astucias infernales el espíritu apocado y miserable de esa pobre gente.

La medicina, que aún elevada á la alta y noble categoría de profesión liberal y humanitaria, perfeccionada hasta donde es dable y practicada con la mayor pureza y honradez que sean concedidas á los hombres estudiosos y filántropos, conserva todavía algunos breves rasgos de impostura; cuando es ejercida por las personas de que venimos hablando desenvuelve un cortejo obligado de supercherías, fraudes, engaños y maniobras rastreras que causan la más lastimosa compasión.

Un mé- //FOLIO 59v// dico de esos es necesariamente un brujo, y un brujo tiene por necesidad que haber hecho antes pacto con el diablo. Este pacto, se nos ha dicho, lo provocan y lo contraen de una manera asaz ridícula y extraña. El pretendiente ó iniciado toma un gato negro, se dirige con él á una cañada profunda cubierta de bosque, tanto más propicia para el efecto cuanto más sombría, más retirada y tenebrosa. En el lugar ya, y previas ciertas oraciones diabólicas murmuradas con entusiasmo, evocaciones infernales, llamadas reiteradas al espíritu maligno, blasfemias y algo más por el estilo, se sacrifica el animal. Satanás aparece al fin y aparece con todas las condiciones físicas y morales de su persona: las conferencias se entablan, las condiciones se estipulan, el programa es convenido, el contrato se firma y la operación queda terminada. Por supuesto que una de las cláusulas sine qua non introducidas en el protocolo por el príncipe de las tinieblas, es la de una renuncia eterna y completa á la salvación del alma. Con esto, el brujo logra tener el cuerpo cerrado, lo finito y lo infinito, lo temporal y lo eterno, el espacio, la vida, la muerte, lo invisible, todo en fin cae bajo el dominio del mago, porque precediendo las condiciones indicadas, la magia negra es la fuerza subsiguiente é imponderable del brujo. Reconocen también una magia blanca; pero parece que ésta es más inocente, más sencilla y de menos alcance que la otra.

Después de la operación indicada, sólo falta buscar clientela, entregarse al oficio y ejecutar maravillas. El carriel ó guarniel de uno de estos individuos es un receptáculo inmundo de objetos extravagantes. Pedazos //FOLIO 60r// de uña de la gran bestia, picos de tominejos y diostedé, semillas de cabalonga y de cedrón, chicotes de tabaco, contra capitana, nuez moscada, piedra de águila, piedra de centella, resinas, fragmentos de madera, piedra de cruz, polvitos, figuritas cabalísticas, librito de oraciones, y hasta el civilizado álcali-volátil, todo eso y mucho más se encuentra en ese abreviado Cafarnaum, botiquín estúpido de la más desvergonzada charlatanería.

Va sin decir que la mayor parte de esas sustancias está desprovista de calidades medicinales, y que si algunas de ellas las poseen, son totalmente desconocidas por el que las lleva. Los que creen en las virtudes y en la pericia de los brujos, también están desprovistos de sentido común.

Sin tratar de las numerosas dolencias en cuyo campo se entromete la audacia de estos iluminados, hablamos sólo de los casos de mordeduras

de serpiente. Cuando uno de ellos ha llegado al máximo de su reputación, se le busca con más empeño que el que se emplearía para hacerse tratar de una enfermedad cualquiera por los doctores Velpean ó Nelaton. Se les hace venir de largas distancias, se les festeja, se les paga, se les adula y con los ojos fijos y los labios entreabiertos, se espera con ansia que salga de la boca profética del sumo sacerdote de la ciencia, el decreto de vida ó de muerte. El curandero, por su parte, llega, vé, maniobra, murmura entre dientes, echa sentencias, recita oraciones, aplica piedras, contras, resinas, catoplasmas, fricciones, ventosas, cauterios, administra bebestijos, pronostica, refiere anécdotas, entretiene, da esperanzas, amenaza, halaga, gana tiempo, hasta que al fin el problema se desenlaza de un modo favorable ó adverso, funesto ó dichoso. Cuando la serpiente no ha sido bastante venenosa para matar con su mordedura, y cuando el sujeto es harto vigoroso y robusto para resistir á todas las abominaciones que sobre él se practican, la salud vuelve; mas, cuando por el contrario, ha sido una mapaná virrí, cargada de linfa emponsoñada, la que ha hincado el diente y vertido su tósigo letal en algún infeliz, la muerte sigue con seguridad.

Se entenderá bien que al hablar de estos curanderos no incluimos en su número algunos sujetos verdaderamente sensatos y útiles, que aun sin darse por médicos profesan por estos lugares el arte práctico de combatir las malas influencias de las mordeduras de serpientes. Estos, más aversados y más hombres de bien, dejan de un lado las baratijas, amuletos, talismanes y tonterías que forman el parque fascinador de los otros.

Echan mano del cauterio á tiempo, de la amputación de la parte, del amoniaco, de la sangría en ciertos casos, de los alpósitos calmantes, de las embrocaciones aceitosas, de la grasa al interior, de los dulcificantes, de los tónicos, del reposo, de la dieta, de la tranquilidad moral y de otros medios, en fin, que la experiencia ha sancionado como provechosos y redentores.

En los cuentos y anécdotas que refieren diariamente con relación á los curanderos, hay muchos que pasan por enteramente maravillosos. Tal es, por ejemplo, la del poder que tienen algunos de //FOLIO 61r// jugar con estos animales, llevarlos enroscados en sus cuerpos, ignorarlos y sujetarlos á su voluntad. Parece que hay mucho de cierto en esto, sin que nosotros hayamos tenido sino una vez la afortunada ocasión de presenciar estas prestigias, y sin que podamos explicarnos el

recurso de que se disponga para llegar á contraer semejante habilidad que nos parece tocar algo en la región de lo prodigioso.

“Se lisonjeaba un peón de los míos”, nos contaba un compañero de viaje, de ser un culebrero sobervio, y se ocupaba un día acompañado con otro, en rozar el rastrojo de una faldita, colocado en la parte inferior de ella; “allá va una culebra”, dijo el de arriba. “Déjala venir tranquila que yo la compondré por acá”, respondió. En efecto, llegó junto á él una mapaná pequeña, se detuvo en frente, la cabeza levantada, el ojo listo, y con ese rápido vaivén de la lengua, que vale, cuando se contempla de cerca, casi tanto como una mordedura.

Nuestro famoso maestro de serpientes puso dulcemente el calabozo debajo del brazo izquierdo, acercose pasitamente al animal y con el aire más pacífico y sosegado del mundo, intentó cogerla por el cuello con los dedos pulgar é índice. Al tiempo de agarrarlo, el bicho torció ligeramente el cuello y encajó sus dos colmillos sobre el pulgar de nuestro hombre.

Ya me mordió este demonio, exclamó al punto; pero no importa, agregó: me curaré en pocos instantes. Trasládese á la casa de habitación, practicó sobre la herida las operaciones de ordenan- //FOLIO 61v// za y murió cinco horas después.

En Pantanillo está ya uno sobre un terreno bajo y cálido, malsano y peligroso para la existencia; se pasa la noche de peregrinación y se entra en combate á brazo partido con una infinidad de insectos que hacen crecer el fastidio nocturno hasta convertirlo en un cuarto enemigo del alma.

En este lugar se elabora una mina de aluvi6n, porque en el distrito de Remedios no sólo las vetas sino también el oro corrido son objeto de una solicitud extrema y de una lidia infatigable. Será tiempo de principiar nuestras observaciones un poco á fondo sobre la parte minera; más por lo mismo que el asunto es de importancia, lo trataremos con más detención cuando hayamos visitado los principales establecimientos, y dándonos cuenta más prolija de la formación, riqueza é índole del territorio.

N.º 10. Maderas. Producciones. La ciudad de Remedios. Costumbres

Al dejar á Pantanillo, se sigue por un buen trecho á lo largo del río Ité, y después de abandonarlo por un momento y de transitar por varios

dobles de terreno, se sale repentinamente del bosque y se entra en un campo abierto, bellissimo y cultivado. Por en medio de este campo corre el río Otú, y un poco hacia el oriente se //FOLIO 62r// encuentra su confluencia con el Ité. De la confluencia en adelante, el agua corre por dilatada superficie de terreno, formando tantas curvas, vueltas y revueltas, que por el atrazo de los conocimientos geográficos acerca de esa parte, sería casi imposible valorarlas debidamente para asignarles una dirección definitiva. Reciben esas aguas tributarios pequeños de la serranía de Remedios y se engruezan con las corrientes que descienden del cerro Tamar, y cambian en la última parte de su curso su nombre de Ité por el de Cimitarra. Este desemboca cerca de Badillo, después de recorrer una grande extensión de territorio desierto, amagado yá por las activas explotaciones del antioqueño.

Siguiendo de Otú para adelante, la vista de la ciudad de Los Remedios no se hace esperar gran cosa; pero aún así en estas dos o tres leguas de camino, el aspecto natural del Nordeste se desenvuelve, espléndido, por todos sus lados. Por muy poco curioso que sea el viajero, por indiferente que quiera mostrarse al estudio de los productos de la vegetación, y por antagonista que sea á las meditaciones sobre lo porvenir, no puede dejar de sobrecogerse de rato en rato por la inusitada corpulencia de los árboles, las rarezas de su estructura, la belleza de sus flores, lo variado de sus especies y la diversidad de sus frutos. Si los estudios mineros reclaman en esta parte del Estado una gran suma de actividad é inteligencia por parte de los mineralogistas, el exámen de la flora pide no menos consagración y labor al genio de los botánicos.

Aunque la //FOLIO 62v// cercanía á las tierras que acabamos de recorrer sea extrema y aunque la cordillera sobre la cual se asienta Remedios sea la misma que hemos recorrido, la expresión típica de la floresta es enteramente distinta. No se podría fácilmente decir, por qué mientras en el centro del estado la vegetación se presenta por grupos casi uniformes de reducidas especies, que no varían sino á causa de la altura sobre el nivel del mar, en el Nordeste la cifra de individuos vegetales abraza guarismo que confunde.

Tal vez la calidad de los terrenos, que como veremos luego es diferente, la influencia indirecta de los vientos marinos y la propinquidad no interrumpida de los agentes físicos que predominan en el valle del

Magdalena, contribuyan á dar al circuito una forma tan heterogénea y una vestidura tan galana y matizada como la que se contempla.

El capitán Francisco Martínez de Ospina fundó la ciudad de Nuestra Señora de Los Remedios en 15 de diciembre de 1560, con gente traída por él mismo desde la, ahora muerta, ciudad de Victoria, situada en cercanías de la moribunda de Mariquita. El cabildo de la mencionada segunda ciudad dio licencia á Martínez para ir en busca de minerales por estas regiones; pero no le dió, ni podía darle, licencia para establecer un pueblo, porque tal cosa estaba prohibida espresamente por un mandato real, y también por órdenes expresas de la Audiencia de Santa Fé.

Como el circuito descubierto, al cual se dio //**FOLIO 63r**// por los conquistadores el nombre de valle de Corpus Cristi, fuese muy rico en oro, el aventurero castellano, contraviniendo á la orden, erigió la ciudad de que vamos tratando; pero en punto rodeado de malísimas condiciones higiénicas, que obligaron á los vecinos á trasladarse un poco más tarde al en que hoy existe.

Sin ser una ciudad importante, es Remedios caserío pintoresco en altísimo grado. Desde la altura que domina la fuente de la Carnicería, se alcanza á divisar muy cerca, encima de la colina inmediata, el grupo de casas que dispuestas en plataforma y en anfiteatro se hallan rodeadas en sus circunferencias por el frondoso ramaje de los árboles, que se eleva desde una gran profundidad hasta besar la planta del lugar. Una vez que se ha ascendido la colina y se ha entrado en las calles que constituyen por su reunión el distrito, no es fácil darse cuenta de la forma definitiva que ellas imprimen al plano general. Dichas calles son angostas y retorcidas en diferentes sentidos; costean algunas la barranca; espiran otros dulcemente en el plano inclinado al Nordeste de la colina, y todas ellas ofrecen un trayecto abreviado y caprichoso. Hacia el centro de la población hay una plazuela, y en ella los comienzos de una capilla, que deberá ser iglesia parroquial. Las casas están apeñuscadas, y son pajizas y estrechas; pero provistas de numerosas tiendas, para el sostenimiento del tráfico diario, que no carece de actividad relativa.

El modo de vivir en estas casa-tiendas, parece un poco enfadoso, sobre todo, si se consideran su estrechez y el calor propio del cli-
//**FOLIO 63v**// ma; sin embargo, no hay qué exagerar; las mañanas y las noches son bastante frescas, y el cuerpo no se siente enteramente mal

bajo la influencia de los agentes exteriores. El método de vida que se lleva en el hogar y fuera de él, parece reglamentado un poco á la diablo y en contravención flagrante con los principios de la higiene. El abuso de los licores destilados; el laboreo de las minas; una alimentación de ordinario muy pesada; el consumo frecuente de las conservas aceitosas que, de pésima calidad, se traen de la costa; la permanencia larga en las cañadas bajas y húmedas; las noches pasadas al raso en divertimientos malsanos, y otras causas distintas, numerosas en verdad, producen la serie de enfermedades peculiares á la comarca, tan temidas por los arribeños ó habitantes del centro del Estado, pero tan buscadas por ellos, cuando se trata de mejorar de condición pecuniaria.

El paisaje de Remedios, contemplado durante las mañanas claras y las tardes despejadas desde la colina misma que sirve de asiento al lugar, es positivamente abierto, extenso, enorme y bello sobre toda ponderación. Los lados de oriente y Nordeste, sobre todo, son diáfanos, limpios y tan prolongados, que bien pudiera decirse la vista alcanza hasta donde comienza ese incógnito que la mente adorna con fantásticos é innumerables misterios. La luz inunda todo el horizonte, como un océano en donde reverberan millones de millones de hebras de oro. Por una ilusión de óptica de dulzura y placidez admirables, todos los lugares distantes se alcanzan a divisar al traves de aquel medio tan //FOLIO 64r// cristalino como si fuesen aumentados por los poderosos lentes de un excelente antejo. Todo lo que se ve en el panorama que se ofrece desde la cima del cerro Tetuda [tachado: de las Tetas], mirando hacia el Levante y hacia el Norte, se percibe de Remedios, más cercano, más independiente y más desprendido de toda complicación.

El paisaje es ciertamente muy hermoso; pero las plagas esparcidas extra é intramuros contribuyen el todo malo del negocio.

Chinches en las camas sanguinarios como una bomba de ventosas; escorpiones con siete nudos, rubios, negros, grises, blanquecinos, reptantes, ponzoñosos é innobles en todos aspectos; ladillas en los campos, punzantes como saetas y fatigosas por el escozor que causan, como la compañía de un necio; larvas que se depositan bajo la piel y desenvuelven asquerosos gusanos; serpientes que se hospedan en las calles y que suelen saludar de vez en cuando á los patrones ó transeúntes con un mordisco traidor; y, punto más grave é increíble aún, la visita de un

tigre no solo durante la noche sino aun en las clarísimas horas del día. He aquí el cuadro.

Remedios ha sido siempre y es ahora, más que en cualquier otro tiempo, un hervidero de transeúntes buscadores de la buena suerte, y como tal una población destinada por la fatalidad á muy lentos y perezosos adelantos. No viene el hombre por estos lados en busca de hogar y de familia: viene en busca de oro; muchos quieren venir, pocos pretenden quedarse; es una hospedería, no es una ciudad; hay vecinos, no hay ciudadanos, se tiene amor por el filón metalífero, se desprecia el //FOLIO 64v// terruño; se vive de paso; se evitan las relaciones. El cariño de la localidad, el amor por las cosas, el afecto por el agua que se toma, por el aire que se respira, por la arboleda que se contempla, por el horizonte que se ve, por la casa que abriga, por el humo del hogar, por la piedra de la calle, por el gallo que canta á la hora del alba, y por esas mil pequeñeses, en fin, que ligan á la patria y que forman ese instinto sagrado, ese fuego santo que nos apega a la tierra en que nacimos, nada de eso hay ni puede haber en Remedios, sino para un cortísimo número de personas. Los forasteros ni comprenden ni deben comprender la fuerza natural de tales condiciones. El territorio no es suficientemente pobre para su desdeñado, ni suficientemente rico y próspero como California, para ser adoptado voluntariamente por patria.

La altura del sitio sobre el nivel del mar es de 715 metros, su temperatura media 23° 8', su población 2394 h. La gente se divierte bastante por acá, sobre todo durante el tiempo consagrado á algunas festividades. Además de los entretenimientos comunes á los otros pueblos del Estado de Antioquia, hay algunos que son exclusivos y característicos y á los cuales se entrega especialmente la parte que queda de la población primitiva, con una devoción y entusiasmo extraordinarios. Hemos oído hablar y aún hemos visto algo de sus danzas particulares. El congobeo y el mapalé son bailes en que hembras y varones ponen todos sus cinco sentidos. Se dan á ellos por toda una noche y aún por muchas seguidas; los acompañan con una música grotesca, capaz //FOLIO 65r// de romper el tímpano del mejor oído, pero que para los danzantes debe estar llena de encanto y de dulzura. Por el lado de Tierra Adentro, paraje vecino á la población, tienen una gran caja ó tambor que conducen todos los años, durante ciertas solemnidades, al poblado. El tiempo que dura el paseo triunfal de esta caja es de

nueve á diez días, y por ley es preciso que desde la hora de salida hasta la de vuelta después de la correría, esta música sea tocada de día y de noche sin cesar. El ruido debe ser monótono, pesado y mortificante para todo el que no sea cómplice de tal costumbre. A esta primera música suele agregarse el silvato de cañas ó capador y la gaita, sin falta alguna. Parece que la gaita tenga un sonido más apacible, más dulce y más aceptable, aunque melancólico en supremo grado, como su compañero el yaraví.

Al compás de las tocatas mencionadas y casi siempre en la mitad de la calle, con velas en la mano, formadas en dos filas, las mujeres en la una y los hombres en la otra, prorrumpen en sus danzas de un estilo seco uniforme y sin complicación, pero que á veces se convierten en zarábanda un sí es no es picantes, voluptuosas y tentadoras. No entramos á describir las variaciones que haya entre el mapalé, el congobeo, el currulao, etc., etc. Porque nuestra erudición en la materia no alcanza para tanto; pero sí haremos notar por referencias, que en todas esas diversiones campea con frecuencia un bravo sentimiento de galantería y que las mujeres obtienen á veces triunfos espléndidos de rendi- // **FOLIO 65v**// miento, de consideración y de preferencia. En esos bailes tenidos durante la noche, los hombres van con velas encendidas, las ofrendan á las mujeres y aquella que más velas recibe es la más feliz y la triunfadora en la función. Todo eso debe tener su significación particular que, francamente, no comprendemos.

Además de los personajes que en el Nordeste tienen, como se dice, el cuerpo cerrado, ó qué, en otros términos, son ayudados, sea por pacto diabólico ó, lo que viene á ser lo mismo, por la posesión exclusiva de los profundos secretos de la magia, hay que hablar también de otra circunstancia muy importante que podríamos llamar ligadura. Este asunto es ya referente á las mujeres.

Se ha establecido la creencia de que los forasteros, especialmente los del centro del Estado que llegan á Remedios, no vuelven á salir de allí ni tornan a sus casas, por el influjo secreto de algunas maniobras de las mujeres, que los clavan para siempre en el lugar y los retienen perdurablemente á su lado, sin que puedan esquivar tan funesto destino.

En tesis general, puede decirse que las mujeres no son ni bellas ni feas en cualquiera parte del mundo en que se las considere, sino de una manera relativa. La belleza hotentota, no sería tal en los Estados Unidos

de América, y la belleza americana del Norte no lo sería en la China. Lo que sí es un poco más fuerte y más pronunciado es el genio particular de las mujeres en ciertos puntos del //FOLIO 66v// globo. La criolla de la América del Sur, merced acaso á la mezcla de su sangre, al babelismo de castas, tiene sin duda alguna un fluido eléctrico chispeante y comburente á la vez que amenaza con el incendio de la pasión. Las remedianas probablemente no están excluidas de esta regla, y es muy posible que peones y aventureros caigan de vez en cuando en sus redes y queden presos en ellas. Pero no es tal la explicación que de ordinario se dá al fenómeno.

El vulgo dice que algunas de estas mujeres enchamican, engañan, engatuzan, fascinan y abruman á sus amantes hasta un punto tal, que más que personas quedan hechos cosas, juguetes, autómatas de que aquellas disponen á su albedrío y que someten á sus caprichos y veleidades. No negamos ni podemos negar que ciertas hembras, ya por su sola cuenta, ya en colaboración con los brujos de que antes hablamos, pongan en práctica el empleo de amuletos, drogas, específicos, pociones, licores, menjurjes y otras diabluras más para amartelar y rendir á los hombres. Además, esto es recíproco. Tales prácticas no carecen de peligro y su aplicación ó administración va cruzada con frecuencia del funesto cortejo de operaciones que constituyen el crimen, en pequeña y grande escala. El chamico (*Datura Stramonium*), la tonga, la belladona (*Atropa Belladonna*), y otros simples más, gozan de propiedades narcóticas, irritantes, estupefactivos, aeras, etc. Y á su uso sigue, algunas veces la muerte, y la demencia en ocasiones.

El amor puro, frenético, domi- // FOLIO 66v// nante, descifra muy comúnmente y con claridad el asunto verdadero de estas ligaduras. Esa es cuestión de todos los días y de todos los lugares.

Hay otra cosa más trivial, más sencilla y más poderosa, que bien considerada da cuenta exacta de los ligados del Nordeste. Entre esa multitud de sujetos que andan por acá en busca de trabajo, ó bien unicamente como profesores de holgazanería, hay muchos que permanecen por algún tiempo y se relacionan más o menos honestamente en el país.

Sujetos á las causas comunes de enfermedad, atrapan alguna de las diversas dolencias que por acá se engendran, el tuntún, con preferencia á cualquiera otra. Cuando uno de esos infelices enfermos, con el mal avanzado y desenvuelto suficientemente, pretende regresar á su hogar,

sale de cualquiera de estos puntos, anda un poco, pretende subir una cuesta, se fatiga y comprende bien pronto que sus fuerzas le traicionan. Los oídos chillan y zumban, los temporales golpean y retumban como tiros de cañón, el corazón palpita y amenaza romper el pecho, la respiración es difícil y agonizante, las piernas tiemblan y el cuerpo entero, rebelándose contra toda obediencia, triunfa de la voluntad. Este hombre vuelve caras, entra en la población, se queda por impotencia y he aquí un “hombre ligado”.

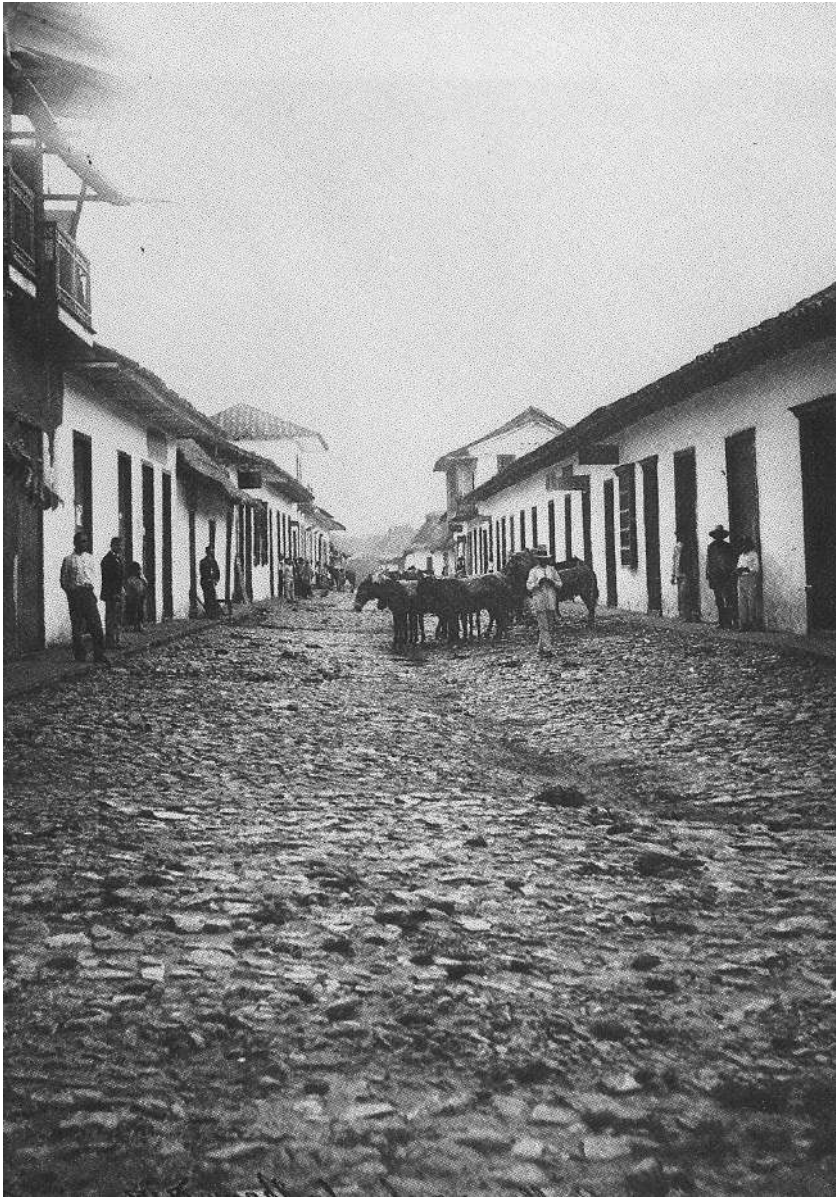


IMAGEN 8. *Calle Real de Remedios*, 1910.

Fuente: Melitón Rodríguez, Fotografías, Bogotá, El Áncora Editores, 1985, p. 42.

NOTA DE MANUEL URIBE ÁNGEL
EN LA QUE HACE ALGUNAS
OBSERVACIONES RELATIVAS
AL FERROCARRIL DE ANTIOQUIA, 1879¹

Presentación

En 1874 se aprobó la construcción del Ferrocarril de Antioquia. Este proyecto ferroviario fue uno de los que, a partir de la década de 1850, se construyeron en nuestro país. Inicialmente, pretendió comunicar al Valle de Aburrá con un punto navegable en el río Magdalena.

Con el inicial contrato se proyectó abrir una línea férrea entre las orillas del río Magdalena y Barbosa. Remontando el río Nus, se construiría una división que atravesaría inhóspitas selvas y deshabitados parajes. Llegaría hasta los nacimientos de este río y, cruzando la montaña, se llegaría al cañón del río Porce, ruta de penetración natural que llegaba hasta el Valle de Aburrá sin mayores obstáculos.

A Barbosa llegaría un camino carretero, que salía de Medellín. Años después se decidió que el camino carretero debía ser reemplazado por el de fierro, con lo que quedarían proyectadas de forma definitiva las dos secciones iniciales del Ferrocarril de Antioquia: la división Porce y la división Nus.

¹ | A.H.A., Medellín, Documentos de Manuel Uribe Ángel, doc 8.1., Observaciones relativas al Ferrocarril de Antioquia. Este informe fue publicado en el *Registro Oficial*, N° 325. También en el folleto *Las empresas del señor Cisneros*.

Este par de caminos estaban trazados por una ruta diferente a la que tradicionalmente se usó en Antioquia para comunicar al interior de la provincia con el río Magdalena: el antiguo camino que, por el oriente de la provincia, llegaba hasta el paraje de Islitas (o Juntas); desde allí se podían tomar embarcaciones que, navegando el río Nare, permitían alcanzar su confluencia con el Magdalena.

Para evitar el camino de Islitas, se ventiló desde 1869 la posibilidad de construir un camino de hierro al río Magdalena, asunto que ocasionó tensiones entre las élites de Rionegro y de Medellín. Dichas tensiones se explican por el cambio económico que una nueva ruta generaría en Antioquia. Para llegar al río Magdalena, por el antiguo camino de Islitas, era obligatorio pasar por la ciudad de Rionegro, importante centro urbano comercial, trasladada a su asiento actual en los valles de San Nicolás, en 1785.² Un nuevo camino traería la ruina a Rionegro, y para los de Medellín sería una oportunidad de figuración regional y desarrollo económico. Varias fueron las alternativas sugeridas. Se pensó, por ejemplo, que el nuevo camino podría construirse por la ruta del río Nare al Nus, o por la del río Porce al Nus.

Ya en 1871 se había explorado y levantado un camino carretero con servicio de vagones, que comunicaba a Medellín con Barbosa; y de nuevo se volvió a hablar del ferrocarril. El ingeniero cubano Francisco Javier Cisneros contrató, trazó, levantó y entregó 15 kilómetros de vía férrea entre Puerto Berrío y Malena; entonces, hizo otro contrato para llevarla hasta Aguas Claras, cerca de Barbosa. Una adición de 1879 debía llevar la línea hasta Medellín, pero se dejó sin efecto.

Para construir el camino de fierro, que uniría al valle del Nus con el cañón del río Porce, era necesario salvar varios obstáculos naturales. Entre ellos, el más representativo era la llamada Quebra de Santo Domingo, una elevación que se constituyó en un verdadero desafío ingenieril. Esta depresión y quiebra en la cordillera central determinó el trazado del ferrocarril antioqueño. Por motivos técnicos, la línea se interrumpió allí, lo que obligó a construir un carreteable para trasmontarla.

2 | Edgardo Pérez, “Países, paisajes y caminos. Metáforas culturales y percepciones diversas. 1776 – 1853”, en *Caminos, rutas y técnicas: huellas espaciales y estructuras sociales en Antioquia*, eds. académicos Orián Jiménez, Edgardo Pérez y Felipe Gutiérrez (Medellín: Universidad Nacional de Colombia, 2005), 252.

Ingenieros nacionales y extranjeros propusieron varias alternativas, entre ellas vencer La Quebra con un túnel, treparla con rieles en cremallera, o con trenes movidos por tracción eléctrica.

La primera de las propuestas fue retomada por un joven estudiante de ingeniería: Alejandro López. En 1899 se le rechazó la tesis de grado, en la que él diseñó la propuesta para abrir ese túnel. En la vega de El Zarzal se trazó el caserío de Cisneros, hoy municipio. La obra del túnel se emprendió como una empresa mítica, con dinero del “baile del 1926” (también conocido como la “Danza de los millones”, y que alude al pago de la indemnización que recibió Colombia por la pérdida de Panamá), y el 7 de agosto de 1929 pasó el primer tren por esta, una de las principales obras de ingeniería de la historia colombiana.

Salvada esta dificultad geográfica, los valles del Aburrá y el Magdalena estuvieron ahora sí conectados. Hacia el Sur, el Ferrocarril de Antioquia compró un pequeño ferrocarril privado, conocido como Ferrocarril de Amagá. Después, prolongó su línea férrea, siguiendo la cuenca de la quebrada Sinifaná, hasta llegar a Bolombolo, a orillas del Cauca. Desde allí fue fácil la comunicación con el antiguo Ferrocarril del Cauca, con lo que Antioquia, por primera vez en su historia, contó con una salida directa al océano Pacífico.

En esta nota, el sabio Manuel Uribe Ángel da cuenta de su recorrido por los trabajos del Ferrocarril de Antioquia a finales de 1879, apenas unos años después de haberse iniciado las obras. Es rico en detalles, y con seguridad se constituye en una fuente de información útil para quien se interese por los asuntos relacionados con la construcción de esta obra de infraestructura que pretendió tener un fuerte impacto en la economía y la sociedad antioqueñas.

//PÁGINA 1// Nota de Manuel Uribe Ángel en la que hace algunas observaciones relativas al Ferrocarril de Antioquia

Estados Unidos de Colombia. Estado Soberano de Antioquia. Puerto Berrío, 6 de enero de 1880

Sr. Secretario de Gobierno y Guerra.

Medellín.

Señor:

En cumplimiento del deber que me impuce al aceptar el nombramiento con que me honró ese Gobierno, salí de Medellín el 24 del mes anterior con dirección á la ciudad de Panamá.

Llegué a Nare el 30 y tuve que esperar el arribo de un vapor para seguir navegando el Magdalena. El buque esperado llegó al puerto el 2 y en él me embarqué como a las 11 del mismo día. Como el río habrá bajado mucho por la sequedad del tiempo, el “Isabel” se varó pocas horas después de su salida de Nare y como á dos millas antes de llegar á Puerto Berrío. Los esfuerzos hechos por el capitán para sacar su embarcación, han sido infructuosos hasta ahora, por manera que, reunido á mis dos compañeros, hé permanecido en este lugar hasta hoy, con poca esperanza de continuar viaje en el mismo buque. Es posible que el vapor “Montoya” descienda pronto, y en él continuaré mi marcha, si bien temeroso de no llegar á tiempo al lugar de mi destino, para poder representar al Estado de Antioquia cerca del señor Lesseps, como se ha querido que lo haga. **//PÁGINA 2//**

El retardo habido hasta ahora y alguno ó algunos más si ocurriesen en adelante, no dependerán de mi voluntad sino de obstáculos naturales, abundantes en nuestro país para toda clase de locomoción.

El señor Cisneros, al saber que estábamos forzosamente detenidos á poca distancia de su Establecimiento, tuvo la bondad de hacernos venir á su casa, en donde vivimos colmados por finas y delicadas atenciones.

En este lugar hé encontrado los dos señores Comisionados por ese Gobierno, para asistir á la inauguración del trozo de ferrocarril construido hasta hoy.

En unión de los referidos señores, doctor Luis E. Villegas y doctor Carlos Vélez, guiados por el señor Cisneros y por algunos de sus empleados superiores, hemos estudiado, tanto cuanto está en nuestras

facultades, la situación actual de esta Empresa, tan importante para el porvenir de Antioquia.

Aunque hablar al Gobierno de lo que he visto y de las impresiones recibidas, está en cierta manera fuera de las funciones de mi encargo, considerando la cuestión de grandísimo interés para nosotros, me atrevo á dirigir al Gobierno ligeras observaciones, resultado de un estudio superficial. Siempre habrá de ser superficial un estudio hecho por mí en materias para las cuales carezco de competencia; pero por someras que sean mis indicaciones, llevarán indudablemente el tipo de lo que yo crea verdadero y útil para Antioquia.

Segunda: que no creí encontrar en este lugar tanto bueno como he hallado.

Respecto a la primera de estas dos indicaciones, haré notar que //PÁGINA 3// lo que antes pensaba lo pienso todavía, y que pienso así, porque organizada una sociedad respetable para continuar estos trabajos, ellos serían llevados á término con gran rapidez y quedaría á cubierto de nuestras repetidas dificultades financieras. Bueno sería que el camino fuese propiedad antioqueña desde el principio, pero como estamos expuestos á no poder llenar los compromisos contraídos, y como en el fondo de la cuestión lo que más interesa al Estado no es tener dividendos que recibir, sino contar con una fuente fecunda de civilización y de progreso, es claro que la personalidad del propietario importe poco, siendo la existencia real de la vía de comunicación lo sustancial en el asunto.

Con respecto á mi segunda observación, repito que estoy satisfecho con lo que he visto y aun me parece poco arriesgado aseverar que esta empresa está asegurada para el porvenir de nuestro pueblo.

En el paseo que hicimos ayer recorrimos más de tres leguas, andando con alguna rapidez hasta la bodega “Malena”. De esa bodega en adelante, hay algunos rieles tendidos y bastante terreno preparado para tender otros hasta un sitio cercano á “La Unión”. La extensión de esos trabajos mide once y media millas, o sea cerca de cuatro leguas colombianas.

El paso de la locomotiva no es ciertamente de gran velocidad y no podría compararse, en manera alguna, con el paso ordinario de los trenes europeos y norte-americanos. Tampoco me ha parecido que lo visto por mí tenga las condiciones de una perfecta construcción; pero quiero hacer observar que la velocidad con que hoy se transita el trozo

concluido, será doble ó triple desde que se ejecuten reformas que no me parecen caras ni difíciles. En cuanto á la cuestión de mayor solidez //PÁGINA 4// y elegancia, pienso que será resuelta favorablemente cuando las calzadas establecidas sobre las lagunas queden bastante compactadas para impedir desmoronos y hundimientos.

El conocimiento personal que tengo del señor Director del Ferrocarril de Antioquia, me dá la convicción de que es hombre de voluntad robusta y de fijeza en las ideas, y además creo en la calificada competencia científica de él para asuntos de su profesión. Sin embargo, jamás pensé que hubiera tenido que vencer obstáculos naturales de tanta importancia como los que tiene vencidos ya. Para quien quiera que conozca las influencias mortíferas de estos pantanos tropicales, se hará casi imposible comprender que la parte de este camino, construida hasta hoy, lo haya sido al través de ciénagas profundas, colmadas por aguas fétidas y rodeadas por focos de fermentación pútrida de tan espantoso carácter, que alguien estaría intentando á figurarse que la existencia humana fuese incompatible con la permanencia en estos lugares. Las lagunas pontinas, que en los viejos tiempos hacían temblar la temeridad de los romanos, me parece que no serían tan aterradoras como estas. Las he pasado, y aseguro que no he podido prescindir de un ligero sentimiento de miedo al recorrerlas. De todas maneras, este grande obstáculo está ya vencido y su sometimiento implica una gran recomendación, no solamente para el Ingeniero Director, sino también para todos sus agentes, á quienes se puede calificar como intrépidos y heroicos en alto grado.

La parte del terreno que he visto más allá de la bodega “Malena” me ha parecido bien sólida y más apropiada para una mejor, mas rápida, más fácil y más //PÁGINA 5// barata construcción del camino. Sospecho, y me parece que tengo razón, que de ese punto en adelante la obra marchará con mayor prontitud y puedo afirmar que á medida que avanzare, el servicio que preste aumentará en proporción directa. No se extrañe que yo diga aquí, que la corta porción construida hasta hoy, por mínima que sea, es el solo medio de vencer las enormes dificultades existentes para llegar hasta este puerto viniendo del interior del Estado por Santo Domingo.

Como por las nuevas estipulaciones tenidas con el señor Cisneros el Estado es empresario, yo me atrevería á recomendar de nuevo el que se atendiese desde ahora con entera decisión, á la construcción de un buen camino de herradura desde Barbosa hasta el Nus, punto en que

principia el de la misma clase que ya tiene establecido el señor Cisneros. Digo que recomiendo de nuevo la oportunidad de este camino, porque había, en otra ocasión, indicado al Gobierno de Antioquia que concediera grande importancia á esa obra. En efecto, es sencillo comprender el gran número de ventajas que obtendrían la industria y el comercio con el fácil tránsito de esa parte de nuestro territorio; ventajas que quedan desde hoy realizadas por el apoyo que prestará el ferrocarril, apoyo que irá en aumento proporcional, como fácilmente se comprende.

En previsión de todo lo que puede ir aconteciendo y para dar vigor y fuerza á los trabajos de desarrollo y conclusión de la vía, ya la “sociedad agrícola” ha principiado con buen éxito el arreglo de algunas fincas rurales, cuyos productos satisfarán necesidades indispensables para la ejecución del proyecto. Hay ya aberturas en la Bodega, “San Antonio”, “La Cruz”, “Cristalina”, “Sabaletas”, “La Nutria” y “Saba- //PÁGINA 6// leticas”, sin contar lo que existe en este puerto. En todos esos sitios hay tambos, en algunos de ellos gentes que los habitan. En la mayor parte se encuentra forraje para las recuas y algunos artículos de alimentación propios para los viajeros. Lo dicho hace comprender que bien pronto los recursos de esta vía corresponderán á las exigencias de los transeúntes y no muy tarde no solo á esas reclamaciones rudimentarias, sino también á las conveniencias de los propietarios y á las del Estado en general.

No es preciso repetirlo porque casi todo el mundo lo sabe, que esta localidad es en alto grado refractaria al desenvolvimiento de toda empresa material. La temperatura media de Puerto Berrío es de 83° ó Fahrenheit; su latitud 6° 32' n; su longitud 74° 28' oeste de Greewich; su elevación sobre el nivel del mar 418 pies; su término medio de lluvia por año 46 - 26 pulgadas; su humedad media relativa 8 y ½ por %.

Considerado lo anterior en relación con este, que puede ser visto como cuartel general de la Empresa, hay que agregar la próxima vecindad del Magdalena; los espesos bosques de sus contornos; los numerosos depósitos de lodo y agua que lo cercan; la rápida putrefacción de sustancias vegetales y animales algo más que reunidos, constituye el cortejo de elementos físicos bien poco propicios, soberanamente opuestos al sostenimiento y conservación de la vida humana.

Cuando el hombre quiere domar agentes de tal carácter, tiene por necesidad que entablar una lucha tenaz y erizada de peligros. Esa lucha

está viva y palpitante en este punto. Los **//PÁGINA 7//** esfuerzos hechos por el hombre para obtener el triunfo son visibles y claros. El principio civilizado va mostrando su faz en esta antes aterradora soledad. La victoria será obtenida por la perseverancia y la energía, virtudes tanto más laudables en las personas que hoy las practican, cuanto que sin haber llegado sino á un bosquejo elemental de progreso, se distingue que han tenido que ejecutar, para vencer trabajos que pueden ser considerados como los fabulosos de Hércules. Para admirar debidamente la perseverancia de estos señores, es preciso venir aquí y estudiar lo que existe.

Sin caer en ponderaciones que parecerían ridículas, voy hasta decir al Gobierno que la vida va alcanzando por aquí condiciones muy aceptables para todos. No hablo de las comodidades de que pueden disfrutar los primeros empleados. Veo que los subalternos y aun los simples obreros pasan regularmente bien. La alimentación es sana y abundante, no he visto abuso en licores, y el alojamiento, sino elegante para peones, es bastante abrigado y cómodo. La disciplina general me parece excelente, todos trabajan y todos corresponden satisfactoriamente á las exigencias de sus respectivos destinos.

Hay un hospital que ciertamente deja mucho qué desear respecto á condiciones higiénicas; pero el profesor que sirve de médico, con su incansable actividad y con sus cultas maneras, disminuye las faltas en cuanto está en su poder. Me he tomado la libertad de aconsejar al señor Cisneros un cambio radical en este sentido y me ha dicho que ya tenía pensado trasladar este establecimiento á un punto más sano y ponerlo sobre bases más propias para beneficio de los enfermos. Hay también un botiquero **//PÁGINA 8//** bastante surtido y manejado con regular inteligencia. Lo he examinado y he hecho mis advertencias para evitar la alteración de los medicamentos, alteración tanto más fácil cuanto son mayores y más numerosas sus causas.

Hay un aserradero en donde la preparación de la madera se hace con rapidez y economía por medio de una máquina de vapor.

La alimentación de los obreros se suministra por cuenta de la Empresa. Hé visto y examinado muchos de los artículos que sirven para este objeto, y todos me han parecido de excelente calidad, especialmente la carne, base precisa para el mantenimiento de la fuerza física, en lugares en que los agentes de depresión orgánica son tan poderosos.

Las enfermedades reinantes son fiebres miasmáticas, perniciosas algunas y ulceraciones de mal carácter. Las primeras son hábil y ventajosamente combatidas por el médico y el tratamiento está ya al alcance de todos, pero en cuanto á las segundas la rebeldía es terrible y los efectos espantosos.

En estos últimos días la pequeña colonia de Puerto Berrío se ha enriquecido con la incorporación de algunos individuos ingleses y norteamericanos, que manifiestan encontrarse bien en ella. Aquí hablan mucho inglés, y esto me ha gustado, porque aunque el progreso puede efectuarse en todo idioma, creo que la lengua inglesa es por excelencia la de la maquinaria y la de los adelantos materiales.

Está actualmente en construcción un cómodo y elegante hotel, que será dirigido por una //PÁGINA 9// señora norteamericana, inteligente y activa. Este edificio, mantenido con buenas condiciones, será de gran provecho para la empresa y no solo llevará su favor sobre ella, sino que también lo extenderá á la navegación del Magdalena, elemento auxiliar de gran valía para la empresa del ferrocarril.

Los que hemos navegado antes este río, por el sistema antiguo, cuando nos encontramos en una de sus playas, llevando una vida racional y confortable, nos inclinamos á pensar que estas riberas han sido tocadas por la vara de algún mago. Y así debe de ser y así es en efecto: el principio civilizador del mundo es el mago que está principiando á verificar el milagro.

Muchos elementos de construcción he visto en diferentes partes y todos sumamente adecuados para la continuación feliz de los trabajos. Pudiera prolongar esta comunicación que va tomando forma de inventario; pero prescindo de hacerlo porque sé que los señores comisionados del Gobierno envían un informe más extenso, más detallado y mejor estudiado de lo que yo pudiera hacerlo. Abandono pues la idea de entrar en otros pormenores y concentro mi atención sobre el asunto que creo capital en la materia.

El Gobierno de Antioquia es hoy, de hecho, accionista solidario en esta Empresa. Una vez aceptada esa situación, no puede ni debe trepidar un instante en dedicarle una gran suma de interés y de atención. Grandes son las dificultades rentísticas del Estado; mas con buena voluntad y energía, no considero imposible que el //PÁGINA 10// proyecto se lleve á

un término dichoso. Vista la empresa desde Medellín y atendiendo sólo a informes incompletos, no es posible tener base para un sano criterio. Si me preguntara qué tanto ha avanzado esta obra, diría que bien poco en la apariencia y mucho en el fondo. Vencido el grande obstáculo de las lagunas, la operación mecánica ha quedado simplificada, y no es solo la ventaja de su simplificación la que aprovecha, sino que también el aliento moral se ha levantado y hasta los incrédulos comienzan á tener fé. Hay mucha responsabilidad en decir, como antioqueño, que la obra deba ser continuada, porque en su continuación van envueltos grandes intereses para el Estado. Sin embargo, después de haber examinado con alguna detención lo que se ha hecho y deducir lógicamente que para lo restante hay mayor facilidad en la práctica, bien se puede aceptar semejante responsabilidad.

Bien pudiera objetarse contra la continuación del proyecto la carencia de artículos de exportación que hay en el Estado; pero para destruir esa reflexión, fuerte en apariencia, bastaría observar que no siempre los caminos de hierro andan en busca de efectos producidos, porque con más frecuencia no obran sino como agentes de estímulo, para la creación de provechosas industrias. Antioquia no ha producido hasta ahora, con excepción del oro explotado, artículos propios para un tráfico activo, y no ha dejado de producirlos por falta de inteligencia ni de actividad, ni por ignorancia de lo que le conviene, sino más bien porque herméticamente tapado por cordilleras incomunicadas, la producción habría sido estéril y perdida para su riqueza. //PÁGINA 11//

Hoy la cuestión es distinta. Luce la pequeña aurora de un día claro y propicio para nuestra prosperidad. Se abre un horizonte consolador porque dá campo al desarrollo provechoso de nuestras fuerzas. Por lenta que sea la construcción de esta obra, la previsión humana nos aconseja salir al encuentro de su terminación, prevenidos con los artículos de comercio suficientes para su mantenimiento y desarrollo.

Es posible que yo me equivoque en las reflexiones que tengo hechas sobre la materia que trato; es posible que al dar importancia afirmativa a mi opinión, un mal éxito inesperado comprometa ó perjudique los intereses del país; pero como estoy cierto, con un convencimiento profundo, que no deseo y quiero sino lo que haga feliz y rica mi patria, no vacilo en suplicar al Gobierno que marche con intrepidez por la vía que tiene

que recorrer respecto á este asunto. También asumo la responsabilidad de aconsejar á mis amigos y si permitido me fuese al pueblo entero de Antioquia, que tenga fé en esta empresa y que apoye su terminación con todas sus fuerzas y facultades.

Creo que es sumamente útil desenvolver el cultivo del café en grande escala; aumentar los cultivos de caña, de cacao y de maiz; multiplicar los pastales, perfeccionar las crías de toda clase de ganados; acrecer el número de árboles frutales; el de las plantas tintóreales; el de las propias para usos medicamentosos y, en fin, todo lo que visto hasta ahora con negligencia y menosprecio, se sabe que gira con ventajas personales por todos los mercados del mundo.

Aunque embrionaria, ya la civilización de la época comienza á presentar, por estos no ha mucho tiempo temidos parajes, su faz //PÁGINA 12// risueña y consoladora. Escribo para el Gobierno en una oficina en que hay grande actividad mental y material. Estoy oyendo ahora mismo el zumbido interesante de la pluma eléctrica. Está sobre mi cabeza el sencillo aparato de un teléfono, que pone en rápida comunicación las órdenes de la oficina central con las oficinas subalternas. Alcanzo á ver las filas de una batería eléctrica, para alimentar el telégrafo que comunica este punto con la capital del Estado y llega a mis oídos el ruido de la locomotiva. El Magdalena, recorrido por veinte vapores, está cercano y en frente; en navegación imperfecta aun sostiene lid victoriosa contra los obstáculos naturales. En fin, señor secretario, aseguro á Ud. que un mejor porvenir toca á las puertas de nuestra patria. La paz pública, honrada y patrióticamente mantenida, será el elemento de nuestra salvación.

De Ud. Seguro servidor.

Puerto Berrío, 6 de enero de 1880.

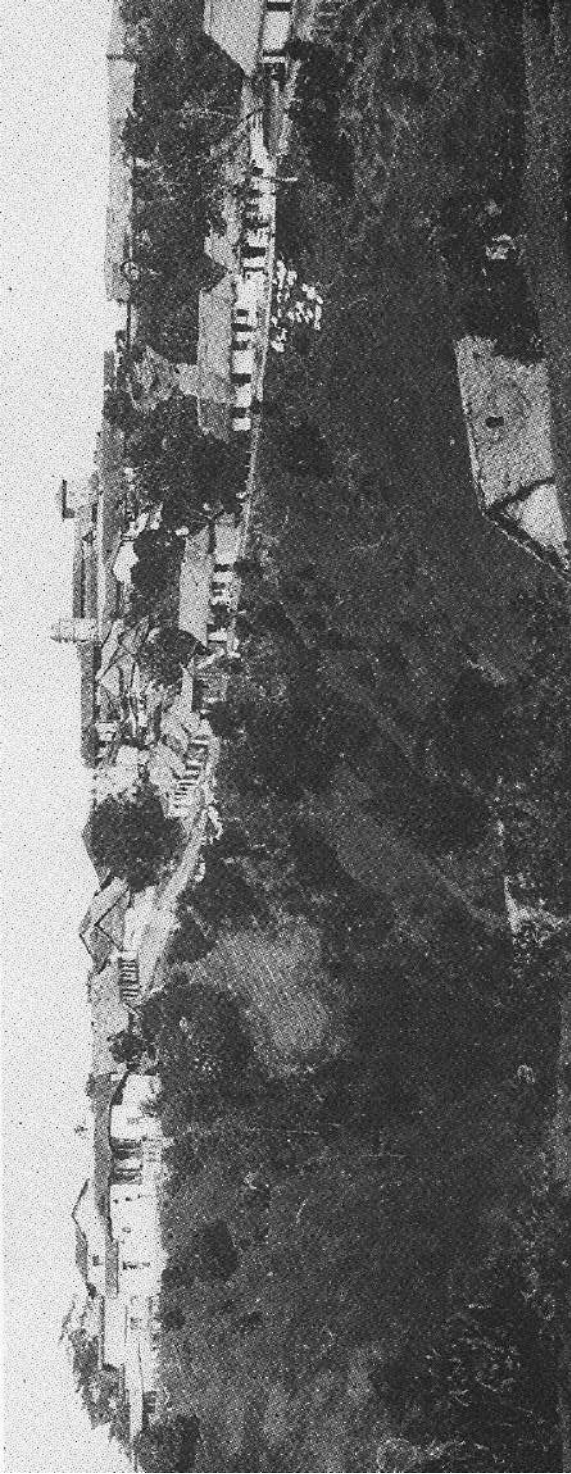


IMAGEN 9. *Vista general de Remedios. Ca. 1910.*

Fuente: Melitón Rodríguez, *Fotografías*, Bogotá, El Áncora Editores, 1985, p 35.

CARTAS A ISIDORO LAVERDE AMAYA

Presentación

A finales de junio de 1891, Manuel Uribe Ángel comenzó a escribir una serie de diez cartas a Isidoro Laverde Amaya, editor de la *Revista Literaria* de Bogotá. Laverde estaba interesado en que el sabio consignara las impresiones que tenía de Medellín. Sin embargo, el sabio Uribe Ángel, echando mano de su memoria, reconstruyó la evolución del Valle de Aburrá desde 50 años atrás, es decir, desde el momento en que regresó a su tierra, después de ausentarse de la Nueva Granada. Mas Uribe Ángel no hizo un escrito, una historia o un ensayo, sino que dividió su percepción en unas cartas que tratan infinidad de aspectos de Medellín y del Valle de Aburrá en esos tiempos.

La correspondencia se mantuvo durante casi un año. Y es que Uribe Ángel fue muy solicitado para que escribiera en diversas publicaciones periódicas, literarias, políticas y científicas, tanto de la región antioqueña como de otras y del exterior. Periódicos liberales, conservadores, estudiantiles, independientes y hasta jocosos publicaron sus artículos, cartas, debates, proclamas y discursos.

Las diez cartas, escritas entre el 21 de junio de 1891 y el 12 de mayo de 1892, para la mencionada *Revista Literaria* bogotana, muestran con detalle sus recuerdos sobre los cambios urbanos de Medellín en la segunda mitad del siglo XIX. Las cartas recogen múltiples detalles y descripciones de la ciudad y de todo el Valle de Aburrá.

A lo largo de sus relatos, Manuel Uribe Ángel advierte sobre el crecimiento futuro de la ciudad, proponiendo la canalización del río y su posterior urbanización moderna, tal y como se hizo años más tarde. Una de las primeras noticias sobre el urbanismo de la ciudad la podemos conocer por las observaciones de Uribe Ángel. Y lo mismo sobre arquitectura: él mismo había sido promotor del barrio de Villa Nueva, y de la junta de construcción de la nueva catedral. Además, dirigió la fábrica del templo de Envigado.

En sus cartas lleva al lector por un viaje temporal y geográfico. Por calles, plazas, plazuelas, fuentes, plazas de mercado y edificios importantes, con precisión casi fotográfica. Observa y describe las casas campesinas del periodo colonial, pasando por las republicanas, también llamadas “número siete”, por ser de esa forma; el uso de los corredores, las nuevas casas de claustro y patio central, las mansiones de La Playa y las quintas de recreo con todos sus lujos, además de los tugurios. Todas estas edificaciones están detalladas en su distribución espacial, y lo más importante, en sus técnicas y materiales constructivos: habla de artesanos y albañiles con toda propiedad, describe sus usos y salarios, su vestimenta y su origen social. También describe las vestimentas del pueblo, el incipiente estado del arte, la música, la literatura y el teatro. Se muestra agradecido por la inminente llegada del alumbrado eléctrico y por el uso de los teléfonos, ya instalados hasta en las casas de campo.

Sin lugar a dudas, estas diez cartas son un testimonio valioso de la transformación de Medellín en la segunda mitad del siglo XIX. Junto con los relatos de José Antonio Benítez, Eladio Gónima, Luis Latorre Mendoza y Lisandro Ochoa, se constituyen en los más útiles testimonios del paso de una villa colonial a una ciudad moderna.¹

1 | Ver: José Antonio Benítez, *Carnero, y miscelánea de varias noticias, antiguas y modernas de esta villa de Medellín*, transcripción, prólogo y notas Roberto Luis Jaramillo (Medellín: Colección Autores Antioqueños, 1988); Eladio Gónima, *Apuntes para la historia del teatro de Medellín y vejeces* (Medellín: Tipografía de San Antonio, 1909); Luis Latorre Mendoza, *Historia e historia de Medellín, siglos XVII-XVIII-XIX* (Medellín: Imprenta Oficial, 1934); Lisandro Ochoa, *Cosas viejas de la villa de la Candelaria* (Medellín: Escuela Tipográfica Salesiana, 1948).

Revista Literaria. Publicación mensual. Año II,
entrega 15, Bogotá, julio 25 de 1891, pp. 183-189

//PÁGINA 183//

Carta Primera

Medellín, Junio 21 de 1891.²

Señor I. Laverde Amaya-Bogotá.

Mi estimado Señor y compatriota:

En cumplimiento de la promesa que hice a usted de suministrarle algunos datos relativos a la situación presente de esta ciudad de Medellín, quiero escribirle mi primera carta.

2 | Manuel Uribe Ángel nació en Envigado en 1822. Tenía 69 años cuando comenzó a escribir estas cartas en Medellín, en 1891. Precisamente, los integrantes del Concejo Municipal, entre 1890 y 1892, manifestaron una seria preocupación por la planeación urbana de Medellín. Desde el Concejo se decidió intervenir directamente en el crecimiento y desarrollo de la ciudad. Se destacaron, en ese sentido, los doctores Tomás Quevedo y Ramón Arango. Eran médicos, como Uribe Ángel, preocupados por las aguas y la salubridad de la ciudad. El doctor Quevedo manifestó que “La ciencia moderna viene demostrando con deslumbrante elocuencia que la mayor parte de los gérmenes que forman el azote de la especie humana y la destruyen, tienen el agua como medio de existencia y procreación, y que el mismo líquido elemento les sirve de vehículo seguro para transmitirse”. *Principales actos oficiales del Concejo Municipal de Medellín presidido por el doctor Tomás Quevedo (periodo de 1892 a 1894)* (Medellín: Imprenta del Departamento, Obras públicas, s.f.), xiv. En 1890, el Presidente del Concejo Municipal, el doctor Manuel Arango, afirmó: “La irregularidad que se nota a primera vista en las calles de Medellín, su estrechez, curvaturas y rinconadas, las casas que las cierran haciéndoles cambiar de dirección, etc., son, sin duda, defectos muy respetables, si se quiere, por su antigüedad y por su origen netamente español; pero constituyen al mismo tiempo obstáculo serio a la ventilación, al fácil desagüe de las alcantarillas, y, en general, a la higiene pública y a la hermosura de la ciudad, por más que piensen de otro modo los aficionados a la novela de encrucijadas”.

Por eso le dieron impulso a proyectos como la construcción de acueductos con tubería de hierro, una verdadera novedad para la época. Y, sobre todo, comenzaron a materializar la idea de trazar un plano de Medellín para ensanchar la ciudad en todas direcciones.

La administración municipal, a comienzos de la década de 1890, fue fundamental para el proceso de modernización y cambio urbano que se manifestó en Medellín en las décadas siguientes. De algunos de esos proyectos da cuenta Manuel Uribe Ángel en sus cartas. El Alcalde de Medellín en 1890 era Francisco Mejía.

En 1891, el Presidente del Concejo Municipal era Tomás Quevedo, su Vicepresidente era Luis Jaramillo P; hacía las veces de Secretario Francisco A. Upegui M. Los Concejales eran: Emilio Restrepo C., Pablo C. Villa, Nicolás Uribe O., Manuel S. Toro, Pastor Santamaría, Wenceslao Barrientos, Julio Ferrer, César García, Martín Moreno, Gabriel Echeverri V., Baltasar Uribe N. y Marco A. Arango.

El mismo Manuel Uribe Ángel participó en juntas en pro del desarrollo de acciones que contribuyeran al mejoramiento de las condiciones de existencia en la ciudad de Medellín.

Como todo lo que acontece en el orden físico tiene necesidad de verificarse en un punto determinado de la tierra, he creído siempre que cuando se trate de narración histórica, conviene mucho, para facilitar la inteligencia de los lectores, trazar primero la topografía de los lugares para entrar luego en la enumeración de los hechos, circunstancia que da cierto grado de vitalidad a las descripciones. Formar la topografía equivale, en mi opinión, a disponer el escenario adornado con sus decoraciones naturales. Esto, aunque de difícil ejecución para pluma tan menesterosa como la mía, es lo que intento practicar por ahora a fin de poder entrar más tarde en pormenores.

La luz del sol que repunto como más poderosa para iluminar una comarca que la luz eléctrica, su hija, para iluminar un teatro, es la que debe servirme para poner de manifiesto ante las miradas de usted, los elementos componentes del Valle del Aburrá sobre el cual está situada la capital del departamento de Antioquia. Concurra usted con su pensamiento, hágame compañía y déjese guiar por mi experiencia, y de este modo podrá darse cuenta de los detalles que pienso examinar para formar el cuadro que usted debe ofrecer a sus lectores.

Si nos colocamos sobre un punto eminente, la torre de nuestra catedral [La Candelaria], por ejemplo, y dirigimos la vista al Sur para orientarnos, tendremos forzosamente el Este a la izquierda, el Oeste a la derecha y a nuestra espalda el Norte.

Ahora bien: si desde un sitio meridional emprendemos la tarea de hacer girar nuestras miradas sobre cada uno de los puntos que limitan en altura a las cordilleras que forman el Valle de Aburrá o Medellín, tendremos que, principiando por el alto de Santa Isabel, les seguirán al Oriente el Astillero y //PÁGINA 184// luego el de San Luis. Andando para el Norte, sobre la cordillera de Las Palmas, se ofrecerán San Sebastián,

.....

Desde la Academia de Medicina también propuso acciones para mejorar la salubridad de la ciudad. Uribe Ángel fue uno de los promotores de la idea de la cuelga del río Medellín, para su encauce y rectificación. Lográndola se sanearían muchos terrenos de las vegas del río, considerados tierras malsanas. Inicialmente se desarrolló el proyecto entre Guayaquil y la calle de Colombia, gracias al urbanizador Manuel J. Álvarez.

Un acuerdo de 1894 declaró de utilidad pública la canalización del río Medellín. Se instauró demanda contra un señor, con tierras en lo que hoy es la Universidad Nacional de Colombia, para quitarle una faja de terreno en la calle Barranquilla. La canalización ya se estaba llevando al Norte de la calle Colombia.

Tablazón, Santa Catalina, Santa Elena, Piedras Blancas y Granizal. De este último, pasando por la elevación la Hoya del Medellín y ascendiendo por Guasimal, llegaremos a las cumbres de Medina, Quitasol y Angulo, para continuar después al Sur, dejando por orden las alturas de Delgadita, Ovejas, Maruchenga, Gallinazo, Sabanalarga, Boquerón, Astillero (bis), Montañita, Barcino y Romeral. De aquí en adelante, si desviamos al Este, volveremos a pasar el Medellín por el Ancón, y por la cresta de una cordillera subalterna, ascenderemos a Morrón y Romera, inmediatos a Santa Isabel, punto de partida.

Por esta excursión imaginaria queda trazado un óvalo cuyo relieve más aparente corresponde al conjunto de las crestas montañosas enumeradas, circuito que da campo para verificar algunas consideraciones de geografía física de alguna importancia.

Del primer Astillero mencionado y del San Luis brotan fuentes que dan nacimiento al riachuelo Ayurá, el cual, después de correr al Norte y de pasar por la villa de Envigado, deposita sus aguas en el Medellín.

Entre las moles de Granizal y Chuscal nace el riachuelo Piedras Blancas, que tributa sus aguas al Medellín en Copacabana, en cantidad aproximativamente igual a las del Ayurá.³

De los cerros Quitasol, Angulo y Delgadita nacen aguas que forman el riachuelo García, cuyo curso inclinado a Oriente termina cerca de Bello. En la cima de Maruchenga tiene origen El Hato, que con el García riegan los campos de lo que antes se llamó Hatoviejo.

De Sabanalarga y Astillero (bis) salen manaderos que, por su reunión, constituyen las cabeceras del Iguaná, que tomando curso oriental desagua en el Medellín casi en frente del Santa Elena, que a su

3 | El primitivo nombre de Copacabana fue La Tasajera, una muestra de la vocación ganadera de los sitios establecidos al Norte del Valle de Aburrá. La quebrada Piedras Blancas, que atraviesa esa localidad y desemboca en el río Medellín, es rica en sal (por eso el nombre). Esa condición era aprovechada por los habitantes del lugar, que tasajeaban el ganado y salaban allí mismo las carnes. Esas tierras pertenecieron a la hija del gobernador Rodas. En 1602 pasaron a poder del capitán Diego Suárez. El gobernador Rodas poseía tierras fronteras a éstas, que llegaban hasta la cordillera y valle de Ovejas y San Pedro. El mismo gobernador hizo concesión de tierras a su nieto Gaspar, en frente de la quebrada de Piedras Blancas, en donde tenía su casa el cacique Niquía. Estas tierras también fueron adquiridas por el capitán Suárez. En octubre de 1675 habitaban el lugar unas 23 familias. Ya en 1808 residían allí 2.548 personas.

turno rueda en dirección contraria desde los altos de San Ignacio, Perico y el de su mismo nombre.

Del alto de Canoas desciende sobre el valle el Doña María, que rinde su tributo al mismo Medellín en frente de Envigado; y en fin, para acabar la enumeración de estas corrientes de agua, haremos mención del raudal llamado La Doctora, que divide en dos partes la rinconada de Sabaneta antes de caer en el Aburrá.

//PÁGINA 185// Será fácil para usted comprender que si todos esos riachuelos arrastran copia de agua equivalente a la que puede contener el río Tunjuelo, al Sur de esa capital, necesitan de modo indispensable que de lado y lado de las cañadas que recorren, les lleguen aguas de vertederos, fuentes y raudales que nazcan en los flancos de las montañuelas que los encajonan. Y así es la verdad, porque si tratara de enumerar todas esas corrientes elementales, no acabaría por ser casi infinitas.

Dicho lo anterior, ruego a usted procure mirar desde allá el efecto material que ese sistema hidrográfico deberá producir sobre el aspecto que toman todos esos declives montañosos bajo la influencia de tal disposición geológica. En efecto: pienso que usted verá, como estoy viendo yo, faldas plegadas por ondulaciones de terreno, con planos inclinados que dan asiento a fértiles dehesas, á reducidas pero pintorescas praderas y a campos cultivados, de los cuales la selva virgen ha desaparecido definitivamente en los 25 o 30 últimos años, tiempo que usted ha pedido para que a él reduzca mis observaciones de hoy.

Las dos cordilleras que circundan el Valle de Aburrá elevan sus alturas mayores 2.000 y hasta 2.500 metros sobre el nivel del mar, por lo cual se comprende que el frío debe ser intenso en algunos de esos parajes, y tanto lo es, que con frecuencia el agua se congela en algunos de ellos en épocas de verano, cuando por ser las noches sumamente despejadas y la atmosfera diáfana, la irradiación del calor terrestre es rápida y activa.

El óvalo, o tal vez hablando con más propiedad, la elipse, que ya tengo descrita, forma una especie de cenefa, rota de trecho en trecho para dar paso a las aguas mencionadas. Por lo demás, las vistas que esas cimas presentan al espectador son de gran suavidad, porque todos esos segmentos de circunferencia no tienen ángulos agudos, ni entrantes

ni salientes. No hay en todos ellos ni picachos abruptos,⁴ ni escarpas precipitadas, ni altos farallones: la línea curva domina en todo ese borde, y en manera tal, que, mirado de lejos, se siguen sus variaciones sin choques para la vista y siempre con agrado.

Si a lo apuntado agrega usted que las faldas de esas cordilleras contempladas desde el valle en mañanas y tardes claras, se divisan ocupadas por una población condensada habitadora, de casas blancas relucientes, cubiertas de teja; que reducidos //PÁGINA 186// rebaños bien mantenidos pastan en los campos, y que el maíz, el plátano, la caña de azúcar, la yuca, la arracacha y árboles frutales de muchas especies revelan por todas partes esmero agrícola y economía doméstica, convendrá usted conmigo que el espectáculo, si no brillante y conmovedor, como diría alguien, sí es por lo menos agradable y bello para ser contemplado, sin quitarle las condiciones de lo bueno y de lo útil.

De la cúspide de una montaña llamada San Miguel, situada un poco al Sur de la cabecera del distrito de Caldas,⁵ nace el río llamado, en tiempo de la Conquista, Aburrá, y hoy Medellín, conservando este último nombre hasta en frente de la desembocadura del río Porcito, en donde lo cambia por el de Porce, hasta las Dos Bocas, y ahí recibe las aguas del Nechí, para correr bajo esta denominación al Cauca y entrarle un poco más arriba de Margento, pueblo de nueva fundación.

Le hago notar, por vía de digresión filológica, que los antiguos indígenas habitantes de la región Antioqueña eran muy dados a terminar las palabras de su idioma en vocales acentuadas o no, según distintos pareceres. Yo me inclino a pensar que todas esas voces que quedan hoy, tanto en Antioquia como en otras regiones colombianas, llevan acento en la última sílaba y son, por lo mismo, agudas, y por ello prefiero Murrí,

4 | Como parte de los cerros tutelares del Valle de Aburrá, se identificaban dos picachos: el de Altavista y el de Hato Viejo.

5 | Al Sur de Envigado se observaba una selva tupida que partía del Ancón y que llegaba hasta el alto de la cordillera. Se la conocía como La Valeria y los potreros de Viticua. Los indígenas, y algunos blancos de Envigado, habían hecho aberturas toleradas y consentidas. Cuando Uribe Ángel tenía unos 8 años de edad, a su tío don Pedro Uribe Arango y a don Manuel Vélez Barrientos, como agrimensores de aquellas selvas pertenecientes a los indios de La Estrella, les adjudicaron porción de terrenos. Y a casi 400 agricultores les adjudicaron más montaña. Poco después, con el aumento de la población, se creó un distrito separado de La Estrella, que se conoce hoy como municipio de Caldas. Lo hicieron distrito cuando Nicanor Restrepo Jaramillo trazó la población.

Titiribí, Ochali, Neguerí, Amagá, Ayurá, Itagüí, Cocorná, Sinú, Sinitabé, Facatativá, Cucunabá, etc., y no Murri, Titiribi, Ochali, Negueri, Amaga, Ayura, Itagüi, Cocorna, Sinu, Sinitabe, Facativa, Cucunaba, etc., y por eso digo Aburrá en lugar de Aburra. Agrego como razón para fundar mi creencia, que en las voces que han quedado y de que se valen los pocos indígenas que tenemos, el acento carga siempre en la vocal postrera. Así Domicó, Majoré y muchos otros nombres propios de personas. Además, y siempre como digresión, diré a usted que Ayurá, en lengua de indios, tanto quiere significar como *perico ligero*, por ser muchos los animales de esa especie que hallaron los conquistadores en sus orillas al tiempo del descubrimiento. Doctora se llama el raudal que atraviesa la rincónada de Sabaneta, como indiqué antes, y eso, según la versión común, porque en su trayecto vivía un señor D. Vicente de Restrepo, quién dio en la tentación de tener en su familia cuatro doctores: D. Cristóbal, D. Carlos, D. Javier y D. Félix, digno colaborador el último //PÁGINA 187// del dictador D. Juan del Corral, cuando el año de 14 se proclamó por ellos la emancipación de los esclavos. El pueblo, sin duda, viendo tantos doctores reunidos cerca de aquel raudal, dio en llamarlo La Doctora (quebrada), y así se llama hoy, bien que el señor doctor Andrés Posada Arango alegue razones para pensar que el doctor Félix de Restrepo no nació en Envigado, sino en lo que hoy es territorio de La América o Granja, en las cercanías del riachuelo Iguaná, próximo a Medellín.

Terminado este desvío de pluma, volvamos a la descripción de nuestro valle y sus contornos.

Una línea imaginaria que una por elevación el cerro de Santa Isabel al Sur, con el de Quitasol al Norte, por la parte media de cada uno, puede ser considerada aproximativamente como brevísima parte del meridiano terrestre, puesto que para probar la posición astronómica de esos dos parajes, bastará decir que en la dirección del primero vemos la cruz del Sur y en la del segundo la Osa menor, entre cuyas estrellas se destaca la Polar, con elevación sobre el horizonte de grados que corresponden a la latitud del valle.

Si calculamos ese diámetro y hacemos caer sobre él, de modo que lo corte perpendicularmente, otra línea, paralela al Ecuador, tendremos que la primera, bien medida, da a la ciudad de Medellín 6°, 8' y 16" de latitud, y que como el meridiano de Bogotá no está muy lejos al Oriente, quedaremos

separados de él solamente por 1°, 34' y 30" de longitud occidental. Por otra parte, como la altura de nuestra capital sobre el nivel del mar sea de 1.479 metros, resultará que tiene 20, 5° de temperatura media, y un grado de calor relativo que a la sombra puede bajar hasta 15 centígrados en los días fríos del invierno y ascender hasta 25° en los días más sofocantes del verano; lo que prueba que, vista en ese punto nuestra comarca, disfruta de clima delicioso, en el cual ni el frío incomoda, ni el calor ofende.

La línea supuesta de Santa Isabel a Quitasol mide, poco más o menos, 28 kilómetros de Sur a Norte, y otra línea también imaginaria de Oriente a Occidente, desde el alto de Santa Elena al de Montañita, puede medir 14, por manera que tomando por base esos dos diámetros se tendrá un perímetro de 69 kilómetros y una superficie total de 30.787 hectáreas, circuito bastante importante si se atiende a que todo él, parte doblada y llana, es feraz y pintoresca.

//PÁGINA 188// Los vientos principales, reinantes en este valle, son cuatro: del Norte, que penetra por la hoya del Porce; del Oriente, que nos viene de Cundinamarca y Tolima; del Sur, del alto valle del Cauca; y del Oeste, de los bosques del Chocó. El más fijo de esos vientos es el del Norte, que reina constantemente en las épocas de sequedad atmosférica; el del Oriente es transitorio, alterna entre periodos húmedos y secos; el del Sur nos trae casi siempre el invierno, y el del ocaso, tiempo variable. Por causas meteorológicas esos vientos recorren todo el círculo de la rosa náutica; pero entre los puntos cardinales su duración es efímera.

Llueve poco en esta región. En 1875, término medio 1m, 6,542, en 1876, 1m, 7,125, en 1877, 1m, 2070, y en 1878, 1m, 4,285, según prolijas observaciones de D. Tomás Herrán.

Cuando había bosque virgen en los alrededores, las tempestades eran más frecuentes que en la época actual; los desmontes han disminuido la cantidad de las aguas corrientes, pero, no obstante, el circuito entero está lujosamente regado, como puede deducirse de lo expuesto hasta aquí, con más la ventaja de que con levísimas excepciones la calidad de las aguas es en alto grado salutífera.

La humedad ambiente era grande en los tiempos de la colonia; el aire es seco al presente y las nieblas empañan rara vez la limpidez de este cielo. El granizo, el rocío, la escarcha y los huracanes, si nos vienen, lo hacen con moderación. Pero dirá usted: este escritor, aunque de modo

imperfecto como que tiene tendencia a pintarnos un paraíso. A lo cual, si acontece, yo responderé buena y simplemente que no tengo la culpa de que así sea.

Hay al lado de éste otro asunto más grave para mí, y es imaginarme que al ver usted eso de óvalos, elipses, perímetros, hectáreas, superficies, latitudes, longitudes, temperaturas medias, alturas barométricas y algo más por el estilo, habrá de exclamar: pues, señor, ¡lucidos estamos! Todo esto es pura prosa, y de la peor, porque lo expuesto parece más bien estudio de ingeniero que artículo dedicado a una revista literaria. Manjar semejante no cuadra a la digestión de mis lectores, de quienes el sentimiento estético pide platos mejor adobados.

Mas, sea de ello lo que fuere, y teniendo usted, como tiene, //PÁGINA 189// derecho perfecto para poner a un lado este mi manuscrito sin imprimirlo, y sin que por ello me ofenda, toda vez que la vanidad de escritor público no me tienta ni en poco ni en mucho, sigo adelante en el intento que me he propuesto.

Le hablé en un párrafo anterior del nacimiento del río Medellín, de su curso y de su reunión con el Cauca, un poco más arriba del pueblecito de Margento. Ahora quiero decirle algo más sobre esta corriente de agua en lo que atañe a los valles de Aburrá y Bello, por ser la población de este último nombre barrio de la Metrópoli antioqueña.

Cuando el Medellín baja del monte que le da nacimiento, atraviesa el vallecito de Caldas, bonito sobre toda ponderación, y al penetrar en la llanura de Medellín por el Ancón, frente a La Estrella, es ya medianamente caudaloso. Del Ancón en adelante el río serpea con gracia por el centro de un plano perfectamente nivelado, y es tan mansa su corriente, y son tan cristalinas sus aguas y tan regulares las curvas que forma y que recorre, que, viéndolo desde las eminencias de sus flancos, cualquier observador estaría tentado a calificarlo de navegable. Así, con cierto aire de sencillez y majestad a un mismo tiempo, llega hasta el pie de Los Bermejales, colina de rebajada altura, dispuesta graciosamente a poco más de un kilómetro al Norte de la ciudad.

El conjunto de paisajes desenvueltos por el Medellín en su tránsito, además de ser crecido en número, es de cierto atractivo encantador; y si yo fuera poeta le enderezaría en este paso muchos párrafos en verso para encomiar su belleza; pero como no lo soy ni espero serlo, tomaré

de algún poeta que leí en mis mocedades un trocito dedicado a cierto paraje de América, y diré que en sus riberas:

A un tiempo lucen la amarilla gualda,
La púrpura, el zafiro y la esmeralda.

Una vez que he descendido de las montañas y he llegado a la planicie recorrida por el Aburrá, aspiro a darle pormenores acerca de ella; pero como el asunto puede ser un poco dilatado y esta carta va ya muy larga, resuelvo dejar esa empresa para la siguiente.

M.Uribe. A.
Medellín.

Revista Literaria. Publicación mensual. Año II, entrega 16, Bogotá, agosto de 1891, pp. 253-262

Carta Segunda

Medellín, Julio 10 de 1891.

Señor Isidoro Laverde Amaya. Bogotá.

Mi estimado señor compatriota:

//**PÁGINA 253**// En conformidad con el párrafo final de mi carta anterior, intento darle en la presente descripción general de la parte llana de este valle.

El diámetro Norte-Sur de la llanura mide poco más o menos 25 kilómetros desde la angostura de Sabaneta hasta el llano de Niquía, en la planicie de Bello; y el diámetro Este-Oeste, que lo corta perpendicularmente, alcanza a medir por término medio 5, correspondientes, como usted ve, a un perímetro de 57, o sea una superficie de 9.817 hectáreas. Descomponiendo la suma total de 30.787 que di a usted antes, tendremos que, al abstraer de las primeras 9.817, nos quedarán como residuo 20.970.

//**PÁGINA 254**// Entro en estos cálculos para ver si por medio de ellos puedo averiguar el valor aproximado del territorio de esta comarca, y para ello aprecio cada hectárea de la parte baja en \$1.000, lo que me da \$9.817.000, y a \$500 las 20.970 que constituyen las faldas, por ser terrenos fértiles y cultivados en su mayor parte, lo cual arroja un producto de \$10.485.000, que sumados con los anteriores forman un total de \$20.302.000.

Se colige de lo anterior que esta pequeñísima parte de Colombia que estoy considerando, merece muy bien la pena de figurar en la riqueza territorial del país, y si a eso se agrega que hablo únicamente del valor del suelo, será fácil comprender que si agrego el de las mejoras de los predios, el de los animales, el de las habitaciones con sus muebles, y el de los haberes en caja, puedo concluir que en esta parte de la República se disfruta de algunas comodidades.

Supongo que usted conoce la teoría del Barón de Humboldt, adoptada por el señor Codazzi, respecto de la existencia anterior, muy remota, de lagos andinos en este continente de América. Yo creo en ella, y por lo

mismo me atrevo a decir que a lo largo del río Porce, Medellín o Nechí, que lo mismo vale, están las cuencas de estos lagos como escalonadas de Sur a Norte: primero un lago en Caldas, segundo otro en Medellín, el tercero, en Bello, el cuarto en Girardota y el quinto en Zaragoza, porque debajo de ese sitio, en donde hay una angostura que permite paso a las corrientes, la configuración del terreno no da campo para la formación de un gran estanque.⁶

Suponiendo, pues, que lo que es hoy el valle de Medellín estuviera en otro tiempo ocupado por aguas detenidas, se puede deducir el aspecto que en aquella época ofrecería en sus orillas. Lo que es hoy Envigado sería un golfo, y otro quedaría en frente hacia la Estrella. Habría un segundo en Medellín, y otro que le correspondería en Belén.

A esas entradas, en los intervalos seguirían ensenadas, bahías o caletas de reducido espacio, pero siempre imitando en pequeño el aspecto de un brevísimo Mediterráneo, en que no faltarían islas, porque la llanura hoy seca tiene dos serrezuelas que las formarían, una de ellas al Sudoeste y otra al Noroeste, separadas únicamente de la población

6 | En la *Geografía*, publicada en 1885, Manuel Uribe Ángel manifestó no creer en esa teoría, contrario a lo que escribió en sus cartas. Al respecto, expresó lo siguiente en 1885: “Sin negar la existencia probable de depósito de agua en los senos de estas montañas, dudamos mucho de que el fenómeno haya tenido lugar de la manera antes indicada. Faltan en las laderas de nuestras escarpas, líneas paralelas impresas por las aguas lacustres en su desenso gradual; faltan los fósiles peculiares á estas formaciones, y falta, en fin, á la mayor parte de estas cuencas, esa rica, espesa y feraz capa de tierra vegetal que los tiempos y las corrientes acumulan por desgaste en el fondo de los estanques”.

Unos años después, en 1888, Camilo Botero Guerra explicó en su *Anuario estadístico*: “Según Codazzi, el aspecto que tuvo este territorio en tiempos remotos fue el de una serie de lagos llenos de islotes. El Dr. Uribe A. combate esta teoría”, y copió textualmente lo publicado en la *Geografía*.

Uribe Ángel opinaba que ocurrió un cataclismo neptuniano que generó el que la corriente de las aguas tomara dirección de Sur a Norte, que las aguas se desviarán hacia el Noroeste y el Nordeste por los causes de diversos ríos, y que su permanencia, en las partes bajas, fuera transitoria, rápida y violenta, pues se rompieron diques y barreras que se les oponían, sin dar tiempo para la formación de los caracteres propios de los terrenos en que el agua ha estado detenida durante muchos siglos. La esterilidad agrícola que generalmente se nota en este territorio, y la naturaleza mineral que lo caracteriza, apoyan esta teoría, porque fácilmente se concibe que un gran caudal de aguas impetuosas, “al pasar por sobre los terrenos, los despoja de la capa de tierra vegetal que los cubre, y deja expuesta la mayor parte de las rocas”.

En 1851, el coronel Agustín Codazzi habló del “lago de Aburrá”. En sus informes sobre Medellín, publicados en la *Gaceta Oficial* de Medellín entre 1851 y 1852, expresó sobre el origen del Valle de Aburrá: “el dique ya desmoronado, hasta que quedó en seco el lago, dejando su lecho para deliciosa morada del hombre”. Insistió en lo mismo en sus *Particularidades del cantón de Medellín*.

actual por las aguas del río y más o menos aproximadas a la base de la cordillera de Occidente.

//PÁGINA 255// Esas dos cordilleras de que hablo, llamada la primera de los Cadavides y la segunda del Volador, están divididas entre sí por el Iguaná, siendo de notar la circunstancia de que, separada la última de la montaña vecina por una abra o cañada semejante a un viejo cauce desecado, hay muchas personas que piensan que por ese punto corrió el riachuelo mencionado, cuyo curso se pretende restablecer hoy.

Habrá usted notado que tengo propensión cuando hablo decorrientes subalternas de agua a darles el nombre de *riachuelos* y no de *quebradas*, como generalmente se hace entre nosotros; y a propósito de ello, reincido en mera digresión filológica, por ser manía que me aqueja con frecuencia. *Quebrada* dice invariablemente el antioqueño, y lo mismo se dice en muchos pueblos de América y aun por españoles instruidos; y tanto se dice, que opino, con razón o sin ella, que la voz ha tomado ya carta de naturaleza o está próxima a tomarla. Don Juan de Castellanos, al describir en sus octavas la parte al Nordeste del territorio antioqueño, se expresa como sigue:

Porque quebradas, ríos, vertederos
 Y cualquiera lugar que se catea,
 Manifiestan auríferos veneros
 Con que el humano pecho se recrea,
 Y la solicitud de los mineros
 Saca bien proveída la batea.

Y si no me engaño, en el laudo real sobre límites entre Venezuela y Colombia, la palabra está empleada en la acepción a que aludo.⁷

Sin embargo, abro la última edición del Diccionario de la lengua española por la Academia, y veo que *quebrada* quiere decir ni más ni menos que lo siguiente: “Tierra desigual y abierta entre montañas, que

7 | Manuel Uribe Ángel está haciendo alusión al laudo real con el que se definieron los límites entre Colombia y Venezuela. La sentencia arbitral se conoció en tiempos de la reina María Cristina de Habsburgo, el 16 de marzo de 1891. A cambio de esa definición de límites, España recibió como obsequio el Tesoro Quimbaya. Es muy dicente que Uribe Ángel estuviera al día con la lectura de los textos de ese laudo entre los dos países, tema que no le era extraño por cuanto él mismo había servido de “diplomático” entre Antioquia y el Tolima.

Colección C. A. M. Medellín

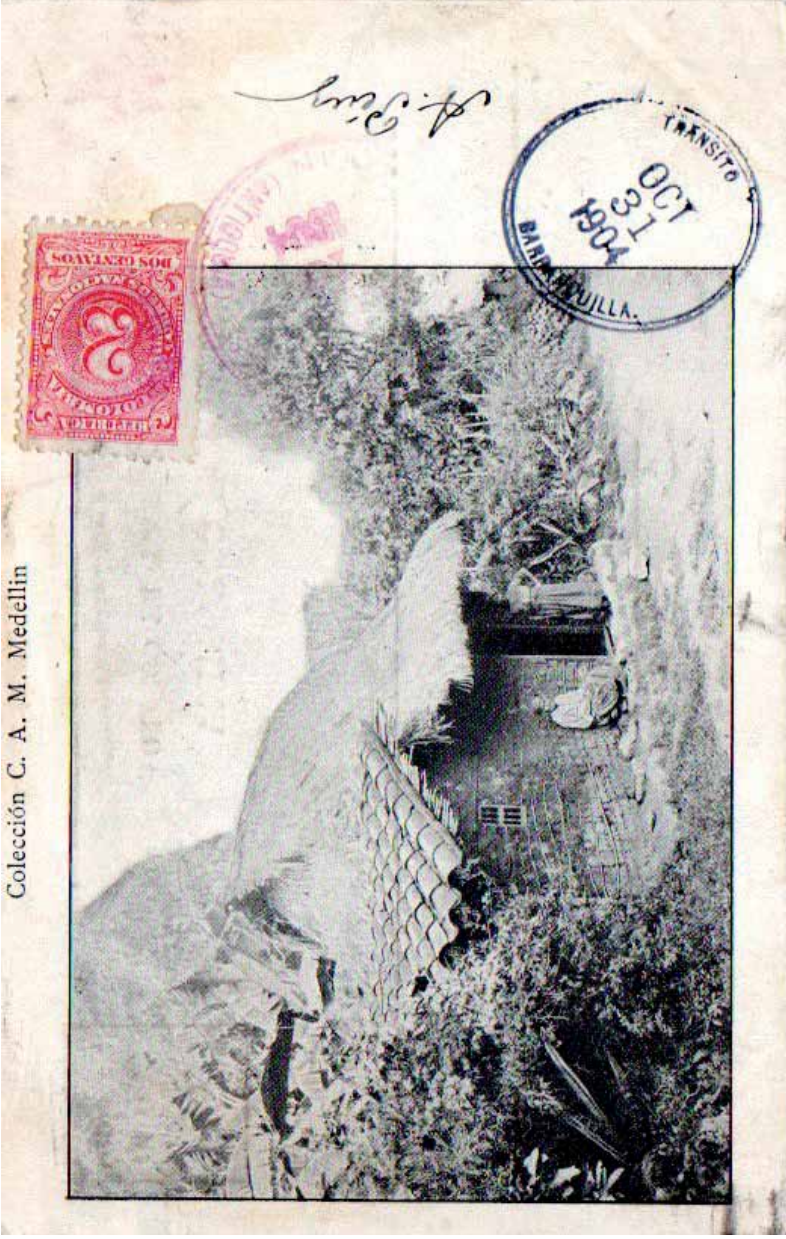


IMAGEN 10. Chozo y habitantes de los alrededores de Medellín, Ca. 1904.

Fuente: Postal. Colección particular

forma algunos valles estrechos”, lo que no autoriza para legitimar la voz. Escrupulos de monja llamaría usted a todos estos reparos, y acaso haré yo lo mismo y seguiré diciendo *riachuelo* o *quebrada* hasta que los maestros esclarezcan el punto, y vuelvo al sujeto principal de esta carta.

Después de haber descrito el suelo de esta región en su desnudez natural, intento agregar algo a la relación, considerando su vestidura desde dos puntos principales: el ornato en- //PÁGINA 256// gendrado por la naturaleza, según su fuerza peculiar, y el engendrado por el hombre, en conformidad con su ingenio. El vigor propio de la naturaleza en este valle causa asombro, sobre todo si se estudia en relación con la flora tropical.

Como las influencias tórridas ardientes sean de notable suavidad y como el frío no sea jamás intenso, resulta que las plantas alpinas y las tropicales germinan, nacen, crecen y se desenvuelven en singular consorcio y hermandad. Al lado de las palmeras de dátiles y de los cicales crece el poleo de las altas cordilleras y medran las gramíneas y los arbustos de las temperaturas medias, todo ello con sorprendente lozanía. Los árboles de talla mayor, como el búcaro, el algarrobo, la cañafístula, el sauce, el pino, el ciprés y las acacias, elevan sus copas graciosamente en la atmosfera y su tupido follaje de variados matices, desde el verde oscuro hasta el amarillo pálido de la caña, suelen coronarse con frecuencia de enormes festones de elegantes flores, que representan a placer los diversos tintes que resultan de la combinación prodigiosa de los colores elementales del espectro solar.

Entre las plantas cultivadas, el maíz aparece colocado en lugar preferente, y a él siguen cañaverales de azúcar y de caña brava; y provechosos los primeros para las necesidades del gusto, e indispensables los otros para exigencias industriales, sobre todo cuando se trata de construcciones domésticas o de limitar predios. El plátano, representado por diversas especies, pan bendito de los habitantes de los trópicos, la yuca succulenta y nutritiva, la no menos agradable arracacha y el copioso guarismo de los productos de horticultura con sus exquisitas legumbres, variadas hortalizas y deliciosas frutas exóticas e indígenas, forman granero de abundancia en que la cocina del pobre y la repostería del opulento, hallan para la subsistencia y el agrado abundante provisión.

Como quiera que la propiedad rural esté prodigiosamente dividida, los cultivos mencionados, aunque muy importantes por su cantidad, no se ofrecen a examen prolijo sino a trechos.

Antes el valle tenía grandes dehesas en que pacían numerosos rebaños de ganado vacuno y caballar, pero la necesidad creciente de aumentar las producciones propiamente agrícolas, ha reducido a proporciones minúsculas la industria pecuaria; y //PÁGINA 257// tanto es así, que hoy la leche y el queso son caros en demasía, y por consiguiente, escasos. Por dicha, el inconveniente se subsana en parte con el auxilio que suministran los cortijos establecidos sobre las alturas vecinas y en los distritos cercanos.

Recoja usted en su mente lo que en breves palabras acabo de apuntar sobre nuestra flora, y agréguele, si puede, mucho más que dejo en el tintero por no extender fuera de medida las proporciones de esta carta, y podrá creerme cuando le diga que al contemplar un bosquecillo de sauces a la orilla del río, de mangales, de pomos, de cipreses, de guamos y de otros muchos árboles, siente el observador que ha caído en gratisísimo ensueño, porque la realidad de tanta belleza no se alcanza con los sentidos en estado de vigilia; y crecerá la admiración cuando desde una rebajada altura se divise, en cuanto alcance la mirada, el inofensivo color verde de los prados, con reflejos de oro, hasta el sombrío y oscuro que imita por su concentración el de las más aquilatadas esmeraldas de Muzo.

Noto que al querer describir la excelencia de estos campos, caigo, sin quererlo, en enfatismo peligroso, tanto más arriesgado para mí cuanto prefiero siempre gastar estilo llano y lenguaje popular.

Para darle idea exacta de lo apiñada que está la población en este trozo pequeño del país, le diré que previo aviso convencional para la transmisión de una noticia cualquiera, partida del extremo Sur, podría llegar en cinco minutos al extremo Norte, comunicada de punto en punto por la voz humana.

No hace todavía muchos años que las habitaciones de esta comarca estaban cubiertas por techos pajizos en su mayor parte, y de tejas en la menor. Hoy es raro encontrar una casa de las primeras, pues todas, en lo general, pertenecen a la última categoría. Casas de dos pisos eran muy poco numerosas en los campos, y hoy continúan siéndolo, porque la moda seguida en esta clase de construcciones les da un solo

piso. Nuestros antepasados gustaron de construir sus habitaciones con una galería al frente, que llamaban corredor. Por la puerta central de esa galería se entraba a la primera pieza, llamada sala o salón, destinada habitualmente al recibo de visitas y a uno de los lados de esa pieza había otra, conocida con el nombre de aposento, mientras que al lado opuesto estaba una gran alcoba o dormitorio común.

//PÁGINA 258// En ciertos casos, jefes de familia acomodados complicaban de la hechura sus hogares con la adición de algunas piezas más, empleadas como dormitorios, como depósito de útiles de labranza, como despensa y como graneros o trojes.

El patio seguía a la casa, el huerto al patio, el platanal al huerto, y la dehesa, llamada *posesión* en su conjunto, al platanal. Con frecuencia, alguna planta trepadora, de bella y aromática flor, como el jazmín o la mosqueta —único rosal entonces conocido— servían de adorno a los corredores, sin que por esto dejara de haber en ocasiones, para realzar el cuadro, un jardinito lateral con algunas eras de claveles, alelíos, y otras en que se daba cultivo a algunas plantas medicinales que llegaban como socorro en casos solemnes de grave enfermedad.

Lo que acabo de escribir sucedía hace cuarenta o cincuenta años, mas al presente las cosas han cambiado, porque la creación de mayores comodidades traídas por la civilización así lo pide.

Los edificios campestres, en la actualidad, imitan la forma de un número siete, y así se llaman. Con no poca frecuencia estas habitaciones ocupan cuatro lados, lo que les da forma claustral con patio en el centro. Unas veces tienen zaguán y otras se penetra en el salón por una puerta colocada al centro de la galería, como antaño, y de sopetón, si se permite la frase. En ocasiones, al cuerpo principal de la casa sigue otro posterior destinado al servicio de la familia, por manera que si se exceptúan casuchas reducidas pertenecientes a gente pobre, quedarán muchas que son verdaderos modelos de comodidad y hasta de elegancia.

En efecto, para que se forme idea de la exactitud de lo que vengo diciéndole, añadiré a usted que hay muchas de estas construcciones rodeadas de bonitas y espaciosas galerías con buenos salones de recibo, alcobas propias para los diferentes miembros de la familia, pieza para costurero, despensas, comedores, departamentos para sirvientes, depósitos de instrumentos para beneficiar la tierra, fuente de agua potable, pocetas

o surtidores, baños bien dispuestos, muebles sencillos pero adecuados para el servicio, espejos y láminas para ornato, lechos bien aderezados, animales domésticos en abundancia, y limpieza en todo. Porque el aseo, el orden, la compostura y la economía son virtudes tradicionales en la mayor parte de estos campesinos que, merced al trabajo constante, llevan, por lo general, vida holgada y recomendable.

//PÁGINA 259// Tengo entendido que la clase llana de Holanda es en Europa la que mantiene el hogar doméstico en mejores condiciones de pulcritud, y sobre el particular opino que el pueblo de esta parte de la República, si no ha llegado todavía a igual punto de perfección, a él llegará, porque el camino que transita a él conduce. Cuando yo era médico,⁸ toda consulta que recibía terminaba con esta pregunta hecha por el enfermo: ¿puedo bañarme, señor? Si la contestación era afirmativa, la fisonomía del enfermo mostraba satisfacción; en caso contrario, se asombraba. El baño en agua corriente ha entrado en esta tierra en el número de las necesidades indispensables.

Las flores que antes figuraron como asunto de simple entretenimiento y que se cultivaban en corto número, cuando más para que las señoritas llevaran puestas una o dos sobre la cabellera, o para tributar culto a la patrona del lugar en las grandes festividades, han aumentado hoy en cantidad prodigiosa. Es difícil llegar a las casitas más humildes sin encontrar en ellas algunas plantas de las nuevamente introducidas, y es muy común hallar espléndidos y bien ordenados jardines en que la vista se deleita y el alma se regocija con la contemplación de este nuevo elemento de perfección social.

Entiéndase que lo dicho últimamente se refiere solo al lugar campestre tenido por la clase llana. La gente acaudalada de Medellín ocupa puesto más alto en esta materia, porque son muchos los ciudadanos propietarios de lindas quintas en los campos que circundan la capital, y eso en todas direcciones. Esas casas de recreo son preciosas, porque además de su elegancia, tienen en sí comodidades bastantes para la satisfacción de las necesidades comunes y llegan en ocasiones hasta la ostentación de un lujo refinado: ricos muebles, buenos caballos, coche

8 | Para la fecha en la que Manuel Uribe Ángel escribió esta carta, posiblemente ya era notoria su enfermedad en los ojos, por lo que habla con distancia en el tiempo, en pasado, de la época en la que ejercía la medicina.

en ocasiones, suntuosos baños y mil cosas más que sería prolijo enumerar, todo se encuentra en esos recomendables albergues, creados por labor constante, por aplicación infatigable y por severa economía.

Los habitantes del campo visten, por lo general, telas sencillas de algodón o de hilo, llevan ruana y sombrero de paja o de fieltro, pero todo ello aseado, lo mismo entre labriegos que entre arrieros, entre propietarios que entre hombres de jornal. Los pobres, y son los más, como se concibe, andan con los pies des- //PÁGINA 260// nudos, sin distinción de sexo; los que no lo son tanto, los visten de alpargatas, y los acomodados, que no son pocos, gastan botas. En los días feriados es agradable ver la concurrencia a los templos o a las plazas de mercado, porque entonces el saco de pañete o la levita lucen sobre el cuerpo de algunos hombres, y la zapatilla de alto tacón es airosamente llevada por señoras y señoritas de la clase rica. Las mujeres y los hombres del pueblo gastan lo mejor que se encuentra en los baúles. Pero sea que revelen pobreza o comodidad, se adivinan al través de los vestidos sólidas pantorrillas, brazos robustos, armaduras orgánicas resistentes, y, en fin, la fuerza y el vigor que revelan sanidad de raza y que prometen algo o mucho para lo porvenir de Colombia.

Si quisiera explotar en esta carta el venero casi inagotable de las costumbres antioqueñas, enfadaría a usted y a sus lectores, y saltaría por encima de los términos de mi encargo, por lo cual quiero complementar la descripción física del valle de Medellín para ver de llegar a esta ciudad y decirle alguna cosa acerca de ella.

Además de la población diseminada en los cortijos que engalanan toda la superficie del valle, hay otra recogida en poblaciones de mayor o menor importancia, que paso a enumerar rápidamente.

En la banda occidental y al Sudoeste de Medellín, sobre la base en que descansa la pesada montaña del Romeral, está sentado el pueblo de La Estrella, cuya erección, según las crónicas locales, se hizo dándole por vecinos a algunos indios yanaconas, que había hacia la parte izquierda de la quebrada Santa Elena. El caserío de La Estrella es de humilde apariencia, pero está favorecido por situación pintoresca. La torre de la iglesia, pintada de blanco, se alcanza a divisar desde la carretera que conduce de Medellín a Envigado, y desde sus puntos vecinos, como la vela blanca de una goleta que navegue con sosiego sobre las olas de

una mar tranquila. El doctor Rufino Cuervo, uno de nuestros hombres más esclarecidos y de quien se dice que a la gravedad del filósofo acompañaba el donaire de hombre de mundo, a la finura del diplomático la seriedad del jurisperito, y a la sensatez del sabio la agudeza del *cachaco* bogotano; en visita que hizo a esta tierra, hace ya muchos años, contemplaba atento desde el atrio de aquella iglesia el panorama que se desenvuelve //PÁGINA 261// al frente y a los lados, y, después de recogida meditación, exclamaba: “Oh ¡Esto no es cierto!; parece mentira”. “He visto”, agregó, “la llanura de Lombardía, y la considero muy inferior a ésta en punto de belleza”.

En efecto, yo he visto también la Lombardía, y pienso que si a los encantos naturales que ofrece aquella extensa llanura se le quitara el incentivo de las ciudades que la esmaltan, de los ríos que la recorren, de los prodigios creados por antigua civilización, y del manto deslumbrador de un enorme pasado histórico, esta tierra de montañas, diminuta como es, le haría notables ventajas. He paseado también el bendito valle del Cauca, esperanza del porvenir colombiano; he visto su importancia indescriptible, sus florestas no holladas todavía por la planta humana, sus cristalinas aguas, sus canoras aves y su linda flora. Pero debo confesar que esa extensión enorme de cuarenta leguas de longitud y quince de anchura, me ha velado sus facciones como si estuvieran envueltas por la bruma sutil de sus dilatados horizontes. El paisaje de este Valle de Aburrá no representa ciertamente un cuadro salido de la paleta y de la mente de Horacio Vernet; es más bien preciosa miniatura, contenida en breve espacio, evocada con maestría por el pincel encantado de *Maisonneuve*, porque en él todo palpita, todo se ve, todo se palpa, todo se percibe con la simple intención de la mirada.

Al Occidente de La Estrella está el pueblecito de San Antonio de Prado, de creación reciente y barrio apenas del distrito de Itagüí, que, a su turno, atravesado por cómoda carretera, está situado en la parte baja de la llanura y favorecido por feracísimos terrenos.⁹

9 | Antiguamente se conocía como El Prado. Dependía de Medellín. Desde la década de 1830 el sector de El Prado ya era dependencia de Itagüí. En 1871, era fracción de Itagüí, con categoría jurídica. En 1883 fue suprimido y restablecido en 1885. Llegó a tener la categoría municipal en 1903 mas, eliminado, se agregó a la jurisdicción de Medellín.

La Villa de Envigado, a ocho kilómetros al Sur de la capital del departamento, colocada como en anfiteatro, rica de sementeras, de árboles frutales, de jardines, de un hermoso templo católico,¹⁰ de un espacioso edificio para hospital o colegio, de casas bien gobernadas, de aguas salu-tíferas, de aire puro, de temperatura suave y de otras muchas ventajas, adorna graciosamente el escenario.

Entre la villa descrita y la ciudad capital, hay un interesante barrio de Medellín, conocido con el nombre de Poblado, que ha surgido en estos diez o doce años con formas admirables de belleza y como por evocación de magia.¹¹ Además de esta fracción o barrio, Medellín tiene como tales a Belén, América, Robledo, San Cristóbal, San Sebastián, Piedrasblancas y Bello, interesantes los más por motivos que no enumero, deseoso como estoy de terminar esta carta.

De todos los parajes situados sobre las alturas circundantes, el Valle de Aburrá sorprende al viajero que lo visita por su singular belleza; pero hay algunos de ellos desde los cuales el panorama se observa con más o menos admiración.

El alto de Santa Elena, como el más frecuentado y acaso como el mejor dispuesto, ha sido hasta hoy el más favorecido, porque efectivamente, al colocarse de súbito sobre aquella eminencia y al dirigir la vista al Occidente, mil pormenores cubiertos de límpido cielo y atmosfera transparente en las mañanas y tardes de verano, quedan bajo el dominio del espectador.¹² El enrejado casi inextricable dispuesto por los lindes

10 | Manuel Uribe Ángel participó en el diseño del templo actual de Envigado que, para el tiempo de la escritura de la carta, apenas estaba en construcción.

11 | Conocido desde tiempos coloniales como El Aguacatal, cuando tuvo Alcalde pedáneo, para 1871 ya reunía las condiciones para ser parroquia, independiente de La Candelaria de Medellín, cuando existía desde hacía años un templo cuyo patrono era San Blas. En 1882, Carlos Restrepo Callejas, empresario con dotes de ingeniero, hizo la traza urbana de la actual plaza y de algunas calles. Cuando Uribe Ángel lo llama “El Poblado”, era porque sus tierras habían pertenecido a los indios Aburraes, por decisión del conquistador Gaspar de Rodas, pero frente a los abusos de los blancos del Aburrá, el oidor Francisco Herrera Campuzano juntó indios de otras comunidades en 1614. Estableció el pueblo de indios de San Lorenzo de Aburrá. Después de juntar indios de distintas naciones, les creó doctrina en 1615, y en marzo de 1616 les volvió a fijar linderos a sus tierras, que en parte coincidieron con los que había señalado el conquistador Rodas. A pesar de ello, el pueblo de San Lorenzo se consumió y desintegró, siempre siguió sonando el nombre de “El Poblado”, al tiempo que la otra toponimia, tomada de la quebrada de El Aguacatal, comenzaba a ser mencionada en los protocolos coloniales.

12 | Todos los viajeros que pasaron por el Valle de Aburrá gozaban con esa vista.

de las heredades, no puede compararse a un tablero de ajedrez, porque la figura no asume condiciones geométricas que le den tal semejanza. Se dirá, más bien, al examinarlo, que remeda el laberinto de Creta, y que para seguir sus enmarañados giros, sería preciso llevar en la mano el hilo mitológico de Ariadna. Tánta luz, tánto árbol, tánta sementera, tánta suavidad de líneas, tánta armonía de contornos, tánta delicadeza en las curvas del río, tánta riqueza de azul, verde y amarillo en las faldas montañosas, y la ciudad de techumbres grises y de paredes blancas que reposa en el fondo, como pudiera serlo la perdiz en el nido rodeado de follaje, es asunto más propio para ser tratado por poetas que por prosadores de mezquina fuerza.

Prescindo de extenderme en esta carta con reflexiones más o menos elocuentes para ponderar el mérito de este soberbio paisaje. Ruego a usted solamente que si en la relación hecha hallare algún arrebato de fantasía, lo excuse en gracia de que tal cosa se debe, más bien que a interés de escritor, a movimiento de pasión, porque hablándole con franqueza, el amor intenso que profeso al país natal puede privarme de la cordura que usted me atribuye cuando califica mi pluma de discreta.

De usted atento servidor y compatriota,

Manuel Uribe A.

Revista Literaria. Publicación mensual.
Año II, entrega 17, Bogotá, septiembre de 1891,
pp. 306-314

//PÁGINA 306//

Carta Tercera.

Medellín, Julio 16 de 1891.

Señor Isidoro Laverde Amaya. Bogotá.

Estimado señor y compatriota:

Mi carta anterior fue únicamente descriptiva; ésta aspira a ser netamente histórica.

Hablé a usted al tratar del pueblo de La Estrella, de un lugarcito conocido por San Antonio de Prado, que demora un poco al Occidente, y al presente le agrego que San Antonio está situado a regular distancia del riachuelo Doña María, del cual también le hablé como originario de la montaña de Canoas. Entre los tributarios de Doña María se puede contar como uno de los principales el raudal de Quebradalarga, que nace en el cerro de Las Cruces y en montañuelas vecinas.

Siguiendo el curso del raudal mencionado, se llega a una depresión de la cordillera, que puede considerarse congénere de otra situada más al Sur, conocida con el nombre de Malpaso. La primera de estas depresiones montañosas queda en frente de Heliconia y la segunda frontera de Amagá.

//PÁGINA 307// El capitán Jorge Robledo, que venía como conquistador, mandado por D. Sebastián de Belalcázar, andaba como enredado en un laberinto de montañas, y a la cabeza de un pelotón de españoles, que no alcanzaban asiento.¹³ Aquellos hombres se parecían un tanto a

¹³ Manuel Uribe Ángel leyó a cronistas e historiadores de la Conquista, mas padeció error porque creyó más a estos que a aquellos. Tal error se corrige con decir que el conquistador Jorge Robledo no consideró hacer una fundación en el Valle de Aburrá; que años después al gobernador Gaspar de Rodas le fueron dadas grandes mercedes en el Valle de Aburrá, las que por malos manejos de su hijo pasaron a otros dueños, que las perdió por varios pleitos; que gracias a estos pleitos el Valle se especializó así: el centro y el Norte para hatos y el Sur para la agricultura; que las tierras de los Rodas fueron rematadas en Fernando Caycedo, quien vendió el hato y parte de los potreros al cura de Remedios, el doctor Miguel de Heredia, español de Córdoba, quien había hecho levantar una ermita para adoctrinar a sus peones, mulatos y mestizos, y la encomendó a la Virgen de Las Candelas, o Candelaria. El cura ya había muerto en 1633; y su hato era mal manejado por un botaratas de su familia, quien permitió que muchos hombres de las castas se establecieran o invadieran el predio con habitaciones de poca monta, de lo cual

argonautas terrestres que navegaban por el mar inmenso de descubrimientos y conquistas. Cuando Robledo hubo llegado a un caserío de indígenas, al cual puso por nombre pueblo de Las Peras, que, según toda probabilidad, estaba situado en donde hoy se halla Amagá, notó que la cordillera se mostraba un tanto rebajada de altura, y lo mismo observó al llegar a otro caserío un poco más al Norte, en donde halló gruesos panes de sal, por ser tierra rica de fuentes saladas. Estaba sin duda en lo que es hoy Pueblito, Sabaletas o Heliconia; y como por aquel tiempo los invasores peninsulares estuviesen agitados por la quimera de *El Dorado* o la casa del Sol, que consideraban como tesoro de incalculable riqueza, los que por acá peregrinaban perseguían el mismo objetivo bajo el nombre de valle de Arví.

El cabo de la corta expedición de que trato nombró en aquella ocasión a Jerónimo Luis Tejelo, para que, guiando una partida de 25 hombres, transmuntase la sierra y examinara la región que debía de existir al Oriente de ella. Pienso que Tejelo, en cumplimiento de su encargo, entró al valle por Quebradalarca y Doña María, y no por Malpaso y Caldas, como algunos han creído. Pero sea de ello lo que fuere, es lo cierto que a la prima del alba se vio atacado por crecida turba de naturales, que debió de ser relativamente poderosa, puesto que le obligó a retraerse y a dar cuenta al jefe de lo que acontecía, y del bello descubrimiento que había hecho.

Sin pérdida de tiempo, acudió el capitán Robledo con toda su gente, con ánimo de dar ayuda al guerrero que se la pedía. Los indígenas, al ver aumentadas las fuerzas enemigas, retrocedieron espantados y dieron paso libre al conquistador, quien inmediatamente atravesó la llanura y estableció cuartel general en el sitio de Aná, sobre el cual se fundó más tarde esta ciudad de Medellín.¹⁴

El descubrimiento de esta localidad se hizo cuando comen- // **PÁGINA 308** // zaba a declinar el año de 1541, y como el día de hallazgo fuese el de San Bartolomé, ese nombre, que no conservó, pusieron a la comarca.

.....
surgió el sitio de Aná, reconocido jurícamente, después elevado parroquia y, finalmente, obtuvo el título de Villa de Aburrá, llamada más adelante Villa de Medellín.

14. | Se equivoca Manuel Uribe Ángel al ofrecer esa información. Primero fue Hato y después sitio, en tierras del cura Heredia, como se explicó en la anterior nota. No se sabe dónde se estableció el cuartel al que alude Uribe Ángel.

El capitán español permaneció algunos días en el paraje de Aná, desde donde destacó algunos subalternos para que fuesen en diferentes direcciones a explorar el territorio; y como nada encontrasen que satisficiera sus deseos, regresaron al campamento sin traer noticia de provecho.

Se decidió entonces tomar a Occidente en requerimiento del río Cauca, donde esperaban hallar el ponderado valle que buscaban. Parece muy probable que continuaran la correría trepando la cordillera por Montañita, hasta dar en Guaca, hoy Heliconia, rica salina en la cual volvieron a ver panes de sal. Siguiendo camino, pasaron el gran río frente al pueblo de Curumé, y anduvieron hacia abajo, por la banda izquierda, hasta dar con la llanura en que está asentada hoy la ciudad de Antioquia, no erigida entonces en el mismo lugar porque ocupados en reconocer los senos de la tierra y en guerrear incesantemente con los indios, avanzaron hasta Frontino, en que, a cabo de trabajos y para reposar, tomaron pie en aquel punto y fundaron la ciudad de Antioquia, al terminar el año 41 del siglo XVI.

Unos dicen que la fundación se verificó en un vallecito que se llamaba Ebéjico, y otros lo niegan, pues tienen por Ebéjico la llanura en que actualmente está colocada la ciudad, sitio en el cual, y por hallarse mal dispuesta la primera, fue segunda vez erigida por el capitán Juan Cabrera, teniente de Belalcázar, en el año siguiente de 1542.

Los españoles no quisieron fundar ciudad ni villa en el valle de San Bartolomé, no obstante sus visibles recomendaciones de belleza y exuberancia. No poblaron al principio en el pintoresco y rico valle regado por el Tonusco y por el Cauca, y tuvieron a bien ir hasta cerca de Frontino y levantar en la loma de La Cruz los cimientos del caserío que, trasladado al punto en que hoy está, prosperó tanto como el que más del Nuevo Reino, en los primeros años que siguieron a su fundación.

Hoy, por motivos accidentales, la capital antigua de Antioquia parece en decadencia; pero al terminar la fabricación de un puente monumental que actualmente se construye sobre el Cauca, para //PÁGINA 309// poner aquella en comunicación con la parte interior del Departamento, y al tener vía fácil y cómoda para llegar al mar de Las Antillas, sobre todo si el canal de Panamá llega a ser obra definitiva, su prosperidad será sorprendente porque son pocas las regiones de Colombia tan favorecidas por ventajas naturales. La razón para que las cosas pasaran en

aquel tiempo como pasaron, es obvia y de fácil interpretación. Los aventureros europeos no tenían el propósito de encomendar sus aprovechamientos personales ni a la agricultura, ni al comercio, ni a la industria en general: buscaban oro, oro en polvo, en pajuelas, en pepitas, en tejos y en alhajas. Únicamente en eso consistía su apetecida riqueza.

Antes de pasar adelante en la mención de los puntos históricos que se refieren al establecimiento definitivo de la Villa de Medellín, quiero pedir a usted licencia para transportarme con la mente al tiempo mismo del descubrimiento, con el fin de darme cuenta de lo que sería el circuito cubierto entonces por floresta virgen. Ya en mi carta anterior toqué asunto más difícil, cuando consideré lo que debía de ser ocupado por aguas de un antiguo lago; por manera que nada tiene de extraño el que entre ahora en descripción, que algo tiene de hipotética, y algo tiene de real, por estar fundada en razones de analogía, pues alcancé a contemplar en mi niñez restos naturales de aquella primitiva formación.

Para evitarme trabajo, tomo algunos lugares de antiguo escrito, que en forma de discurso publiqué en ocasión solemne, hace ya muchos años y que, por ser míos, los pongo a mi servicio.

El lugar nuevamente hallado por Jerónimo Luis Tejelo, estaba en la cabecera y en los flancos de un valle que debió sorprender a los caminantes, por la pintoresca belleza de su posición, por lo poético de sus formas, por la benigna y casi sensual graduación de su temperatura, por la profusa riqueza de su vegetación, por el armonioso concierto de sus aves, por la multitud de sus cuadrúpedos y por la pródiga variedad de sus frutos y semillas.

Viajeros que después de mucho tiempo andaban como sepultados en las combas y dobleces de un suelo tan fracturado, tan //PÁGINA 310// rocalloso y contrario para el hombre como el nuestro, debieron sentir impresión inefable de placer, bienestar perfecto y mucho regocijo al examinar desde los planos inclinados de la nueva región, suave y deliciosa llanura cubierta por bosque secular y arrogante, recorrida por manso y cristalino río, esmaltada a trechos por humildes chozas y cultivos rudimentales, cruzada por torrentes, fertilizada por arroyos, hermoseedada por algunas colinas salientes, por cejas amenas y espaciosas, y por un paisaje tan delicado y rico a un mismo tiempo, que debió parecerles, desde entonces, verjel natural lleno de magnificencia y esplendor.

La imaginación me dice que en aquella remota época, el paraje mismo en que se asienta hoy la ciudad de Medellín sería acaso abertura pequeña de bosque, en que las serpientes salían a orear sus escamas al tibio abrigo de un sol luciente; o quizás el antro en que el oso o la danta, el leopardo o el tigre, establecían sus cubiles; o tal vez el punto en que un viejo cedro encajaba las raíces de su tronco, para elevar a los aires el frondoso ramaje en que manadas de monos y de ardillas, acróbatas de la selva, corrían, gesticulaban, gritaban y mecían sus cuerpos veleidosos, o en donde las aves tropicales entonaban la música admirable de sus trinados y gorjeos.

Tan cierto puede ser lo que acabo de escribir, que muchas veces, paseando estos campos, me he preguntado si su belleza de ahora será mayor que la que tenían en su estado primitivo, y no he alcanzado a resolver el problema.

Pocos años después de la fundación de la ciudad de Antioquia, la guerra de conquista terminó por su propia virtud. Los arcabuces guardaron silencio, las lanzas y las espadas lavaron la sangre de que estaban manchadas por el brutal exterminio de los naturales, y una época de recogimiento sucedió a la algazara de las batallas y a la gran hecatombe de seres humanos que, pueblos sencillos e inocentes, presenciaron con estupor y sin poder darse cuenta de los motivos que la habían originado. En Aburrá, el fenómeno se ofreció con caracteres más simples; porque los indígenas, aunque un poco más avanzados en artes elementales, eran tan apocados y cobardes que la mayor parte de ellos se ahorcó con sus propias vestiduras por terror al as- //PÁGINA 311// pecto extraño de los invasores y al terror que produjeron en su flaco espíritu las pobladas barbas de los guerreros, los movimientos marciales de estos, el ruido de las descargas, la carrera de los caballos, el filo cortante de las armas y el arrojío con que eran atacados.

Ciento treinta y cuatro años quedó este territorio estacionario y sin dar muestra de pujante vitalidad. Desde Caldas hasta Barbosa, y de cordillera a cordillera, espacio más que triple del que considero, había únicamente en 1671 doscientos ochenta dueños de casas y 3.000 habitantes, con unas pocas ermitas aisladas, en las cuales contados sacerdotes celebraban en ocasiones el Oficio Divino y administraban los Sacramentos. Centro religioso para los habitantes de aquellos cortijos pertenecientes

en general a ricos propietarios antioqueños, era una diminuta parroquia gobernada por el padre Facundo Martín de La Parra en lo que es ahora el Poblado.¹⁵

Sin embargo de lo dicho, y de lo que me atreviera a llamar mezquina población, ya a mediados del siglo XVII aquellos vecinos, apoyados por la influencia del gobernador D. Francisco de Montoya, pedían el establecimiento de una villa que les sirviese como punto fijo de reunión; mas como Antioquia, por motivos especiales, opusiese todo su valimiento a la proyectada empresa, y los vecinos insistiesen, el asunto fue llevado a la Audiencia Real de Bogotá y sometido a trámites que parecieron impedirlo por entonces.¹⁶

Los interesados en la erección de villa resolvieron, para vencer todo obstáculo, ocurrir directamente a la Majestad española, Doña María Ana de Austria, por muerte del Rey D. Felipe IV, que con un Consejo de Regencia dirigía a la sazón los destinos de la Monarquía.

Después de muchas vacilaciones se expidió por la Regencia, Cédula de fundación, y por causa de que D. Francisco Portocarrero y Luna, Conde de Medellín en Extremadura, actuase como Presidente del Consejo, para honrar su nombre y el del lugar de su nacimiento, se dispuso que la nueva población llevase en adelante el nombre de Villa de Nuestra Señora de La Candelaria de Medellín.

Promulgada la Cédula Real por el gobernador D. Miguel de Aguinaga y llenadas convenientemente, a usanza española, //PÁGINA 312// las fórmulas del caso, quedó dicha villa fundada el día 2 de noviembre de 1675, si bien su advocación no se efectuó hasta el día 24 del mismo mes y año.

15 | Estamos casi seguros de que el autor se refiere al presbítero Facundo Ramírez de Herrera (Anserma, 1589 - Antioquia, 1665). El padre Herrera fue el rematador del Hato de Aná, que había sido del cura de Remedios. Fue doctrinero en Quebralomo y después en los minerales de Guarne, Rionegro y Ovejas, entre 1636 y 1659, cuando pasó a Antioquia. El padre Facundo fue fértil procreando varios hijos expureos, 9 en total.

16 | Todo lo contrario, el gobernador Montoya y Salazar fue un tenaz opositor a los deseos de los habitantes de Aburrá y Sitio de Aná para que fueran erigidos como Villa, independiente de la ciudad de Antioquia. Montoya, al ser requerido, recibió una Real Provisión que al no ser obedecida recibió una segunda provisión, o sobre carta, para ser obligado. Era mayor el número de habitantes en Aburrá, alrededor de 1.000 personas en 1671, que vecinos y habitantes en la ciudad de Antioquia. Ya existían alcaldes para Aburrá, un boceto de plaza y una ermita dedicada a la virgen de Las Candelas, devoción de las castas. El gobernador Montoya erigió la primera Villa de Aburrá y le fijó unos linderos muy estrechos, para asfixiarla. Dicha primera erección duró un año. La erección definitiva se hizo el 2 de noviembre de 1675.

Echados los fundamentos del lugar, la operación subsiguiente consistía, como puede fácilmente comprenderse, en dar empuje a sus adelantos, desarrollo natural a su existencia y creación a nuevos elementos que lo hicieron con el tiempo próspero y feliz. Este empeño era verdaderamente noble; pero mil obstáculos, invencibles casi por su carácter, se opusieron desde el principio a que se diera cima con fortuna y lucimiento.

La posición topográfica de Medellín fue siempre tan contraria a su adelanto rápido, que sin la incontrastable voluntad de sus hijos ella no tendría hoy ni importancia relativa, ni significación alguna. Aislada, en medio de montes que la rodean por todas partes, sin caminos, sin ríos navegables y distante de todos los senderos que le permitieran libre comunicación con otros pueblos, permaneció por siglos sin los estímulos del comercio, sin los recursos de la industria, sin el socorro de buenas relaciones, sin el auxilio de los libros, sin las ventajas de las artes y sin el aliento poderoso de la Ciencia. Sus hijos, confinados en estrecho recinto, como el ave en el recipiente de la máquina neumática para la experimentación física, han carecido durante largos años del aire vivificante que sopla de regiones mejor favorecidas, y la luz quedó extinguida al querer penetrar en nuestras selvas, sin llegar al fondo de nuestros cerebros.

Desde el año de 1675 hasta el presente, contamos 216 años; y si de ellos se rebaja el tiempo corrido desde la época de nuestra emancipación (1810), tendremos que durante un poco más de siglo y medio esta tierra vivió vida colonial, en la cual dormitó perezosamente como dormitaron la mayor parte de los establecimientos coloniales de España en el continente americano. Aquel estado de letargo limitó el movimiento civilizador, por causas que sería impertinente examinar en esta carta.

Empero, la rígida perseverancia de nuestra raza, el temple acerado del antiguo carácter español, movido y fortificado por la índole agreste y dura de los elementos ambientes de la comarca, dieron aliento, y por labor constante, se lograron vencer en parte las dificultades que se oponían a darnos franco paso por //PÁGINA 313// el sendero que conduce a la relativa civilización. Lento, pero gradual y sostenido, fue el triunfo alcanzado en tan penosa lucha. El atraso era evidente. Se carecía de escuelas, colegios, universidades y bibliotecas; por manera que la ignorancia general era profunda.

Existencia patriarcal, casi tan perfecta como en los tiempos de David, ofrece la historia de este pueblo en su época primitiva. Los jefes

de familia regían el hogar doméstico, a la manera que Jacob gobernaba su tribu durante su existencia bíblica, y en las faenas caseras, como en todo lo demás, la mujer alcanzaba condiciones de santidad. Es por eso por lo que si no podemos distinguir en aquel lejano horizonte el aspecto lúcido de la inteligencia desenvuelta, sí podemos percibir un conjunto de costumbres, tan limpias y sencillas, que con razón han tenido el honor de ser citadas como ejemplo tradicional. En los últimos cinco años del siglo XVIII, Medellín tenía como único establecimiento de educación una mala escuela de primeras letras, doscientas cuarenta y dos casas de tejas y de pajas, seis iglesias y veintinueve balcones. La Provincia toda, al principiar nuestra guerra de independencia, contaba 80.000 habitantes, de los cuales, a lo más, tocarían a la ciudad 5.000. La estadística de aquellos tiempos nos descubre pormenores en todos sus ramos, en completo acuerdo con tan precaria manera de existir. Compararemos, pues, ese atraso lamentable con nuestra relativamente próspera situación presente, y convengamos en que la diferencia da un resultado admirable de ventura, fenómeno lógico debido en gran parte a la acción de dos fuerzas nuevas: la independencia y la libertad.

En el curso de la tarea que me he impuesto, deberé hacer a usted la enumeración de las ventajas conseguidas hasta hoy, y por ella caerá en la cuenta de que, si bien se anduvo con lentitud al principio, se anda con razonable rapidez al presente, por la vía de adelantos fundamentales.

Pienso que cuando usted solicitó de mí algunos datos acerca de la ciudad de Medellín y de su situación actual, no llegó a pensar, ni por un momento, que diera con un hombre tan difuso como yo. No es culpa mía si gasto mucho tiempo la relación de pormenores, porque debo tal flaqueza al haberme entregado desde muy temprano a estudios anatómicos y quirúrgicos, que //PÁGINA 314// si no me han dado ciencia, sí han ingerido a mis escritos espíritu analítico que toca con frecuencia en lo prolijo.

Además: entre los distintos fenómenos que me han llamado más profundamente la atención en el curso de mi prolongada carrera, hay dos que he contemplado siempre con positiva admiración: la vida y la muerte. La primera, porque nos llega siempre acompañada de inefables alegrías y de plácidas sonrisas; y la segunda, porque nos sorprende constantemente entre lágrimas y lamentos. Hay en lo primero sujeto para

un idilio, y hay en lo segundo argumento elegíaco; y como yo pretendo invitarlo para que asista conmigo al alumbramiento de un pueblo que viene a la civilización, me detengo en pormenores que pido a usted me excuse con su genial benevolencia.

De usted atento, seguro servidor y compatriota,

Manuel Uribe A.

Revista Literaria. Año II, entrega 18, Bogotá,
octubre de 1891, pp. 376-385

Carta Cuarta.

Envigado, Agosto 18 de 1891.

//**PÁGINA 376**// Señor Isidoro Laverde Amaya. Bogotá.

Estimado señor y compatriota:

Desde el año de 1810 hasta el de 1822, la situación de la Provincia de Antioquia fue, con corta diferencia, la misma que tocó á las demás secciones que componían la antigua República //**PÁGINA 377**// de Colombia, es decir, la de un período revuelto y lleno de problemas militares que no llegaron á resolverse sino por los triunfos definitivos de las armas republicanas en las célebres batallas de Taindala, Pichincha y Yahuarcocha.

En aquel tiempo, en todos los lugares del país hubo sacrificios de sangre, de hacienda y de vidas; y si bien es cierto que en el territorio de Antioquia, por causa de su posición geográfica, la lucha fue de las menos cruentas, justicia es confesar que esta porción del territorio dio a nuestra gran revolución hombres notables que la ilustraron y la hicieron brillar desde más de un punto de vista. D. Juan del Corral (momposino ilustre, devotísimo de Antioquia por vínculos sagrados de familia), los Ortices, los Restrepos, los Uribes, los González, los Gómez, los Salazar, los Alzates, los Montoyas, los Córdoba, los Girardot y otros muchos que sería largo enumerar; ya en los campos de batalla; ya en el gabinete como estadistas; ya en el parnaso como poetas; ya en la tribuna como oradores; ya en la vida común como patriotas; ilustraron muy dignamente la guerra grande de nuestra inmortal y gloriosa emancipación.

Del año de 1822 al de 1860, con cortos intervalos de paz, que forman excepciones, en Antioquia como en toda la República se ha gastado gran parte de tiempo en vida de cuarteles, en campos de batalla y en agitaciones civiles que á las veces han llevado la fiebre de las pasiones populares hasta el delirio.

Se concibe fácilmente que en medio de tanta alteración pública, un pueblo no puede andar gran cosa por el camino de los adelantos materiales ni intelectuales; sobre todo si se atiende a que los motivos que actuaron en la época de la colonia han continuado ejerciendo su

acción paralizadora por algún tiempo más. El motivo eficiente de la detención á que me refiero es, por tanto, múltiple. Pero, cuando trato de darme razón de la más poderosa de las causas que nos mantuvieron en aquel periodo en situación estacionaria, no puedo hallarla sino en el influjo de una ley material y espiritual que, con los físicos y los filósofos, llamo fuerza de inercia: ley por la cual todo cuerpo y toda inteligencia propenden á conservar el estado en que se hallan, de movimiento ó de reposo, según las condiciones.

Quedó Antioquia en quietud perfecta durante aquel período, como queda la bola de billar sobre la mesa cuando los jugado- //PÁGINA 378// res abandonan la partida, esperando la contracción del brazo de un nuevo jugador y la fuerza que da un nuevo golpe de taco para hacerla correr en su campo durante tiempo indefinido.

Creo haber dicho a usted que el progreso de esta tierra se debió, en su mayor parte, a dos elementos poderosos: la independendencia y la libertad. Pero, llegado el año de 1860, será preciso añadir á los factores de nuestra prosperidad dos fuerzas nuevas: el trabajo y la paz. El trabajo nos viene de antaño, y la paz, que yo considero hasta la época presente como asunto transitorio, ha tenido también su influjo contrariado por nuestras disensiones políticas, harto frecuentes por desgracia, pero que sirven para demostrar de modo objetivo las excelencias de esa fuerza.

Aunque no hayamos tenido en el transcurso de 81 años paz estable que merezca plena confianza, es lo cierto que en esos cortos intervalos el vigor y la actividad de los pueblos cobran, crecen y siguen hacia adelante. Esto ha sucedido con especialidad en la comarca antioqueña; porque sepa usted que, cuando las revoluciones civiles llaman a nuestra puerta, el movimiento industrial no se detiene, y que cuando nuestros caudales son afectados por contribuciones de guerra y otras, las tareas de este pueblo vuelven al carril natural cuando se apaga el humo del último disparo.

No soy yo de los que piensan que estas nuestras contiendas intestinas delegan el impulso de nuestros adelantos. Soy ya demasiado viejo, y desde el año de 1830 en que se disolvió la antigua Colombia hasta hoy, he venido presenciando todos los acontecimientos políticos, bélicos y sociales que se han sucedido unos a otros, sin que en ello haya percibido sino el cumplimiento natural de leyes estrictamente históricas y fisiológicas. He ejercido durante 48 años la profesión de médico, y convendrá

usted conmigo en que en tan largo tiempo, por lerdo que haya sido, me he hallado en disposición de sospechar de muchos principios biológicos aplicables a la sociología humana.

He visto nacer muchos niños, y he contemplado los fenómenos orgánicos de su infancia, los accidentes de su niñez, su entrada en la pubertad, el despertar de sus pasiones en la juventud, sus virtudes y desvíos en la edad adulta, su prudencia en la vejez y su degradación en la caducidad, y, por //PÁGINA 379// tanto, puedo decir que entre los cuatro y cinco meses de edad, la salud del niño se altera porque los dientes forman núcleo que pide trabajo; que de los siete á los nueve los mismos dientes rompen los maxilares y las encías; que entre los doce y quince meses los molares se abren campo; que entre los seis y los nueve años, incisivos, caninos y molares se remudan; que entre los catorce y los quince brotan pasiones con grandes exigencias; que entre los veinte y veintiuno, las cordales reclaman juicio; que desde los veintiuno hasta los cincuenta se cosechan frutos de inteligencia o de virtud, de delito ó de crimen, según el caso; que desde los cincuenta hasta los setenta y cinco la parte moral del hombre afirma o niega según los precedentes de su vida, y que de los setenta y cinco en adelante, el menoscabo orgánico no deja vitalidad sino para llorar al muerto siempre con vaivenes de salud o dolencia.

Entiendo que las sociedades son como los seres humanos y por esto las considero sujetas siempre a diferentes alternativas de salud ó enfermedad, de quietud perfecta ó de movimiento desordenado, de reposo saludable ó de agitación tormentosa. Los pueblos que no pasan gradualmente por esas alternativas no son más felices que los otros, porque, llegado el caso, pagan de una vez por todas; testigo la República chilena en la época presente.

Es preciso transitar por la calle de la amargura y pasar por el Purgatorio, como lo hemos hecho nosotros, para gozar más tarde de la bienaventuranza. Debates ardientes por la prensa, sinsabores constantes, utopías que van y vienen, sangrientos campos de batalla, ensayos peligrosos y mucho más, que sería prolijo mencionar, constituyen nuestro martirologio, desde cuando nos hemos llamado libres hasta hoy.

Abandono por el momento estas filosofías impertinentes, e invito a usted a que entremos de lleno en la ciudad simpática y hospitalaria que, si no me ha servido de cuna, puesto que soy envigadeño en carne y hueso, ha sido mi residencia habitual hace cerca de medio siglo. Digo ciudad

simpática y hospitalaria, y agrego que si usted quiere exigirme prueba de lo que afirmo, no tiene que hacer otra cosa sino dejar lares y penates y tirar para la parte occidental de la ciudad de Quesada y entrar de rondón a esta que le describo. Entre la iglesia Catedral y el //PÁGINA 380// puente de Palacé, a veinticinco metros de una y otro, hallará usted una casita de estilo inglés a la cual puede allegarse y entrar sin tocar a la puerta, bien seguro de que los habitantes de ella lo recibirán como bienvenido.

En el año de 1860, una línea tirada de Oriente a Occidente, desde la antigua Escuela de Artes hasta cien metros más abajo de lo que es hoy calle de Salamina, y otra de Sur a Norte, desde el punto en que principia la carretera Sur hasta la calle de La Paz, abrazaban en su conjunto un espacio de terreno que, reducido a rectángulo, por líneas que cayeran perpendicularmente a las primeras, comprenderían una extensión de 152 hectáreas y 95 centésimos: extensión que, como usted ve, es bastante reducida para poder decir que entonces, más bien que una ciudad, teníamos una poblacioncilla de escasa importancia.

Hoy, una línea trazada de La Puerta Inglesa al Oriente, hasta cerca del río Medellín al Occidente, y otra de Sur á Norte, desde cerca del puente Guayaquil hasta el cementerio de San Pedro, unidas por perpendiculares que formen otro rectángulo, nos darán lugar poblado de 606 hectáreas, o sea un producto que demuestra que en treinta y un años nuestra población ha cuadruplicado ó poco menos.

Efectivamente, este aumento no es igual al que ofrecen muchas ciudades de la América del Norte; pero sí es muy superior al que acostumbran tener muchas de las poblaciones de la América Latina; y como el aumento parece querer andar en progresión geométrica, es fácil comprender que dentro de cincuenta años Medellín será algo que llame la atención en cuanto a su importancia cardinal.

En la extensión dicha, tiene la ciudad 127 manzanas, más grandes unas que otras, como sucede naturalmente en casi todas las poblaciones de origen Américo-español, a cuya creación no presidía plan determinado (1).¹⁷

17 | (1) El número de manzanas que doy á usted está encerrado por las siguientes calles: de Norte a Sur: Neira, La Paz, Zea, Perú, Juanambú, Caracas, Maracaibo.

Avenidas de la quebrada: Ricaurte, Calibío, Boyacá, Colombia, Ayacucho, Pichincha, Bomboná, Maturín y San Juan.

//PÁGINA 381// déjeme usted decir, aunque la cosa parezca a estilo de novelistas, que todos los objetos del inventario, —que he hecho en nota para hacer menos pasada su lectura—, forman en su conjunto esta reina de montañas, reclinada á modo de gran señora, sobre un lecho inclinado de Oriente á Occidente, por la diferencia de altura de 88 metros, que es la que existe desde el nivel del río hasta la preciosa quinta de *Miraflores* en la parte superior. De esta manera tendrá usted que la cabeza de nuestra odalisca reposará graciosamente bajo el dintel de La Puerta Inglesa, que bañará sus pies en las ondas cristalinas del Aburrá, que extenderá el brazo derecho sobre las corrientes espumosas de Santa Elena y que jugará a la izquierda con el verde y tupido ramaje de los sauces, aguacatillos y cañaverales de los ejidos.

Si todo lo expresado pareciere á usted fantástico, quéjese a sí mismo y condene la hora en que provocó con su tal vez imprudente exigencia, el amor que profeso a la tierra.

Los diferentes artículos que, a manera de factura comercial, he metido en los inventarios que preceden, me darán pie //PÁGINA 382// para hablar de especies y de géneros, como acostumbran hacerlo los naturalistas, á quienes quisiera, pero no puedo, imitar con perfección. Contentémonos, por ahora, con agregar a la substancia de esta carta, algunas generalidades que acaso no carezcan de interés para los curiosos.

.....
De Oriente a Occidente: Aranzazu, Miguel Uribe R., Aguinaga, Nariño, Giraldo, Berrío, Palmas, Córdoba, Girardot, Niquitao, El Palo, San Félix, Caldas, Carúpano, Sucre, Abejorral, Ecuador, Junín, Venezuela, Palacé, Bolívar, Carabobo, Cundinamarca, Cúcuta, Santamaría, Tenerife y Salamina.

Entre todas esas calles hay siete plazuelas: Buenosaires, San José, Caldas, San Roque, La Veracruz, San Juan de Dios y San Benito.

Cuatro plazas: La de mercado Cubierto, la de José Félix de Restrepo, la de Bolívar y la plaza principal, hoy de Berrío.

El número de edificios públicos que merece mención, es como sigue: Seminario Conciliar, Colegio de los hermanos cristianos, Biblioteca y Museo de Zea, Palacio de Gobierno, Presidio, Imprenta del Departamento, Casa de Moneda, Escuela Normal, iglesia de la Veracruz, iglesia de San Benito, iglesia Catedral, Escuela de Artes y Oficios, iglesia de San José, Cuartal de gendarmes, Hospital de Caridad, iglesia de San Juan de Dios, Escuela de Minas, Universidad de Antioquia, iglesia de San Francisco, Colegio de San Ignacio, Escuela de Beneficencia, Colegio de las Hermanas de la Presentación, Teatro, Palacio Episcopal, Casa Municipal, Palacio de Justicia, Cárcel pública, Convento de Carmelitas, iglesia del Carmen, Casa de asilo, iglesia de San Antonio, Asilo de Desamparados, Catedral en construcción, Casa de Mendigos, Manicomio u hospital para locos, ermita de San Serapio, Cementerio de San Pedro y Cementerio parroquial.

No debe pensarse que al enumerar calles, plazuelas, plazas y edificios públicos, haya tenido la intención de dar aspecto monumental a la capital de Antioquia. Todo eso existe en realidad; pero está muy lejos de asumir aspecto grandioso, ya se la vea por la faz de la arquitectura, ya se la considere por la del lujo, o ya por la del refinamiento artístico. Las casitas que sirven de habitación a la masa del pueblo son pequeñas, pero generalmente bien gobernadas; aquellas en donde moran los artesanos son cómodas, bien distribuidas y a veces tienen la arrogancia de exhibir modestas alfombras, papel de colgadura, interesantes cuadros, uno que otro quinqué y en ocasiones espejos grandes con marco dorado; las que pertenecen a la clase acomodada, en la cual cuento industriales de diverso género, comerciantes, abogados, médicos, etc., están unas prolijamente embaldosadas, entabladas otras, entapizadas algunas, empapeladas las más y provistas todas de ricos y costosos muebles que cautivan no pocas veces el espíritu observador de los extranjeros que nos visitan, quienes por el conocimiento que adquieren de los caminos que acá conducen, no alcanzan a explicarse por qué arbitrios se hayan podido transportar hasta el corazón de estas breñas, pesados pianos y espejos gigantescos.

La mayor parte de nuestras habitaciones urbanas tienen un solo piso; hay bastantes que tienen dos, y unas cuatro ó cinco que van hasta tres, de construcción que imita un poco las de tercer orden europeas, en su aspecto y en su distribución; pero esta moda no ha calado en el gusto del pueblo, quien ha dado en decir que están hechas en inglés y que no las entienden.

Por regla general, que considero invariable, diré á usted que en la época presente la última casa que se fabrica es infinitamente mejor que las anteriores. Algunos ricos y unos pocos acaudalados de alta escala han hecho construir en estos dos últimos años varias habitaciones en los malecones del riachuelo Santa Elena y en calles que los avecinan, que no les van en zaga a muchos atildados palacios de los que se contemplan a lo largo //PÁGINA 383// de los campos Elíseos en París o en algunas de las avenidas que a ellos convergen. Y entienda que no le hablo únicamente del aspecto exterior, porque el boato con que están decoradas me parece verdaderamente superior a todo encomio.

Las calles no están dispuestas como en las ciudades modernas de la América del Norte; es decir, no se cortan manzana por manzana en ángulos rectos, lo cual, si bien es cierto que da armonía y facilidad para el tránsito, no para todos es de contemplación aceptable, porque hallan en ello monotonía fastidiosa que al fin fatiga la vista; mas sea de ello lo que fuere, estoy por ese método y no por el de encrucijadas españolas que se me parecen en todo y por todo a rúbricas de escribanos viejos, en que los paseantes extranjeros se desvían como en intrincado laberinto.

No es precisamente esto último lo que acontece en Medellín, porque aunque muchas de esas vías sean torcidas y por ende irregulares, atendido el todavía reducido espacio en que se dilatan, no se corre mucho riesgo de quedar perdido en ellas por largo tiempo.

Nuestras calles más antiguas son notablemente angostas, pero como los edificios que las encierran son por lo general de poca altura, la luz las baña con facilidad y el aire atmosfera rico circula libremente en todas direcciones. Además, el blanquimento grosero de aguada de cal que de un modo uniforme tiñe las fachadas, si bien produce el inconveniente de deslumbrar la vista por exceso de reflexión luminosa, tiene también la ventaja de dar aspecto alegre al conjunto; y tan alegre, que quien esto escribe afirma sin temor de equivocarse, que la capital de Antioquia contesta como con una sonrisa el saludo que recibe del viajero que la visita.

No hace todavía una decena de años que estas calles estaban dispuestas como a manera de canoas, es decir, altas en las aceras y cóncavas en el centro, para dejar correr por él las fuentes de agua viva ó precipitados arroyos en las horas de lluvia. Hoy el sistema ha cambiado, porque la parte central, empedrada con guijarros, es convexa, y los andenes limitados por acueductos hechos de cal y ladrillo, dan paso á las corrientes con rapidez y facilidad. Agréguese á esta última favorable disposición que muchas de las comunicaciones urbanas tienen por //PÁGINA 384// debajo cómodas alcantarillas destinadas a la limpieza diaria de las habitaciones y que las que no las tienen, las tendrán bien pronto, por cuanto la diferencia de nivel entre el suelo de la ciudad y los lechos del río, de la quebrada Santa Elena, de la de Palencia y de los Sanjones, brindan mucha comodidad para establecerlas.

He dicho que las calles son angostas y un poco torcidas en ciertos puntos, y agrego que algunas carreras nuevamente abiertas están tapadas

por edificios nuevos, contruidos sin que la Municipalidad haya pensado impedirlo. Esta observación se refiere, sobre todo, a la parte primitiva de la ciudad; porque las vías que hoy trazan son más anchas y rectas, no tanto, sin embargo, como deberían serlo. Que una de nuestras poblaciones adolezca de estos y algunos defectos más en su arreglo, es asunto que se explica sencillamente, a mi manera de ver, por causas que han venido presidiendo a su formación: tenemos mucho respeto al derecho de propiedad y aunque en la materia las leyes de expropiación autoricen para tomar cualquier pedazo de terreno cuando la utilidad pública así lo pide, la autoridad retrocede á veces ante providencias administrativas de esa clase, porque percibe algo odioso en la aplicación de tales disposiciones y porque como además la ley exige previa indemnización, las municipalidades, sumamente pobres, no pueden gastar lo preciso para conseguir fines de ornato y comodidad. En las monarquías absolutas, las ciudades se levantaban grandiosas desde el principio, porque los déspotas disponían a su amaño del trabajo de los siervos y de los caudales públicos. En las repúblicas no puede acontecer lo mismo, porque del trabajo de los ciudadanos no se puede disponer arbitrariamente y porque la riqueza agena, gravada con parsimonia, no puede ser empleada sino gradualmente y en ínfima categoría. No es sino cuando los gobiernos democráticos prosperan tanto como los Estados Unidos del Norte de América, cuando las poblaciones asumen aspecto monumental. Nosotros tendremos que esperar largo tiempo para llegar a ese punto.

Las plazuelas cuya enumeración he dado son, por lo general, de corta extensión: la de Buenosaires, más espaciosa que las otras, está todavía menos poblada; la de San José es un cuadrado bellamente dispuesto, decorado por el templo de su //PÁGINA 385// nombre y por algunos árboles al frente del atrio; la de Caldas es más bien una calle ancha por la cual ruedan ocultas por un largo arco de mampostería las aguas de la Palencia. A lo largo de esa plazoleta hay una fila de acacias que al elevar sus troncos y al extender sus copas, darán frescura al sitio; la de San Roque, en donde está el Palacio Episcopal, es bastante más ancha y provista también de lindos árboles; las de la Veracruz y de San Juan de Dios son, más bien que plazuelas, grandes atrios embaldosados, y la de San Benito, aunque de regular tamaño, ofrece sólo como interesante el templo de su nombre, edificio pequeño pero de sencilla y correcta arquitectura.

La plaza que llamamos hoy *mercado cubierto* está al Oriente de la ciudad, entre las calles de Berrío, de Giraldo y de Ayacucho. A esta plaza, como á las restantes, consagraré algunas observaciones en la carta siguiente, pues á ello se prestan desde más un punto de vista.

Soy de usted atento seguro servidor y compatriota,

Manuel Uribe A.

Revista Literaria. Publicación mensual. Año II,
entrega 20, Bogotá, diciembre de 1891

//PÁGINA 499//

Carta Quinta

Plazas. Paseos. Vestidos de los artesanos y de las señoras. Baños públicos.

Envigado, Septiembre 20 de 1891.

Señor Isidoro Laverde Amaya. Bogotá.

Estimado señor y compatriota:

La calificación de mercado cubierto que se da en Medellín á la nueva plaza en servicio desde el principio del año, es un poco pretensiosa, pues apenas se le puede llamar mixta, es decir, cubierta en parte y en parte al aire libre.

La distribución del lugar abraza dos departamentos principales, divididos por una doble galería y tiene cuatro calles de entrada. La galería mencionada separa las dos plazas, ambas empedradas y provistas de dos fuentes centrales que surten de excelente agua potable. En esas plazas celebran la feria al descubierto en los días secos, pero como ambas están rodeadas de anchas galerías, cuando llueve los concurrentes tienen donde guarecerse.

El nuevo mercado ofrece el inconveniente de estar muy retirado de las partes sur, norte, ocaso y aun centro de la ciudad, razón por la cual los residentes en esos puntos no dejan de elevar algunas quejas en contra; mas, como por el contexto del contrato de privilegio celebrado con el señor Rafael Flórez, se permite la construcción de otro u otros mercados que se establezcan a 900 metros de este, considero probable que algún //PÁGINA 500// empresario nuevo o alguna compañía ejecute la obra, lo que será de gran comodidad para la población.

La plaza José Félix de Retrepo se llamaba antes de San Francisco o del Colegio, pero por ley especial se le dio el nombre de uno de nuestros más respetados y queridos próceres.

El costado oriental de esta plaza está formado por las fachadas de la Universidad de Antioquia, del templo de San Francisco y del Colegio de San Ignacio. Los tres lados restantes lo están por casas de humilde

apariencia. En el centro una modesta fuente y filas de árboles sencillamente distribuidos completan el todo de este sitio, que espera un aumento de fondos públicos para erigir una estatua que decretó también la ley antes citada, en memoria del abolicionista de la esclavitud, D. José F. de Restrepo.

La plaza de Bolívar es la más espaciosa de Medellín y será bien pronto una de las más hermosas de la República. En estos momentos se hacen en ella mejoras que obedecen a un plan concebido y ejecutado por D. Manuel Botero, de acuerdo con la Municipalidad, y a este respecto puede decirse que esta plaza será la primera palabra del arte aplicado con buen éxito a la ornamentación de la ciudad.

Nueve calles convergen a ella porque uno de sus lados, en vez de tener otra para completar el número de diez, comienza a ser ocupado por todo el frente de la Catedral en construcción, obra que si se lleva á termino será positivamente de estilo irreprochable. Su Director, señor Carré, que ha trazado los planos y dirige los trabajos, es un consumado artista, modesto y sabio ingeniero.

El paraje ocupado por la plaza de Bolívar comienza a estar rodeado de muy regulares edificios que, atendida su importancia, no estaría mal que fuesen aún mejores. Ostentará en el centro una suntuosa fuente de hierro que actualmente se trata de colocar. Figuras caprichosas y bien dispuestas sirven para el cultivo de árboles, arbustos y flores, y para separar proporcionadas calles cubiertas de arena menuda para el tránsito de los paseantes, y el todo estará encerrado por un marco vivo de acacias, árbol indígena, acaso el más galano de los trópicos por sus abundantes flores purpurinas y por el gracioso y tupido follaje de su copa.

//PÁGINA 501// Hay en este jardín árboles indígenas y exóticos, numerosos arbustos de las mismas clases, vegetales herbarios de lindas flores, y como la feracidad del terreno es grande y la precocidad vegetativa tanta, todo se ve crecer en escala sorprendente.

La plaza vieja, llamada principal en tiempos pasados, y hoy de Berrío para honrar con ella la memoria de este ciudadano, se destina para colocar en su centro la estatua del que fue Magistrado modelo y a quien Antioquia debe gran número de importantes servicios. El cuadrado que la forma está constituido por casas de dos pisos de muy decente apariencia. En la parte oriental se eleva el templo más antiguo

del lugar, que sirve hoy como metropolitano. En el centro hay una fuente pública.

Si usted se coloca en el atrio de la Veracruz con la mirada al sur y sigue en esa dirección, llegará á la calle de San Juan, y de ella en adelante por angosta carretera bordada por dos filas de sauces y cañaverales al puente de *Guayaquil*, en donde la vía se divide á manera de las ramas de un abanico para ir a Belén sobre la derecha, a Ibagué por el centro y a Envigado por la izquierda. Es de sentirse que esa carretera sur sea un poco angosta, porque plana y bien dispuesta como está, forma un aventajado paseo, no muy concurrido por los vecinos por estar próximo al río bajo y sujeto a emanaciones mefíticas que causan daño. Por el contrario, desde el puente de *Guayaquil* hasta Caldas la carretera es amena y en ella alternan variados y espléndidos paisajes que regocijan al viajero; pero no tanto quizás como sucede en la vía que conduce a Envigado, en donde a cada paso del corcel y a cada vuelta de la rueda del coche, el panorama cambia como por obra de encantamiento y ofrece al turista escenas de lujo natural que conmueven la organización más estoica. Desde Envigado hasta el Ancón de Sabaneta se construye actualmente uno de los más lindos camellones de la República, y tanto, que al decir de algunos peritos en la materia, ese camino puede sostener triunfante competencia con los mejores de los Estados Unidos del Norte y de las más adelantadas naciones de Europa. De allí en adelante esos caminos continúan, pero salen del cuadro que me he propuesto trazar a usted.

Si desde el mismo atrio de la Veracruz se sigue directa- //PÁGINA 502// mente al Norte, se llegará pronto a la calle de Neira y se estará de hecho en la carretera septentrional, y por lo mismo en el tranvía que desde Medellín gira hasta la colina de los Bermejales. En esta carretera no hay ya sauces y cañaverales sino frondosos árboles de uno y otro lado.

Una compañía belga ha comprado últimamente un magnífico lote de terreno entre la ciudad y los Bermejales, y si los proyectos que anuncia han de tener, como es probable que tengan, adecuado desarrollo, la parte de la población allí edificada y el camellón central que la recorra, serán admirables a la vista e interesantes sobre toda ponderación.

Si de la esquina Suroeste de la Plaza Berrío se camina en línea recta al ocaso, se dará pronto con el puente de Colombia sobre el río Medellín, y es, colocado sobre él y extendiendo la vista en todas direcciones,

desde donde se pueden contemplar los más sorprendentes paisajes de la comarca; porque las curvas del río, los bosquecillos de sauces, la brillantez del cielo, la suavidad del aire, los encantos del agua en movimiento, el azul de las cordilleras, la concurrencia de los vecinos y la vida en toda su placida armonía, se nos ofrecen allí como en campo paradisiaco. A eso me refería cuando en una de mis cartas anteriores dije que había en este valle puntos de vista tan admirables, que al examinarlos con detención se perdía el sentimiento de la vigilia para entrar en las regiones de lo soñado.

Si de una cuadra al sur de la vieja plaza de la Villa se anda al Oriente por la calle de Ayacucho, se llegará a la antigua Escuela de Artes, se pasará por uno de los costados del mercado nuevo y avanzando siempre se dará con el barrio de Buenosaires, de fundación reciente, y después de pasar La Puerta Inglesa, casi en frente de ella, se tendrá a mano izquierda la quinta de Miraflores, tan admirablemente situada, tan lujosamente dispuesta y tan recomendable en todos sus pormenores que, más que mansión de acaudalado antioqueño, parece morada predilecta de un opulento oriental.

Empero, el más delicioso paseo de la ciudad se halla situado sobre los malecones del riachuelo Santa Elena, que se extienden de lado y lado del agua por algunas centenas de metros desde el puente de Junín hasta el llamado de Miguel Gómez. Yo considero este trecho como la joya artística y natural que engaña //PÁGINA 503// a nuestra población. La corriente está encerrada entre murallas de pedernal sólidamente construidas. A la vera de cada margen hay una fila de copudos árboles y a lo largo de ellos la calzada que da paso a los transeúntes, limitada a su vez por paredes y verjas de elegantes casas que ya muestran sus fachadas desnudas, ó bien se introducen separadas de la vía por algunos metros que ocupan los propietarios en el cultivo de flores raras, de preciosos arbustos ó de árboles corpulentos. El sauce, la ceiba, el búcaro, el naranjero, el piñón, el algarrobo, la cañafístula, las palmeras, las acacias, los alcaparros y muchas especies más, alternadas unas con otras, dan a la localidad el más delicioso aspecto que se pueda imaginar. Esta variedad de plantas forma, a mi entender, la gran ventaja de las ciudades tropicales para su embellecimiento ulterior, sobre todo cuando un arte esmerado intervenga en el asunto; porque, flora tan exuberante, habrá de prestarse para las más complicadas operaciones de adorno y de hermosura.

No hace todavía muchos años que una parte de los habitantes de Medellín mostraba a las claras su origen etiópico o del Congo, del Senegal ó de la Nubia, y ya hoy ese tipo ha desaparecido casi completamente. La raza mixta abunda verdaderamente, pero se muestra con caracteres muy recomendables, porque la refusión de las razas anda a paso precipitado y porque el cambio de las costumbres, de los hábitos y de las prácticas privadas, han ganado de modo visible y tienden a mejorar nuestra condición personal. Los artesanos, que son mulatos en su mayor parte, llevan ruana de paño, camisa blanca y bien aplanchada, elegante sombrero de paja, botas lustrosas, pantalón de pañete, y eso es cuando no van al igual de los caballeros más apuestos. Sus mujeres asisten a los templos con ricas mantillas ó con buenos pañolones, unas de traje negro y otras de indianas, de colores bien escogidos, de cortes irreprochables, cuidadosamente peinadas y calzado el pie con zapatillas de última moda. Las señoras visten como en Bogotá, como en Quito o como en México, quizás con un poco más de economía, pero en todo caso con algo que revela comodidad en unas y riqueza en otras.

La clase más pobre lleva, como es natural, vestidos más humildes: pie desnudo, trajes modestos pero siempre reveladores de gran compostura.

//PÁGINA 504// El uso del calzado, que a decir verdad es reciente por acá en la clase inferior, ha obrado el prodigio de reducir el tamaño de los pies, que antes era un tanto desrazonable. Descienda usted un poco con el pensamiento y llegue hasta los limosneros y déjeme decirle todavía que esa desgraciada clase ocupa en la escala social puesto mucho más alto y ventajoso que la misma de otros países. Decía D. Mariano Ospina Rodríguez que los pobres de Antioquia no olían a pobres: frase que en el fondo tiene mucho de cierto, pero de cuyo valor absoluto no quiero salir responsable, contentándome con decir que el mendigo de Espronceda, el mendigo tipo, de pungente mal olor, no existe en estas regiones o es muy raro.

Además de los paseos mencionados que la población frecuente, se tiene también la costumbre de hacer excursiones dominicales a los pueblos vecinos, sea a lomo de caballo o a pie, lo que produce soledad relativa en lo poblado que, en opinión mía, no deja de desvirtuar un tanto la intimidad de las relaciones sociales, porque se suprimen las visitas.

Las distracciones populares entran por mucho en la vida ordenada cuando son bien conducidas, y como asunto de solaz y divertimento.

Tiene Medellín gran número de baños públicos y privados, sin contar los sitios adecuados a ese objeto en las fuentes, raudales, riachuelos y en el río. Estos últimos son frecuentadísimos, y si no me equivoco, razón tienen los que prefieren esta clase de abluciones a las de aguas estancadas, si bien no se pueden reputar como tales las cómodas y en ocasiones elegantes albercas construidas en los domicilios particulares y en otros que se ofrecen al público.

Los baños al aire libre tienen la ventaja de ser hasta cierto punto dobles: primero, baño de aire circulante, y segundo, de agua corriente que toca la piel, limpia, pasa y se renueva. D. Simón Rodríguez, el célebre amigo del Libertador, me ponderaba mucho los benéficos efectos higiénicos de los baños de aire que él tomaba una noche en mi presencia, á pesar de ser octogenario, en la fría atmósfera del Cotopaxi.

Tiene la ciudad los siguientes baños públicos: La Puerta del Sol, El Edén, los de Cipriano, los de Coriolano y en el barrio de Aná, El Jordán. En todos ellos el agua es purísima y el servicio, aunque sencillo, magnífico. Todos ellos son fríos, bien //PÁGINA 505// fabricados, y las ropas que suministran, aunque no perfumadas como en los países de Ultramar, brillan por la limpieza.

Si bien no tenemos establecimientos hidroterápicos, en la acepción extensa de la palabra, en La Puerta del Sol aplican saludables duchas a quien las pide, y en el Jordán, el espacio es bastante grande para entregarse a ejercicios de natación.

Soy de usted atento servidor y compatriota,

Manuel Uribe A.

*Revista Literaria. Publicación mensual. Año II,
entrega 21, Bogotá, enero de 1892*

//PÁGINA 574//

Carta Sexta

Medellín, Octubre 4 de 1891.

El señor Isidoro Laverde Amaya. Bogotá.

Estimado señor y compatriota:

No se puede concebir la existencia de una ciudad notable sin el acopio, en considerable abundancia, del agua, elemento bienhechor. Recorra usted en su mente los grandes centros poblados del globo que habitamos, y verá que los más populosos están situados á las márgenes de grandes ríos, ó provistos al menos, por medio del arte, de enormes depósitos de agua traída de largas distancias.

La ciudad de Medellín está regada por el río del mismo nombre, que corre de Sur á Norte; por el riachuelo Santa Elena, que la atraviesa de Oriente a Occidente y que se une con el anterior en la parte baja de la ciudad; por la *quebrada* Palencia, de curso de Este a Norte un cuarto, tributaria del Santa Elena; por la *quebradita* Loca al Norte, y por el Zanjón o *quebradita* de los Ejidos, que gira en dirección Suroeste hasta entrar en el río, cerca del Santa Elena.

De estas corrientes de agua, las dos últimas son de poca importancia y meramente deben considerarse como desagüaderos que recogen y arrastran las inmundicias hasta sacarlas fuera de lo poblado.

Todas ellas tienen puentes para facilitar el tránsito de los vecinos: en el Aburrá ó Medellín, el de Guayaquil, sobre la carretera que conduce a Caldas. Uno en construcción para comunicar la capital con el barrio de América ó La Granja, y otro, el más antiguo, en la calle de Colombia, puente que lleva el mismo nombre y que sirve para unir la ciudad con el barrio de Robledo ó Ana. Los dos primeros son de clásica solidez, construido el uno de fábrica, colgante el segundo; y el último, aunque de madera, descansa sobre fuertes estribos de mampostería.

El riachuelo Santa Elena tiene los siguientes de Este a Oeste: el primero en frente de la calle de Aranzazu, sobre el //PÁGINA 575// antiguo camino llamado de Rionegro; el segundo, de hierro y de nombre *Miguel Gómez*, para pasar del malecón izquierdo a la calle de La Ladera;

el tercero, colgante, en la calle de Girardot, bautizado con tal nombre; el de Mejía para recordar al valeroso prócer de nuestra guerra de independencia, inmediato a la calle del Palo; el de Junín, en la calle de ese nombre; el de Palacé, a pocos metros de la plaza de Berrío; el de Arco, construido por el sabio Caldas en el año de 14 y el primero que hubo en la ciudad; el de la calle de Carabobo, que comunica la carretera del Norte con el centro de la población; el de Cundinamarca; y en fin, el de la calle Santa María, que se halla en construcción.

Sobre la Palencia hay un puente en la calle de Ayacucho y otro sobre el malecón izquierdo del Santa Elena, cercano a la confluencia. Hay además otros puntos en que este riachuelo está cubierto por obras de mampostería.

La *quebrada* Loca posee también un puente para comunicar la Plaza de Bolívar con la calle de ese nombre, y otro sobre la de Carabobo. Hay, en fin, uno tercero sobre la calle de Zea.

El manantial de los Ejidos tiene igualmente uno sobre la calle de Bolívar y dos sobre la de Carabobo.

Después de la fundación de la ciudad, los habitantes de parte oriental y central se servían para sus necesidades domésticas de las aguas de los riachuelos Santa Elena y Palencia, y los de la parte baja ú occidental, de las del río Medellín, y como estas últimas sean de excelente calidad, resultaba que los vecinos de esa parte gozaban en general de buena salud, mientras que los de la parte alta estaban sujetos a las dolencias que engendran aguas impuras.

En el paraje denominado *Bocaná* hay algunas fuentes saladas y entre ellas una de bastante consideración; pero es el caso que la sal disuelta en esas fuentes no se adapta al consumo del hombre y se emplea sólo para mantener en buen estado la salud de los ganados. En otros términos: es lo que por acá llamamos *sal amarga*, cuyo amargor se debe a que no predomina en ellas el cloruro de sodio en la cantidad precisa, y a que contienen sulfatos de potasa, cal, soda, magnesia y acaso algunos principios más, como yodo, bromo y fluoro. Disueltos esos elementos con el agua de la quebrada, ejer- //PÁGINA 576// cían acción dañina sobre la organización de los vecinos, por manera que hasta el año de 1838 los hombres estaban sujetos a padecer anemia y las mujeres clorosis, de donde resultaba que en todo el lugar habían personas sumamente pálidas y achacosas, que con

alguna frecuencia terminaban su existencia por hidropesías, que en aquel tiempo eran incurables y que en este suelen no serlo.

En el año de 1791 el gobierno español mandó a esta tierra al ingeniero D. Juan Bautista Monzón, con el encargo de establecer en Medellín una real fábrica de aguardientes; y como para ello tenía necesidad de un copioso acueducto, manifestó al muy ilustre Ayuntamiento que el agua que pensaba conducir a su fábrica, tomada en el riachuelo Santa Elena, pasaría por el centro de la plaza mayor y que, por tal motivo, pensaba que la Municipalidad haría bien en *erigir* una *pila* en tal sitio.

El Cabildo comisionó para informar sobre el asunto a D. José Ignacio de Posada, a D. Miguel Fernández de Latorre y otros, con previo juramento de que informarían sobre el punto en conformidad con su conciencia.

Hasta entonces los negros esclavos y las negras llevaban el agua de la quebrada a los diferentes domicilios, y fundados en razones de moralidad, como la de evitar faltas contra la honra de Dios y para impedir que los esclavos se huyeran, la comisión opino que la *pila* debía ser inmediatamente construida, en conformidad con las indicaciones del señor Monzón.

La obra se ejecutó, pero como por entonces los materiales de construcción fuesen sumamente ordinarios, bien pronto amenazó ruina, y tanta, que en el año de 23 de este siglo hubo necesidad de refeccionarla, lo que efectivamente se hizo. En aquel año había aún verdugo en Medellín, y me refiere alguien, que en tal época era niño, que el día de la inauguración, cuando se trató de hacer chorrear el agua, el dicho verdugo, armado de una larga zurriaga, espantaba y azotaba a los muchachos que se apiñaban curiosos alrededor de la fuente.

El año de 1851 ya la famosa *pila* estaba de nuevo en lastimosa decadencia, cuando D. Francisco Posada, patriota distinguido, la reemplazó con la que hoy existe, costeada en parte de su peculio, y en parte de donaciones voluntarias que con actividad solicitó entre sus amigos.

//PÁGINA 577// Cuando eso acontecía, el agua que usaba el público era de excelente calidad, porque D. Evaristo Zea primero, y D. Estanislao Barrientos enseguida, habían cambiado la de Santa Elena por la de dos raudales llamados *Aguas claras* el uno, y *Castro* el otro. Ese

cambio produjo resultados admirables sobre la salud y bienestar de los medellinenses, y se acrecentó su benéfico influjo higiénico, porque al mismo tiempo aquellos dos honorables ciudadanos arreglaron en lo posible los desagües de los Ejidos, que antes eran cenagales deletéreos, por consecuencia de las frecuentes avenidas del río. Pienso yo, que a esa clase de hombres, la sociedad agradecida debe tributar grandes honores.

Un poco de la época a que acabo de referirme en mi narración, por los años de 1855 á 1856, D. Jacobo F. Lince, recomendable sujeto, unido a un afamado alarife, de apellido Rodríguez, a quien el pueblo, sin que yo sepa por qué, apellidaba el maestro Castillo, emprendió la humanitaria tarea para el público, y provechosa para ellos, de dotar a la población con el agua llamada de la *Ladera*, de mejor calidad que la que existía entonces, porque el Cabildo, para disponer de mayor cantidad, mezcló a la que habían puesto los señores Zea y Barrientos algo de la que corre en la parte inferior del Santa Elena, que si no es completamente mala, sí es muy inferior a la de la *Ladera*.

Esta última proviene de las diferentes fuentes que corren por el flanco occidental de la cordillera del centro antioqueño, ramificación de la oriental de los Andes. Pero acontece que el largo acueducto que la suministra, llegado a lo que hoy se llama barrio de Villanueva, provee aun en tiempo seco a todos los vecinos de él, dejando sedientos á los del resto de la ciudad, que no la tienen sino en épocas de lluvias.

Como al presente el líquido sea relativamente insuficiente para atender a las exigencias de la población entera, la Municipalidad, de acuerdo con algunos empresarios, ha determinado construir un espacioso acueducto para conducir parte del riachuelo *Piedras blancas* hasta la ciudad. Esa obra está a punto de concluirse, y acabada que sea, el agua potable de superior calidad será abundante y salutífera, excesiva para el pedido actual y bastante para muchos años después.

Agréguese á lo dicho que el riachuelo Santa Elena, arriba //PÁGINA 578// de *Bocaná*, es alimentado por el fluido acuoso más exquisito de la comarca, y que tanto de él como de la *Espadera* se puede hacer llegar a la población cantidad de agua que supere en mucho la copia de ella que tendrá la capital en el transcurso de medio siglo, aun suponiendo que ande a paso de gigante por el camino de los adelantos.

Hay más todavía: el agua del río, tomada en la parte alta de su curso, puede ser distribuida en la mayor extensión del lugar, y si no se quiere tomarla desde muy arriba, la operación puede ser hecha en la parte baja con maquinaria idéntica a la que se ha empleado en el río Schulchill en Fairt-Mount para surtir a Filadelfia; como la del río Harlem para proveer a Nueva York; como la del Marly en Francia; como la del Magdalena en Barranquilla, o como muchas otras de que supongo tiene usted noticia.

Aunque por lo dicho se comprende que Medellín no carece de agua potable y de agua para el aseo, yo me atrevo a decir, que a pesar de la buena reputación de ciudad limpia que tiene, no le faltan *máculas* en ese aspecto, que deben ser borradas, y que por el lado de la higiene pública, aunque su calidad de sitio saludable sea indiscutible, de lo cual salgo garante como médico, yo pienso que si bueno en alto grado, pudiera ser muchísimo mejor.

Los Ejidos al Suroeste de la ciudad, y los terrenos al Noroeste, son bajos y anegadizos, y como me parece haberlo indicado, cenagosos en tiempo de invierno. Esa circunstancia, a mi entender, es causa de que en las épocas de transición de verano a invierno, o viceversa, las enfermedades infecciosas sean un tanto más comunes entre nosotros. Y para evitar los peligros que acarrear, he propuesto al Gobierno, hace algún tiempo, la canalización del río Medellín, desde el frente de Bello hasta el puente de Guayaquil, procurando que se le dé al cauce alguna mayor profundidad, pues ganando en el nivel de la corriente, de seis a ocho metros, los desagüaderos de la ciudad correrán libremente, los campos quedarán secos y cultivables y la salud pública asegurada. El Gobierno, a pesar de algunas objeciones hechas en contra de mi proyecto, parece haberlo aceptado de buena voluntad, pero la obra, un poco costosa, anda con lentitud.

Para concluir esta carta, le diré que, atendido el desnivel de las corrientes que caen a Medellín y sus alrededores, desde la falda de la montaña vecina, la presión del líquido es tal, que los surtidores que a veces se construyen por lujo en las habitaciones centrales, en las afueras y en las casas de recreo, alcanzan a elevarse uno, dos, tres y hasta ocho metros sobre la superficie del suelo. Dejo a la interpretación de usted el adivinar la sorprendente belleza de juegos de agua que podrán ser creados en lo porvenir, si Medellín, vistos sus adelantos posteriores,

llega a tener la importancia de Versalles, Fontenebleau, San Germán y otros sitios que encantan hoy la brillante imaginación de los franceses.

Cuando el Genitor sublime de los seres y de las cosas estaba ocupado en formar el teatro que debía ser habitado por el hombre, lanzó en la creación dos cuerpos simples para que vagasen en la atmósfera. Esos dos cuerpos, oxígeno e hidrógeno, unidos en íntimo consorcio, formaron el agua, y al formarla, la misericordia de Dios hizo caer sobre el labio sediento de sus hijos el líquido refrescante que debía impedir que fuesen calcinados por el calor central, por el del sol y por el de la fiebre.

Soy de usted afectísimo seguro servidor y compatriota.

Manuel Uribe A.

Revista literaria. Publicación mensual. Año II,
entrega 24, Bogotá, abril de 1892

//PÁGINA 771//

Carta Séptima

Carta sobre Medellín

Medellín, Febrero 28 de 1892.

Señor Isidoro Laverde Amaya. Bogotá.

Estimado señor y compatriota mío:

Cuando en mi serie de cartas me ha tocado hablar a usted de la galanura física de este valle, he procurado que mis descripciones vayan ajustadas a la verdad. Pero como en lo dicho existe algo que para los que no conocen esta comarca parezca exageración, no ha dejado de llegar a mis oídos susurro que me acusa de ser un tanto inclinado a alardear de nuestras bellezas naturales. Para justificar que lo dicho por mí es cierto, tendría, si fuese preciso, prueba de bulto, invitando a los que duden de mi veracidad a que vengan a comparar lo escrito con lo que existe. Si tal sucediera, ya estaría yo seguro del triunfo.

No tema usted que al hablarle en esta carta y en las que me faltan por escribir, de cosas que atañen a la manera como está servida esta ciudad, yo eleve mis ponderaciones sobre el nivel de nuestra verdadera situación. Estos escritos aspiran a quedar únicamente como crónicas lugareñas que habrán de leer y compulsar los antioqueños venideros, para medir lo que sean con lo que fueron.

No me detengo en explicar, con pormenores, lo que se refiere a menestrales de diferentes clases, porque esos elementos de adelanto material son aquí, poco más o menos, como los de otros muchos lugares de la República. Diré solamente que el peón antioqueño de ínfima categoría, el aplicado puramente a oficios materiales, está constituido por dos factores que le dan cierta relativa superioridad sobre muchos otros de la nación: sanidad de cuerpo, que engendra vigor físico, y despejo natural de inteligencia, que de mucho sirve a las clases ignorantes. Efectivamente, señor: yo pienso que el obrero medellinense ejecuta en un día tarea doble de la que he visto desempeñar a muchos trabajadores de Colombia.

Tampoco me detendré en la enumeración de industrias pequeñas, que dan como resultado comodidad a los vecinos en la vida pública y

en la privada. Si yo digo, por ejemplo, que tene- //PÁGINA 772// mos copia de buenos artesanos, como sastres, zapateros, herreros, cerrajeros, tejedores, veleros, jaboneros, guarnicioneros, etc., se me podrá tachar de nimio y hasta de pueril, pero como intento únicamente describir el mecanismo que arregla en todas o en la mayor parte las funciones de este pueblo, me tomo la libertad de ser prolijo en la exposición de algunos puntos.

El arte del zapatero y del sastre, a pesar de la grande introducción de calzado y vestidos ingleses y franceses, alcanza entre nosotros alto grado de perfección, y no porque los materiales indígenas que en él se emplean sean de buena calidad, pues eso de adobar pieles y de fabricar telas se halla en lamentable atraso, sino porque traídos de países extranjeros todos estos artículos, los obreros los aderezan con gran maestría.

La carpintería deja muy poco que desear en cuanto a adelantos. Los constructores de edificios operan con desembarazo y con tanta destreza que a veces asombran por la prontitud que tienen para manejar pesados leños, para acomodarlos con rapidez, para adaptarlos unos a otros y para fabricar armazones sólidas y elegantes.

La hechura de muebles es aventajada. Cuando un carpintero común necesita modificar, componer, perfeccionar y aun inventar alguna máquina, lo hace con acierto; y tanto que la minería, los ingenios de azúcar y otros ramos de industria, encuentran en ellos poderoso apoyo. Las maderas de construcción son de excelente calidad y las de ebanistería muy estimables. El laurel, comino crespo y liso, inatacable por todo insecto; el diomato, el cedro, el nogal, el chaquiro, el abinje, el algarrobo, el guayacán y muchos otros, se prestan a maravilla para la fabricación de muebles que serían lujosos hasta en populosas ciudades de la América del Norte, de Inglaterra, Francia y Alemania.

Ebanistas tenemos para quienes es practicable tarea construir órganos y pianos, a cuya labor se entregarían si los introducidos de ultramar no los rivalizasen por su mejor precio. Los cerrajeros son hombres de ingenio, pero poco conocedores de los secretos del arte, han llegado solamente a fabricar algunas armas de fuego. Para ellas y para las que se procuran al ejército, preparan aquí cápsulas y algunas otras municiones de guerra, con máquinas apropiadas para tal objeto.

Los fundidores de metales abundan bastante y son capaces //PÁGINA 773// en sus respectivos oficios; y como la tierra produce regulares cantidades de oro y plata, los encargados de reducir esos cuerpos a barras los ensayan antes de mandarlos a mercados extranjeros, con no desmentida precisión. Oficinas de ensaye hay tres en la ciudad. El oficio mecánico más atrasado en Medellín es el del hojalatero, pues guarnicioneros, veleros, plateros, orífices y otros, cual más cual menos, revelan buenas aptitudes para la ejecución de sus obras, si bien es cierto que los últimos desconocen lo concerniente a esmaltes y ligereza en la obra.

Esta ciudad ha reemplazado el antiguo alumbrado de velas de sebo por bujías esteáricas de aceptable calidad. Pero preciso es decir que bajo este aspecto el atraso es considerable, porque el consumo del gas no existe y el de la electricidad es apenas un amago. Sospecho que en esta materia la gradación habrá de ser rota por salto que se dé de la grasa de ahora al alumbrado eléctrico que se espera.

Empero, si la luz eléctrica no nos ilumina todavía, el telégrafo, tomando por centro esta ciudad, extiende sus alambres en todas direcciones y la comunica con la mayor parte de los Distritos del Departamento, con todos los Departamentos de la República, y por medio de éstos con algunos países de ultramar.

El teléfono principió a establecerse en los últimos meses del año próximamente pasado, y continúa desenvolviéndose a contentamiento de los vecinos y muy en su provecho. Hay cosa de trescientos cincuenta aparatos en ejercicio en la capital; va el hilo telefónico a varias casas de campo de ricos propietarios, comunica a Medellín con pueblecillos como Poblado y Robledo y con la villa de Envigado. Se están construyendo o se piensan construir líneas que comuniquen a esta ciudad con Rionegro, Sonsón, etc.

Yo inferiría gran ofensa a la ilustración e inteligencia de usted, si al hablar de cada una de estas cosas me detuviera en detalles relativos a su importancia social. Pero antes de ir con mis disertaciones a otra parte, no quiero prescindir de indicarle que a poco más de 5 kilómetros de esta ciudad, al Oriente, el riachuelo Santa Elena forma pintoresca cascada de 25 a 30 metros de elevación, y que ese precioso accidente geográfico está allí enfrente de Medellín, como esperando el golpe de magia que

//PÁGINA 774// deba darle la física moderna experimental, para echar sobre la población las vibraciones maravillosas, la *vis incita* de la Naturaleza que le dé luz, industria y vida.

Paso por alto algunos oficios de menor cuantía, y dejo para la carta siguiente a los alfareros, picapedreros y albañiles, porque pienso describir en ella el modo como aquí se construyen los edificios, los materiales que entran en su fábrica, los salarios de los trabajadores, el talento relativo de que disponen éstos y la manera de vivir que gastan los vecinos en el hogar domestico, y paso á tratar en esta relación de lo que concierne a las bellas artes y a su manera de ser entre nosotros.

En el año de 54, punto de partida de mis narraciones, tenía yo un amigo francés en esta ciudad. ¡Pobre coronel Coleville! ¡Lo mataron en la última guerra de los Estados Unidos del Norte! Pues bien, aquel amigo que había asistido a la conquista de Argelia, era, como son casi todos los de su tierra, sobre modo pronto, sagaz y agudo en sus observaciones y conceptos. En el año a que me referí había, como usted sabe, guerra civil entre nosotros, y estaba en este lugar parte de la gente que debía derribar a Melo, declarado dictador, y la tropa de que hablo tenía banda de música.

Cierta tarde estábamos el señor de Coleville y yo en la plaza mayor: los soldados hacían ejercicio, los músicos tocaban, los cabos mandaban y nosotros oíamos. De repente, dicho señor sacó un librito de memoria de la faltriquera, tomó un lápiz y se puso a escribir rápidamente.

–¿Qué hace usted?, le dije.

–Tomo notas de viaje.

–¿Y qué escribe usted ahora?

–Pues escribo que Medellín es la ciudad que tiene la música más abominable de la creación.

Y me parece que era verdad.

Sin embargo, me atrevo a pensar que si aquel amigo oyera tocar hoy clarinete, violín, piano, flauta y otros instrumentos a los inspirados jóvenes miembros de la Sociedad musical de Santa Cecilia y algunos señores más, no se atrevería a escribir lo que en aquel tiempo escribí, porque para mí tengo que esos caballeros, si no enteramente doctos en el arte, son notables en la armonía.

Siento verdaderamente tener oídos tan torpes a las impre- // **PÁGINA 775** // siones filarmónicas, porque de no ser así, daría razón artística para fundar mi aseveración; pero lo cierto es que, sin valorar notas, sin medir compases, sin conocer la diferencia de tonos, ininteligibles para mí como las lenguas orientales, tengo momentos, cuando escucho, en que la piel se me eriza como pellejo de gallina y se me excitan los nervios con indecible placer. La estética musical debe tener dos faces: la una mental é íntima que me falta; orgánica y material la otra, que me sobra.

Permítame usted, que para mitigar la fuerza de lo dicho, le manifieste que si bien es cierto no tenemos maestros eminentes en la grande acepción de la palabra, sí tenemos artistas que nos honran, y aprendices bien aprovechados. Además, me han dicho que estos señores italianos que vienen por acá a cantar óperas, aseguran que al lado de poco adelanto general en el arte, hay felices disposiciones para cultivarlo y gusto natural para apreciar los tesoros de belleza que contiene.

Y ya que de ópera trato, le manifestaré que los individuos de la Compañía que actualmente trabaja en Medellín, están sacando pingües ganancias cada dos o tres noches, cuando representan. Y consiste eso, según se me ha dicho, en que el teatro se colma de damas, caballeros, gente de la clase llana y hasta de los limpia-botas que pululan por estas calles. Y sea también esta la ocasión de expresar que la vieja costumbre de mostrarnos en público, sin fórmulas de respeto y cortesía, va desapareciendo a la carrera, pues el pueblo que asiste a festejos principia a revestir exquisitas formas de moderación y compostura, sin renunciar por ello a explosiones de entusiasmo que revelan inteligencia y pasión.

Ruego a usted que oiga y compare lo que voy a decirle. Cuando en el año de 1834, merced al patriotismo de D. Pedro Uribe Restrepo, se abrió el modesto teatro que hoy tenemos, apareció para la primera función dramática un aviso de aquel señor que decía: “Por motivo de los ingentes gastos que hemos tenido para la construcción de este edificio, suplicamos al respetable público no extrañe el aumento de precios de entrada a cada función, que nos vemos obligados a elevar, para indemnizarnos, a la suma de una peseta por persona”. Hoy por hoy, nadie puede entrar a oír cantar una ópera sin pagar tres duros, no teniendo en cuenta el palco, y sin embargo el edificio no es suficiente para contener los que

a él llegan. Y depende lo que acabo de apuntar, de que la mayor parte de los vecinos tienen señalada afición a los entretenimientos filarmónicos.

Yo no pretendo afirmar que la música se halle en esta ciudad en alto grado de perfección, ni mucho menos. De la instrumental algo he dicho, y de la vocal insinúo que si no estoy engañado, el adelanto no es muy considerable. Los hombres cantan poco y las mujeres en general se desempeñan bien: conozco cinco o seis señoritas y señoras a quienes oímos frecuentemente con positivo placer. Se dice que carecen de escuela: sea; pero tienen tal gusto natural, modulan con tanta ternura y alcanzan tanta delicadeza instintiva en la expresión, que por mi parte las admiro y las acato como si fuesen experimentadas artistas.

La tonada española con acompañamiento de guitarra va de huida, y si no me equivoco, pronto ha de llegar a extinción completa; y por lo que a mí toca, digo que Dios la lleve con bien, porque no tengo de extrañar su monotonía y enfadoso sonsonete. Respecto a la desaparición de las danzas antiguas y de las canciones populares, no siento la misma cosa. Pluguiera a Dios el que conserváramos galerones y fandanguillos, vueltas y bambucos, bundes y boleros; porque, todo bien pensado, nuestras madres y nuestras hermanas, nuestras nodrizas y nuestras criadas, al mecer nuestras hamacas y cunas las entonaban a placer para adormecernos con ellas en la infancia y hacernos soñar con los angelitos del cielo.

Esto que hemos dado en llamar literatura propiamente dicha, desgajándola del estudio general de las letras, y que, si se me permite, llamaré por mi parte prosa, novela y poesía, se encuentra en esta ciudad como la música, en germen. Pero sí con elementos bastantes para poderse desenvolver con brillo en lo porvenir, y eso porque el carácter viril de estos paisanos míos y su inteligencia, que no es poca, dan asidero para pensar que así habrá de suceder corriendo el tiempo. El señor D. Manuel Pombo no me desmentirá si afirmo que en el año de 1881, en plática que tuvimos en esa capital, me decía: “Antioquia literaria tendrá que distinguirse entre nosotros por el original vigor de sus escritores”.

Como yo sé que las columnas de la REVISTA de usted no alcanzan para contener mucha parla de los colaboradores, no deseo //PÁGINA 777// ni quiero entrar aquí en detalles ni en críticas detenidas acerca de las personas que escriben entre nosotros. Reduzco, pues, mi juicio a conceptos generales.

En prosa se escribe de diversos modos: generalmente con descuido. Pero en ciertos casos, o mejor dicho, por contados autores, con elegancia y brío. Por lo común, el fondo es substancioso y práctico, en armonía con la índole positivista del pueblo aburrés, aunque abunde el provincialismo y se vea que no se paran mientes en los primores de elocución; mas se dan ejemplos de pureza y propiedad en el lenguaje, y de estilo notable por la concisión y enlace vigorosos de los períodos, ligado todo esto con uso discreto y hábil de las figuras de retórica. Lo primero no alcanza a cargo formal, pues sobre ser una de las cosas más difíciles el escribir prosa intachable, miro la desmaña en la forma como defecto de que se ven libres pocos de los que hablan el noble, rico, y, tal vez por la misma causa, engañoso idioma de Cervantes y de Bello.

Podría decirse que no hemos tenido hasta ahora escritores de grande aliento, pero hay en la lista algunos que han cultivado con provecho el campo de las costumbres, de la crítica, de la ciencia, de la filosofía y de la política. La *Historia de la Revolución de Colombia*, por D. José Manuel Restrepo, y algo más que pudiera citar, son pruebas estimables de capacidad literaria. Además, usted sabe que hay por acá y por allá jóvenes antioqueños que han cultivado con esmero la lengua de Castilla. El adelante vendrá, mediante Dios, para honra de las letras colombianas.

No ha llegado aún hora de vitalidad para la novela. Existen algunas muestras que no creo despreciables, porque en ellas dominan descripciones naturales bien conducidas, sentimiento profundo e interpretación acertada de las pasiones.

Al hablar de escritores, no puedo ni debo dejar de mencionar lo que a la poesía pertenece. Por desgracia nuestro Parnaso es pobre todavía, y las obras salidas del numen de nuestros bardos no forman en la línea de los inmortales. No obstante, me atrevo a opinar que entre las muchas composiciones de corta extensión publicadas por cantores antioqueños, hay algunas en que se percibe alta inspiración y no escasa belleza. El *Poema del Maíz*, que usted conoce, tomando por base las singulares bellezas de nuestra zona tropical, vivirá mientras tanto que el antioqueño sea antioqueño y el colombiano colombiano. En efecto, yo considero que las humanidades en general, y muy especialmente la poesía, entre nosotros, no habrán de llegar a grande altura sino cuando sean genuinamente americanas. Salir de los caminos

trillados con felicidad por poetas europeos, pero que no son propios en esta naturaleza colombiana, para ascender hasta la oda sublime y hasta nuestra epopeya continental, me parece el destino reservado a nuestros vates en no muy lejanos tiempos. Olmedo y Bello han principiado a probar esta tesis de modo brillante, y entre los poetas de hoy, creo distinguir muchos, y entre ellos, algunos de esta tierra, que liban a grandes sorbos las aguas puras de la fuente de Hipocrene, si usted me excusa el arcaísmo de la alusión. Lo verdadero, lo bello, lo útil y lo sublime, mucho tienen que esperar de los nobles esfuerzos que, por mostrarlos, se verifican actualmente.

La estatuaría y el grabado no me detendrán cosa; porque son pocos y todavía no muy felices los ensayos ejecutados hasta hoy en esa materia. En cuanto al dibujo y la pintura no diré lo mismo, porque noto que en el asunto se adelanta con alguna rapidez, sin que por ello tenga yo la temeridad de manifestar que poseemos modelos de exquisito arte. Por allá en los primeros años que siguieron a nuestra emancipación, teníamos dibujantes y pintores que hacían mamarrachos al estilo que aun se usa para embadurnar casas a la vera de los caminos, con tierra roja o amarilla, con que a lo más se veía sobre los dinteles de las puertas la imagen de alguna virgen con su versito al pie, y copia de monos, perros, conejos y papagayos en las paredes.

Hoy tenemos algunos jóvenes que dibujan bien y otros que pintan al carbón o al óleo con razonable perfección. Algunos de ellos, discípulos de D. Alberto Urdaneta, nos han venido de esa capital y manifiestan haber sacado provecho de las lecciones recibidas, y otros, sin haber salido de aquí, merced a esfuerzos de consagración y de ingenio, ejecutan obras de recomendable belleza. El impulso está dado y hay que esperar con mucha confianza que al fin se llegue al resultado satisfactorio.

Soy de usted seguro servidor y compatriota.

Manuel Uribe A.

Revista literaria. Publicación mensual.
Año III, entrega 26, Bogotá, junio de 1892

//PÁGINA 105//

Carta Octava

Cartas sobre Medellín.

Medellín, 21 de Marzo de 1892.

Señor D. Isidoro Laverde Amaya.

Muy estimado señor y compatriota mío:

Permítame usted que, antes de entrar en el asunto de esta carta, reanude con ella la parte final de la anterior en lo que trata de poetas.

He procurado ser económico en la mención de nombres propios, porque mi intento ha sido generalizar las reflexiones y concretar en cuanto me sea posible los asuntos que elucido. Pero acaso no cumpliera mi deber, si no dijese algo de Epifanio Mejía, cuya alterada salud, por irremediable dolencia, es un mal para las letras colombianas.

//PÁGINA 106// Epifanio Mejía apareció entre nosotros como verdadero prodigio de espíritu poético, pero no bien hubo modulado sus primeros cantos, la locura, negra nube, apagó la antorcha que iluminaba los aposentos de aquél lucido cerebro. El bardo guardó silencio y Antioquia lleva luto por pérdida tan lamentable.

Confieso que hice mal cuando hablé de los carpinteros y de sus obras, pasando tan de prisa sobre el gran mérito de ellos y de ellas, porque, a la verdad, a muchas favorables reflexiones se prestarían. Mas es el caso que, embarazado por exceso de pormenores, contengo mi mano al escribir porque me da miedo causar fastidio.

Los maestros albañiles de esta ciudad tienen gran pericia para hacer sus obras, pero por desgracia los materiales de que disponen para ejecutarlas no corresponden a su reconocido ingenio. Sin embargo, el resultado general de sus esfuerzos no deja de ser favorable a la fisonomía que tiene el conjunto de edificios de esta capital.

Entro a describirle minuciosamente el modo cómo aquí se edifica, para indicar luego la manera cómo viven vida de hogar los habitantes de esta ciudad, y lo hago con tanto más interés, cuanto de mi ingenua relación podrá usted deducir algunas de nuestras costumbres privadas.

Sin contar otros, los materiales de construcción que emplean los albañiles se reducen a los siguientes: tierra, arena, guijarros, cascajo, cal, piedra de canto, piedra de talla, yeso, etc.

De la tierra se sirven nuestros oficiales de albañilería para la construcción de muros que fabrican con bastante solidez. Esos muros descansan sobre cimientos hechos de pedernales y cascajo, cimientos que, según el sistema hoy acostumbrado, van en ocasiones a gran profundidad para asegurar la firmeza del piso puesta en relación con el peso que debe soportar.

Sobre el cimiento de piedra suelen algunas veces construir recinto de fábrica, y sobre ése arreglan un aparato de madera llamado tapial, que forma cajón de dos varas de largo y de anchura proporcionada al espesor que quiera darse a la pared; hecho lo cual, ponen la tierra por capas que comprimen dos oficiales por medio de pisones de madera hasta que queda bien compacta. Sobre una capa ponen otra y así continúan hasta llenar el cajón.

Después de dar una primera vuelta que se circunscribe al edificio, //PÁGINA 107// ponen una segunda, y sobre ella una tercera hasta elevarse a proporcionada altura si la construcción debe ser de dos o más pisos, y menor si debe ser de uno solo, teniendo siempre cuidado de dejar aberturas para puertas y ventanas, dinteles y soleras, con el fin de poner a disposición del carpintero armador la hechura de la techumbre, como queda indicada en mi carta anterior.

Casi todos los edificios que tenemos han sido hechos con muros de esta especie, y partiendo de esa verdad fácil es comprender que su elegancia no sea grande y que han de prestarse mal a obras subsiguientes de ornamento. Sin embargo, no dejan de ofrecer señaladas ventajas, sobre todo cuando se trata de temblores de tierra, que si no muy frecuentes en estas montañas, sí nos vienen en ocasiones de un modo aterrador. Y es verdad bien reconocida entre arquitectos que las paredes de tierra pisada, por su elasticidad, soportan mejor que las de cal y canto y las de fábrica las convulsiones sísmicas de nuestro planeta.

Entre los inconvenientes de las tapias debo apuntar la facilidad con que se desploman cuando no descansan sobre terreno firme ó cuando no han sido bien comprimidas. Sin embargo, conviene saber que es muy raro el caso en que caigan del todo, y muy frecuente el que resistan

la caída de las techumbres, cosa debida, en mi opinión, a que la tierra usada para hacerlas es de excelente calidad.

Aunque el aspecto de la ciudad sea uniforme y el de los edificios que la forman muy semejante, quiero, para dar idea exacta de la disposición que aquélla tiene, tomar término medio entre los mejores y los más humildes que constituyen el todo, para describirlos, y prefiero referirme a los de un solo piso, pues por regla general el segundo alto de los que lo tienen, con pocas variaciones, es repetición del primero.

La fachada de las casas, enlucida con cal, carece de adornos, a no ser en la obra de madera, porque puertas y ventanas son ejecutadas a veces con bastante esmero. La puerta de entrada o portón es seguida por un zaguán cuya anchura mide de 1 m. 25 hasta 2 m. 25, y cuya longitud varía igualmente de 4 a 5 metros.

En el zaguán dicho, a derecha o a izquierda, existe una puerta que conduce á cuarto destinado para habitación del pro- //PÁGINA 108// pietario durante el día, y en él, adecuado mobiliario. Ese cuarto suele tener al lado alcoba pequeña, y un patio para la comodidad de quien lo habita, cuando la construcción es grande y el dueño acomodado.

En la extremidad interior del zaguán hay un contraportón, destinado a dar seguridad al resto del domicilio y para punto de llamada cuando alguna persona quiera penetrar en el interior. Pasando de ese punto, se llega a un corredor ó galería de los cuatro que ordinariamente circunscriben el patio, por regla general bien empedrado, con canales para recoger el agua que corre de los tejados y conducirla por medio de tubos de hoja de lata al desagadero común.

Una vez que se ha penetrado a la primera galería, se halla también a derecha o a izquierda el salón de recibo, y en continuación a él una pieza más pequeña destinada a dormitorio, tocador ó cuarto de costura, según el gusto de la señora de la casa. Tal pieza, como el salón y el cuarto del zaguán, reciben la luz del día a través de ventanas que dan a la calle, ventanas que actualmente se hacen por el estilo de las que llaman *arro-dilladas* en Bogotá.

A la pieza que sigue al salón, y formando línea recta con ella y por consiguiente ángulo recto con el primer tramo del edificio, siguen dos, tres ó cuatro alcobas más para dormitorio de niños pequeños, señoritas, señora y jefe de la familia, pues para los varones hay cuartos de hechura análoga

en la parte frontera a la última considerada. El claustro, o sea el cuadrilátero del edificio, se completa por el comedor y a veces por la repostería, a no ser que la parte lateral de un pasadizo que comunica el patio principal con el de la cocina, que por lo común es espaciosa, aseada y provista de excelente hogar y de bien fabricada chimenea para evitar el humo.

En el patio de la cocina hay agua en abundancia, lavadero para la vajilla, y en departamento especial, baño que falta en pocas habitaciones. Más adelante, si la capacidad lo permite, pesebre, corral de aves, árboles frutales ó cultivo de flores, que tampoco falta en el primer patio ó en los corredores de él, ya sea en tiestos, ya directamente en el suelo, porque la afición á este artículo de adorno y a producirlo en abundancia es notable entre nosotros.

//PÁGINA 109//

Como no he estado en España, no puedo decir hasta qué punto llegue la semejanza entre los edificios de las ciudades subalternas, de los pueblos y campos de la Península comparados con los nuestros, para comprender los cambios que la traslación hiciera ejecutar a nuestros antepasados en su manera de vivir, cambios motivados sin duda alguna por el clima y por la diferencia de recursos de que podían disponer, para establecerse definitivamente en la tierra conquistada. Me atrevo, sin embargo, a pensar que el estilo de nuestras habitaciones nos viene de allá, y si me fuere permitido ir más adelante, estoy tentado a sospechar que ello es genial a la raza latina, pues casas he visto, de las descubiertas en Herculano y Pompeya, cuya distribución se me parece mucho a la que se ha dado en la América española a las que en ella se usan.

Cuando los muros de tierra pisada se han enjutado bien, las tapias dejan entre sí algunos vacíos que los albañiles colman con pedazos de tejas, con pedrezuelas ó fragmentos de maderas bien colocados, verificado lo cual cubren todos los muros, con dos capas bien alisadas, de una grosera preparación que componen con estiércol de caballo pulverizado y amasado con tierra amarilla que llaman de boñiga, operación que también ejecutan para los cielos rasos antes de blanquear unos y otros.

En columnas de templos, altares y otras partes más, van los arquitectos hasta imitar imperfectamente los verdaderos estucos: pero hablando en verdad, el estuco modelo, el que refleja la luz como si fuese la superficie pulida de un espejo, está por nacer entre nosotros.

La descripción de los últimos edificios que tanto ponderé a usted en una de mis cartas anteriores, la excluyo de ésta, porque sería prolijo efectuarla y además fastidioso y cansado.

En las casas particulares el suelo está embaldosado con ladrillos cuadrados y bastante resistentes, pero que fastidian por la cantidad de polvo que se desprende de ellos al andar y al barrer. Este uso tradicional se cambia hoy por entablados de madera, mucho más aceptables.

Las paredes de las diferentes piezas, enlucidas con agua de cal, se cubren hoy con papel de colgadura, y aunque esta útil reforma, así como la de entablar, no esté generalmente adoptada, se nota mucha tendencia a que predomine.

//PÁGINA 110// Sobre el tipo medio que he tomado para mi descripción hay construcciones muy superiores a las citadas por el mayor lujo que ostentan, pero también las hay muy inferiores, hasta pasar por humildes casucas, estrechas tiendas y hasta miserables tugurios, escasos por fortuna, en que habita la gente menesterosa y aun los mendigos, con los inconvenientes propios a tan reducidos sitios.

La cal, aunque de calidad no muy buena, da cemento resistente y contribuye mucho a la solidez de la obra. Los adobes son, por lo general, broncos y se adaptan mal a la justa posición de uno sobre otro, y como la argamasa con que los unen sea bastante grosera, resulta que las juntas dejan una línea ancha de desagradable aspecto, a no ser que los alarifes trabajen con el palustre penosa y lentamente, para alisar las caras del material y se esmeren en lavar y cerner la arena por medio de zaranda.

Los tejeros y arquitectos se cuidan poco de hacer preparar en los tejares ladrillos más perfectos y con molduras propias para facilitar las construcciones, especialmente cuando se trata de elevar columnas, de disponer fachadas ó de labrar cornisas elegantes, pues bien se deja ver que trabajando a mano sobre tierra cocida, el tiempo de la tarea crece y el costo impendido en la construcción, con él.

Si por acá tuviéramos gres esponjoso, poroso ó compacto, como en cantidad tan grande abunda en Bogotá, las casas serían mejores, los canteros más hábiles y los edificios más baratos, pero desgraciadamente los depósitos de esa roca quedan distantes y los caminos que a ellos conducen son generalmente malos.

Para compensar el inconveniente apuntado, hay en las cercanías de la ciudad dos clases de piedra de construcción: el óxido hidratado de hierro, que por acá llaman piedra de cantería, y una roca de color azul, fibrosa y relativamente blanda que, si no me equivoco, es un verdadero esquisto talcoso. Ambas fueron usadas en tiempo de la Colonia para fabricar templos y pretilos, a lo menos en parte, y ambas son empleadas hoy con el mismo objeto. Pero como la primera sea muy quebradiza, y la segunda, aunque más blanda, fibrosa y difícil de tallar, resulta que cuando preparadas unas y otras, son excesivamente caras y en desacuerdo con los todavía no muy abundantes recursos de la //PÁGINA 111// población. Por otra parte, como esta clase de materiales no haya sido entre nosotros de uso común, los obreros ignoran casi por completo el medio de cortarlos y variar sus formas con economía. Lástima da ver en reducidos obradores de picapedreros, el trabajo ímprobo a que se entregan para conseguir lapidar un fragmento, siquiera sea de medianas dimensiones, cuyo precio asciende de ordinario a cinco, diez, veinte y hasta treinta pesos, sobre todo cuando, por haber visto ejecutar la operación con instrumentos adecuados en países extranjeros, se viene en conocimiento de lo provechoso que sería mejorar tan útil industria en la nación.

Tiene también Medellín, en sus alrededores, sienita porfídica y granitoide, y no a mucha distancia granito puro y pórfido fino; pero se comprende que si las susodichas rocas, a pesar de ser de poca resistencia, no son económicas y fácilmente beneficiables, mucho menos lo serán las últimamente citadas, por motivo de su bien reconocida dureza.

Materiales de construcción de mejor calidad que los indicados no se usan todavía, y no porque no los haya en el Departamento, sino porque el subido precio a que podrían obtenerse los hace de imposible ó por lo menos dispendiosa aplicación. El hierro, de tan brillante porvenir arquitectónico, no lo vemos sino en algunas barandas de escalera, en rejas de ventanas y en verjas de jardines ó paseos públicos. El mármol tallado para losas sepulcrales, para mesas, para escaleras ó para estatuas, es sumamente raro e introducido apenas como costoso lujo por ricos capitalistas. No pudiera decirse igual cosa relativamente a los artefactos de porcelana y de cristal, pues por gravosa que sea su adquisición abundan mucho. El granito, el pórfido, el hierro y el mármol, en sus diferentes

variedades, son elementos indispensables para elevar dignamente cualquiera ciudad que aspire a ser monumental.

Ahora bien: ruego a usted que me permita salir un tanto de lo presente, para entrar un poco en lo porvenir.

Tiene el Departamento de Antioquia inagotables canteras de mármol ordinario en Amalfí, La Clara y otros parajes. Ese mármol se presta bien a dos aplicaciones: primera, la extracción de cal hidráulica, y segunda, corte de piedras de construcción. Hay también mármol en los valles de Pocuné, Samaná del //PÁGINA 112// Norte, Río-Claro é Iglesia, y eso en depósitos que miden crecido número de leguas cuadradas y, en algunos de ellos, como el que existe entre el pueblo de Nare y el sitio de Remolino a lo largo de aquel río, la aglomeración se ofrece de modo sorprendente. Aquellas caudalosas aguas corren por encima de enormes masas mármóreas, y cuando el viajero que las navega, pasada reciente avenida, se fija con atención, descubre ya montones serpeados por venas rojas, blancas ó amarillas sobre fondo negro, blanco ó gris, ya enormes masas negras como tinta, blancas como alabastro ó de colores diferentes, todas ellas propias para la estatuaria ó para el suntuoso decorado de templos, palacios ó edificios públicos aplicados a diversos destinos.

En la época presente no hay en la República ni explotadores de esa riqueza, ni canteros que amolden artísticamente los materiales que producen, ni urgentes necesidades sociales que reclamen su empleo, ni caudales bastantes para gastar tanto lujo. Pero día llegará en que, ó Colombia deje de ser, ó sea más ostentosa que lo han sido muchos puntos del globo, porque habrá obreros para beneficiar éste como otros tantos productos naturales de inestimable precio con que Dios ha dotado a estas regiones.

La distancia que hoy nos separa de esos recursos se dominará con el tiempo, y entonces vendrá el turno de ostentación y brillo para todas estas comarcas americanas. Los atenienses tenían que llevar de Paros, de África y de lejanos puntos, los mármoles para sus estatuas y sus templos; Roma tenía que buscarlos en Luca y en Carrara, y así muchas ciudades que no los poseían en sus alrededores. Igual cosa podrá suceder a Bogotá, a Medellín y a otros tantos lugares de Colombia, con el transcurso de los años.

Los géneros de alimentación fueron siempre escasos y caros en tiempo de la Colonia, y continuaron siéndolo en los años que siguieron

inmediatamente a nuestra emancipación. Hoy, aunque excesivamente costosos, son abundantes, y si no muy variados, de muy buena calidad.

Antes se comía poca carne; hoy todos la comen en mayor ó menor cantidad, pero la base de la nutrición para los pobres se saca del maíz, de los frijoles, de las yucas, de las arracachas, de las frutas y de los productos de las aves de corral. //PÁGINA 113//

Los hombres de posibles se regalan un poco más, y agregan a sus manjares preparaciones esmeradas de huevos, arroz, carnes, ensaladas, rancho, y algunas veces vino y cerveza, en tanto que los ricos van hasta el refinamiento; mas como ellos sean los menos, resulta que puede establecerse como verdadera tesis que el comer y el beber de los medellinenses es sobrio y frugal.

En el hogar reina espíritu de economía, que viene en mi sentir como herencia de la índole de nuestros antepasados y de la cruda lucha que tuvieron que sostener viviendo en un territorio rico de minas, pero escaso de tierra vegetal. Porque con tales condiciones la explotación de metales, como de más pronto resultado, imperaba sobre las labores agrícolas. A esa parsimonia en los gastos creo que se debe el buen gobierno del hogar y el gradual crecimiento de la riqueza pública y privada, porque el ahorro bien entendido y sabiamente dispuesto es base sobre la cual se elevan los haberes.

En tiempos anteriores, las horas destinadas a la alimentación estaban señaladas como sigue: al dejar la cama para emprender trabajos, desayuno; a las nueve de la mañana, almuerzo; entre las 11 y 12, una cosa que llamaban *algo*; a la 1, la comida; a la oración, la merienda, y antes de ir a la cama, entre las ocho y las nueve, cena. Esas costumbres vienen modificándose al presente. El desayuno queda como antes; el almuerzo, entre las 10 y las 11 de la mañana, la comida, de cuatro a cinco de la tarde, y la cena abolida, excepto por unas pocas personas.

Tal vez sería bueno que yo me detuviera a tratar en este lugar de las ceremonias que se usan en bautismos, casamientos, entierros, banquetes, festividades y muchos asuntos más; pero discurro que si tal hiciese, no acabara, y que si bien la etnografía ganaba algo, corriera yo peligro de enfadar a usted con ridículos pormenores.

El peón jornalero gana unos 70 centavos, el oficial, de \$1-40 a \$2; un maestro director de obra, de \$2-50 a \$3, y los empresarios reciben como

remuneración sumas condicionales. Se puede calcular que el valor de la obra de mano se ha triplicado del año de 1860 al en que hoy estamos.

De usted atento seguro servidor y compatriota,

Manuel Uribe A.

Revista literaria. Publicación mensual,
Año III, entrega 27, Bogotá, julio de 1892

//PÁGINA 200//

Carta Novena

Cartas sobre Medellín.

Medellín, 4 de Abril de 1892.

Señor D. Isidoro Laverde Amaya. Bogotá.

Estimado señor compatriota mío:

En la carta anterior he hablado a usted del aspecto general que tiene la población, y en ésta voy a tratar de darle noticia concreta de algunos edificios públicos, sin largos comentarios históricos sobre cada uno de ellos, pues aunque pudiera hacerlo por conocimiento que me ha dado larga permanencia en Medellín, temo fatigar la paciencia de usted.

Lo que aquí llamamos Palacio de Gobierno es una regular casa, grande y cómoda, si se quiere, para una familia particular, pero que está muy lejos de corresponder convenientemente a las exigencias de Gobierno serio, como es el de un Departamento de relativa importancia.

Antes de habitar en la casa que menciono, ocupaba el Gobierno un edificio de propiedad pública, que está situado en una de las esquinas de la plaza principal, estrecho y poco propio para contener las oficinas del tren de empleados que componen el Poder Ejecutivo. Por consecuencia de la revolución de 1876, y por falta de pago de una contribución de guerra, el actual fue expropiado a su dueño y declarado Palacio correspondiente a los poderes Ejecutivo y Legislativo.

Pasado el calor revolucionario y calmadas un tanto las pasiones políticas, cual siempre sucede entre nosotros, el Gobierno, presidido por D. Luciano Restrepo, de acuerdo con la Asamblea Legislativa, resolvió comprar el edificio al propietario, lo que efectivamente se hizo, y por eso es hoy propiedad del Departamento y sitio en que funcionan los dos referidos poderes.

En los tres pisos de que se compone, trabajan la Señoría del Gobernador y los empleados del ramo, y en un salón, decentemente dispuesto, celebran sesiones los miembros de Legislatura. En la parte superior hay una gran pieza destinada para guardar y conservar parte de los

documentos que forman el archivo de la antes Provincia, Estado luego y Departamento ahora.

Como resumen, me atrevo á decir que esta casa no es com- //PÁGINA 201// pletamente mala, pero que debería ser muchísimo mejor, para dar lustre y majestad al Gobierno de esta sección.

Contiguo a la Casa de Gobierno y con fachada que da frente a la calle de Bolívar, está situado un edificio de tres pisos, que lleva por nombre *Museo y Biblioteca de Zea*.

En el piso bajo hay oficinas en que se despachan asuntos referentes a la administración de justicia, y en que, por lo mismo, se verifican los jurados. El piso intermedio contiene los objetos pertenecientes al Museo. Entre los dos salones que lo forman, hay uno pequeño de lectura, donde se reúne con alguna frecuencia la Academia de Medicina, y en la parte superior otro bastante espacioso, con sus correspondientes anaqueles y ancho campo para lectores. En este sitio pueden haber holgadamente de 14 a 16,000 volúmenes, bien que siendo este plantel de educación de reciente fecha, contenga apenas en la actualidad unos 5,000 tomos.

El Museo y la Biblioteca principiaron a formarse durante la gobernación del Doctor Pedro Justo Berrío, y bajo la dirección activa y eficaz del Coronel Martín Gómez; pero su inauguración definitiva no se verificó sino hasta el día 20 de julio del año próximamente pasado, y desde esa fecha hasta hoy, tanto el uno como la otra se han venido enriqueciendo de preciosos objetos y de muy buenos libros. Antes era imposible resolver graves cuestiones literarias, históricas, jurídicas, económicas, industriales ó de ciencias en general, por falta de obras de consulta. Ya hoy ese inconveniente ha desaparecido, si no de un modo absoluto, al menos relativo, pues además de los lectores que asisten diariamente al establecimiento, muchos ciudadanos llegan a la Biblioteca en requerimiento de datos, que la mayor parte de las veces consiguen a satisfacción.

El Museo se abre al público todos los domingos de las 12 del día a las 3. p.m., y cualquiera otro día para las personas de los pueblos del Departamento y para los extranjeros que lo solicitan.

El edificio es nuevo y decentemente construido; la obra de madera, aceptable; la distribución general, regularmente dispuesta, y la ejecución

debida al patriotismo de D. Luis G. Johnson, quien se encargó de ella sin remuneración alguna.

Tiene, además, este instituto público un jardinito en el patio, a la entrada; una azotea en el extremo del Norte, para el cultivo de algunas plantas parásitas; un gabinete para el pintor y otro para el encargado del régimen interno del establecimiento. Los muebles que sirven a los visitantes y lectores son sencillos, pero cómodos.

Para el gobierno general y disciplina del plantel, se cuenta con un Director, un Subdirector, un Adjunto y un Portero. El Palacio de Justicia, ó sea el despacho del Tribunal del Departamento, y demás oficinas del ramo, está hoy en una casa particular, espaciosa, pero no cómoda, en tanto que se acaba de construir una más amplia, en consonancia con la gravedad y alteza de funciones de los encargados de impartir justicia.

Como continuación, y en un mismo cuerpo, están el Palacio de Justicia, que actualmente se construye, y la cárcel pública, destinada a prisión de hombres, pues que la de mujeres se halla situada a alguna distancia de la ciudad, hacia el Norte, en local de buenas condiciones higiénicas y bien dirigido. El Presidio habita en una casa particular, capaz para el fin a que se le destina.

Este Palacio de Justicia se ejecuta según un buen plano, y no tardará mucho en estar concluido. Las piezas serán espaciosas y bastantes para contener todas las oficinas del Poder Judicial y sus dependencias. Es posible que en ese mismo punto haya un gran salón destinado a las sesiones de la Asamblea Departamental, pues, como llevo dicho, el señalado actualmente para ese objeto hace parte del Palacio del Gobierno Ejecutivo, circunstancia que ofrece inconvenientes en la práctica.

La cárcel, reparada últimamente, aunque sólida y segura, tiene en gran parte el carácter de las prisiones de antaño, un poco sombría, severa y de aspecto triste. Ya es tiempo, en mi opinión, de que Antioquia tenga un panóptico modelo, para que la corrección de los culpados y la eficacia de la ley penal se aúnen con las exigencias de la humanidad bien entendida.

La oficina correspondiente a la dirección del Tesoro, la de la Corte de Cuentas, la de Estadística y la de Correos departamentales, así como la del Teléfono, están en la Casa de Gobierno. Los Jueces municipales, el

Alcalde y demás subalternos, desempeñan sus funciones en diferentes piezas, ya pertenecientes al Departamento, ya alquiladas a particulares.

//PÁGINA 203// El Concejo Municipal tiene casa propia para sus reuniones y trabajos, y en ella está el archivo de la ciudad, pero el edificio, aun cuando amplio, carece de elegancia.

La Casa de Moneda ocupa un vasto edificio, donde por ahora no se trabaja. La maquinaria y enseres que le pertenecen, son notablemente ricos y buenos.

El edificio que actualmente llama más mi atención por su indisputable importancia, es el destinado a Escuela de Artes y Oficios que, como creo haber dicho, estuvo antes en donde está hoy la Escuela de Minas, escuela esta última que, a mi manera de ver, debería ser más cómoda y mejor adaptada a objeto que encierra en sí halagüeñas esperanzas para el Departamento en particular y para Colombia en general.

La Escuela de Artes fue fundada por el Gobernador Doctor Pedro Justo Berrío, y la obra material dirigida hábilmente por D. Juan Lalinde. La planta de este edificio fue dirigida al principio por el Ingeniero del Departamento, señor Johnson, y su gobierno está hoy encomendado a un joven artista y abogado a un mismo tiempo, D. Mariano Montoya, tan consagrado como inteligente.

El edificio forma un cuadrado que encierra una plaza bastante extensa para que su parte central esté dividida por otra construcción que va de galería a galería, dejando espacios laterales, de mucha capacidad cada uno.

En el lado occidental de esta casa, que corresponde a la derecha de la entrada, se levanta un segundo piso destinado a obradores de la Escuela creada por la Sociedad de San Vicente de Paul. Esos talleres sirven para enseñar a tejer telas de algodón y lana a niños pobres. El resto del edificio, de un solo piso, contiene grandes salones dispuestos para el ejercicio de máquinas propias para cerrajería unas, carpintería otras, simple herrería éstas y aplicadas a diferentes oficios aquéllas. El director vive permanentemente en la Escuela.

Este establecimiento no sirve únicamente para formar oficiales empíricos; es plantel en que, al lado de la práctica, se desenvuelve provechosa teoría en la mente de los alumnos, y de él, como de la Escuela

de Minas, esperamos ver salir, no muy tarde, sujetos que den honra a Colombia y provechoso estímulo a la industria.

//PÁGINA 204// Al Oriente de la ciudad, en el punto denominado *La Ladera*, se levanta actualmente y está a punto de acabar de construirse una gran casa destinada a recoger todos los mendigos de la ciudad. Terminada que sea, podrá contener hasta doscientos pobres, y sobraré campo para los empleados de este asilo de caridad.¹⁸

A cosa de una milla al Occidente de Medellín, entre el puente de *Guayaquil* y al pie de la serrezuela de *Los Cadavides*, hay un establecimiento que, porque favorece la higiene pública y protege los intereses generales de la industria, no quiero dejar pasar inadvertido.

Tiene esta obra dos faces: primera, es un matadero público, y segunda, es punto de feria de ganados. Esta mejora ha sido creada por una compañía anónima de respetables y ricos negociantes, quienes, para su ejecución, han tenido que gastar ingentes sumas de dinero.

Desde la fundación de esta ciudad, el Gobierno español dejó por cuenta del municipio la dirección de las carnicerías y la provisión de carnes a los vecinos, providencia que se llevó a término con buen tino. Pero, pasando los años, cada cual llegó a tener derecho de comprar y beneficiar reses para el consumo común. En estos últimos tiempos, bajo ese régimen, la preparación y venta de la carne han sido deplorables por el desaseo y descuido en llenar las más triviales prescripciones de la higiene pública.

La reforma, a ese respecto, está iniciada y en vía de llegar a término dichoso en favor de los empresarios y de la salud general.

Para la celebración de las ferias hay un gran edificio contiguo al de la carnicería, y en él, comodidad para los traficantes, //PÁGINA 205// pues

¹⁸ | Queda dicha casa vecina a veinte más construidas con donaciones hechas por caballeros piadosos, entre los cuales no puedo dejar de citar a D. José María Díaz, obrero infatigable en asuntos de caridad, y a D. Carlos Coriolano Amador, acaudalado de esta tierra, que sabe aprovechar ocasiones para echar sobre los pobres grandes sumas que estancan muchas lágrimas y alivian intensos dolores. De los demás no hablo por el momento, porque en mi última carta trataré la historia de la beneficencia en este lugar, contentándome, por ahora, con manifestar que este grupo de habitaciones regaladas a los pobres, el día 16 del mes próximamente pasado, y que de hoy en adelante llevará el nombre de San Vicente de Paúl, es feliz consecuencia del ejemplo dado por D. Marco A. Santamaría, pocos años ha, en el barrio que lleva su nombre.

cuentan con un ancho corredor que da frente a corrales bien dispuestos para el depósito de los ganados vacuno, caballar y de cerda, que pueden ser artículos de comercio con recíprocas ventajas para compradores y vendedores. Además, la compañía posee terrenos bastantes para mantener el ganado sobrante que no haya sido vendido en un día de feria.

Al principio se creyó que ese mercado de animales sería bien acogido por los negociantes del ramo, pero parece que no ha sucedido de esa manera; porque feria establecida de antemano con igual objeto, en Itagüí, a diez kilómetros de distancia de la capital, no ha podido ser rivalizada por la de que hablo, en la cual, si estoy bien informado, se comercia únicamente con reses pertenecientes a algunos de los empresarios.

No sucede lo mismo con las operaciones que se ejecutan en el Matadero, porque la Municipalidad, por Acuerdo expreso, dispone que los animales sean llevados a ese establecimiento y muertos en él, y que la carne, en estado de limpieza y sanidad, sea conducida en carros a Medellín para su venta por menor.

La autoridad obliga igualmente a todos los individuos que maten fuera de aquel lugar, a presentar en él la mercadería y a pagar el derecho municipal antes de darla al consumo.

Por lo que entiendo, mucho ha ganado la salubridad pública con esta reforma, que yo desearía ver un poco más perfecta en la práctica, es decir, dispuesta como lo está en países extranjeros, en donde el arreglo y el buen gusto empleado en ese género de tráfico se muestran a la vista con tanto agrado, que abren el apetito y engendran el deseo de asistir á festines en que esas viandas adobadas con esmero den salud, vida y fuerza.

El ganado bien cebado que se trae a ese Matadero de diferentes puntos del Departamento, para ser muerto y descuartizado en él, se somete invariablemente a escrupuloso examen de una comisión de peritos, para que ella informe sobre la salud ó enfermedad en que se hallen tales bestias. Las vacunas que den señales de peste, ó los cerdos infestados de triquinias, son desechados invariablemente.

La operación por medio de la cual se da muerte a las reses vacunas, es sumamente sencilla y rápida en su ejecución. Le colocan sólidamente sobre el cráneo, entre los cuernos y el cerviguillo, una máscara de metal

provista de un punzón de acero, //PÁGINA 206// cuya aguda punta corresponde al lugar anatómico en que se encuentra la protuberancia bulbar. Y así dispuestas las cosas, un hombre de vigorosos brazos descarga sobre la máscara violento golpe con maza de hierro. De ese modo el punzón penetra, el centro vital es desgarrado, y el asunto en su primera parte queda concluido. El resto del negocio se maneja según la costumbre vieja que todos conocemos y que bien pronto desaparecerá.

Todos los restos inútiles de la res son conducidos a larga distancia y depositados en sitios en que no puedan hacer daño por causa de putrefacción.

En ese edificio, destinado a Matadero, hay piezas suficientes para los empleados, los obreros y matanza de las reses, todo ello con agua bastante para el aseo, y, además, utensilios propios para la ejecución de las operaciones que en él se practican.

Esta reforma, en cuyos pormenores no me detengo, está muy lejos de haber llegado a la perfección; pero, ¿qué quiere usted? “No se ganó Zamora en una hora”, dicen los españoles, y dicen bien, para significar con el adagio la necesidad que tenemos de transitar con prudente lentitud el camino de los adelantos.

He tratado en esta carta de algunos edificios públicos que considero de importancia, no tanto porque son suntuosos, como efectivamente no lo son, cuanto por consignar hechos que, triviales hoy, pueden servir más tarde de guía a los trabajadores de nuestra historia, pues efectivamente yo me digo que incompleta deberá ser ésta, cuando no estudie y describa a la humanidad por todas sus faces.

En la carta próxima hablaré a usted de los templos y de algo más. Pero antes de concluir quiero darle breves noticias de nuestro Teatro.

El Teatro ha seguido aquí el mismo giro que el que ha seguido en todos los países del mundo. Al principio comenzó por representación de títeres, pantomimas groseras, entremeses extravagantes, sainetones espantables, funciones de acróbatas y suertes de caballos, todo ello rudimental, aunque sea cierto que esas diversiones se hayan depurado un poco en los tiempos modernos.

Cuando en esta tierra se pensó en comedias y dramas, el asunto ofrecía caracteres verdaderamente lamentables, porque si no estoy

equivocado, era algo parecido a lo que sucedía en España en la época de Mingo Revulgo. En la plaza pública fabricaban tablados, o teatricos de mala muerte en los patios de casas particulares, donde el público, de pie, en bueno como en mal tiempo, escuchaba ansioso, y a veces con deleite, los desatinos que querían encajarle.

De la manera dicha llegó la cosa hasta el remate del primer cuarto del siglo actual, cuando, al empezar el segundo, el Gobernador de la Provincia, D. Juan de Dios Aranzazu, estimuló a algunos vecinos para que reunidos construyeran un edificio que asumiese condiciones más propias para esa clase de entretenimientos.

El señor Gobernador fue complacido, y los miembros de una especie de compañía que entonces se formó, comisionaron a D. Pedro Uribe R. para que fuese Director de la obra, por cuanto habiendo permanecido algún tiempo en Europa, y teniendo algunos humos de literato, la conduciría con acierto.

El comisionado trajo el plano del edificio y presentó a sus compañeros el presupuesto de gastos, que, según él, ascendería a la suma de 2,000 piezas de ocho décimos. La cantidad no fue suficiente, y de colecta en colecta se llevó al costo total de 14,000 piezas de ocho décimos, lo que forma contraste, por la baratura, con lo que sería indispensable gastar hoy en un edificio que tuviera las mismas condiciones.

Argumento habría, y no escaso, para labrar un artículo humorístico acerca de lo que aconteció durante muchos años en este edificio, que fue bautizado entonces con el nombre pomposo de *Coliseo*, probablemente porque las reminiscencias de la Historia romana primaban entre nosotros durante la existencia de la primera República.

Hace pocos años el Teatro fue reparado con bastante esmero, por lo que hoy no me parece sumamente malo, si bien carece de adecuados ornamentos. Está dividido de modo semejante al de todos los edificios de su clase que yo conozco. El patio, regularmente espacioso, ocupado casi todo él por lunetas medianamente cómodas, y antecedido por estrecha platea. Tiene tres galerías de palcos de regular apariencia, y en la parte alta, ó sea la cazuela, hay asientos para la turbamulta que, por lo general, no deja de ser bastante bullanguera, como en otras partes.

Aquí no hay compañías dramáticas establecidas, por manera que esta clase de espectáculos se disfruta solamente en épocas //PÁGINA 208//

indeterminadas, pero el adelanto en la materia es indiscutible. Hemos tenido, fuera de las representaciones dramáticas, zarzuela y ópera en diferentes ocasiones, y como en el público se despierte gran entusiasmo por esta clase de diversiones, es probable que no pasen muchos años sin que sean permanentes.

Como asunto de crónica, diré a usted que el Teatro de Medellín se abrió al público, por primera vez, el 19 de octubre de 1834, que se estrenó con la representación de *Los Horacios* y que en ella desempeñaban importantes papeles D. Miguel Uribe R., D. Mariano Ospina R. y el doctor Sinfiriano Hernández.

Soy de usted atento seguro servidor y compatriota,

Manuel Uribe A.

Revista literaria. Publicación mensual.
Año III, entrega 28, Bogotá, agosto de 1892

//PÁGINA 231//

Carta Décima.

Instrucción Pública en Antioquia

Medellín, 12 de Mayo de 1892.

Señor D. Isidoro Laverde Amaya. Bogotá.

Muy estimado señor y compatriota mío:

Hablaré a usted en esta carta de un punto que considero importante sobre todos los otros que he tratado hasta hoy: instrucción y educación públicas, tales como se hallan en esta ciudad; y al verificarlo le suplico encarecidamente se fije con atención en lo pasado y en lo presente que se refieren a ese asunto, para que vaticine lo que nos espera en lo porvenir, que, si no estoy equivocado, auguro será en alto grado satisfactorio para colmar dichosamente nuestras patrióticas aspiraciones.

Aunque no quisiera salir del cuadro que usted me trazó y yo acepté al tiempo de escribir estas cartas, le ruego me tolere si retrocedo en mis narraciones á un tiempo ya lejano, para poder dar relieve a mi exposición y provocar en su entendimiento comparación de hechos, de los cuales se deduzca juicio favorable al giro presente de la civilización colombiana, porque lo que yo dijere de esta ciudad, puede aplicarse, sin violentar el razonamiento, a otras muchas de la República.

En el año de 1680, por abril, Pedro de Castro compareció ante el muy Ilustre Cabildo, Justicia y Regimiento, pidiendo permiso para que se le dejara establecer escuela de primeras letras en esta Villa de Nuestra Señora de la Candelaria.

Solicitó dicho señor, en el memorial aludido, el que se le permitiera cobrar seis tomines de oro en polvo, de buena calidad, por cada discípulo de lectura; un peso por cada niño a quien enseñara a escribir, y otro por cada alumno a quien inculcara las cuatro primeras reglas de aritmética. Rogó, además, el que se le concediesen preeminencias en el alto ejercicio de sus funciones de maestro, y todo ello con muestras de gran celo por sus merecimientos como pedagogo.

La Municipalidad miró con agrado la solicitud, y dio la licencia requerida sin otra modificación que la de reducir a un peso la cuota mensual de honorarios por cada discípulo; y si considero la escasa población de la Villa en aquella época, creo que //PÁGINA 232// tengo razón para suponer que los educandos que estaban bajo la dirección de aquel primitivo director, no debieron de pasar en número de 30.

En el siglo transcurrido de 1680 a 1780, hubo escuela elemental en Medellín con diversas interrupciones, porque a veces faltaba maestro y otras alumnos; y lo dicho es tan cierto, que en los albores de nuestra revolución de Independencia estábamos en posesión de un solo plantel público para el aprendizaje de las primeras letras.

Una que otra madre, y acaso uno que otro padre de familia, enseñaban en el hogar doméstico a sus hijos y a sus hijas el silabeo y deletreo de la cartilla, operación que, de cuando en cuando, llegaba hasta la imperfecta lectura de algunos libros de devoción, quedando a los Curas, a los Escribanos, al Alférez Real, al Procurador, a los Concejales y al señor Capitán General de la Provincia, el privilegio de leer y de escribir correctamente, acaso porque tal habilidad la habían importado de la Península, de donde la mayor parte de ellos eran oriundos.

Uno que otro párroco recibía bajo su amparo algún jovencito a quien se quería hacer entrar por el camino de la Iglesia, y le enseñaba un poquito de latín, otro de cánones y algo de teología, por el padre Pacho.

Los padres pudientes mandaban, con alguna frecuencia, uno ó más de sus hijos al Colegio de Popayán, en donde las letras fueron cultivadas con algún provecho desde tiempo muy anterior; ó bien al Colegio de San Bartolomé, al del Rosario, al de Santo Tomás o a algunos de los conventos de frailes, establecidos de antemano para recibir en ellos educación que, en aquel entonces, podía proporcionarse escasamente a los colonos. Esta última circunstancia demuestra claramente el por qué, al lado de algunos presbíteros ordenados en Popayán ó Santafé, hubo tantos doctores teólogos en el curso del siglo XVIII y aun algunos que llegaron a las más altas dignidades de la Iglesia.

A fines del siglo pasado, vino de la capital del Virreinato, comisionado para fundar Convento de la Orden Seráfica, el padre Rafael de la Serna, quien, efectivamente, previa licencia real, principió a poner los

cimientos del edificio con grande actividad y no poca energía, a pesar de la oposición que algunos de sus hermanos de la Provincia de Santafé le hicieron con tenacidad.

//PÁGINA 233// Cuando sonó el trueno gordo que anunciaba nuestra emancipación de la Metrópoli, el convento, aunque no terminado, iba tan adelante que estaba casi a punto de recibir copiosa congregación de frailes; pero como quiera que la gresca revolucionaria de entonces primaba sobre todo otro asunto, los efectos esperados quedaron nugatorios, y el movimiento educador en quietud completa hasta el año de 14, en que el viento de la guerra trajo por estos lados al esclarecido sabio D. Francisco J. de Caldas.

Él, los doctores José Manuel y Félix de Restrepo y D. Miguel Uribe, dieron vida y aliento al deseo de difundir las luces en estas montañas: el primero como catedrático de matemáticas aplicadas a la Ingeniería; D. Félix como profesor de Física; D. Miguel Uribe como maestro de Filosofía, y D. José Manuel como escritor público, cuyos primeros ensayos geográficos brillan aún como modelo de ciencia y de exactitud. Fue entonces cuando presenciaron gozosos, por primera vez, los vecinos de esta ciudad, exámenes y certámenes públicos.

Empero, esa dichosa muestra de adelantos fue fugaz como la luz de una centella, porque desde el año de 1815 al de 1816, ya D. Pablo Morillo, el Pacificador, mandaba sobre Antioquia al Coronel Warleta, quien llenó de espanto a los pobres habitantes de una comarca que en asuntos bélicos carecía de toda noción, y para los cuales el fusil, la pólvora, las cornetas y los clarines, gozaban de tan aterrador prestigio, que todos se sometieron humildes a la autoridad del invasor.

Caldas huyó con el fin de hurtar el cuerpo a sus perseguidores, y la suerte que le cupo, usted la conoce tanto como yo; pero es tal, señor mío, la influencia del genio sobre la humanidad, que el reguero de luz que despedía a su paso aquel hombre inmortal, penetró en brevísimo tiempo al entendimiento de varios jóvenes que llegaron a ser después honra de Colombia la Grande: Alejandro Vélez, Vicente Uribe, Juan María Gómez y algunos otros prueban mi aserción.

En el año de 1821, el Congreso nacional, reunido en Cúcuta, expidió una ley por la cual se dispuso la supresión de los conventos menores que no pudiesen tener en claustro más de ocho religiosos. Y como el convento

de San Francisco de Medellín se hallase en tal caso, de hecho quedó suprimido, y en cumplimiento de aquella disposición el Vicepresidente de la Republica, //PÁGINA 234// General Francisco de P. Santander, ordenó que el edificio mencionado se destinase a la enseñanza de la juventud con el nombre de Colegio Académico de Antioquia. Así se hizo, y fueron primeros oficiales del establecimiento los doctores José María Uribe, Rector; Estanislao Gómez, Pasante; Francisco Antonio Obregón, Vicerrector y Profesor de Filosofía; y D. José Ignacio Escobar, Catedrático de lengua latina. Siguieron a los primeros Galavís, Gómez, Ospino, Hoyos, Villa, Lince, Zuleta, Restrepo, Escobar, de Hoyos, Berrío, Campuzano, Restrepo Euse, Escobar R., Vélez, Carvalho y acaso algunos más que olvido.

Es preciso tener en cuenta que los períodos de guerra civil han interrumpido por más ó menos tiempo las tareas escolares, por manera que, desde 1834 hasta 1860, ha habido lamentables vacíos en el cultivo de las letras, con gran perjuicio para el aumento de civilización, tanto de esta tierra como de la República en general.

No obstante eso, como en la materia, dado el impulso, el avance sea incontenible, sucedió que no sólo el estudio de lo que entonces se llamaba Filosofía y Facultad mayor de Jurisprudencia se hicieran en el Colegio Académico, si no también que escuelas elementales se fundaran inmediatamente en todas las parroquias o en la mayor parte de ellas, como apellidaban entonces a lo que ahora se llama distritos.

Los métodos de enseñanza usados entonces eran pobre legado de tradiciones españolas; pero hubo de repente grande interés por adquirir ciencia, circunstancia que fue avigorada por el cambio del sistema seguido en las viejas escuelas, por el método Lancasteriano, a todas luces muy superior este último al primero aunque, si no me engaño, inferior al de Pestalozzi, introducido más tarde por maestros alemanes durante la administración del Doctor Pedro J. Berrío, y continuado hasta hoy con algunas modificaciones que los pedagogos consideran útiles. De todas maneras, la enseñanza, en parte objetiva, que en la actualidad se acostumbra, me parece muy ventajosa para la formación intelectual de los niños; pero como no me considero capaz de razonar a fondo y con acierto en tan escabroso asunto, y como además el hacerlo me obligaría a salir del giro y extensión que debo dar a mis cartas, me abstengo de reflexiones y vuelvo a mi narración anterior.

//PÁGINA 235// A medida que iban pasando años, el número de escolares aumentaba en proporción, de modo que ya desde 1850 a 1860, aunque no muy crecido personal de estudiantes, era de bastante consideración; si bien no tanto que pasara de la quinta parte de los que hoy se instruyen y se educan.

Los diferentes ramos de artes y de ciencias que han venido cultivándose en nuestros planteles han aumentado el guarismo de modo tal, que, sobre enfadosa, sería larga la lista de todo lo que hoy se enseña, por lo cual me guardaré bien de hacerla, pues no trato de incluir una estadística, sino de dar noticias generales sobre el asunto. Baste saber que la tarea referente al aprendizaje de esas materias, versa aquí, como allá y como en otras partes, sobre unos mismos puntos.

El año de 1837 vino de Europa, pedido por el Gobierno, un profesor de Química, que también lo era de Geología y de Mineralogía, y que, si bien no formó grandes maestros, sí dejó algunos discípulos aprovechados que, por lo menos, contribuyeron a vulgarizar el lenguaje técnico de aquellas materias.

Un poco después vino un profesor español, que también educó jóvenes de provecho en asuntos de Química; y luego un joven colombiano que continuó la misma tarea con lucimiento, y tan útil ha sido esa enseñanza, que a continuación varios antioqueños han podido seguirla con mayores ó menores ventajas, pero siempre con reconocida utilidad. Hoy la Escuela de Minas tiene un profesor de Química, que dicen ser de gran competencia, y la Universidad un hábil catedrático, si bien es cierto que los laboratorios de que disponen para la enseñanza no son bastante ricos, lo que igualmente acontece con los destinados a demostraciones de Física experimental.

El estudio de las matemáticas se hace bastante bien en la Universidad y en los colegios, y en ese ramo afirmo que tenemos personas eminentes, lo cual adquiere todavía más importancia con el hecho de que muchos jóvenes antioqueños se han formado como ingenieros en escuelas norteamericanas, de Francia y de Alemania, hasta el estado de poseer conocimientos bastantes para servir al Departamento con honra de ellos y provecho de él.

He creído notar que el espíritu eminentemente práctico de estos nuestros compatriotas, les da suprema habilidad para ad- //PÁGINA 236//

quirir con rapidez muchas nociones exactas, pues da gusto ver en exámenes y certámenes la rara destreza mental con que perciben el fondo de un embrollado problema, de un teorema difícil y el desenfado con que resuelven altas ecuaciones de álgebra ó cuestiones de toda especie de cálculo. Tal vez no sean tan hábiles para razonar en el vasto campo de las sutilezas ideológicas y metafísicas, bien que no falten entre nosotros sujetos que se distinguen en lo que atañe á la más pura filosofía.

El Colegio Académico de Antioquia asumió carácter universitario durante la administración del Doctor Berrío, y así continúa hasta hoy; por manera que ella nos da jurisperitos y médicos; entre los primeros algunos muy notables, y entre los segundos otros muy expertos: protectores aquéllos de la justicia y el derecho; favorecedores éstos de la salud y de la vida. Noto, sin embargo, que en esta última tarea, además de los ya formados, se anuncian otros que habrán de ser muy aptos para alivio de la humanidad.

Todos los jóvenes que se instruyen y educan en Medellín cuentan con institutos regulares para ejecutar en ellos sus trabajos; y como desde mis últimas cartas vengo describiendo a usted los edificios más importantes de la población, continúo en mi propósito, si bien a grandes rasgos, para economizar tiempo.

El edificio llamado La Universidad es bueno, no sólo para esta tierra sino para ciudades más importantes. Su construcción es sólida, el aire circula en ella con libertad, la luz la esclarece, los salones son amplios, los claustros adecuados á su empleo, las piezas para aulas suficientemente grandes, los muebles decentes, en el patio principal lindo jardín, y el todo aseado y simpático satisface a las aspiraciones del gusto y a las necesidades de su destino.

El Colegio de San Ignacio está en el viejo claustro destinado a los frailes franciscanos, y de su aspecto se forma una idea cabal cuando ha visto un convento levantado por españoles en la Península o en las ciudades que fundaron en América. Ese Colegio, aunque no bello, me parece cómodo.

La Escuela de Minas funciona en una humilde casa que yo haría muy buena, si para ello tuviera poder; pues considero ese establecimiento como uno de los que más prometen, no solo a la prosperidad de este

Departamento si no también al desarrollo de la industria, y por tanto de la riqueza colombiana.

//PÁGINA 237// Los Hermanos Cristianos, que actúan como educadores de gran número de párvulos, aumentan el edificio que hoy les sirve, con el fin de darle gran capacidad para que corresponda a las necesidades de la enseñanza que ejercitan en alta escala.

El Seminario en que se educan varios jóvenes, entre los cuales algunos van por el camino que conduce al sacerdocio, es una excelente casa de condiciones recomendables, y el Colegio de las Hermanas lo es igualmente. Las Escuelas Normales y Superiores, así como también las Elementales, unas más y otras menos, tienen locales apropiados a su objeto.

He tomado de documentos oficiales datos que, si no de rigurosa exactitud matemática, sí me parecen ajustados a la más estricta aproximación para poder señalar en esta carta el número total de educandos de uno y otro sexo, y de los Profesores que los dirigen; advirtiendo que al hacerlo no me refiero únicamente a los existentes en la ciudad de Medellín y sus barrios, sino también a los que hay en toda la parte comprendida en el óvalo de que hablé en mi primera carta; es decir, agregando a este distrito los de Envigado, Estrella e Itagüí. Hay, pues, 2,823 alumnos varones y 2,270 niñas, lo que forman un total de 5,093 guiados en sus tareas por 137 profesores, sin que me parezca necesario indicar que de los últimos, algunos desempeñan dos, tres y hasta cuatro cátedras en uno mismo ó en diferentes Establecimientos.

Creo no equivocarme si pienso ó afirmo que en pocos, ó tal vez en ninguno de los pueblos de la América española, hay tantos estudiantes como en esta parte, si se atiende a la población de ella; pero no por eso se debe deducir que yo esté satisfecho de tan favorable circunstancia, porque desearía que el número triplicara ó cuadruplicara para bien de las generaciones subsiguientes.

Me he tomado la libertad de tratar en esta carta de instrucción y educación, como de dos cosas distintas en su verdadera significación, porque tengo para mí, que aunque intimamente conexionadas, solidarias, si así puede decirse, y medidas en parte una en otra, no dejan de ofrecer, en su conjunto, diferencias esenciales.

Por la instrucción se llega al conocimiento de principios, de teorías, de sistemas, de reglas y doctrinas, tanto en las //PÁGINA 238// ciencias como en las artes; y por la educación se adquieren nociones generales sobre las últimas: perfección de costumbres, buenos hábitos, dominio sobre las pasiones, uso de buenas maneras, régimen y exacta disciplina en asuntos sociales, práctica de virtudes, acatamiento recíproco y razonado de libertad individual, respeto por el derecho ajeno y celo por el derecho propio, veneración a lo justo y sujeción al deber.

La instrucción crea y enaltece la industria, anima el ejercicio de las profesiones, aumenta la riqueza pública, y a veces, cuando el ingenio interviene, preside a fecundos inventos que conducen a cambiar la faz de las naciones. La educación auxilia esa obra, pero, más humilde y más benévola, hace a la sociedad entera el beneficio que un buen padre hace en el hogar doméstico. A ella se deberá siempre el bienestar civil de los pueblos.

La instrucción no se concibe sin la educación, pero esta última puede ser independiente de la primera. En vano podrá ser un hombre importante y respetable por más instruido que sea, si á esa cualidad no une correcta educación. Conocemos muchos sabios que, en vez de servir provechosamente a la sociedad, la dañan en ocasiones, y todo porque no son bien educados. Nunca hemos visto un hombre en el goce perfecto de una buena educación, que no haya sido buen amigo, buen esposo y buen ciudadano.

Las sociedades llegarán a tener muchos sabios, pero siempre en minoría. La aspiración más benéfica de la humanidad debe ser, en mi humilde opinión, alcanzar a tener pueblos bien educados; pero dejando a un lado estas reflexiones abstrusas, quiero concluir esta carta con dos preguntas y dos respuestas: ¿Cuando la sociedad cuente con hombres doctos y con muchedumbres penetradas de perfecta educación, será completamente feliz? Probablemente no, porque el padecimiento moral es patrimonio del espíritu, y porque el dolor es atributo de la carne; pero sí será infinitamente menos desgraciada de lo que hoy es, porque la verdadera civilización, la civilización moral, la verdaderamente cristiana, que penetra en el pueblo y en el hogar, pondrá coto al crimen, suavizará las costumbres, hará mas hermanos a los hombres, estimulará las buenas acciones, elevará la tolerancia y porque, en fin, con la educación,

como debe entenderse, las prisiones serán más pequeñas, los asilos de beneficencia más grandes y el Código Penal muchísimo más corto.

//PÁGINA 239//

¿Será que este pensamiento mío procede de algún desequilibrio de mi sistema? Bien puede ser; pero en todo caso yo digo con el poeta:

“Más vale soñar virtudes

Que ver y llorar delitos”.

Soy de usted atento seguro servidor y compatriota,

Manuel Uribe A.



IMAGEN 11. Retrato de Manuel Uribe Ángel.
Ca. 1860.

Fuente: Archivo Fotográfico Biblioteca Pública Piloto, Medellín.



IMAGEN 12. Retrato de Manuel Uribe Ángel.
Ca. 1885

Fuente: Archivo Fotográfico Biblioteca Pública Piloto, Medellín.



IMAGEN 13. Fotografía de Manuel Uribe Ángel.
Ca. 1899

Fuente: Archivo Fotográfico Biblioteca Pública Piloto, Medellín.

BIBLIOGRAFÍA

- Baena, Manuel. *Cómo se hace ingeniero un negro en Colombia*. Murcia: Tipografía De Manuel Arenas Apóstoles, 1929.
- Benítez, José Antonio. *Carnero, y miscelánea de varias noticias, antiguas y modernas de esta villa de Medellín*, transcripción, prólogo y notas Roberto Luis Jaramillo. Medellín: Colección Autores Antioqueños, 1988.
- Betancur, Agapito. *La ciudad. Medellín en el 5° cincuentenario de su fundación. Pasado – presente – futuro*. Medellín: Tipografía Bedout, 1926.
- Botero Guerra, Camilo. *Anuario Estadístico. Ensayo de estadística general del Departamento de Antioquia en 1888*. Medellín: Imprenta del Departamento, 1888.
- Botero, María Mercedes. *La ruta del oro. Una economía exportadora. Antioquia, 1850 – 1890*. Medellín: Universidad EAFIT, 2007.
- Botero Saldarriaga, Roberto. *En las tierras del oro: Tradiciones y cuentos de Antioquia*. Bogotá: Ediciones Colombia, 1926.
- Brew, Roger. *El desarrollo económico de Antioquia desde la Independencia hasta 1920*. Bogotá: Banco de la República, 1977.
- Cervecería Unión S.A. *Monografías de Antioquia*. Medellín: 1941.
- Celebración del 2° centenario de la villa de Medellín*. 1875. Medellín: Imprenta del Estado, 1875.
- Figuras políticas en Antioquia, siglos XIX y XX*. Bogotá: Instituto Colombiano para el Fomento de la Educación Superior, 1987.
- Gónima, Eladio. *Apuntes para la historia del teatro de Medellín y vejeces*. Medellín: Tipografía de San Antonio, 1909.
- Hermelín, Michel, ed. *Geografía de Antioquia*. Medellín: Fondo Editorial Universidad EAFIT / Academia Colombiana de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, 2006.

- Hill Davey, Michael. *Oro y Selva. Relatos del Nordeste*. Medellín: Asomineros / Fundación Gutiérrez, 1998.
- Illingworth, R.S. *Observaciones sobre la minería de la Nueva Granada con relación al establecimiento de una oficina de Apartado en Bogotá*. Bogotá: Imprenta de J.A. Caulla, 1837.
- Jaramillo, Roberto Luis. “La colonización antioqueña”. En *Historia de Antioquia*. Medellín: Suramericana de Seguros, 1998. pp. 177 – 208.
- _____. *Exposición: Tres siglos sobre el papel. Cartografía histórica de Antioquia*. Medellín: Banco de la República / Universidad Nacional de Colombia, Ca, 1998.
- Jaramillo, Roberto Luis y Suárez Vallejo, Diego. *La sede de Otrabanda*. Medellín: Compañía Suramericana de Seguros, 2004.
- Latorre Mendoza, Luis. *Historia e historia de Medellín, siglos XVII-XVIII-XIX*. Medellín: Imprenta Oficial, 1934.
- Lenis Ballesteros, César Augusto. *Una tierra de oro. Minería y sociedad en el Nordeste de Antioquia, siglos XVI-XIX*. Medellín: Instituto para el Desarrollo de Antioquia, 2007.
- Lenis Ballesteros, César Augusto, Jaramillo, Roberto Luis y Vélez, Andrés. *Cartografías para el Bicentenario*. Medellín: Alcaldía de Medellín, 2010.
- Melitón Rodríguez. *Fotografías*. Bogotá: El Áncora Editores, 1985.
- Mesa Jaramillo, José María. *Minas de Antioquia. Catálogo de las que se han titulado en 161 años, desde 1739 hasta 1900*. Medellín: Imprenta Oficial, 1906.
- Molina Londoño, Luis Fernando. “La empresa minera del Zancudo (1848-1920)”. En *Empresas y empresarios en la historia de Colombia. Siglos XIX-XX. Una colección de estudios recientes*, Tomo II, compilado por Carlos Dávila Ladrón de Guevara. Bogotá: Editorial Norma / Ediciones Uniandes, 2003. pp. 633-676.
- Ochoa, Lisandro. *Cosas viejas de la villa de La Candelaria*. Medellín: Escuela Tipográfica Salesiana, 1948.
- Pensamiento vivo antioqueño. Las obras completas. Manuel Uribe Ángel*. Medellín: SEDUCA, 1979.
- Pérez, Edgardo. “Países, paisajes y caminos. Metáforas culturales y percepciones diversas. 1776-1853”. En *Caminos, rutas y técnicas: huellas espaciales y estructuras sociales en Antioquia*, editores académicos Orián Jiménez, Edgardo Pérez y Felipe Gutiérrez. Medellín: Universidad Nacional de Colombia, 2005. pp. 239-278.
- Principales actos oficiales del Concejo Municipal de Medellín presidido por el doctor Tomás Quevedo (periodo de 1892 a 1894)*. Medellín: Imprenta del Departamento, Obras públicas, s.f.

- Restrepo, Daniel. *Don Vicente Restrepo. Apuntes autobiográficos con comentarios y notas*. Bogotá: Editorial Centro S.A., 1939.
- Restrepo Uribe, Jorge. *Medellín. Su origen, progreso y desarrollo*. Medellín: Servigráficas, 1981.
- Restrepo, Vicente. *Estudio sobre las minas de oro y plata de Colombia*. Bogotá: Imprenta de Silvestre y Compañía, 1888.
- Silva, Isidoro. *Primer directorio general de la ciudad de Medellín para el año de 1906*. Medellín: Instituto Tecnológico Metropolitano, 2003.
- Tamayo, Dora Elena y Botero, Hernán, comps. *Manuel Uribe Ángel. Narrador*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia, 2000.
- Uribe Ángel, Manuel. *Reflexiones en viaje. La Cruz de Baracoa*. Medellín: Imprenta de Gutiérrez Hermanos, 1875.
- _____. *Geografía General y compendio histórico del Estado de Antioquia en Colombia*. París: Imprenta de Víctor Goupy y Jourdan, 1885.
- _____. *Biografía del Dr. Alejandro Eduardo Restrepo y Callejas*. Medellín: Imprenta del Departamento, 1889.
- _____. “Apuntes de viaje”. *La Miscelánea. Revista literaria y científica* 5, no. 7 (1899): 288-95.
- _____. “D. José Manuel Restrepo (Fragmentos de un libro inédito)”. *La Miscelánea. Revista literaria y científica* 5, nos. 9-10 (1901): 431-36.
- _____. “De La Habana a México”. *Alpha* IV, nos. 44-45 (1908): 333-50.
- _____. *Discursos y páginas históricas*. Medellín: Academia Antioqueña de Historia, s.f.
- _____. *Geografía general del Estado de Antioquia en Colombia*, edición crítica a cargo de Roberto Luis Jaramillo. Medellín: Ediciones Autores Antioqueños, Vol. 11, 1985.
- _____. *Recuerdos de un viaje de Medellín a Bogotá*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia, 2007.
- Uribe Ángel, Manuel, Echeverri, Camilo Antonio y Kastos, Emiro. *Estudios industriales sobre la minería antioqueña en 1856*. Medellín: Fondo Editorial Universidad EAFIT, 2007.
- Zuleta, Eduardo. *Tierra virgen*. Medellín: Imprenta del Departamento, 1897.

LISTADO DE IMÁGENES

IMAGEN 1. *Casa donde nació el Dr. Manuel Uribe Ángel.* Ca. 1875

11

IMAGEN 2. *Título de Licenciado y Doctor en Medicina expedido por la Universidad Central de la Nueva Granada. Bogotá, 26 de julio de 1844*

13

IMAGEN 3. *Retrato de Manuel Uribe Ángel.* Ca. 1844

19

IMAGEN 4. *Título de Doctor en Medicina expedido por la Universidad Central del Ecuador. Quito, 11 de enero de 1849*

25

IMAGEN 5. *Mapa del Estado de Antioquia.* Manuel Uribe Ángel, 1885

33

IMAGEN 6. *Manuel Uribe Ángel.* Ca. 1879

39

IMAGEN 7. *Mapa del recorrido de Manuel Uribe Ángel. Medellín – Remedios, 1867*

45

IMAGEN 8. *Calle Real de Remedios, 1910*

121

IMAGEN 9. *Vista general de Remedios.* Ca. 1910

135

IMAGEN 10. *Choza y habitantes de los alrededores de Medellín.*

Ca. 1904.

151

IMAGEN 11. *Retrato de Manuel Uribe Ángel.* Ca. 1860

225

IMAGEN 12. *Retrato de Manuel Uribe Ángel.* Ca. 1885

225

IMAGEN 13. *Fotografía de Manuel Uribe Ángel.* Ca. 1899

225



Esta
publicación
se compuso en
caracteres *MinionPro*
y *Filosofia*.
MAYO DE 2017

